

Mariano de Rivero y un diálogo tecnológico con el mundo andino

By:

Miguel Rosas Buendia

B.A., Pontificia Universidad Católica del Perú, 2006

M.A., University of Illinois at Chicago, 2012

M. A., Brown University, 2016

Submitted in partial fulfillment of the requirements

For the Degree of Doctor of Philosophy

in the Department of Hispanic Studies at Brown University

Providence, Rhode Island

May 2019

© Copyright 2019 by Miguel Rosas Buendia

This dissertation by Miguel Rosas is accepted in its present form by the Department of Hispanic Studies as satisfying the dissertation requirement for the degree of Doctor of Philosophy.

Date _____

Julio Ortega, Ph.D., Advisor

Recommended to the Graduate Council

Date _____

Felipe Martínez-Pinzón, Reader, Ph.D. Committee

Date _____

Iris Montero Sobrevilla, Reader, Ph.D. Committee

Date _____

Stefanie Gänger, Reader, Ph.D. Committee

Approved by the Graduate Council

Date _____

Andrew Campbell, Ph.D.,
Dean of the Graduate School

CURRICULUM VITAE

Miguel Rosas Buendia was born in Lima, Peru. He graduated from the Pontifical Catholic University with a bachelor's degree in Hispanic Literature. After undergraduate studies, he taught several classes on Latin American and world literature at his university in Peru as teaching assistant and lecturer. He received a master's degree in Hispanic Studies from the University of Illinois, Chicago. As a PhD candidate at Brown, he won the Interdisciplinary Opportunity Fellowship from the Center of Latin American and Caribbean Studies.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco primero a la comunidad de Brown University por darme la oportunidad de formar parte de ella y haberme acogido durante estos seis años. Muchas gracias a la familia hispánica de la casa Rochambeau, a todos los profesores, coordinadoras de clases de lengua, personal administrativo y mis compañeros. Gracias al Departamento de Español y al Centro de Estudios Latinoamericanos por el apoyo para emprender diferentes etapas de esta investigación. Agradezco a mi asesor, Julio Ortega, por confiar en mí y apoyarme en variados momentos de mi tiempo en Brown; asimismo, a todos los miembros del comité, Felipe Martínez Pinzón, Stefanie Gänger e Iris Montero Sobrevilla, por su apoyo y consejos tanto en lo académico como en lo personal. Muchas gracias a Laura Bass por darme de su tiempo y escucharme cuando lo necesité. Muchas gracias a Mary Oliver por su guía, su amistad y el fútbol. Estoy agradecido de haber cultivado tan buenos amigos en Providence, en especial Claudia, Nico, Miguel y Nico B. Vías indirectas pero constantes de motivación han sido Orwig, la Rock y Tea in Sahara, mis lugares favoritos para sentarme, pensar, mirar a los asiduos, otra vez pensar y trabajar con entusiasmo. Fuera de Brown, ha sido muy importante el servicio institucional y la inspiradora acogida de los diferentes archivos y bibliotecas en América del Sur y Europa donde trabajé alguna porción de esta tesis. Más allá de lo académico, sé que el amor, buenos deseos y oraciones de mi madre, mi padre, mis hermanos y sobrinos están siempre conmigo y con cada uno de mis pasos.

ÍNDICE

Introducción	
Las varias ruinas y la perspectiva tecnológica	1-28
 Capítulo 1:	
La abundancia y la articulación	29 - 80
 Capítulo 2:	
El debate disciplinario y el objeto de estudio	81 - 136
 Capítulo 3:	
La mina arqueológica y el diálogo tecnológico	137 - 194
 Conclusiones	
La escritura del fuego subterráneo	195 - 213
 Bibliografía	214 - 258

LISTA DE IMÁGENES

Imagen 1. Portada del <i>Atlas</i>	147
Imagen 2. Lámina LIV, Vista de Pachacámac	149
Imagen 3. Puerta del Sol. <i>Peru: Incidents of Travel</i>	177
Imagen 4. Vista de Chan Chan. <i>Pérou et Bolivie</i>	177
Imagen 5. “.. están todavía en uso, lo cual atestigua su utilidad”	183
Imagen 6. Quipu. <i>Manuscrito de Arequipa</i> ,	211
Imagen 7. Contratapa de la <i>Colección de memorias</i>	213

But this habit of close observation— In Humboldt—Darwin & others. Is it to be kept up long—this science— Do not tread on the heels of your experience Be impressed without making a minute of it. Poetry puts an interval between the impression & the expression—waits till the seed germinates naturally.

Henry David Thoreau, *Journal*

INTRODUCCIÓN

Las varias ruinas y la perspectiva tecnológica

Poco más de un año antes de morir, Mariano de Rivero (Arequipa, 1798 – París, 1857) emprendió lo que podría llamarse un “viaje bibliotecológico” para la escritura de la historia del Perú. Durante dos meses, visitó varias bibliotecas españolas para identificar aquellos manuscritos y libros que el Gobierno peruano debía adquirir a fin de que algún día pudiese “escribirse una Historia exacta y completa de los antiguos y de los modernos moradores de nuestra patria” (1856c, subrayado original). La comisión le había sido encargada por el Ministerio de Relaciones Exteriores, probablemente a sugerencia de él mismo, y se le había asignado un presupuesto de 500 pesos, cantidad insuficiente –argumentaría él– ya que la escasez de trenes y la inestabilidad política encarecían la Península Ibérica. Pese a estas limitaciones logísticas y a su recurrente “enfermedad gastrálgica” (1856a), la cual había ya retrasado sus planes por al menos tres meses, Rivero partió a España a fines de mayo de 1856 desde Bruselas, donde se desempeñaba como Cónsul General. Tras su regreso a la capital belga a inicios de agosto, envió una “Exposición” de su viaje al influyente Ministro Residente en Londres, su hermano Francisco de Rivero, para que este la remitiese directamente a la más alta autoridad de su ministerio. En esta “Exposición”, Rivero elaboró un listado crítico de materiales que juzgó indispensables para escribir la historia de las Américas y particularmente del Perú. Asimismo, propuso que se crease una comisión de dos expertos para la selección y compra de dichos materiales en Madrid y especialmente en Sevilla. En noviembre, el Ministro de Relaciones Exteriores respondió agradeciéndole por la investigación y sus instructivas sugerencias. Rivero aprovechó la ocasión para insistirle: era imperativo acelerar la compra, pues el material era muy codiciado por naciones extranjeras como los Estados Unidos,

que habían ya enviado a un representante para realizar tal gestión. Él mismo había comprado la primera edición de la *Crónica del Perú* de Pedro Cieza de León de 1553, ejemplar escaso y de difícil acceso en el Perú, el cual remitió al Gobierno junto a manuscritos que había adquirido con su propio dinero. Agregó que, para el buen destino de la comisión, debía elegirse a personas con “conocimientos especiales y criterio acertado” (1856d) para que no se perdiesen ni tiempo ni dinero. En diciembre, el Ministro de Hacienda le envió también una opinión sobre su “Exposición”, pero se excusó de contestar pues su enfermedad había seriamente empeorado “de resultas de mi desgraciado viaje a la Península Española, al menos en parte” (1856e). La sugerida comisión no se implantaría, pero las secuelas de aquel desgraciado “viaje bibliotecológico” seguirían su curso natural y Rivero moriría meses después en París¹.

La decisión de Rivero de recorrer España, pese a su deteriorada salud y a “lo penoso e incómodo del viaje” (1856b), encarna una simple pero significativa convicción: las bibliotecas y archivos peruanos carecían del material necesario para la escritura histórica. En su “Exposición”, la premisa historiográfica sobre la evidencia textual era también clara: las fuentes se constituyen, por un lado, de impresos poco divulgados que ayuden a contrastar la información provista por los textos más canónicos; y, por otro lado, de manuscritos de libros, memorias oficiales, relaciones de viaje, información estadística, entre otros, producidos dentro de la enorme burocracia española. Esta preocupación por una renovada escritura sobre América a partir del archivo tiene una larga

¹ El Archivo Diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores en Lima me ha permitido reconstruir este “viaje bibliotecológico” y algunos de sus pormenores. La información proviene de los oficios relativos al envío de la “Exposición” y de las respuestas oficiales en los meses siguientes. Lamentablemente, tras una exhaustiva búsqueda, no he podido hallar dicha “Exposición”. Al no haber copia alguna en el Archivo Diplomático, el original debe conservarse en la sección correspondiente al Ministerio de Hacienda en el *Archivo General de la Nación*, pues el ministro de esta cartera fue el último que acusó recibo. Considerando que la “Exposición” aparenta ser un documento largo y detallado sobre el asunto de las fuentes textuales para escribir la historia del Perú, queda pendiente un trabajo de archivo para encontrarla. Por otra parte, la *Biblioteca Nacional del Perú* posee dos ejemplares de la edición príncipe de la *Crónica del Perú* de Cieza de León. Es probable que una de ellas sea la que Rivero adquirió en España en 1856.

genealogía que se remonta a las políticas ilustradas españolas, ejemplificadas en la titulación de la Real Academia de la Historia como “Cronista Mayor de Indias” en 1755 y en la creación del Archivo General de Indias de Sevilla en 1785. No obstante, debido a la debacle española tras las guerras napoleónicas y de independencia americana, y a la tortuosa trayectoria de conformación institucional en las nuevas repúblicas, sería recién a partir de la segunda mitad del XIX cuando los archivos peninsulares y americanos volverán a justificarse como plena herramienta de la escritura histórica². El “viaje bibliotecológico” de 1856 coincide temporalmente con este resurgimiento, pero la centralidad del archivo en Rivero se había manifestado desde su regreso al Perú en 1826. Esta sostenida búsqueda de evidencia textual fue, en principio, el reflejo de metodologías historiográficas aprendidas durante su exilio educativo de casi diez años en Europa, en este caso la preocupación archivística del historicismo alemán, a la cual estuvo expuesto principalmente a través de su profunda amistad e intercambio intelectual con Alexander von Humboldt. No obstante, ni esta influencia disciplinaria ni otras explican por sí solas la resultante conceptualización del archivo para la escritura histórica o la de otras fuentes de evidencia como el trabajo de campo para la escritura científica y anticuaria: como los sujetos y objetos que los transportan, los paradigmas se adaptan y transforman. Los Andes peruanos serán aquí el laboratorio de la reinención.

El “viaje bibliotecológico” a España en 1856 puede leerse como la metáfora final de una constante obsesión en la trayectoria de un intelectual transatlántico como Rivero: la búsqueda de más fragmentos o ‘ruinas’ para articular una nueva idea del Perú. En efecto, para el quehacer histórico, la introducción de nuevas fuentes debía no solo reordenar la existente biblioteca de autoridades, sino ante todo fomentar nuevas posibilidades interpretativas sobre variados asuntos

² Sobre los debates historiográficos en torno a América en la Real Academia de Historia, ver Cañizares-Esguerra (2001), pp. 160-82. Para una reseña comprensiva del Archivo de Indias, ver Vélez (2007), pp. 89-102. Sobre la falta de institucionalización de los archivos tras la Independencia y sus otros usos como mercancía, ver Podgorny (2011).

del pasado. Análogamente, para el quehacer de las ciencias naturales y otras disciplinas como el anticuarismo, la exploración del territorio y de más recursos, la rehabilitación de minas abandonadas, la representación de las antigüedades –conocidas y enterradas– debían hacerse a través de premisas epistemológicas y metodológicas que permitiesen superar los paradigmas precedentes y renovar la conceptualización de todas estas ‘ruinas’. Para Rivero, la identificación, sistematización y rearticulación de las ‘varias ruinas’ que componían el Perú era la vía para confrontar las fuerzas desintegradoras que pesaban sobre la nueva república: fuerzas legadas por la imposición y caída del régimen virreinal, pero también por el caos en que estaba sumida la joven nación desde su independencia en 1821. La pretensión de rearticulación en sí misma no es singular: es la expresión de la confianza en el poder de las ciencias, el progreso material, la libertad individual y el republicanismo. Hombre de su tiempo, Rivero creía en la certeza analítica y totalizadora de los discursos modernos para dar sentido y lugar a todos los componentes de la realidad natural y social. Si bien desde hace décadas se ha venido elaborando una obligada crítica a esta convicción moderna (y burguesa), sus disciplinas, prácticas excluyentes y formulaciones eurocéntricas, no es contradictorio reconocer que, a través de ella misma, se elaboraron innovadoras visiones que merecen ser estudiadas. La preocupación de Rivero por los fragmentos nació de la certeza moderna de poder racionalizarlos, pero su esfuerzo conceptual para rearticular las ‘varias ruinas’ exhibe, para la historia intelectual peruana, un distintivo matiz emancipador.

Funcionario sin estado y científico sin academia en la nueva república, Rivero emprendió un proyecto que, más allá de sus limitaciones y vacíos, nos habla de una creativa incubación del saber dentro de la circulación global del conocimiento en la primera mitad del siglo XIX. En los oficios a propósito de la “Exposición”, insistió que el material a comprar en España serviría ante todo para “desarrollar en él el estudio de las artes y ciencias” (1856c). Junto a las ‘varias ruinas’

en tanto evidencia fragmentaria, las artes y las ciencias constituyeron el enfoque prevalente de su reflexión sobre el Perú. Una vez más, el aporte crítico de esta obsesión no residía en el tema en sí mismo, sino en el modo de conceptualización. En su formación como ingeniero de minas en París, Rivero internalizó la premisa de que los objetos, herramientas, procedimientos y redes sociales movilizados por las artes y las ciencias constituían un acervo desde el cual se accedía a la intrínseca capacidad de un grupo humano para comprender su territorio, organizarse en él, transmitir los saberes y asegurar la futura habitación. Ilustrada y romántica, esta premisa viajó a los Andes y se enfrentó a las fuerzas desintegradoras –disciplinarias, políticas y culturales– que se apoderaban de la nueva república y del discurso sobre ella. Desde las profundidades del fragmentado mundo minero, frente fundacional de su reflexión, las artes y las ciencias darían vida a un horizonte de lectura desde el cual concebir y rearticular las ‘varias ruinas’ hacia una renovada idea del Perú. Es al resultado multidisciplinario, transatlántico y muy andino de dicho horizonte de lectura al que llamaré la *perspectiva tecnológica*. Esta noción de tecnología, aunque enraizada en un discurso ingenieril de origen europeo, adoptó una configuración localizada y en diálogo con los problemas y retos del Perú contemporáneo. Ella devino la emancipadora premisa articuladora que enlazaba pasado y presente, así como territorio, poblaciones y organización política. Esta tesis estudia su constitución y plasmación discursivas, así como los vaivenes de la variada serie de premisas epistemológicas e historiográficas que movilizó en su camino.

La naturaleza y la historia, paradigmas de lo inconmensurable

El Perú participó en la Exposición Universal de París de 1878. Una anécdota rodeó el montaje de su pabellón: aunque de un diseño que semejaba las formas de las edificaciones incas, se retiraron de la portada dos maniqués que representaban a pobladores indígenas prehispánicos

por temor de que los asistentes pensasen que los peruanos del día se veían igual. En reemplazo, se colocaron dos tapadas limeñas (Villacorta 2007: 40). Un catálogo se distribuyó para presentar el pabellón. La introducción, *Idea general del Perú*, fue escrita por Antonio Raimondi, naturalista italiano que, a causa de la bonanza económica por las ventas del guano y el salitre, se había convertido desde hacía dos décadas en el científico oficial del Estado. Como en el resto de su obra, Raimondi conceptualizó y presentó el territorio peruano desde una visión extractivista. Acorde con el contexto disciplinario y político, su representación natural del Perú se alineó con la visión de una clase gobernante que concebía “the modern state as part of a natural continuum that began with a heroic Inca past” (Villacorta 2012: 193). La exaltación del pasado inca y la exclusión del presente indígena como en el pabellón en París, junto a la unívoca imagen de un territorio con abundantes recursos naturales, constituían inalienables principios para la reflexión científica y la representación cultural del Perú moderno hacia la década de 1870³.

Las premisas disciplinarias e ideológicas que encauzaron al Estado criollo decimonónico hacia esta autopercepción se explican en parte por el agresivo giro eurocéntrico que las ciencias naturales, el capitalismo y las humanidades consolidaron en este periodo. Sin embargo, las raíces filosóficas de tales premisas se remontan a mucho antes. A finales del siglo XVII, se forjó en Occidente la división cultura/naturaleza, la cual constituyó el principio ontológico seminal por el que Europa devendría inconmensurable, conceptual y materialmente, con las demás sociedades y sus sistemas culturales. Este principio influyó paulatinamente el pensamiento occidental y el de sus colonias, especialmente desde la Ilustración, y se manifiesta hasta hoy en varios discursos

³ Sobre Raimondi, su labor y sus redes intelectuales, ver Seiner (2003), Mc Evoy (2013) y Villacorta (2008, 2012). El implícito contraste entre la perspectiva naturalista de Raimondi y la tecnológica de Rivero no pretende disminuir el trabajo del primero. Sus contextos disciplinarios e ideológicos fueron diferentes y, de alguna manera, ambos extrajeron de sus respectivas disciplinas lo que consideraron más adecuado para construir una noción de desarrollo.

disciplinarios⁴. En consonancia, por ejemplo, para el caso de América, se desarrolló durante la Ilustración una influyente perspectiva historiográfica: narrar la expansión universal de la mente europea por un lado y una defectuosa experiencia de las culturas indígenas americanas por otro. La inconmensurabilidad entre los dos sistemas aquí supone que, cuando se habla de ciencia o de estética, así como de asuntos prácticos como tecnología (sistemas de escritura, artes mecánicas, arquitectura, etc.), ambos mundos no pueden ser parte del mismo relato. Para el pensamiento histórico ilustrado, estas fuerzas excluyentes fueron tan poderosas y sugestivas que el Nuevo Mundo y sus habitantes fueron “very nearly excluded from ‘history’ as it came to be imagined, and relegated to the alternative conceptual universe of ‘nature’” (Pocock 158). El discurso y la representación de la naturaleza, a su vez, encumbraría paulatinamente visiones que, por ejemplo, harían de los trópicos “places awaiting rational exploitation by Europeans” (Stepan 54). Estos paradigmas disciplinarios y sus metodologías derivadas contribuyeron a que nociones como ciencia y progreso primero, así como modernidad y tecnología luego, fuesen concebidas teleológica y eurocéntricamente. La legitimidad de estas nociones y paradigmas continuó su rumbo y, para la segunda mitad del siglo XIX, gozaban de primacía y verosimilitud. El pabellón peruano en París, mezcla de abundancia natural, elogio a los Incas y exclusión indígena, era una versión contemporánea del filtro eurocéntrico que dominaba la visión sobre la naturaleza y la historia. El positivismo científico que se impondría en la década siguiente en buena parte de la intelectualidad peruana no haría sino agudizar estas tendencias.

Sin embargo, las respuestas a este paulatino proceso de autolegitimación de Occidente a través de las ciencias, la historia y la representación no se hicieron esperar. En el mismo siglo

⁴ Bruno Latour (1997) y Philippe Descola (2005, 2011) han escrito amplia e influyentemente sobre este asunto. Ambos coinciden en que la división entre naturaleza y cultura, paradójicamente, se dio cuando se producían visiblemente, en la ciencia y la tecnología, objetos e ideas que las mezclaban y asumían su índole mixta. El problema fue que se dio también una purificación o borramiento de ese contexto múltiple.

XVIII, por ejemplo, esfuerzos académicos e institucionales confrontaron la exclusión ‘filosófica’ de América y sus poblaciones –básicamente las criollas– de parte de los paradigmas ilustrados ‘universales’. La “Disputa del Nuevo Mundo”, estudiada por Antonello Gerbi, es el caso más significativo del periodo⁵. El estudio de Gerbi (1973) representó una postura historiográfica que, rescatando polémicas del pasado y pensadores originales, pretendió demostrar que América, su naturaleza, historia y poblaciones habían operado como entidades maleables al servicio del desarrollo de la perspectiva eurocéntrica⁶. Estudios posteriores expandieron esta senda al analizar cómo la formación moderna de Europa, material e intelectualmente, dependió estrechamente de América⁷. Parte de la historiografía actual, sin embargo, aunque reconoce los aportes y continúa la senda general, ha identificado ciertos límites en tales aproximaciones. En general, se observa que se ha continuado obviando la inclusión de otros actores, periféricos o subalternos, para el estudio del pensamiento crítico americano y sus elaboraciones discursivas más creativas ante los embates de las fuerzas eurocéntricas⁸. Incluir tales actores contribuye a cuestionar las narrativas

⁵ Gerbi analizó la polémica sobre la supuesta inferioridad de las Américas que enfrentó a ilustrados europeos como Georges Louis Leclerc de Buffon y Cornelius de Pauw, por un lado, y a americanos como Thomas Jefferson y los exiliados jesuitas, por el otro. Según Gerbi, los cronistas españoles del temprano periodo colonial como Gonzalo Fernández de Oviedo o José de Acosta no elaboraron tesis generales sobre la inmadurez o degeneración de América a partir de ciertos datos empíricos, mientras que los ilustrados noreuropeos lo hicieron en base a datos similares a causa de un arrogante “abuse of formal logic” (xi), el cual en Hegel alcanzaría un “fatuous splendor” (xi).

⁶ Gerbi circunscribió este proceso al periodo ilustrado. Otras lecturas de la época como la de Edmundo O’Gorman en *La invención de América* (1958) ampliaron dicha maleabilidad a los mismos inicios de la Conquista. O’Gorman sostiene que, en los primeros escritos europeos, el continente americano fue concebido como un ente cuyo ser era descubrible (pues de hecho se lo trataba como descubierto) y que ello constituyó “la premisa ontológica y la premisa hermenéutica, respectivamente, de donde depende la verdad que elabora aquella historiografía” (53).

⁷ Las ideas desarrolladas por John Elliot (1992) han sido influyentes al respecto. Más recientemente, Elliot (2006) ha estudiado las semejanzas inadvertidas entre las colonizaciones inglesa y española, las cuales habían sido ocultadas por la historiografía dominante al entenderlas como opuestas. En esta línea general de trabajo, se ubican también los clásicos estudios de Greenblatt (1991), Grafton (1992) y Padgen (1993).

⁸ Marcy Norton (2017), por ejemplo, critica a Elliot (2006) concentrar su atención en las élites y en el vínculo con sus metrópolis, dejando de lado a otros actores. Norton pregunta retóricamente: “But even putting aside the ethical and political implications of such a choice, is it really possible to understand the ‘development of the settler societies’ without also centering the histories of subalterns among whom the settlers lived?” (22). Por su parte, Jorge Cañizares-Esguerra (2001) ha estudiado la obra de ilustrados ibéricos y americanos –especialmente novohispanos– en la “Disputa

hegemónicas y da mayor evidencia del carácter ideológico del eurocentrismo⁹. Para el estudio de la historiografía sobre la naturaleza americana y el pasado prehispánico, se ha insistido también en la necesidad de rescatar la índole circulatoria y fluida del conocimiento¹⁰. Ya sea para desmontar posturas hegemónicas como la expansión unidireccional del saber, la visión de América Latina como fuente de materias primas, la inconmensurabilidad de los sistemas culturales indígenas o la superioridad de las estéticas occidentales, el énfasis en una aproximación a partir de redes ha permitido develar la naturaleza contingente de las disciplinas y sus objetos de estudio, así como de la representación y sus formas estéticas¹¹.

Respecto de estos debates, el caso de Mariano de Rivero es interesante en función de las coordenadas históricas y disciplinarias que rodearon su trayectoria en la primera mitad del siglo XIX. Geólogo e ingeniero de minas, su obra recae primero en la historia de la ciencia. En la

del Nuevo Mundo” a fin de demostrar que hubo un profundo trabajo de renovación historiográfica que evidencia “epistemological critiques” (8) a la intelectualidad noreuropea. Cañizares-Esguerra propone que Gerbi no se planteó una pregunta crucial: “...upon whose sources and authority to write the history of the Americas?” (6).

⁹ Se ha señalado también la necesidad de cuestionar la hegemonía de los paradigmas críticos occidentales por sobre aportes teóricos de cuño americano o, en general, de las llamadas periferias o Sur Global. Trabajos relevantes en esta crítica hacia los paradigmas y discursos teóricos de Occidente, desde diferentes temas y geografías, son Chakrabarty (2000), sobre la escritura de la historia desde contextos postcoloniales; Bray (2012), sobre la necesaria expansión de la noción de tecnología; y Hunt (2015), sobre los peligros y retos del paradigma de la globalización.

¹⁰ En la teoría crítica latinoamericana, la noción de colonialidad del poder de Aníbal Quijano se corresponde con la crítica a la inconmensurabilidad elaborada en la historia de la ciencia y el conocimiento. Según Quijano (1997; 2000), la colonialidad del poder supuso la organización y control del conocimiento, así como de los grupos sociales y sus relaciones intersubjetivas, de modo que se creó una relación asimétrica entre Europa y las periferias/colonias. En la línea decolonial, ver Dussel (2015), Castro-Gómez (1995, 2018) y Moraña (2018). Una referencia central para Quijano y los otros exponentes de la decolonialidad la constituye Wallerstein (1974) y su noción de “sistema-mundo”.

¹¹ Como señalan David Chambers y Richard Gillespie (2000), un aporte fundamental para la historia de la ciencia ha sido el trabajo de Bruno Latour (1987, 1997). El teórico francés ha insistido en la contingente relación entre ciencias y modos de pensamiento (o ideologías), así como en la centralidad de una red internacional de instituciones que permitieron su desarrollo moderno. Ver también McLeod (2000). Estudios críticos para el mundo ibérico desde esta perspectiva general son Barrera Osorio (2006), Lafuente (2000), Pimentel (2000); con énfasis especial en el conocimiento indígena, ver Chambers y Gillespie (2000) y Safier (2010). La historia del coleccionismo, el anticuarismo y la arqueología ha seguido también la ruta crítica de reconstruir y pensar los objetos de estudio desde las redes de circulación. Ejemplos de esta bibliografía son Podgorny (2008), Achim (2010), Pillsbury (2012), Kohl, Podgorny y Gänger (2014) y Gänger (2014).

historiografía peruana, se tiende a pensar que la primera mitad del XIX, aunque las tuvo, careció de iniciativas científicas relevantes dada la inestabilidad política por las guerras civiles; y de hecho, Rivero es visto como una destacable excepción, aunque de limitada acción (Gootenberg, 1993: 105; Villacorta 2008: 225; 2014: 174; Contreras y Cueto 115). Esta lectura se sustenta en la falta de soporte institucional, ya que este apareció en la segunda mitad del siglo gracias al contexto de solvencia estatal por las ventas de guano y salitre. Por ello, para la historiografía, la figura científica decimonónica es Antonio Raimondi. La escasa bibliografía que ha abordado la labor científica e ingenieril de Rivero ha oscilado entre la biografía, el elogio y el recuento descriptivo de su labor burocrática (Alcalde Mongrut 1964; Málaga 1998; Alaperrine-Bouyer 1999; Deustua 2017). Pese a los valiosos datos, no ha habido una preocupación por clarificar cómo entendía las disciplinas en las que se desempeñó ni cómo ellas fueron practicadas en su particular contexto social y político¹². Por otra parte, anticuario y primer director del Museo Nacional, su trayectoria recae también en la historia del coleccionismo y la arqueología. En esta, se lo ha leído bajo un aura de ‘protoarqueología’ (Rivasplata 96; Bonavia 11; Kauffman Doig 24; Porras Barrenechea 58) o directamente ‘arqueología’ (Alcina 1965: 29; Tantaleán 2014: 24; Coloma 5). Sin embargo, en ninguno de estos dos casos se ha explicado cómo entendía Rivero la disciplina arqueológica ni cómo concebía las escrituras histórica y anticuaria, dentro de las cuales se ubicaba aquella nascente disciplina en la década de 1840. Se ha descrito su interés por la cultura material prehispánica desde marcos como la historia de la arqueología centrada en las instituciones o la historia conservadora que lee las colecciones como emblemas de la nación. Por último, trabajos más recientes que han analizado su obra sobre recursos naturales (Cushman 2011) y el pasado prehispánico (Turner

¹² Mención especial merece Arturo Alcalde Mongrut (1854, 1957, 1964, 1966). Este ingeniero químico amante de la historia dedicó mucho esfuerzo a reunir información y estudiar la dimensión química de la obra científica de Rivero.

2011) lo han hecho bajo el marco de los estudios culturales y poscoloniales. Aquí, se ha insistido en su condición de criollo y científico educado en Europa para asociarlo a las fuerzas hegemónicas decimonónicas que subordinaron el Perú a un entendimiento eurocéntrico de la modernidad.

El proyecto intelectual de Rivero debe leerse en su contexto histórico y disciplinario, y a través de las redes que lo educaron, transportaron sus trabajos y estimularon su incansable empeño por localizar y rearticular el conocimiento. Historiográficamente, esta aproximación a su trayectoria intelectual y su visión del Perú se aleja de la tendencia, en los estudios decimonónicos sobre el estado-nación, a subvalorar a los actores criollos, como si tal condición implicase una inmediata limitación cultural y política sin matices. Ser criollo en el XIX se ha asociado a ser partícipe pasivo de la formulación de nociones como naturaleza e historia (especialmente la prehispánica) en la senda eurocéntrica de la inconmensurabilidad. Los aportes de los estudios que privilegian el análisis de la formación del estado-nación a través de sujetos o comunidades considerados subalternos –muy sanos metodológicamente– no deben traducirse en la idea de que solo dichas fuentes permiten un análisis novedoso de asuntos decimonónicos ni obstaculizar la justa evaluación de empresas criollas y sus potenciales aportes a debates contemporáneos¹³. Tampoco, ya sea a través de un sujeto criollo o uno ‘subalterno’, debe asumirse que paradigmas disciplinarios y categorías de análisis significaron lo mismo durante todo el siglo XIX. Al respecto,

¹³ Para la historiografía decimonónica sobre el estado-nación y las elaboraciones intelectuales de una imagen del Perú, Joseph Dager (2009) señala: “Entonces, nuestra línea de investigación se encuentra distante de la perspectiva que plantea que esas imágenes se hicieron con el objetivo consciente de darle un uso funcional y de clase al pasado para legitimar las exclusiones del presente. Sin duda existieron intereses como aquellos, pero, no hay aquí una imposición sistemática de las estructuras de poder, más todavía en el Perú decimonónico con un Estado continuamente en construcción que no siempre logró apoyar las iniciativas de la sociedad civil” (22). Por otra parte, debe insistirse en que la valoración de proyectos criollos, liberales y modernos, no debe producir el efecto contrario: restar atención a los trabajos desde actores entendidos como subalternos. En un artículo fundador para el estudio del estado-nación desde poblaciones subalternas en el Perú, Jean Piel (1970) señala que “[t]he history of the relations between the peasantry and the nation as a whole in the nineteenth century shows the great importance of the peasantry in the period” (131). Clásicas contribuciones en la etnohistoria andina desde esta metodología y a través del campesinado son Manrique (1981) y Mallon (1995), trabajos de extraordinaria documentación y preciso análisis.

desde la historia de las colecciones, museos y anticuarios, Miruna Achim e Irina Podgorny han elocuentemente señalado:

Curiosamente, este tipo de trabajos [en los estudios culturales y postcoloniales] refuerza las conclusiones de la historiografía más tradicional sobre las ciencias y sus instituciones: el papel fundamental que habrían tenido en la creación de los estados nacionales ya no como vehículo de progreso sino de dominación y consolidación del lado oscuro de la modernidad. No solo eso: esos trabajos proyectan hacia el pasado conclusiones que proclaman para el fin del siglo XIX, haciendo que la palabra y la institución ‘museo’ equivalga a lo mismo en todas las épocas y lugares. (2014: 21)

El proyecto intelectual de Rivero pertenece a la primera mitad del siglo XIX. Fue un proyecto burgués en tanto él era portador de una forma de pensar que creía en la apertura de un tiempo nuevo y fue también moderno en tanto era un agente de las ciencias naturales y su certeza de poder reorganizar la realidad¹⁴. Atendiendo a la advertencia de Achim y Podgorny, debe evitarse todo marco para el estudio de las ciencias, el estado-nación y la representación cultural que impida develar la contingencia y la fluidez constitutiva de sus paradigmas. A diferencia de las coordenadas políticas que dieron vida al pabellón peruano en París y de la alta verosimilitud de los entendimientos eurocéntricos en la segunda mitad del siglo XIX, el contexto inestable de Rivero le ofreció una paradójica oportunidad: funcionario sin Estado y científico sin academia en la naciente república, recurrió a las disciplinas, redes y metodologías que tuvo a la mano a fin de elaborar creativamente una perspectiva y un lenguaje que articulasen las ‘varias ruinas’ del Perú.

¹⁴ Reinhart Koselleck (1993) señala que una característica distintiva de la mentalidad burguesa en el periodo de creación de los estado-nación fue la conciencia de hallarse en una época nueva. Esta conciencia se fundaba en la noción de progreso: “Progress opened up a future that transcended the hitherto predictable, natural space of time and experience, and thence –propelled by its own dynamic– provoked new, transnatural, and long-term prognoses” (17). En la historiografía peruana, es sobre todo en la segunda mitad del siglo XIX donde se han concentrado, con más evidencia, los estudios sobre empresas criollas que, desde la mentalidad burguesa, contenían fuerzas democratizadoras para la construcción del estado-nación. Ver por ejemplo Mc Evoy (1997, 2004) y Forment (1999).

Entre el espíritu ilustrado y el influjo romántico: la variable del pensamiento geológico

En junio de 1826, cinco meses después de haber llegado a Lima desde Bogotá, Rivero le escribió a Humboldt sobre su encuentro con Simón Bolívar, por entonces Dictador Supremo del Perú y Presidente de la Gran Colombia. Le agradeció por la carta de recomendación “la cual me ha servido muchísimo” y agregó: “El gran Bolívar ha hablado conmigo y en Público sobre sus colosales conocimientos, amabilidad, hospitalidad, genio y talentos que me han llenado de satisfacción” (Ms 1826f). Bolívar y Humboldt se conocieron en París en 1805 tras el regreso de este último de su épico viaje a América, y se volvieron a ver más tarde en Roma. En Italia, se cree que ascendieron juntos el Vesubio; sin embargo, aunque en momentos diferentes, es otro volcán, uno americano, el que une a estos dos hombres: el Chimborazo, considerado entonces la cima del mundo. Humboldt intentó escalarlo y, aunque no lo consiguió, lo inmortalizó en su famoso mapa transversal de los Andes, donde sin abandonar el espíritu de su educación ilustrada lo reorientó al no crear teorías especulativas, sino describir los detalles a fin de “reconstructing experimental philosophy as analysis” (Dettelbach, 2001: 17). La convicción ilustrada de poder conocer racionalmente la naturaleza y la búsqueda romántica de la unidad de ella constituyeron los marcos generales de los escritos sobre América que Humboldt comenzó a publicar cuando conoció a Bolívar en París. Por su parte, Bolívar ascendió el Chimborazo en 1822 o 1823 tras sellar militarmente la independencia de la Gran Colombia. Antes de seguir camino para liberar el Perú, escribió una suerte de delirio político con el volcán como palestra: “Y arrebatado de la violencia de un espíritu desconocido para mí, que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. [...] Un delirio febril embargaba mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía” (236). Bolívar también se formó bajo el espíritu de la Ilustración, de manera que valores

como la libertad y la educación eran centrales en su visión para las nuevas repúblicas. En su delirio en el Chimborazo, dada la referencia a Humboldt, puede leerse también el influjo romántico de la unidad: aquí no de la naturaleza y el conocimiento, sino de ella y la conformación política del nuevo territorio independiente.

Entre el espíritu ilustrado y el influjo romántico, no hubo ni vía ni destino unívocos. En Rivero, el espíritu ilustrado se manifestaba en su confianza en la razón y en las ciencias para el estudio de la naturaleza y la historia, mientras que el influjo romántico en su esfuerzo por articular los recursos naturales y el pasado prehispánico como partes integrales de la unidad de la nación. En relación con lo primero, puede mencionarse uno de los planes que envió al Gobierno en marzo de 1826 apenas contratado. En el “Proyecto de un Ateneo Peruano”, dirigido a Bolívar, planteó la institucionalización de “reuniones de hombres de conocimientos que comuniquen sus ideas, y descubrimientos, en beneficio de la sociedad” (Ms 1826g). Concebido a la luz de las Academias ilustradas europeas, al Libertador estas líneas debían resonarle profundamente:

¿Será la Europa más protegida por la naturaleza que nuestra América? ¿Serán sus habitantes más ávidos de los conocimientos que ennoblecen el entendimiento humano, que los de estos climas deliciosos en donde se observa la imaginación más perspicaz en sus moradores, que solo por falta de una educación bien dirigida, y de emulación, no llega a la madurez que se desea, careciendo por esta causa de los honores y privilegios a que aspiran los grandes genios para colocarse en el Templo de Minerba [sic]? (Ms 1826g)

El aura de la “Disputa del Nuevo Mundo” es evidente, pero para Rivero –como para Bolívar y Humboldt– tal coordenada era ociosa. Las preguntas retóricas tenían una respuesta evidente: el Perú era una república “llamada a competir por mil circunstancias favorables con los Estados más florecientes”¹⁵. La confianza en la razón sostenía su visión ilustrada sobre la naturaleza y sus

¹⁵ Bolívar circuló el plan al ministro respectivo y, al margen, escribió: “Sr. Ministro: El Sr. Rivero me ha presentado el adjunto proyecto de Ateneo. Basta el fin solo para el ilustre Ministro del Interior lo proteja = suyo con la mayor consideración. SOS Bolívar =” (Rivero 1826g).

recursos, y sobre la capacidad americana para organizarse, crear conocimiento y divulgarlo. No obstante, el Perú del momento era una república débil que, tras la partida de Bolívar en setiembre de 1826, se vería dominada por fuerzas implosivas que llevarían a un largo periodo de guerras civiles. El proyecto de la nación libre estaba en peligro: ese fue el contexto en que el influjo romántico de la búsqueda de unidad halló en Rivero una veta donde germinar creativamente.

La idea de nación en el XIX fue también un producto discursivo entre la Ilustración y el Romanticismo. La bibliografía sobre el tema es abundante y no hay ni una definición ni una perspectiva que satisfaga todos los casos¹⁶. Sin embargo, algunas coordenadas pertinentes al caso de Rivero pueden identificarse. Desde Alemania a inicios del siglo XIX, aunque enraizada en el espíritu crítico de la Ilustración, la perspectiva histórica abierta por intelectuales como Wilhelm von Humboldt y Leopold von Ranke, entre otros, confrontó la vía filosófica especulativa de sus precedentes dieciochescos. Esta historiografía estimuló el estudio de asuntos particulares a través de abundante información primaria. De esta manera, se convirtió a la historia en una disciplina independiente de la filosofía y en una ciencia: fundaba su autonomía en una metodología¹⁷. El paralelo influjo romántico desde la literatura y la *Naturphilosophie* contribuyó paulatinamente a

¹⁶ Clásicos análisis de la categoría de nación como construcción política moderna son Gellner (1983), Hobsbawm (2012) y Anderson (2006). Por otra parte, lecturas desde perspectivas que enfatizan lo periférico o subalterno son Smith (1991), Chateerjee (1993) y Bhabha (1990, 2004).

¹⁷ Los orígenes del historicismo alemán pueden rastrearse al Instituto de Historia de la Universidad de Göttingen, cuyas premisas y metodologías no fueron, por cierto, ni lineales ni monolíticas. Hacia 1764 cuando fue fundado por Johann Gatterer, su propuesta de una “history in all its breadth” (Gierl 270) era dependiente de la Ilustración y su Historia Natural. Sin embargo, para inicios del XIX, se asociaba al estudio de los productos del intelecto humano, es decir, sus ritos, sus instituciones, sus leyes, artes y ciencias. Según Anthony Grafton (2007), si se buscaba un punto de inicio, este instituto marcaría la emergencia de la historiografía moderna: la historia ya no era concebida como un tema de estudio sino como un objeto complejo de investigación (190). El historicismo alemán se engarzó con esta tradición crítica. En líneas generales, sus representantes creían que el estudio del pasado debía brindar conocimiento sobre el presente (Maurer 10) y, sin relativismo alguno, creían que cada diversa cultura del mundo reflejaba los varios aspectos de una “metaphysical reality beyond the historical world” (Iggers 14). En el contexto de las historias nacionales, se creía que tal perspectiva ayudaba a revelar el espíritu y carácter de un pueblo (Gierl 286-287).

que las experiencias colectivas se convirtieran en un enfoque predilecto de la reflexión histórica¹⁸. Cuando el tema de estudio era una nación, el objetivo era identificar lo que hacía singular a cada una. Varias propuestas se hicieron para hallar dónde residía el ‘espíritu’ de cada nación y, desde esos proyectos, varios entendimientos de ella pueden desprenderse. En el amplio rango semántico e intrincada conceptualización, la nación en Rivero puede leerse entre la “gran solidaridad” (241) propuesta por Ernest Renan (1996) en 1882 y la advertencia del historiador Erick Hobsbawm (2012) de entenderla para el periodo revolucionario y el inmediatamente posterior como la expresión de “the common interest against the particular interests” (20). En ambos casos, el modelo no es étnico ni lingüístico sino cívico, como Rivero lo expresase en su plan enviado a Bolívar y en muchos otros documentos burocráticos y trabajos académicos. Sin embargo, el entendimiento cívico o solidario de la nación no explica por sí mismo cómo ella se expresaba en el discurso ni a qué lenguaje se debía recurrir para enunciarla.

Este es el punto exacto donde el pensamiento geológico allanó la reflexión de Rivero sobre las ‘varias ruinas’, es decir, su posicionamiento en la dialéctica entre espíritu ilustrado e influjo romántico acerca de cómo pensar y escribir sobre la naturaleza y la historia del Perú. Cuando Rivero se educó en París, la geología era una disciplina bien estructurada y muy debatida. Ella había emergido a fines del siglo XVIII como una nueva ciencia que confrontaba parte de la Historia Natural. Por entonces, la mineralogía defendía una aproximación ilustrada y taxonómica: rocas y minerales debían estudiarse químicamente a fin de clasificarlos. El alemán Abraham Werner,

¹⁸ Isaiah Berlin (2014) señala que este fue proceso iniciado en el ámbito intelectual alemán de fines del XVIII e inicios del XIX: “But whatever its vices as a piece of metaphysical architecture [of *Naturphilosophie* thinkers], the vehicle in which the Romantics expressed their thoughts must not blind us to the fact that they used such terms as ‘the spirit’ or ‘the absolute’, to some degree at least, to convey the unity of social and historical patterns, the interconnection between apparently widely different aspects of human life, the existence of characteristics which apply not to individuals but only to collections of them, and whose presence makes us speak of such collections as wholes or systems or organisms rather than mere heaps or aggregates” (293).

desde la Escuela de Minería de Freiberg, introdujo una variable nunca antes pensada: “...the temporalization of mineral natural history” (Albuty & Olroyd 201). Werner propuso abandonar el enfoque químico y más bien orientar el estudio hacia la identificación de su época de formación como agrupaciones o capas. Se introdujo el tiempo en el inerte reino mineral, de manera que estas ideas revolucionarias hicieron posible la investigación histórica de la Tierra. Así como la nueva ciencia histórica –al proponer como ejes la necesidad de temas particulares y abundantes fuentes primarias– había confrontado los ‘sistemas’ ilustrados dados a la especulación filosófica, la geología se definió “as a soberly empirical science devoted to detailed description and careful inference” (Rudwick, 2005: 468). El nuevo entendimiento para el estudio de la historia humana fue paralelo a la emergencia de una historia de la Tierra a partir de sus fragmentos, las rocas y minerales. Ambas ciencias tenían en común el distanciamiento crítico de ciertas premisas de la Ilustración¹⁹. Más aun, la temporalidad de la Tierra abierta por el pensamiento geológico estimuló una renovadora corriente de efectos multidisciplinarios de cara a la escritura de “historias”. En *Les mots et les choses* (1966), Michel Foucault sostiene que, a comienzos del siglo XIX, fue sobre todo Georges Cuvier quien lideró un cambio de *episteme*: al volver su eje la anatomía y no la clasificación taxonómica, así como el organismo y no la estructura externa visible, enrumbo las disciplinas sobre los seres vivos hacia una nueva, la biología, y con ella abrió la posibilidad de

¹⁹ La influencia entre historia moderna y geología histórica es intrincada y de dirección doble: ambas se influyeron en variados momentos. Sobre la influencia de la geología en la reflexión histórica, por ejemplo, Rachel Laudan (1987) afirma: “Werner’s geology pushed back before the appearance of men on earth, serving as the backdrop to the cultural history that could be written for the period of man’s habitation. His insistence on the examination of the rocks was the geological equivalent of the historian’s examination of the texts” (111-112). Por otra parte, Martin Rudwick sostiene la hipótesis de que la geología emergió gracias a las premisas y metodologías de la nueva ciencia histórica: “What was appropriated by naturalists, and transposed by them into the natural world, was not grandiose philosophical or conjectural history but rather the Cinderella that was scorned by the philosophes: erudite histories of more limited scope, based on detailed critical study of massive documentary evidence. Put another way, the historicization of the earth came from the transposition of those historical studies that were analogous to the empirically oriented sciences of the earth, and not from those analogous to the genre of speculative geothory” (1997: 182).

escribir una historia de la vida (275-292)²⁰. Albury y Oldroyd (1977) proponen que la emergencia de la biología tal como Foucault la reconstruyó se corresponde con la de la geología histórica. Martin Rudwick (2005) señala que, aunque fue un proceso de múltiples estudios y voces, fue Cuvier quien con “particular authority” (468) marcó el abandono de los ‘sistemas’ filosóficos ilustrados para el estudio de la Tierra en favor del trabajo desde la abundante descripción.

El pensamiento geológico fue central en la educación de Rivero como ingeniero de minas en la *École des mines* de París y también en sus clases en el *Jardin des plantes*, donde entre otros tuvo como profesor a Cuvier. A un nivel teórico, la geología le otorgó la certeza de que las rocas y sus formaciones eran remanentes del largo proceso de formación de la Tierra. En otras palabras, el impacto en su pensamiento consistió en considerar que todo fragmento mineral era depositario de alguna forma de temporalidad. Dado que la geología tenía ya, durante su educación europea, una fluida relación con la escritura histórica y su insistencia en la abundancia de fuentes para la reconstrucción del pasado, esa misma convicción sobre el reino mineral como fragmentos cargados de tiempo lo llevaría a esta premisa: las ‘varias ruinas’ del Perú en tanto entes cargados de historicidad podían rearticularse hacia una narrativa para el tiempo republicano. Esta seminal premisa epistemológica e historiográfica nunca tuvo una explícita formulación, ya que la pluma de Rivero era altamente descriptiva y funcional. Fue más bien el sostén implícito de un consciente proyecto: el contexto de crisis de la temprana república lo haría regresar sobre sus paradigmas y, en las redes fluidas del conocimiento, buscaría reorientarlos en función de los retos del Perú como territorio, historia y población heterogénea.

²⁰ Según Foucault, Cuvier introdujo la discontinuidad de las formas vivas en la estructura más bien fija de la Historia Natural, de modo que se pudo concebir “una gran deriva temporal” (288). La ruptura del espacio natural y de sus predecibles estructuras abrió el pensamiento: “La historicidad es entonces introducida ahora en la naturaleza, o más bien en lo viviente. Pero ella es allí más que una forma probable de sucesión: constituye un modo fundamental de ser. Sin duda, en la época de Cuvier, no existe aún una historia de lo viviente como aquella que describirá el evolucionismo; sin embargo, lo viviente es pensado desde aquí a través de las condiciones que le permiten tener una historia” (288).

Rivero no ascendió el Chimborazo ni escribió sobre él, pero sí conocía profundamente la ciencia que estudiaba los volcanes: la geología²¹. En la dialéctica entre espíritu ilustrado e influjo romántico, el volcán no conducía ningún observador hacia una idéntica ruta. Todo es contingente al individuo, el contexto y sus redes de acción: Humboldt se preocuparía por observar desde el Chimborazo “the co-variation of phenomena through more or less precise instruments and languages” (Dettelbach, 2001: 17) en contraste con el saber especulativo de los *philosophes*; mientras Bolívar –bajo el aura de la explosión volcánica– formularía la inminencia de la catástrofe como eje retórico para justificar sus ambiciosos proyectos emancipadores (Zea, 1980: 68) en su lucha contra la política imperial española. En ambos, la amenaza de la fragmentación fue un estímulo para la síntesis: el Chimborazo era una potencial fuente de destrucción, pero también la coordenada para vislumbrar la unidad. En Rivero, la dialéctica entre espíritu ilustrado e influjo romántico no tendrá la lumbré estética de Humboldt y Bolívar. Aunque compartió la visión científica con el primero y la meta republicana con el segundo, el viaje transatlántico de sus paradigmas y su reflexión sobre la fragmentación de las ‘varias ruinas’ del Perú tuvieron un específico escenario inicial que marcó toda su trayectoria: la corrompida realidad de las minas andinas. La perspectiva tecnológica que iría dominando su escritura desde 1828 se sostuvo teóricamente en el pensamiento geológico, pero sus raíces prácticas provinieron del encuentro con las minas subterráneas.

La melancolía y la escritura tecnológica

El influyente intelectual José de la Riva Agüero emprendió en 1912 un viaje por la sierra peruana, desde Cusco hasta Huancayo. Su meta era hallar una esquiua sustancia andina para el

²¹ Rivero sí escribió sobre otro famoso volcán andino, el Pichincha, cuya descripción envió a Humboldt (Ms 1826f).

proyecto nacional, el cual hasta entonces los criollos habían dominado. Pese a que concluiría que la nación peruana “ha vivido y vive de dos patrimonios: del castellano y del incaico” (147) y argumentaría por el fin del gamonalismo que oprimía a los indígenas, sus páginas expresan la verosimilitud discursiva de un motivo para conceptualizar y narrar los Andes: la melancolía. Consolidado a partir de la segunda mitad del siglo XIX a través de la estética romántica, Riva Agüero recogió el motivo. En *Paisajes peruanos*, la representación oscila entre la tímida belleza que la monótona cordillera infunde y la imaginación erudita que el saber libresco del autor proyecta sobre el espacio recorrido. Dentro de este tejido discursivo, el territorio, las ruinas incas y la población contemporánea se leen siempre desde el aura de una grandeza pasada, de modo que la recurrente melancolía se actualiza. Tras visitar el pueblo de Vilcas o Vilcashuamán en Ayacucho, por ejemplo, Riva Agüero sentenció elocuentemente: “Restos de un gran naufragio histórico bajo la luz del poniente, dijérase que las ruinas de Vilcas entonaban un cantar desesperado, más desvalido y angustioso que la música de las quenás. Opulencia extinta y plañidera tristeza legendaria, dos notas que resumen el alma de la Sierra del Perú” (93). Para inicios del siglo XX, el “ambiente melancólico” (93) de la naturaleza y la historia humana de los Andes peruanos era más que un motivo narrativo: era una característica innata cuya verosimilitud para todo tipo de discurso, científico o humanístico, podía difícilmente eludirse o discutirse. Antes de la irrupción de las prédicas de Julio C. Tello desde la arqueología moderna y de Luis Valcárcel desde una nueva etnología, el futuro discursivo de la indigeneidad era, valga decirlo, melancólico²².

²² Frank Salomon (1985) destaca el hecho de que Valcárcel fue crucial en el giro definitivo hacia el trabajo etnológico de campo, el cual justificó por varias razones, “but the first and the dominant one was to demonstrate that Andean culture, far from dying in 1532, was still a part of Peru’s present and future” (89). Sobre Valcárcel, ver también Rénique (2013). En el caso de Tello, la defensa de las sociedades andinas radicaba en una vena más nacionalista: inició sus investigaciones arqueológicas proponiendo Chavín de Huántar como el origen de la civilización. Esta tesis polemizaba con la del arqueólogo alemán Max Uhle, quien sostenía una interpretación alóctonista que ubicaba el origen de todas las civilizaciones americanas en el área maya (Tantaleán 2008: 40).

Las ‘varias ruinas’ en Rivero deben entenderse no solo como remanentes concretos de algún sistema (político, discursivo o social), sino como productos y excesos de la representación cultural. Las ‘varias ruinas’, por ejemplo, no son directamente las ruinas prehispánicas en sí, sino la condición fragmentaria e incommensurable a la que habían sido arrojadas por las disciplinas respecto de la idea de un Perú moderno. Las páginas de Riva Agüero, pese a su propósito nacionalista y democrático, expresan tal encrucijada a través del sentido común de la melancolía. Esta era aun más verosímil en el discurso si uno miraba la historia y el presente del Perú no desde sus ruinas prehispánicas, sino desde sus minas: la historia de abuso por la mita, la corrupción general de su funcionamiento y su ubicación en las profundidades de la más alta cordillera eran signos inequívocos de melancolía. Pero no para todos. A través del descenso a las minas andinas, real y simbólico, Rivero se daría cuenta paulatinamente de que se necesitaba una visión general para narrar las ‘varias ruinas’ como lo que eran: tiempo (universal) e historia (local). La perspectiva tecnológica, pues, debe entenderse como la capacidad humana/universal para articularse con un territorio local, resolver problemas concretos y asegurar la transmisión de los conocimientos implicados. Y esta noción de tecnología, nacida de las entrañas metálicas de la alta cordillera, fue emancipadora en los Andes porque fue fundamentalmente anti-melancólica.

Diferentes esfuerzos críticos se han emprendido a fin de revertir las visiones eurocéntricas sobre la historia de la tecnología. En la antigüedad clásica, la teoría (*scientia* o *epísteme*) se definía como un conocimiento certero en base a la lógica del silogismo, mientras que la práctica (*praxis* o *experientia*) se dividía en dos: algunas disciplinas (historia, política, etc.) y las artes (*tecné*). Estas últimas se asociaban a un conocimiento meramente empírico, carente de certitud, y dedicado a producir objetos domésticos. Hacia fines del siglo XVII, esto mudó al irrumpir una jerarquía donde las artes pasaron a ser prestigiosas (Smith 89-91), proceso que coincidió con la emergencia de una

mirada hacia los pueblos no europeos (y sus culturas materiales) como primitivos²³. A partir de allí, durante la Ilustración y más aún con el desarrollo del mundo industrial, Occidente concibió las artes –especialmente las de carácter industrial– y toda extensión práctica del conocimiento científico como una cualidad diferencial transhistórica respecto de otras culturas (Del Valle 436-37). Este proceso ideológico sustentó paralelamente la gestación de una noción de tecnología que básicamente la circunscribió a la creación de herramientas o aparatos para intervenir y manipular el mundo natural. Además, se le adscribió una naturaleza teleológica y universal, y por eso ajena a los vaivenes del mundo cultural y político. Reconocer y superar estos componentes ideológicos ha constituido el primer paso para redefinir la categoría de tecnología de manera flexible y expansiva, es decir, libre de ataduras eurocéntricas y con mayor ductilidad ante variados casos de estudio²⁴. A partir de esta premisa inicial, diferentes modelos se han planteado: tecnología como formas de expresión cultural que encarnan una cosmovisión que organiza el mundo social (Bray 1998), como formas de relaciones sociales que la hacen necesaria y aseguran la distribución de sus procesos técnicos (Gell 1988), entre otros. En esta línea, Marcy Norton (2017) propone que una noción de tecnología, “capaciously defined” (18), constituye una categoría analítica efectiva para “moving away from cultural-evolutionary assumptions and approaching hegemonic and subaltern cultures without judgements about hierarchies of values” (26). Pensar, por ejemplo, las culturas

²³ El estudio de Joyce Chaplin (2001) sobre la valoración de la cultura material indígena de parte de los colonizadores ingleses es un buen ejemplo de este proceso en contexto americano aunque no hispano: “English had not begun to settle in the new world with the conviction that they had superior scientific and technological abilities, but they would later [by 1660s] think this way because they colonized America and invaded a people whom they would, in the end, decide that they could not think of as similar to themselves” (322-323).

²⁴ La idea de constructo social proveniente de la sociología se ha usado desde hace décadas para el estudio crítico de la ciencia y la tecnología. Respecto de esta última, el compendio *The Social Construction of Technological Systems* (1987) editado por Wiebe E. Bijker, Deborah G. Douglas, Thomas P. Hughes y Trevor Pinch, es considerado ejemplar. En este volumen de ensayos, la noción de tecnología posee tres ámbitos de definición: los artefactos, los procesos y “what people know” (xlii). Aunque decisiva en su momento, la idea de tecnología como constructo social es hoy para la literatura crítica un punto de partida y no el objetivo central del análisis.

materiales y las prácticas indígenas americanas bajo el lente de esta definición expansiva, agrega Norton, permite superar el eurocentrismo discursivo y devenir en “entangled histories in which subalterns are involved” (25)²⁵. Para este propósito, la textualidad creada por la cultura letrada y la burocracia española colonial contiene abundante información etnográfica y constituye una de las vías privilegiadas para emprender la tarea de redefinición de categorías como tecnología²⁶.

La expansión de la noción de tecnología, como se presupone en la teoría crítica, no debe preocuparse de anacronismo alguno. Tal expansión es una obligación del quehacer reflexivo ante el legado de las formulaciones eurocéntricas. No obstante, el caso de Rivero y de los paradigmas que fundaron su perspectiva tecnológica no estriban ningún anacronismo. Aunque pasó al olvido y se refundió en otros discursos, una ciencia bajo el nombre tecnología apareció en Alemania en el último tercio del siglo XVIII a través de la obra de Johannes Beckman. Este la definió como una disciplina que abordaba las operaciones técnicas de las artes y oficios como un discurso de tipo científico y en beneficio de la sociedad (Guillermé y Sebestik 50-52). Cuando la disciplina tecnológica alemana llegó a Francia, específicamente al ámbito de formación de ingenieros, ella fue redefinida como una ciencia de las artes industriales, es decir, como aquella que mezclando teoría y práctica ofrecía a los industriales o productores un modo de pensar su actividad y de mejorar sus métodos (Garçon 2004: 154-155). No obstante, la disciplina tecnológica mantuvo su espíritu en la educación de los ingenieros franceses del periodo e insertó una distinción singular

²⁵ Esta demanda por “entangled histories”, más múltiples e inclusivas, es una constante en la literatura crítica sobre ciencia y tecnología, especialmente para el caso de la llamada ‘colonial science’ y para la cultura material indígena. Sobre el primer asunto, ver Chambers y Gillespie (2000); sobre el segundo, Safier (2010). Desde el mismo enfoque general, pero respecto a las relaciones entre la América hispana y la inglesa, es ejemplar el reciente volumen editado por Jorge Cañizares-Esguerra (2018) y titulado *Entangled Empires: The Anglo-Iberian Atlantic 1500-1830*.

²⁶ Destacan al respecto la producción de los siglos XVI y XVII, ya que preceden al periodo de dominio intelectual noreuropeo cuando se forjaron las premisas eurocéntricas de profundo espíritu excluyente. Norton resalta, por ejemplo, la admiración de Gonzalo Fernández de Oviedo por la cultura material nativa, puesto que esta ocupó un lugar relevante en su escritura histórica (32), gesto discursivo análogo al que Antonello Gerbi (1973) había identificado sobre su visión de la naturaleza americana, donde las tesis de inferioridad o degeneración sencillamente no tenían lugar pese a trabajar con la misma información empírica que los *philosophes* manipularían (xv-xvi).

en su visión: el término *technique* designaba la creación y transformación de objetos físicos para satisfacer necesidades humanas; mientras *technologie*, el análisis sistemático de esta forma de actividad humana. En las escuelas francesas de ingeniería en las primeras décadas del siglo XIX, cuando Rivero fue estudiante en la *Écoles des mines*, el ingeniero no solo adquiría conocimientos profesionales acerca de las más avanzadas *techniques*, sino que se lo educaba en reflexionar “the manner how men perceive, describe and analyse their own situation as agents transforming nature (and themselves) and how this analysis of operations of art and industry has been interconnected with science and integrated into general knowledge and education” (Sebestik 1983: 26, subrayado original). Según Anne-Françoise Garçon, quien ha estudiado las escuelas mineras del periodo, el ingeniero pasó a ser un “concepteur-installateur” (2012: 175), es decir, la persona detrás del proyecto que daba un sentido a los objetos y métodos de las artes y las industrias (2014: 39). Por eso, para el pensamiento tecnológico de los ingenieros de minas franceses, no solo importaba la identificación de la capacidad técnica o inventiva local, sino principalmente *la creación de un relato* a través del cual los objetos y métodos se imaginaban, se volvían comunicables y se manifestaban repetibles para el bien común (2012: 70-80).

Bajo estas coordenadas críticas, puede vislumbrarse mejor el caso de Rivero: nombrar tecnología la veta de origen y desarrollo de su aproximación al territorio y la historia andina no carga anacronismo alguno²⁷. Su perspectiva tecnológica tuvo una raíz franco-alemana ingenieril muy específica, pero el reto político y discursivo al que se enfrentó en los Andes, así como el

²⁷ Rivero se educó en París cuando la perspectiva tecnológica tenía mayor fuerza emancipadora. Las primeras décadas del siglo XIX en Francia, en cuanto a la educación y la cultura ingenieril, se caracterizaron por una constante revisión de las barreras entre formaciones más científicas y matemáticas, y otras más prácticas o de aplicación. Como argumenta Garçon, las barreras no fueron siempre muy claras entre escuelas dado el contexto de transformación en Francia –y Europa– al pleno mundo industrial. En los años siguientes, la reflexión tecnológica se refundió en otras disciplinas (la política, la sociología, la economía, etc.) y la atención se centró en la producción y perfeccionamiento de las *techniques* con la fundación de escuelas como la *École centrale des arts et manufactures* en 1829. Sobre este asunto, ver Chatzis (2009), pp 55-62.

rumbo eurocéntrico cada vez más pronunciado en las disciplinas, le demandaron una contingente revisión sobre su ‘own situation as agent transforming nature’. Si el pensamiento geológico le permitía observar que *todo fragmento contenía tiempo/historia*, el pensamiento tecnológico lo impulsó a *crear un relato local* contra las fuerzas melancólicas que se apoderaban de la idea del Perú y sus ‘varias ruinas’.

Este estudio de la trayectoria profesional y obra académica del científico y anticuario Mariano de Rivero se divide en tres capítulos. En el primero, se estudia su visión del territorio andino y los recursos naturales, especialmente los mineros. La imagen colonial del Perú a partir de sus minas había estimulado el discurso de la abundancia metálica. Sin embargo, a diferencia del escenario tropical o aun de los fértiles valles interandinos, la riqueza metálica peruana se hallaba situada en las profundidades de la alta cordillera, de modo que el discurso cultural sobre ella se movía entre la maravilla de la abundancia y la melancolía de la vida en tal escenario. En momentos de crisis, la balanza se inclinaba hacia lo segundo. La minería andina se hallaba en ruinas tras las guerras de Independencia, de manera que la designación de Rivero como primer Director de Minería de la era republicana fue de suma importancia histórica. Siendo la actividad económica que producía mayores ingresos fiscales –hasta hoy, por cierto– precisaba de constante mejoramiento técnico y administrativo. La labor de Rivero se engazaría en la senda ilustrada de los precedentes esfuerzos por reactivar la producción minera emprendidos desde la década de 1790. No obstante, los fracasos y obstáculos movilizarían los paradigmas ingenieriles de su educación europea, de manera que iría paulatinamente creando un nuevo discurso cultural sobre las ‘varias ruinas’ mineras, su presente e historia. En este proceso, la interpretación del territorio minero a través del pensamiento geológico y las contingencias de la realidad socio-política encauzarían su mirada hacia la perspectiva tecnológica. Aquí, la escritura tecnológica supondrá

abandonar el discurso de la abundancia metálica en favor de uno de articulación entre territorio y habitación. Esta visión nacida del descenso a las minas subterráneas se expandirá hacia el rol de las ciencias naturales en el país y, con el tiempo, a otras dimensiones del territorio y sus recursos. El desarrollo de esta visión es identificable en su labor burocrática y textos académicos durante su tiempo como Director de Minería, Prefecto de Junín y Cónsul General en Bélgica.

El segundo capítulo inicia el análisis del proyecto de *Antigüedades peruanas*. Es probable que el interés de Rivero por el pasado prehispánico tuviese en la influyente *Vues des cordillères* (1810) de Humboldt un primer modelo. Como muchos otros antes que él durante la “Disputa del Nuevo Mundo”, Humboldt reivindicó la cultura material prehispánica y su carácter de evidencia. No obstante, sus paradigmas no permitían pensarla desde su individualidad y localización: recaían en el llamado “étude philosophique de l’histoire” (45). Entre la Ilustración y el Romanticismo, la mirada humboldtiana –como la de coleccionistas europeos y americanos en la primera mitad del siglo XIX– legitimaba una conceptualización que no reducía la fuerza del marco de raíz ilustrada, de modo que la inconmensurabilidad entre Nuevo Mundo y nociones universales como estética, ciencia e historia quedaban intactas: la cultura material y la historia prehispánicas se pensaban en relación a las antiguas civilizaciones asiáticas a fin de responder ‘grandes preguntas’ filosóficas. En los Andes, los motivos de la grandeza política y la riqueza metálica incas constreñían además la escritura anticuaria en tanto no permitían elaborar un discurso que destacase alguna dimensión universal desde lo local. El proyecto anticuario de Rivero debe evaluarse desde esta encrucijada epistemológica e historiográfica. Desde 1828 cuando inició su proyecto y hasta su muerte en 1857, sus escritos anticuarios exhiben la convicción de que las ciencias proveían de perfectibles recursos metodológicos antes que de rígidas guías programáticas. El proyecto de *Antigüedades peruanas*, por eso, debe leerse como un esfuerzo de rearticulación disciplinaria. Este capítulo analiza el

complejo proceso de debate disciplinario y la paralela creación de un objeto de estudio. Como Rivero propusiese en 1828, leer la historia y la cultura material andinas privilegiando la temática de las artes y las ciencias permitiría conceptualizarlas como “objetos de grande interés para los conocimientos humanos” (1998: 52), es decir, a través de un diálogo entre lo universal y lo local en el horizonte interpretativo de la perspectiva tecnológica. Las premisas y métodos de la geología darían un aporte central en la versión de *Antigüedades peruanas* de 1841. Más tarde, para la versión de 1851, el anticuarismo nórdico impulsado desde Copenhague otorgará una perspectiva científica, la arqueología, que allanará el abandono de las constricciones del legado filosófico y una implícita disputa con las nuevas ciencias del hombre como la etnología y la antropología física.

El tercer capítulo analiza las dimensiones política y cultural de este proyecto anticuario. El anticuarismo nórdico y su prédica arqueológica no solo representó una revisión de carácter epistemológico sobre cómo estudiar el pasado y su cultura material, sino una apuesta de proyección política y reivindicación cultural. Desde la década de 1830, los daneses concibieron el pasado y la cultura material vikingos como un eje de su presente nacional y como una vía de emancipación antes poderes imperiales como el alemán. En diálogo con el anticuarismo nórdico y en el contexto de crisis implosiva de la República, el proyecto anticuario de Rivero cobró sentido en tanto las ruinas prehispánicas devenían una metáfora de las ‘varias ruinas’ del Perú contemporáneo. Rivero no desarrolló su trabajo al servicio de una élite que lo subvencionaba como Raimondi lo haría más tarde, sino desde la pertenencia a una comunidad internacional, cuyas disciplinas científicas asimilaba y rearticulaba. Por eso, a diferencia del discurso anticuario predominante en la segunda mitad del siglo, su visión será más integradora, emancipadora y, claro, nacionalista. En 1841, ya exhibió un nacionalismo por el cual la historia de “nuestros antepasados” (26) debía recuperarse para que “no nos acriminen las jeneraciones [sic] futuras de indolentes,

destructores o ignorantes” (26). Esta declaración política de temporalidades asociadas bajo la idea de un Perú transhistórico se tradujo en 1851 en un renovado énfasis en la temática de las artes y las ciencias, es decir, en la perspectiva tecnológica. Así, la cultura material prehispánica nos habla también del presente: ella es una “mina arqueológica”. La referencia minera no es gratuita. De la misma manera que la abundancia metálica en tanto narrativa maestra se había cuestionado desde la perspectiva tecnológica, el discurso anticuario debía confrontar las fuerzas melancólicas que se cernían sobre la representación del mundo andino, su pasado y su población. Las premisas que sostenían a Riva Agüero develan aquí un proyecto decimonónico que más bien las identificó y buscó confrontarlas. Rivero fue explícito en 1841 al contraponer su perspectiva tecnológica a las fuerzas melancólicas que dominaban el discurso y la representación. El “diálogo tecnológico” entre cultura material local y categorías modernas universales, pues, pretendió ser una apuesta académica para el estudio del pasado, pero también una suerte de dispositivo narrativo para toda representación sobre los Andes, su realidad y su gente. Por último, la capacidad tecnológica visible en la cultura material del pasado debía también identificarse en el presente: ella era transhistórica.

Proyecto moderno y burgués como fue este, debe resaltarse el hecho de que –habiéndose formado en la generación de científicos e ingenieros que dio sentido y estructura a la modernidad material decimonónica como la conocemos– las coordenadas educativas, redes disciplinarias y permanente revisión transatlántica en Rivero conservasen e intentasen dar cabida a las fuerzas emancipadoras que contenían. Desde los Andes centrales, con imperfecciones y algunos vacíos, este arequipeño de mente europea y corazón americano batalló decididamente por poner en diálogo el mundo moderno decimonónico en formación y las ‘varias ruinas’ del Perú.

CAPÍTULO 1

La abundancia y la articulación

Tras 36 días de navegación desde Amberes a bordo del barco grancolombiano “El Patriota”, Rivero desembarcó en el puerto de La Guayra, Venezuela, el 23 de noviembre de 1822. Quince días después, transmitió por carta a su colega y amigo, el botánico francés Adolphe Brongniart, sus primeras impresiones de la naturaleza americana: “No te puedo explicar la belleza y la fertilidad de esta región; es de tal grado que casi todos los frutos que se encuentran en el mercado, y que son de gran número, vienen en estado salvaje [no cultivados], y los otros productos manifiestan muy poco trabajo” (Ms 1822b). La mirada extasiada era congruente con las premisas que habían justificado su contratación en París como director del proyectado Museo de Historia Natural de la Gran Colombia. Francisco Antonio Zea, en condición de Ministro Plenipotenciario, dirigió una carta al Secretario Perpetuo de la *Académie des Sciences*, Georges Cuvier, para explicarle por qué la nueva república recurría a su consejo para contratar naturalistas: “El país que tengo el honor de representar es digno de la atención de los observadores de la Naturaleza; él ofrece una vasta cosecha a recolectar” (en Rodríguez Prada 292). Zea, ex miembro de la Expedición botánica dirigida por José Celestino Mutis en el Virreinato de Nueva Granada y ex director del Museo de Historia Natural de Madrid, seguía la convicción ilustrada de que la ciencia era un factor de progreso y bienestar. Este credo incontestable iba acompañado de la imagen de una América ubérrima: la abundancia era una aliada en la representación.

Lógicamente, formado en una tradición de raíz ilustrada, Rivero no abandonará la idea de que las ciencias y el progreso, material y social, iban de la mano. No obstante, el encuentro con las minas peruanas –su ubicación geográfica, universo socio-histórico y representación cultural–

daría pie a una paulatina y compleja reflexión sobre el sentido de su legendaria abundancia metálica en el nuevo contexto de la República. A ocho días de su nombramiento como Director de Minería, transmitió al mismo Brongniart su emoción al respecto: el Gobierno lo había contratado pese a que el puesto “está destinado para hombres más capaces y más instruidos que yo” (Ms 1826h). La modestia en una carta de carácter privado llama la atención. Es probable que, antes del contacto real con las minas, la fama de los inagotables metales andinos y su centralidad fiscal para la economía republicana lo llevaran a tal interpretación. Poco más de dos años después, volvió a escribirle a Brongniart, pero esta vez desde Cerro de Pasco, la mina peruana más importante desde el siglo XVIII. En esta carta, expresó tres puntos: pidió a su amigo “su franca opinión” sobre el periódico que estaba publicando en Lima, el *Memorial de ciencias naturales*; le contó que a fin de año acabarían la construcción del socavón de Quiulacocha, sobre el cual él y los mineros “tenemos esperanzas” para reactivar la mina por completo; y le compartió detalles sobre sus investigaciones para seguir formando colecciones naturalistas y para encontrar minas de carbón (Ms 1828d).

Para este momento, julio de 1828, la aproximación de Rivero a los metales y al resto de recursos naturales seguía otra ruta. Su relación con el Ministerio de Hacienda, al cual su Dirección pertenecía, y con el Congreso se había resquebrajado debido a que sus propuestas para reformar el ramo minero no tenían apoyo. La informalidad y la usura que dominaban este rubro productivo tenían una influencia política que obstruía cualquier reforma. Desde el espíritu ilustrado, como manifiesta la carta a Brongniart, Rivero siguió fomentando la beneficiosa relación entre el progreso y la razón: transmitir conocimiento a través de publicaciones, trabajar en equipo pensando en el futuro y expandir el trabajo de campo fueron sus respuestas a la falta de apoyo político. Meses antes, había dejado Lima y pasado a vivir permanentemente en Cerro de Pasco: sobreentendidas,

la abundancia y la riqueza no eran el foco de su mirada, sino el compromiso cívico con el cuerpo minero y su capacidad de proyección política para el proyecto republicano.

La dimensión cívica iría de la mano con otra más poderosa. La educación minera franco-alemana en la *École des mines* de París tenía un relación umbilical con la geología. Esta nueva ciencia tenía una dimensión práctica que se juzgaba vital para el rubro minero, al punto que su ausencia, según Rivero, era “la causa primordial de los muchos desaciertos y pérdidas de capitales que se han originado con la explotación de minas” (1857: II, 41), como le escribiría en 1835 desde Chile a Alexandre Brongniart, padre de Adolphe. Sin embargo, la geología tenía también una dimensión altamente filosófica. En general, el siglo XVIII y la Ilustración habían mantenido la certeza de que la naturaleza y los seres vivos eran expresión de la Creación y, por tanto, totalmente inmutables. A inicios del siglo XIX, a través de sus estudios geológicos de los alrededores de París y una especial atención a los fósiles, Cuvier y Brongniart padre —ambos profesores de Rivero— confirmarían con métodos empíricos que la historia de la Tierra se componía de una sucesión de momentos (Rowland 235). La geología no fue unívoca en sus premisas ni atea por definición, sino fluida y paradójica entre sus exponentes. Las teorías de Cuvier y Brongniart, por ejemplo, buscaron conciliar el “deep time” con un cálculo del momento de la Creación (Page 261). No obstante, una idea sí era estable: todo cambiaba. ¿Cómo ocurría ello? Por catástrofes como creían Cuvier y Brongniart, o por fuerzas constantes que operaban desde los inicios de la Tierra según ingleses como James Hutton: ese era el terreno de la investigación empírica y la argumentación inductiva.

Rivero conocía perfectamente estas discusiones. Se había educado en Londres en la época en que las ideas unformatistas de Hutton eran cuestionadas por las catastrofistas de Cuvier y Brongniart. La carta que le envió a este último desde Valparaíso en enero de 1835 manifiesta un elemento central de su posición acerca de la índole del cambio: “...el fuego [subterráneo de la

Tierra] que mantuvo primariamente a nuestro planeta en estado de fusión ... conserva su fluidez” (II, 48). La premisa de que existían fuerzas constantes no tomaría en Rivero forma filosófica, ya que su pluma y sus intereses eran prácticos. Sin embargo, sí impulsaría una mirada sobre el territorio andino –desde las profundidades de sus minas y la fragmentación de su mundo social– que buscaría convertir a la noción de articulación en el eje de lectura en desmedro de la abundancia. La articulación no es sino la capacidad para entender el territorio y asegurar la futura habitación en él. Asimismo, para el discurso y la representación de la república en formación, las fuerzas que se asociaban para dar existencia al territorio y al paisaje debían funcionar como un espejo para los hombres: la comunicación entre ellos sería la vía que cohesiona su existencia fragmentaria.

El objetivo de este capítulo es reconstruir cómo el encuentro con los Andes mineros hizo a Rivero paulatinamente consciente de la necesidad de un nuevo relato sobre el paisaje, el territorio, los recursos y los habitantes, donde articulación y comunicación fueran los ejes. Esta visión fue la primera manifestación de su perspectiva tecnológica. El encuentro transatlántico entre sus paradigmas –la geología y el *Esprit Mines* o interpretación francesa sobre la minería– y las nociones heredadas del periodo colonial visibilizaron además un enemigo: la lectura melancólica de la naturaleza andina y de la habitación en ella. Como se mostrará, la perspectiva tecnológica forjó un relato sobre el territorio nacional (lleno de minas abandonadas y de las ‘varias ruinas’ de sus fracasos materiales y sociales) donde las partículas dispersas podían converger dejando de lado las nociones de abundancia y de melancolía. A través del análisis de múltiples oficios burocráticos y de sus trabajos académicos sobre metales y otros recursos, este capítulo se propone develar cómo la perspectiva tecnológica emergió de los subterráneos del territorio andino. Hacia el final, se explorará cómo esta renovada lectura hizo el viaje transatlántico de vuelta cuando Rivero comenzó a escribir sobre el territorio peruano y sus recursos desde su labor diplomática en Bélgica.

El Perú colonial visto desde los metales

La importancia económica de los metales americanos, especialmente la plata extraída del Virreinato del Perú, no debe ocultar que, debido a dicha centralidad, ella fortaleció una poderosa dimensión cultural²⁸. En esta, se expresó privilegiadamente el encuentro entre paradigmas europeos y territorio americano. Si bien las políticas españolas velaron centralmente por mantener el alto nivel de exportación de metales preciosos, el imaginario sobre ellos no fue construido por cédulas reales u ordenanzas, sino a través de una escritura heredera de la historia natural y los tratados técnicos renacentistas durante los dos primeros siglos de la Colonia y del pensamiento ilustrado y la ideología del Comercio durante el siglo XVIII. La historia del Perú colonial desde sus metales preciosos es compleja y admite varios énfasis. Es posible, sin embargo, destacar un asunto que, unas veces explícita y otras implícitamente, se constituyó en la pregunta central: cómo entender y qué sentido otorgar a la abundancia de metales.

Uno de los primeros en sistematizar el territorio americano en el discurso de la historia natural fue el jesuita José de Acosta en su *Historia natural y moral de las Indias*, publicada en 1590. Acosta declara en su “Proemio al Lector” que quiere “declarar las causas y razón” de aquello que conforma el mundo americano, tanto en lo perteneciente a la naturaleza como a lo humano. Bajo ese propósito, su aproximación a la abundancia metálica despliega una explicación doble: “La causa de haber tanta riqueza de metales en Indias, especialmente en las occidentales del Pirú, es –como está dicho– la voluntad del Creador, que repartió sus dones como le plugo. Pero, llegándonos a la razón y filosofía, es gran verdad lo que escribió Filón –hombre sabio– diciendo

²⁸ Sobre el impacto económico de la plata americana entre 1500 y 1800, Carlos Marichal (2006) señala que su demanda era tan alta a nivel global que poco dinero acuñado circulaba en la América hispana en relación con la producida. La consolidación del peso de plata a mediados del siglo XVI alentó su alta demanda en sociedades tan lejanas como la China y, más tarde, probó seguir siendo confiable cuando los Estados Unidos la usaron como reserva de su nueva moneda, el dólar (40-46). Sobre este mismo asunto, ver Robins (2011) pp. 6-8.

que el oro y plata y metales naturalmente nacían en las tierras más estériles e infructuosas” (99). No obstante esta explicación doble, el providencialismo terminó imponiéndose sobre la “razón y filosofía”. La abundancia metálica andina adquirió así una explicación evangélica: había sido colocada allí por Dios para “convidar a los hombres [los españoles] a buscar aquellas tierras y tenellas, y de camino comunicar su religión y culto” (98). Esta preferencia interpretativa explica por qué los capítulos mineros, en contraste con otros, son muy descriptivos y por qué el discurso abandona la explicación de las peculiaridades de los metales y de su facilitador, el azogue, en favor de la alabanza divina: “Y en todas éstas y otras extrañezas que tiene este metal es digno el Autor de su naturaleza de ser glorificado, pues a sus leyes ocultas obedece tan prontamente toda naturaleza creada” (111)²⁹. La abundancia de las minas peruanas, en Acosta, adquieren sentido en la teleología evangélica de la Providencia. No obstante, debe destacarse que, en el relato evangélico, una cualidad innata se mantenía intacta: la abundancia metálica andina se condecía con un territorio ‘estéril e infértil’.

En sus *Comentarios reales* de 1609, el Inca Garcilaso de la Vega elaboró una reflexión singular sobre la abundancia metálica en el Perú. Garcilaso dedicó primero un capítulo del Libro V y otro del Libro VI al oro y la plata. En ellos, suscribió el imaginario de la abundancia citando a Agustín de Zárate, Pedro de Cieza de León y Francisco López de Gómara. Más aún, destacó la condición de testigos de los mismos peninsulares quienes “acá han visto traer de mi tierra tanto oro y plata como se ha traído” (II, 14). Estas actualizaciones, sin embargo, no dominaron la fuerza

²⁹ Es probable que la interpretación providencialista de Acosta, aunque presente en todo el libro, tenga un particular énfasis en la sección sobre metales debido a su preocupación espiritual sobre la codicia generada tras el descubrimiento de Potosí en todos los habitantes: “Verdad es que su codicia dellos [de los indios] no llegó a tanto como la de los nuestros” (98). En los capítulos previos de esta primera sección de “Historia Natural”, el diálogo con los sabios del pasado es abiertamente discrepante. Al tratar de cuestiones geográficas y climatológicas o de la coherencia teórica de conceptos como el de Zona Tórrida heredados de la tradición clásica, Acosta se vale de su experiencia y de información recogida localmente para proponer nuevas explicaciones y corregir concepciones. Ver especialmente el Libro III.

creativa de su escritura. En el Libro VIII, Garcilaso retomó el tema, pero remitió al lector al padre Acosta donde podría “oír cosas galanas y dignas de ser sabidas” (II, 208) sobre la abundancia, pues él se ocupará de “algunas cosas notables de aquellos tiempos” (II, 204). Estas ‘cosas notables’ son concordantes con uno de los proyectos centrales de su libro entero: introducir la mirada doméstica y el componente oral³⁰. En efecto, la escritura de Garcilaso en estos capítulos conduce la atención del lector desde lo ya sabido (la abundancia) hacia aquello que, estando presente, era difícil de detectar en medio de la imposición del orden español: aspectos de la interpretación nativa sobre el territorio y sus recursos. La narración sobre las minas de oro de Callahuaya, por ejemplo, no trata sobre su riqueza sino del hallazgo de una piedra aurífera singular por su tamaño y estructura: “En el Cuzco la miraban los españoles por una cosa maravillosa; los indios la llamaban *huaca*, que, como en otra parte dijimos, entre otras muchas significaciones que este nombre tiene una es decir admirable cosa, digna de admiración por ser linda, como también significa cosa abominable por ser fea; yo la miraba con los unos y con los otros” (204). Colocándose él como lector legítimo en el mutuo desconcierto de la Conquista, Garcilaso se concentró en comunicar cómo la visión inca seguía expresándose y adaptándose ante aquello que el nuevo orden colonial hacía circular frente a sus ojos. A continuación, hizo algo similar al narrar la plata, donde la realidad social que ella había fomentado era también admirable y abominable, y al hablar del azogue, donde la política de buen gobierno inca de prohibir su uso por su toxicidad había desembocado en una solución técnica articulada con el territorio: usar hornos al viento natural para extraer la plata. La abundancia metálica, entonces, era para Garcilaso algo dado: la escritura sobre el Perú desde sus metales debía,

³⁰ José Antonio Mazzotti (2006) sostiene que Garcilaso escribió considerando a los mestizos e indígenas como lector destinatario. Este receptor suponía un discurso y estrategias narrativas compartidas, cuyo origen era esencialmente indígena y cuyos principios eran de cuño oral o coral. Al rescatar la oralidad subtextual de los *Comentarios reales*, Mazzotti resalta la imbricación entre la simbología cortesana cusqueña y el sistema de narración histórica europea.

más bien, subordinarla en favor de una oralidad que permitiese mantener viva la lectura inca del territorio, sus manifestaciones y su articulación con él.

La aproximación de Garcilaso a los metales se hizo cada vez menos legible para el discurso hegemónico de la historia natural durante el siglo XVII y, por ello, quizás más factible de filtrarse en otros discursos como el técnico. Sin embargo, esta filtración es tenue en comparación: desprovista de la fuerza cultural y política que el Inca le imprimía, la visión indígena sobre el territorio opera como un contribuyente y no como un agente. Alonso Barba, español establecido en Potosí a inicios del siglo XVII, publicó en 1640 el tratado de metalurgia más importante de la Colonia, *Arte de los metales*. Alison Bigelow (2015) propone que, en esta obra, el saber indígena local se manifiesta a través de la inclusión de conceptos como el de castas de metales (pacos, mulatos y negrillos) y de la primacía dada a la clasificación por color. El tratado de Barba expresaría un “discurso técnico-híbrido de la minería andina” (25). No obstante, la lectura de Bigelow pierde de vista el énfasis interpretativo que Barba había creado. En efecto, el saber indígena se subordinaba a un fin principal: hallar el método metalúrgico adecuado para cada casta de metal. Para Barba, abundante como es la cantidad de plata en Potosí, lo es sobre todo la diversidad dentro de sus castas. La abundancia metálica, entonces, es en sí misma secundaria: lo importante era la generación de nuevas técnicas, aquí metalúrgicas, para domesticar su diversidad.

Esta perspectiva que privilegia el beneficio de los metales y la mejora de sus métodos dominará en la escritura durante el siglo XVIII. Los proyectos ilustrados de la dinastía borbónica ascendida a inicios de siglo afianzaron dicho enfoque. La declaración de libre comercio hecha por la Monarquía en 1778 impulsó el intercambio de bienes, pero no mudó las prácticas mercantilistas que dominaba la economía americana desde inicios de la Colonia (Fisher, 1988: 474). Para asuntos mineros, diversos estudios críticos sobre las reformas borbónicas han ampliamente mostrado que

su principal punto ciego, paradójicamente, provenía de la que creían su fortaleza central: la fe en el dictamen de nuevas políticas para cuestiones técnicas y productivas. Los dos principios básicos que guiaron las políticas de los reformistas, la administración racionalizada y la difusión de la química, fueron concebidos como soluciones ilustradas a los problemas del rubro, pero ambos demostraron ser insuficientes. En la comparación entre las minerías de México y Perú a fines del siglo XVIII, emerge claramente el diagnóstico para el territorio andino: ni la falta de trabajadores ni la esporádica escasez de azogue entorpecían la reforma del ramo, sino los aparatos económicos que lo rodeaban. En medio de una minería atomizada entre múltiples dueños de minas pequeñas, el capital comercial limeño encontraba ganancias inmediatas y altas a través de un sistema de prestamistas o aviadores que, con tasas usureras, mantenía siempre descapitalizados a los mineros y su producción de plata comprometida a las deudas. Así, aunque los datos muestren crecimiento en la producción durante el siglo XVIII, especialmente el último cuarto de siglo, la resistencia de la conservadora élite limeña ligada al capital comercial hacía imposible una real modernización³¹.

Este balance desde la historia social y económica muestra el marco dentro del cual se dio el entendimiento sobre la abundancia metálica en el contexto de las reformas borbónicas y el final de la Colonia. En líneas generales, al dar primacía a las cuestiones técnicas y productivas, se disminuyó la fuerza renovadora de las ciencias ilustradas y de la filosofía política implícita en ellas. En otras palabras, la abundancia concebida a través del aumento de la productividad dejó poco margen para una evaluación crítica sobre la relación entre población local y territorio³². La

³¹ Para un estudio detallado de esta problemática, ver Fisher (1977), Capítulo 6; Brading y Cross (1972), pp. 565-566; Buechler (1973), pp. 43-45; Molina Martínez (1977-1981), pp.136-137 y (1986), pp. 267-270.

³² John Fisher (1995) señala que, pese al manifiesto espíritu ilustrado y racionalista de las políticas borbónicas, no puede hablarse de un vínculo directo entre Ciencia y Comercio: el hecho de que las exportaciones americanas siguieran siendo dominadas por el oro y la plata muestra que, estructuralmente, el comercio americano seguía la misma tendencia mercantilista. (193). A partir del caso mexicano, Clement Motten (1950) propone que, cuando la Corona española se avocó a modernizar la industria minera americana con el envío de tres misiones mineralógicas, su

labor de Antonio de Ulloa como Superintendente de las minas de azogue de Huancavelica entre 1758 y 1764 es un primer ejemplo³³. En sus *Noticias americanas* de 1773, la obra donde mejor expresó su interpretación de la minería peruana, Ulloa se insertó en la interpretación general sobre la abundancia metálica declarando al Perú “uno de los grandes depósitos del mundo” (183). El paradigma ilustrado, sin embargo, lo colocó en una orilla diferente a la de un Acosta absorto ante las ‘maravillas’ andinas: “La naturaleza es admirable en sus producciones, y tal se reconoce generalmente; pero el confesarlo así, no la hace más comprensible” (6). En su comprensión guiada por la eficiencia productiva, la abundancia metálica era solo un escenario: las cuestiones técnicas y administrativas devenían el foco. Por eso mismo, la presencia de los mineros era únicamente evaluada bajo ese lente: “Los beneficiadores son asimismo gente de pocos alcances, que aprenden lo que ven hacer a otros; y al paso que son hábiles en esto, no tiene la mejor disposición para adelantar ni discurrir por sí, ni para mudar el método en las operaciones” (222). Es cierto que el desprecio de Ulloa por la población nativa y el fracaso extremo de su gestión contribuyeron a moldear su informe³⁴; sin embargo, es necesario destacar que su experiencia de campo no operó sola, sino bajo la visión ilustrada hispana que privilegiaba las cuestiones técnicas y productivas por sobre lo social y cultural.

intención era solo técnica y productiva. La filosofía política que dichos conocimientos implicaban, especialmente manifiestos en Francia, no estaba en la mente de los reformistas (10).

³³ Las minas de Huancavelica eran propiedad de la Corona. El Gremio era un intermediario y no una asociación de propietarios. De este escenario provenía su centralidad para todo el rubro: no solo eran valiosas económicamente debido a los impuestos, sino porque la cantidad de azogue vendido era la variable fiscal para controlar la producción de plata en todo el Virreinato (Whitaker, 1941: 6-7).

³⁴ La administración de Ulloa, en líneas generales, fracasó debido a las constantes intrigas políticas propias del mundo minero peruano y su incapacidad para impulsar las reformas técnicas con el tacto político necesario. Un pasaje de su *Relación de Gobierno* resume bien dicho escenario desde la mirada del reformador fracasado: “Si hay monstruosidades en el gobierno de los hombres, está verificado más que en ninguna otra sociedad, en la de los mineros de Huancavelica; y si hay pena simulada que imponerle a un hombre bajo del título aparente de ocupación honorífica, lo es el gobernar este gremio; no cabe en ninguna ponderación explicar lo que padece el que se encarga de semejante negocio” (citado en Molina Martínez, 1995: 173). Para más detalles acerca del fracaso administrativo de Ulloa, ver Molina Martínez (1995); Whitaker (1941), pp. 34-51.

Este mismo diagnóstico se manifestó en las nuevas reformas institucionales y la misión mineralógica alemana del último cuarto del siglo XVIII, así como en la lectura hecha sobre estas por los redactores del *Mercurio Peruano*. La literatura crítica sobre las tardías reformas borbónicas mineras muestra que, no solo para el Perú sino también para Nueva España y Nueva Granada, ellas recibieron una intensa resistencia y, en muchos aspectos, fracasaron si se las evalúa a la luz de sus objetivos iniciales. El desencuentro develó una falencia inherente en las reformas: modeladas bajo la perspectiva imperial, se concibieron sin estudiar con atención la realidad concreta de cada zona minera³⁵. El fracaso de la misión mineralógica peruana encabezada por el Barón Thaddeus von Nordenflicht y llegada a Lima en 1790 es, quizás, el caso más dramático. Nordenflicht tenía como objetivo reformar la minería peruana a través de sus avanzados conocimientos metalúrgicos, cuya legitimidad se sostenía en el lenguaje de la nueva ciencia química³⁶. Su fracaso fue calamitoso: a los ya mencionados obstáculos inherentes del ambiente minero peruano que jugaron en su contra, deben sumarse su poca capacidad comunicativa, su desinterés por evaluar a fondo las necesidades locales, su negativa a negociar sus propuestas técnicas y la manifiesta soberbia de los miembros de su comitiva. La recepción y los pormenores de la misión Nordenflicht revelan que la reforma del rubro minero era una tarea titánica de envergadura política, social y cultural³⁷.

³⁵ En los tres casos, se dio un desencuentro tanto institucional como epistemológico entre los planes peninsulares y las prácticas locales. Por supuesto, en Nueva España y Nueva Granada, otras variantes estuvieron presentes y, por ello, otros balances finales se obtuvieron. Para el caso de Nueva España, ver Motten (1950), Trábulse (1981) y Aceves (1995). Para el caso de Nueva Granada, ver Pelayo (1990). Sobre la formación profesional de los hermanos Fausto y Juan José D'Elhuyar, jefes de las misiones mineralógicas de Nueva España y Nueva Granada respectivamente, ver Whitaker (1951).

³⁶ La revolución química de la segunda mitad del siglo XVIII se gestó en Suecia y Alemania, pero se sistematizó en Francia. Esta revolución provino y se mantuvo en estrecho contacto con la extracción y refinación de metales preciosos (Porter, 544). Sobre el proyecto borbónico de introducir los paradigmas y el lenguaje químicos en Nueva España, ver Aceves (1973). En su concepción, aunque no en sus resultados, el caso mexicano es idéntico al peruano.

³⁷ Sobre la misión del Barón Nordenflicht al Perú, ver Deustua Pimentel (1957); Buechler (1973); Fisher (1977), capítulo 4; Molina Martínez (1986), capítulo 9. Para un estudio comparativo entre las minerías del Perú y Nueva España a fines del XVIII, ver Brading y Cross (1972).

La posición tomada por los redactores del *Mercurio Peruano* sobre la minería se vio limitada por la visión general de su proyecto editorial. Los mercuristas centraron su atención en crear una imagen del Perú “a partir de una visión utilitaria de su geografía” (Ruiz Peralta 36), lo cual manifestaba a su vez la filiación elitista y pro-imperial de sus miembros (Guibovich 64)³⁸. Así, su lectura general de los asuntos mineros y de la misión Nordenflicht siguió la senda administrativa y técnica trazada por los reformistas peninsulares, es decir, no condujo a una reflexión sobre las formas de articulación entre hombre y territorio. La minería tuvo una larga referencia en el “Prospecto” (1791) del *Mercurio* y fue considerada “tal vez el único manantial de las riquezas del Perú” (4). No se mencionó aquí directamente a Nordenflicht, quien andaba cerca de llegar al Virreinato vía Potosí, pero se elogió la idoneidad del método alemán de barriles para el beneficio de los metales, así como la necesidad general de reformas. En el texto “Desagravio de los mineros” (1791), el redactor incluyó una frase elocuente: “Esta diversidad de sucesos [el florecimiento minero en México y no en el Perú] en un mismo orden de cosas, procede únicamente del distinto concepto en que está la Minería en una y otra parte” (21). Con “distinto concepto”, se refería al desprestigio social de los mineros, pues se los acusaba de embusteros, malos pagadores y pródigos. El *Mercurio* disentía de esta lectura y, por ello, se sumó a la crítica al trato usurero que imponían los llamados habilitadores: si acaso había mineros con mal prestigio, era por falta de equidad y franqueza en la habilitación del crédito. Asimismo, se incentivó el recuento histórico y la exposición de datos estadísticos de su producción de algunas minas como en el artículo “Historia

³⁸ Pedro Guibovich (2005) argumenta que el *Mercurio* “nunca constituyó una amenaza al orden” (64) y propone que la tesis de la censura virreinal debido a un supuesto carácter fuertemente americanista de los mercuristas no se sostiene. Dicha tesis fue iniciada por Benjamín Vicuña Mackena, secundada por José de la Riva-Aguero y más recientemente Jean-Pierre Clement. Ruiz Peralta (2015) argumenta que la imagen del Perú de los mercuristas impregnó la relación final del Virrey Gil de Taboada y fue la base del *Cuadro de Historia Natural* que José Ignacio de Lecuanda, ex mercurista, elaboró en España en 1799. Estas filiaciones directas con el poder confirmarían el carácter oficioso del periódico y, aunque bien intencionadas, las consiguientes limitaciones de su espíritu reformista.

de la mina de Huancavelica” (1791). No obstante, aunque los mercuristas cubrieron parte de las polémicas entre la misión Nordenflicht, el Gremio y el Tribunal de Minería, pasaron rápidamente de apoyar el espíritu ilustrado de las reformas a la aceptación del mal destino de la misión. Junto a esta pasividad política, iba de la mano la inamovilidad de una lectura cultural. En su primer texto sobre las minas de Cerro de Pasco, los mercuristas insistieron en la melancolía del territorio minero: “Los minerales más ricos están confundidos en la aspereza de una serranía casi siempre nevada, rodeados de la triste perspectiva de una tierra estéril y naturalmente inhabitable” (17).

En el contexto ilustrado peruano, entonces, la abundancia metálica otorgaba una imagen de riqueza que simplemente devenía en una pasiva justificación técnica de las reformas. Ni las ‘luces’ de Ulloa ni la química de Nordenflicht ni la visión utilitaria del *Mercurio* concibieron la legendaria riqueza metálica andina en conexión con el mundo social y la historia que la rodeaban. Esta desconexión se hace más dramática cuando se considera que, en trescientos años, incluso las reformas técnicas no fueron significativas y casi todo seguía igual desde los tiempos del Virrey Toledo (Cobb 78-82; Fisher, 1977: 40-41; Brading & Cross 554; Molina Martínez, 1977-1981: 126). Los burócratas de la temprana etapa republicana heredarían el imaginario de la abundancia metálica, la perspectiva productivista y la mirada melancólica. En pocos años, Rivero pasará de la fascinación por la fertilidad del trópico a la convicción doble de que la abundancia no debía comandar la lectura del territorio y de que la melancolía debía desterrarse de la representación. Así, aunque con otras preocupaciones y énfasis, es debido a estos propósitos que la aproximación de Rivero supuso una suerte de reactualización de la senda abierta por el Inca Garcilaso. Julio Ortega (1992) señala que el propósito de los *Comentarios reales* “no se limita a sostener la verdad de los hechos, ya que Garcilaso está interesado sobre todo en los efectos de la verdad, en la persuasión de lo verosímil, en el orden que este sostiene y en el lugar que ocupa histórica y

culturalmente” (57). Tras dos siglos de extractivista razón instrumental sobre el mundo minero, estas preocupaciones discursivas de Garcilaso tomarán en Rivero una nueva forma a través de sus modernos paradigmas. La inquietud base, sin embargo, será análoga: rescatar desde la singularidad andina una veta que remueva las verdades impuestas y fomente un relato nuevo para la República.

Primer encuentro con los Andes: nuevos paradigmas para un relato cívico

En cuanto a la minería, hay un punto de partida innegable: Rivero era heredero, intelectual e institucionalmente, del espíritu racionalista ilustrado, de la legitimidad de la ciencia química y del énfasis productivista. Como se mencionó, estos paradigmas habían moldeado las imperfectas aproximaciones al territorio minero en el siglo XVIII; y, aunque con cambios, seguían vigentes a inicios del XIX. La influencia de adicionales paradigmas, entonces, explica por qué y cómo la aproximación de Rivero se distinguió de las anteriores. Tuvo dos paradigmas básicos: la geología y el *Esprit Mines*. Ellos sostuvieron y se expresaron tanto en su labor burocrática como en la académica. Dada su condición de Director de Minería, sus oficios y escritos exhiben ante todo una dimensión reformista y práctica, la cual interesa al estudio crítico de la historia social y económica. Sin embargo, ellos también exhiben que Rivero encauzó sus paradigmas hacia la promoción de un nuevo entendimiento: tomando a la abundancia metálica como un hecho dado, un primer encuentro con los Andes le hizo apostar por la creación de un relato cívico republicano para la minería.

El primer paradigma fue la dimensión práctica de la geología. Rachel Laudan (1987) argumenta que la geología emergió a fines del siglo XVIII en el norte de Europa continental en el contexto de los nuevos desarrollos de la mineralogía (224). A mediados del siglo XVIII, minerólogos suecos y alemanes comenzaron a trabajar cerca de técnicos mineros versados en química, de manera que los primeros entendieron que las características externas eran insuficientes

para la identificación mineral y, por ende, se alejaron de la tradicional Historia Natural (Porter 544). En Alemania, la Escuela de Minería de Freiberg lideró la institucionalización de la ciencia geológica no solo en tanto lectura teórica de la Tierra, sino como herramienta práctica para la extracción de metales. Esta escuela se hallaba en medio de una zona minera, de manera que el desarrollo de la nueva ciencia fue en parte posible gracias a los éxitos de su aplicación. El profesor más importante de Freiberg fue el alemán Abraham Gottlob Werner. Sus ideas se expandieron por el norte de Europa de tal manera que puede hablarse no de una escuela, sino de una “Werner radiation” (Laudan 105). Entre 1800 y 1802, André Brochant de Villiers publicó un tratado a través del cual introdujo en Francia las nuevas ideas de quien había sido su maestro en Freiberg, Werner. Para la década de 1810, Brochant de Villiers era el profesor del curso de geología en la *École de mines* de París y un defensor de la importancia del curso para los futuros ingenieros de minas³⁹. Aunque es más que probable que su primer contacto con la joven ciencia fuese en Londres, el estudio consistente de la geología de parte de Rivero se dio en París, donde era un curso obligatorio y cuyo profesor fue Brochant de Villiers (Chesneau 40). Como Director de Minería en el Perú, la dimensión práctica de la geología se manifestó en sus escritos burocráticos y en los académicos, donde ella impregnó su visión de la extracción mineral: “La geología, ciencia que tiene por objeto el conocimiento de las diferentes capas terrestres de que se compone nuestro globo, es de suma importancia para el minero, pues según los conocimientos que tenga en esta materia, puede con más facilidad emprender trabajos con frutos y con más o menos seguridad” (1957: I, 188).

El segundo paradigma fue el llamado *Esprit mines*, la forma de pensar de los ingenieros de minas franceses, pero también de fuerte tradición alemana. En la *École des mines* de París, el *Esprit*

³⁹ Sobre los cursos dados por Brochant de Villiers durante la década de 1810 cuando Rivero fue estudiante, Philippe Grandchamp afirma que sus lecciones manifiestan las ideas de Werner, pero también la de Alexandre Brongniart y Georges Cuvier, quienes eran profesores en el *Muséum d’histoire naturelle*.

mines estimulaba una identidad profesional ligada a las ciencias teóricas y la matemática, así como a la formación técnica y administrativa, orientadas tanto al ámbito público como al privado (Garçon, 2004: 24; Thépot 218-19). Además, para el *Esprit mines*, la minería era una actividad social y no individual, pues suponía la reunión de múltiples fuerzas que debían armonizarse en aras de un bien público que demandaba proyectarse al futuro (Garçon, 2004: 37-39). También, aunque con un alto perfil científico ligado a la prestigiosa *Académie des Sciences*, la *École des mines* inculcaba a sus estudiantes la misión de difundir las técnicas más eficaces a fin de elevar la productividad no solo de la minería sino de todas las actividades económicas (Thépot 339). Por último, esta tradición minera franco-alemana se distinguió de la tradicional española ligada a sus colonias. El monopolio y el mercantilismo habían dominado la política minera en América, lo cual las reformas borbónicas, como se explicó, no lograron mermar a causa de la índole productivista de su enfoque. En su contexto, la minería alemana de fines del siglo XVIII en Freiberg desarrolló una tenaz crítica al corporativismo barroco que dominaba las actividades del rubro e impedía una mejor articulación con el resto del mundo social: la abundancia metálica en sí no debía constituir el pilar de la riqueza de un país. Alexander von Humboldt es un ejemplo transatlántico de esta postura. Tras completar sus estudios en Freiberg bajo la tutela de Werner, Humboldt pasó a formar parte del Cuerpo de Minas de Prusia en la región Ansbach-Bayreuth. Aquí, halló un microcosmos de la administración barroca: la minería se estructuraba alrededor de privilegios para corporaciones específicas y estas constituían la fuente de riqueza del príncipe local. En otros términos, el poder político se sostenía en la renta de los metales y no en la capacidad manufacturera y comercial de la población. En un informe de 1797, Humboldt planteó su crítica: “Mining is more beneficial and more important for the welfare and industriousness of the people than for the direct income of the prince” (en Dettelbach, 2012: 201). En 1811, publicó su *Ensayo político sobre la Nueva España* y

dedicó varias páginas a las minas mexicanas y algunas de carácter estadístico a las peruanas⁴⁰. Bajo el mismo espíritu de crítica al corporativismo y su efecto fragmentario sobre el mundo social, concluyó que “la verdadera riqueza de las naciones consiste en la abundancia de los objetos de consumo; esto es, en la de las cosas y no en amontonar un signo que las representa” (320). Para Humboldt, el deseo por acumular las “riquezas nominales [que] son ilusorias” (445) había llevado a un vínculo no sostenible con el territorio y sus recursos.

El impacto de la geología y el *Esprit Mines* se manifestó en las memorias mineras de Rivero y, hasta el cansancio, en cientos de oficios dirigidos al Ministerio de Hacienda en su condición de Director de Minería. Estos paradigmas fueron la base del relato cívico, siendo el *Esprit Mines* el más visible dada su dimensión política y la alta conflictividad social de las minas peruanas⁴¹. Tras conocer e interpretar los problemas y necesidades del ramo minero a través de las Juntas y Gremios que él mismo había reorganizado, Rivero emprendió varias batallas burocráticas. Como han señalado varios historiadores sociales y económicos, la minería peruana de fines del XVIII e inicios del XIX se caracterizaba por un círculo vicioso que la hacía una práctica corporativista y rentista. Pueden enumerarse tres problemas esenciales: primero, el sistema de aviadores o

⁴⁰ Este libro es un extraordinario ejemplo de la capacidad analítica y sintética de Humboldt. El número de fuentes publicadas y manuscritos consultados para la elaboración de cálculos, de cuadros estadísticos y de la narrativa en sí es interminable y abrumador. No obstante, ha merecido opuestas interpretaciones en la historiografía. Por una parte, se plantea que Humboldt proveyó un conjunto de recetas claras para el ideario liberal mexicano del siglo XIX (González 88), de modo que puede considerársele un padre intelectual de la nación (Zea, 1999: 12). Por otra parte, otros estudiosos –aunque alaban su capacidad de síntesis– atribuyen cierta superficialidad a sus opiniones y definen el *Ensayo* como un estricto diálogo entre el alemán y los ilustrados novohispanos (Ortega y Medina 96). Cañizares-Esguerra (2006), recientemente, se ha insertado en esta segunda tradición y ha propuesto no olvidar el carácter derivativo de la escritura de Humboldt.

⁴¹ La dimensión práctica de la geología fue también visible, pero con un cariz más científico y disciplinario. Aunque menos constante debido al destinatario, la nueva ciencia aparece, por ejemplo, en muchos de los oficios dirigidos al Ministro de Hacienda, siendo el caso más resaltante una larga descripción geológica de las minas de Yauricocha en Cerro de Pasco (Ms 1827c). Asimismo, en este periodo inicial de encuentro con los Andes, la geología organiza la descripción y análisis de los lugares por donde viaja, según lo comunica en sus cartas a colegas en Europa. Las futuras memorias científicas sobre el guano, el salitre, el carbón, las aguas termales, entre otras, atestiguan la dimensión práctica de la geología.

prestamistas, que con intereses usureros impedía la capitalización del minero; segundo, la presencia de *rescatiris*, compradores de las pastas de plata, quienes debido a su condición informal traficaban con el azogue y favorecían el contrabando de la plata; y tercero, la escasez de moneda, que conducía a pagar a los operarios con mineral e impedía la profesionalización del rubro⁴². Rivero intentó resolver en toda su complejidad estos problemas tanto en el frente burocrático como en el político. Así lo demuestran la infinidad de oficios donde aborda dichos asuntos: propuestas de bancos estatales de avíos o habilitación para apoyar inversiones y acabar con la dependencia de los aviadores y el usurero capital comercial; planes para bancos de rescate, es decir, de compra de pastas de plata para luchar contra la informalidad y el contrabando de los *rescatiris*; pedidos de rebajas de impuestos atendiendo al bajo volumen de metal precioso por quintal de mineral; solicitudes de prerrogativas para los integrantes de los gremios como no hacer servicio militar; propuestas para por mejorar la difícil situación laboral de los operarios, regularmente indígenas; gestiones logísticas e ingenieriles para desaguar las minas a través de la construcción de socavones como el de Quiulacocha en Pasco, la mayor inversión peruana antes de los ferrocarriles (Deustua, 1986: 161); consideraciones de las peculiaridades geográficas de cada región como la desértica Tarapacá a fin de acomodar leyes, exigencias y prerrogativas⁴³.

⁴² Para el periodo colonial, ver Molina Martínez (1986) y Fisher (1977); y para el republicano, Deustua (1986) y Contreras (1987).

⁴³ En el *Archivo General de la Nación* en Lima, pueden consultarse los cientos de oficios donde Rivero aborda estos temas. En el Archivo colonial: Tribunal de Minería. T-M RE1, cajas 48 y 49. En el Archivo republicano: “Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. 1826”, O.L. 145. Caja 49. Documentos 826-845; “Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1827”, O.L. 164. Caja 73. Documentos 1347 a 1381; “Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1828”, O. L. 175. Caja 97. Documentos 693-746; y “Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1829”, O.L. 186. Caja s/n. Documentos 525-577. El texto que quizás concentra mejor sus ideas es: “Proyecto para la mejora de la minería y aumento de rentas nacionales” (1857: II, 228-50), dirigido al Ministro de Hacienda, leído en parte en el Congreso y publicado el 14 de marzo de 1829. Aunque este proyecto fue “concebido en la aflicción” (228), está escrito con mucha lucidez y expresa el compromiso de Rivero con el rubro minero.

Estas empresas de corte práctico se llevaron a cabo dentro de un marco cívico que Rivero había trazado desde el inicio. Aquí se redobló su apuesta minera atendiendo a las urgencias políticas de la República, pero de cara a la sostenibilidad. Así lo manifiesta en el “Proyecto para una Dirección general de Minas” presentado al Ejecutivo en marzo de 1826: “Si la explotación de Minas ofrece preciosas ventajas a los Estados que las poseen, estas no pueden ser duraderas, sino [sic] se arreglan a una administración general que [las] concibe como un ramo de industria que sostiene miles de habitantes y que ejerce una influencia sobre la prosperidad pública” (1826d). El *Esprit Mines* iba de la mano con un entendimiento industrial de la minería. ¿Qué era industria aquí? Tradicionalmente, las actividades industriales en Francia incluían tanto la agricultura como las artes y oficios que suplían de manufacturas. Para inicios del XIX, lo industrial pasó a designar todas aquellas actividades productivas en las que el conocimiento científico aportaba mejoras prácticas para su concepción, organización y productividad. Este giro mostró la adopción francesa de la ciencia tecnológica aparecida en Alemania a fines del XVIII. El énfasis teórico y práctico del *Esprit Mines* heredado de la mineralogía sueca y la Escuela de Freiberg, donde la cercanía entre extracción minera y estudios teóricos era literal (Porter 548-51; Eyles 103), hizo que los ingenieros de minas adquirieran una doctrina que se caracterizaba por ser industrial (Garçon, 2012: 174). Llamado “*Esprit d’industrie*” (Garçon 2004) o “*science industrielle*” (Weiss), esta visión impulsó que se escribiese mucho sobre la práctica de los ingenieros y la relación entre estos y las ciencias. Estos debates en las tres primeras décadas del siglo XIX eran parte del espíritu tecnológico⁴⁴.

⁴⁴ Louis-Marie-Henri Navier escribió en 1826 el *Resumé des leçons sur l’application de la mécanique à l’établissement des constructions et des machines*, donde alegaba que la distancia entre ciencias e ingeniería debía reducirse aun más. En un obituario a Navier de 1837, el Baron de Prony, director de la *École des Ponts et Chaussées*, dejó claro un entendimiento industrial o tecnológico de la ingeniería: “The system of knowledge that currently constitutes the science of engineer (including architecture) embraces, from the theoretical, experimental, and practical points of view, almost the entirety of diverse branches of the physicomathematical sciences. This system of knowledge has not always been so extensive –far from it; but in comparing the monuments created during various epochs, not according to their size or the amount of work required but according to the degree of instruction necessary to draw up

La dimensión política de estos debates estuvo también presente. Las escuelas de ingeniería desarrollarían un discurso dentro de la visión liberal: “Political economy thus promised to elucidate general patterns in the movement of the social mechanism that had the clarity and immutability of the laws governing the natural sciences” (Weiss 229). El influjo ilustrado y su confianza en la razón es evidente. No obstante, la atención a los contingentes factores del mundo social eran también un componente central en varias de las influyentes visiones políticas del momento. Una de las principales en el entendimiento de la minería como industria fue Henri de Saint-Simon. Acuñando términos como ‘industriales’ para nombrar a los nuevos productores (capitalistas y obreros por igual) e ‘industrialismo’ para designar su propia doctrina política (Ionescu 6), las ideas de Saint-Simon convencieron a muchos ingenieros de inicios del siglo XIX de que ellos estaban llamados a crear un orden nuevo (Picon 148-149). Habiendo experimentado el paso del mundo feudal al industrial, su doctrina era esencialmente política: “Saint-Simon thought that his principal task was to find the political organization to suit the transformed society” (Ionescu 7). Pese a que la influencia de Saint-Simon en las escuelas francesas de ingeniería ha sido exagerada (Weiss 54), la economía política liberal y los saintsimonianos sí compartían con muchos otros grupos en la sociedad francesa la idea de impulsar una educación tecnológica. La *Ecole Centrale des Arts et Manufactures*, creada en 1829 con el objetivo de formar ingenieros multidisciplinarios, fue el máximo ejemplo de todo este proceso: no se quería formar *savans* a la imagen de los miembros de la *Académie des Sciences* ni profesionales identificados con las empíricas tradiciones artesanales, sino un ingeniero entre esas dos identidades y prácticas (Weiss 90).

the plans and direct their execution, one can see an evident correspondence between the scientific march of the human spirit and that of the art of constructions” (en Weiss 93). Similar posición desarrolló Jean-Baptiste Dumas, profesor de la *École Centrale* y quien publicó el *Traité de chimie appliquée aux arts* en 1828. Entre varias premisas de la “science industrielle” estaba la de que cada arte basada en procesos químicos tenía una teoría que sostenía sus actividades. En el prefacio, Dumas explicó que su libro no quería “to describe the practice of the arts, but to clarify the theory of them” (en Weiss 116).

Rivero no fue ni pretendió ser un pensador político. Pero sus diversos escritos, siempre dentro de la practicidad que le demandaban sus funciones, muestran que su encuentro con la naciente república y su realidad social activaron la proyección política de sus paradigmas. El producto no fue una copia de las recetas francesas, ya que el pensamiento tecnológico (asociado al *Esprit d'industrie* o *science industrielle*) demandaba atención a las condiciones y contingencias locales. Sus varios planes para instituciones atestiguan tal proceso: la idea de lo industrial como la mezcla entre lo teórico y lo práctico para beneficio común domina la sustentación de sus propuestas para las nuevas instituciones republicanas⁴⁵. Más importante aun, esta preocupación institucional suponía la difusión de un relato cívico. Un ejemplo resaltante, entre muchos otros, es una carta a Simón Bolívar escrita en mayo de 1826. En ella, Rivero pidió a Bolívar que ordenase a los barcos que saldrían del Callao para Manila, Realexo [México] y Panamá que trajesen gusanos de seda, nopales con la cochinilla y canelos, respectivamente, para aclimatarlos en el nuevo Jardín Botánico de Lima (otras de sus instituciones fallidas). Además de una justificación comercial y económica, Rivero resaltó al Libertador la necesidad de darle a toda industria una dimensión cívica dada las condiciones del cuerpo social peruano:

Para conseguir el objeto de mi súplica, permítame V.E. que le haga una sola observación, la que está fundada sobre el hecho que confirma la experiencia todos los días, y es: que hay mui pocos que quieran hacer un servicio por ligero que sea, y por ligados que estén por la gratitud, si no se les estimula con un nuevo interés. En este supuesto parece conveniente, que Ud. se digne ofrecer un premio proporcionando a los primeros que introduzcan el Gusano legitimo de seda, la cochinilla fina de México, y los Canelos de Panamá, lo qual se puede conseguir con mui pequeño costo, y no mayor trabajo. (Ms 1826k)

⁴⁵ Entre estos planes manuscritos, depositados en el *Archivo General de la Nación*, se hallan: “Plan para un Museo de Historia Natural” (1826a), “Plan General de Estudios [de Instrucción Pública]” (1826b), “Plan para una Sociedad Fomentadora Peruana” (1826c), “Proyecto para una Dirección general de Minas (1826d), “Plan para una Escuela de Minas” (1826e) y el “Proyecto de un Ateneo Peruano” (1826g). Todos estos planes fueron presentados en menos de una semana tras ser contratado por el Ejecutivo. Solo la Dirección de Minería y el Museo de Historia Natural fueron establecidos. Rivero reclamó repetidas veces al Ministro del Interior por la lentitud en la aprobación de sus planes argumentando que su “demora perjudica al Gobierno y a los Habitantes de esta República”. La honestidad de su queja, por cierto, es de una brutal actualidad para el Perú: “Los gastos que hay que hacer son casi ninguno, y Ud. bien sabe que para formar instituciones de esta clase es preciso poner las bases en el momento, pues si se consulta la opinión de cada uno, habrá muchos pareceres y nunca se hará nada” (Ms 1826j).

La lectura de Rivero partía de su experiencia de campo: la comunidad de nuevos hombres libres se hallaba quebrada y llena de vicios. El encuentro con las minas andinas, en particular, apuntaló tal diagnóstico: “La desmoralización que se observa en todo mineral [zona minera] del Perú es consiguiente a la mala educación que nos han dado nuestros antecesores, al desprecio con que miramos la plata y a la facilidad con que se buscan las cosas necesarias para la vida” (1857: I, 188). Sin embargo, la dimensión política de sus paradigmas lo alentó a resolver tal escenario a través de la fuerza cívica del entendimiento industrial de las actividades productivas. Así lo expresa en su “Plan para una Dirección general de Minas”, donde propone “poner [las minas] al abrigo de la codicia y de la inexperiencia de las empresas ordinarias”, de los “especuladores, quienes abusan de su derecho” y de las “manos de codiciosos y hombres sin industria” (Ms 1826d). Los oficios dirigidos a la Juntas y a los Gremios de minería no pierden la oportunidad de insistir en la dimensión cívica del ramo, incluso cuando el asunto es técnico, económico o administrativo. Así, por ejemplo, cuando comunica al Ministerio de Hacienda el nombramiento de un nuevo vocal en la Junta de Pasco, enumera las cualidades del minero: “patriotismo, honradez, aptitudes, y demás” (Ms 1827a). De la misma manera, defiende al operario indígena y pide que “se le mire con alguna equidad en consideración al fuerte trabajo que hace en las profundidades bajo el agua, y riesgos extraordinarios” (Ms 1827b).

El civismo y la entrega profesional de Rivero causaron, al mismo tiempo, una admiración y confusión sin precedentes en el corrupto y fragmentado mundo minero andino. Por una parte, se ganó el respeto y confianza de los mismos mineros. Tan solo 30 años antes, Nordenflicht había carecido de crédito al punto que terminó siendo llamado “charlatán químico” (Fisher, 1977: 140) y “científico imaginario” (Molina Martínez, 1977-1981: 139). Por el contrario, entre muchas, una prueba significativa de la recepción positiva de Rivero fue la enérgica queja que la Junta y el

Gremio de Mineros de Pasco (la zona minera más rica y más corrupta) presentó al Ejecutivo ante su inminente partida tras su primera visita a la zona. El oficio comunicaba que el Gremio “se opuso fuertemente” a la posibilidad de que el Director de Minería abandonase el Cerro y exigieron que “por ningún motivo” lo hiciera. Los mineros consideraban que, “[por] ser demasiado interesante su existencia en él, por su contracción extraordinaria, por su notorio desinterés, y por sus bastos conocimientos y luces”, no podía abandonarlos. Su exigencia se sustentaba en los trabajos del socavón Quiulacocha, pues, desde que Rivero los dirigía, eran superiores no solo en metros excavados, sino “también en la economía de gastos, doblemente y triple al trabajo y laborío antiguo”. Los vocales de la Junta fueron aún más expresivos y consideraron que “con su falta se paralizaría todo”. Percibían que con Rivero se abría otra época para el Cerro “una vez que por fortuna le ha tocado la venida de un jefe tan digno, y que vela incesantemente sobre la prosperidad del ramo con su constante actividad, celo, y conocimientos” (Ms 1827a).

No obstante, por otra parte, estas mismas cualidades causaron su caída política. Aunque su trabajo fue visto “con agrado” por el Ministerio de Hacienda (Ms 1827b), el frágil apoyo se acabó hacia diciembre de 1827. En resumen, se produjo un enfrentamiento entre su firme defensa de reforma del ramo minero y las redes corruptas del capital comercial, del poder político rentista y de los abusos legales⁴⁶. Los problemas no se resolvieron: en marzo de 1828 desde Cerro de Pasco,

⁴⁶ Los archivos del Ministerio de Hacienda me han permitido reconstruir con detalle los ataques de agentes del Gobierno hacia Rivero y su consiguiente caída. Un primer incidente fue su encendido reclamo por el ilegal cobro de contribuciones a los mineros de parte de la Intendencia de Huarochirí. Rivero acusó a las intendencias de estar llevando a cabo prácticas del periodo colonial que atentaban contra el espíritu libre de la República: “...son muchos los reclamos que hay de los mineros a esta Dirección por querer los Intendentes de las Provincias exigirles como antiguamente” (Ms 1827d). En octubre, ocurrió un impase sin explicación: como represalia hacia él, la Prefectura de Junín retuvo los 2000 soles destinados a las obras del socavón de Quiulacocha. Dicha Prefectura también había reclamado por contribuciones y Rivero los había acusado de hacerlo a través de jueces que encarcelaban mineros ilegalmente. El impase puntual se resolvió, pero en enero y febrero de 1828, el Gobierno decretó que la Tesorería de Junín que manejaba los fondos para el socavón enviase razón de ingresos y egresos a los Administradores de la Tesorería General de la Prefectura de Junín (Ms 1827-1828). Rivero se opuso enérgicamente y consideró que “el Supremo Gobierno sin motivos no le dispensa la confianza que se merece” (Ms 1828a). Finalmente, Rivero advirtió a Hacienda que la Prefectura, a través de su tesorero, obstruiría injustificadamente las obras y crearía desaliento en los

Rivero manifestó a Hacienda, y pidió que se le comunicase al Presidente, que había “observado con sentimiento” que se haya omitido el cargo de Director de Minería de la lista de funcionarios que debían jurar ante la nueva Constitución. Presumiendo que era un olvido, pidió que se rectificara “pues no quiero que mis sucesores digan que por este decreto se les ha privado de una distinción digna de tan útil empleo” (1828c). El compromiso cívico en Rivero, sin embargo, fue más fuerte que estos serios y desalentadores problemas. El 30 de octubre de 1828 desde Cerro de Pasco, Rivero envió al Ministro de Hacienda una nueva versión de su “Plan para la Escuela de Minas”, cuya primera versión había presentado en marzo de 1826 al haber sido nombrado Director General de Minería. Pasados dos años y medio, dicha institución, como varias otras que propuso, no había obtenido apoyo ni del Ejecutivo ni del Legislativo. Sin embargo, juzgando su vitalidad para el futuro del ramo minero, Rivero insistió: remitió un plan que no solo era más completo y detallado desde el punto de vista técnico y administrativo, sino un subproducto práctico de su reflexión sobre el territorio minero, la relación productiva con él, su significancia social más allá de lo económico y su intrincada dimensión humana. El plan de 1826, como el presentado en 1823 en la Gran Colombia, se había elaborado siguiendo la estructura y funcionamiento de la *École des mines* de París. Aunque conservando dicho modelo académico, Rivero agregó al plan de 1828 una introducción justificatoria en la cual se intercalaban sus vigentes conclusiones sobre la minería andina. Siempre exhibiendo una fuerte dimensión práctica como corresponde a la naturaleza de un documento de este tipo, escribió el Director de Minería:

[...] se desprecian por falta de conocimientos otros minerales, tan preciosos quizás como el oro y la plata; que se desechan acaso algunas especies de estos últimos por hallarse mineralizados con otras sustancias; que se carece por último casi del todo de las ciencias y

mineros (Ms 1828b). Para este momento, la Prefectura de Junín, bajo cuya jurisdicción estaban las minas de Cerro de Pasco, era su mayor enemigo. Los detalles de esta disputa se hallan esparcidos en diversos documentos, pero de alguna manera resumidos en un grupo de oficios pertenecientes al Ministerio de Hacienda (Ms 1827-1828).

artes auxiliares para poderse trabajar con utilidad y honor de los particulares y del Estado. (Ms 1828e)

Ciertas nociones son evidentes: se ataca la atávica primacía del oro y la plata heredada de la lectura colonial de la abundancia metálica, se protesta ante la inmediatez productiva promovida por dicha lectura dado que absurdamente se producen escombros, y se desaprueba la desconexión entre conocimiento, generación de riqueza y virtud ciudadana. Para Rivero, la proyectada Escuela de Minas lideraría la solución de estos problemas prácticos y de sus implicancias políticas. El impacto debería sobrepasar el mundo minero en tanto actividad económica y, revelando el poder aún oculto de su relevancia social, repercutiría “estirpando [sic] al mismo tiempo los vicios que haya podido crear una ciega rutina” (Ms 1828e).

Es significativo que Rivero insistiera con uno de sus planes nunca favorecidos aún a finales de 1828. Su abrumadora eficiencia administrativa y su temerario ímpetu reformista le habían creado recios enemigos en la feroz política de la naciente república a tal punto que, en abril de ese año, había dejado Lima para residir en Cerro de Pasco y desde allí ejercer sus funciones (Ms Piérola 1828). Su insistencia no se explica solo por un abnegado compromiso institucional con la minería y su gente. Rivero tenía una convicción bastante clara en aquel contexto de turbulencia política: el Perú necesitaba una nueva interpretación del territorio. Cuando un golpe de Estado conservador derrocó al gobierno liberal del Presidente José de la Mar el 7 de junio de 1829, el Director de Minería se hallaba casi un año atado de manos a nivel burocrático, pero aún pensando y trabajando los metales andinos desde su ‘exilio’ a más de 4000 metros de altura. El 9 de junio, la Dirección fue suprimida y se restableció el Tribunal de Minería, nombre de la institución en tiempos coloniales. En el oficio que comunicó tal directiva, Rivero respondió al nuevo Gobierno: “Quedo enterado” (Ms 1829). Era el fin de la reforma cívica de la minería a través de la vía institucional.

La huella de Humboldt

En las vigentes clasificaciones de minerales existe solamente una sustancia nombrada en honor de Alexander von Humboldt: la humboldtina, un mineral orgánico que –como todos los de su clase– es bastante extraño y no es abundante. La existencia de esta sustancia fue comunicada públicamente en la *Académie de Sciences* de Francia, la institución científica más importante del momento, en la sesión del 8 de octubre de 1821. El autor de dicho descubrimiento y quien propuso nombrarla en honor a Humboldt fue un joven científico que sustentaba por primera vez un trabajo suyo: Mariano de Rivero.

La relación entre ambos hombres de ciencia fue muy estrecha académica y personalmente. Durante sus años parisinos como estudiante, Rivero desarrolló un vínculo y una admiración tal por Humboldt que no solo le dedicó el resultado de su primer trabajo académico, sino que el prusiano tuvo un rol especial en su primer puesto profesional. En mayo de 1822, Rivero fue contratado en París por Francisco Antonio Zea para servir a la naciente República de Colombia como jefe de una misión científica que, entre otros objetivos, debía fundar una Escuela de Minas y un Museo de Historia Natural que replicasen las instituciones francesas (Ms “Contrata Zea-Rivero” 1822). Aunque esta contratación estaba oficialmente avalada por los profesores del *Muséum d’Histoire naturelle* y los académicos de la *Académie des Sciences*, Humboldt tuvo una fuerte influencia en cuestiones prácticas de la misión. En efecto, el prusiano no solo envió una carta a Bolívar para encomendarle la protección de la misión debido a su “utilité publique” (Ms 1822), sino que dio a Rivero una carta de recomendación especial que este entregó al Libertador cuando lo conoció en Lima (Ms 1826m). Más importante aun, Humboldt diseñó la ruta que Rivero debía seguir desde las costas venezolanas hacia las montañas de Bogotá. Su propósito era obtener a través de él ciertas mediciones y estudios, de manera que, con esos nuevos datos, se corrigieran aspectos puntuales de

sus trabajos sobre América que venía publicando en París desde 1805. Como Rivero le dijo en una carta enviada desde Lima: "...si Ud. tuviese por conveniente les dará [a las observaciones que remito] Ud. el destino y lugar que merezca" (Ms 1826m). Desde 1822 cuando Rivero desembarcó en La Guayra, Venezuela, Humboldt tradujo, editó e incluyó en su obra mucho de lo que el joven científico le envió⁴⁷. Por razones desconocidas, sin embargo, la relación personal entre Humboldt y Rivero perdió interés para el primero⁴⁸.

Esta abrupta interrupción, sin embargo, no detuvo el curso del diálogo intelectual. La pregunta latente es, entonces, cómo evaluar la poderosa influencia de Humboldt. Este tema ha sido estudiado, no sin polémica, desde diferentes aspectos de la realidad latinoamericana. Una perspectiva muy influyente ha sido la de Mary Louise Pratt (1992). Pratt propone que no fueron los textos propiamente científicos de Humboldt sino los no especializados los que influyeron en los criollos latinoamericanos que participaron en la conformación institucional de las repúblicas. Así, la imagen de una América primordialmente natural y des-historizada elaborada por Humboldt habría influido en escritores como Andrés Bello, entre muchos otros, y, más aun, desembocado "into a creole process of self-invention" (175). La lectura de Pratt, sin embargo, ha sido criticada debido a su sesgo por el "imperial gaze", es decir, por reducir el proyecto de Humboldt a la

⁴⁷ Monique Alaperrine-Bouyer (1999) ha identificado los pasajes del *Journal des voyages* y del *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent* donde las observaciones de Rivero son incluidas (28).

⁴⁸ En el archivo de la *Staatsbibliothek* en Berlín se conservan solo 6 cartas de Rivero a Humboldt. La última está fechada en Lima el 21 de junio de 1826. Sin embargo, Humboldt parece no haberle respondido desde al menos 1824. En sendas cartas de 1825 y 1826, Rivero manifiesta su preocupación al respecto y espera "no haberlo ofendido de tal modo que llegue a olvidarse de la persona a quien ha mostrado tanto cariño" (Ms 1825b). En el Archivo Humboldt de la *Biblioteka Jagiellońska* en Cracovia, Polonia, se conservan tres documentos de pluma de Rivero: una lista de rocas (Ms s/f), una carta de asunto geológico desde Popayán en su camino a Lima (Ms 1825c) y una serie de observaciones barométricas (Ms 1832). Aunque esta última está fechada en 1832 y contiene una carta, no estuvo dirigida a Humboldt, sino a otro científico no identificado que había visitado Lima y quien, de vuelta en Europa, se la remitió al ex mentor de Rivero.

proyección de un deseo imperialista⁴⁹. Pensando en el caso específico de Rivero, dicha lectura sobre Humboldt ha probado ser contraproducente. Gregory Cushman (2011), siguiendo explícitamente a Pratt, argumenta que la ‘ciencia humboldtiana’ sirvió para establecer “patron-client relationships” (20) y, tras sostener que las instrucciones dadas por Humboldt a Rivero en París eran un mecanismo de control, sentencia: “Rivero was an exemplar of the Creole intellectuals who looked to Humboldt and Europe for legitimation as they sought to build self-sufficient post-colonial states founded on White dominance in the Americas” (36)⁵⁰. Constataciones simples desacreditan la idoneidad de esta lectura: primero, Rivero sí era un lector de los textos especializados de Humboldt y además, como varios pormenores de su estancia europea lo demuestran, su legitimación en los círculos académicos precedía y excedía a Humboldt⁵¹.

La crítica abierta por Jorge Cañizares-Esguerra (2006) a la labor de Humboldt tampoco ofrece un modelo adecuado. Pensando especialmente en asuntos botánicos, Cañizares-Esguerra plantea la pregunta sobre cuán derivativo era Humboldt respecto del conocimiento creado y acumulado por los científicos criollos con los que tuvo relación. En esta línea, historiadores de la minería americana como Patricia Aceves (1995) han criticado el hecho de que Humboldt no mencionase e incluso negase la existencia de métodos y libros exitosos en Nueva España, pese a

⁴⁹ Pratt argumenta que la representación humboldtiana de América como primordialmente natural respondía a una ideología de relaciones de poder y privilegio (127). Para críticas sobre esta lectura, ver Cañizares-Esguerra (2006), pp. 132-134; Walls (2009), pp. 18-20.

⁵⁰ El artículo de Cushman no solo es impreciso, sino muy errático en su argumentación. Hay poco trabajo de investigación sobre el caso particular de Rivero y su trayectoria, pese a ser el ejemplo principal de discípulo criollo de Humboldt.

⁵¹ Rivero fue admitido en la *École des mines* gracias a la intermediación del Embajador español (*Procès-Verbaux*, s/f: I, 268). En dicha institución, se granjeó el aprecio y admiración de todos sus profesores como atestigua Louis Aguilhon (1889), director de la *École*, en la primera historia oficial de la institución (134). Las posteriores correspondencias con sus exprofesores y condiscípulos, el envío de muestras minerales y anticuarias a museos, de animales a académicos como Cuvier, de sus publicaciones bogotanas y limeñas a la *Académie des Sciences* (donde se leían públicamente), así como sus posteriores publicaciones al retornar a Europa, demuestran ampliamente el grueso error en la interpretación de Cushman.

que coincidía con los postulados de ellos. Esta línea crítica, sin embargo, es ambivalente: por un lado, se destacan silencios de parte de Humboldt que, en efecto, parecen intencionales y no casuales; pero, por otro lado, se olvida convenientemente que su obra también ofrece innumerables ejemplos de reconocimiento a científicos americanos. Aunque Cañizares-Esguerra no se identifique con la postura postcolonial que él mismo critica a Pratt, su propia lectura parece recaer en el otro lado de la moneda: privilegiar una interpretación donde la capacidad intelectual americana parece ser más una respuesta o incluso un reclamo a Europa y menos un acto libre, creativo y constructivo.

Otras líneas de interpretación ofrecen miradas más complejas a la obra y el legado de Humboldt en tanto se fundan en un análisis de su obra científica, de difusión y redes. A fin de alejarlo de la reduccionista etiqueta de viajero romántico en búsqueda de fuerzas cósmicas, Susan Cannon (1978) destacó su preocupación por la acumulación de variables y la perspectiva multilocal. Así, bajo un deseo por desmontar las grandes interpretaciones del inmediato pasado ilustrado, la “Humboldtian Science” se fundaba en “the accurate, measured study of widespread but interconnected real phenomena in order to find a definite [mathematical] law and a dynamical cause” (105). Siguiendo la interpretación abierta por Cannon, los trabajos de Ottmar Ette (2012; 2016) y Laura Dawson Walls (1995; 2009) han planteado modelos críticos para reinsertar a Humboldt en debates contemporáneos. Ette plantea que la ciencia humboldtiana, aunque las contemplaba, no privilegió la creación de teorías matemáticas. Dio centralidad a los instrumentos y en efecto midió con ellos, pero también visitó archivos, bibliotecas y dialogó con las comunidades científicas locales. La “Humboldtian Science”, para Ette, se define mejor como la puesta en escena de una praxis donde “radically different disciplines and areas of knowledge are dynamically put in relation to one another” (2012: 215). En esta misma línea, Walls sostiene que

es un error leer a Humboldt como un pensador cuya imagen del mundo natural se caracteriza por una “pervasive harmony” (2009:104). Para Walls, tanto sus textos tempranos sobre América y su monumental *Cosmos* demuestran que su pensamiento concebía la Tierra como constituida por fuerzas caóticas y contradictorias que eran “irreducibly complex and unpredictable” (2009: 250). En suma, como Ette y Walls –junto a Vera Kutzinski– sostienen: la obra de Humboldt debe leerse pensando en “a large field constituted by individual moving parts and particles” (2012: 10).

En relación con la ciencia europea y en particular con la “Humboldtian Science”, el caso de Mariano de Rivero ofrece una vía para estudiar el viaje transatlántico de los paradigmas disciplinarios en un escenario alejado del imperialismo controlador y de la subalternidad rebelde. Por un lado, la “topographical vision” (Cannon 87) y la perspectiva relacional (Ette, 2012: 226; Walls, 1995: 147) humboldtianas impactaron la metodología de sus escritos⁵². Asimismo, junto al contenido específico de sus propuestas científicas, Humboldt reafirmó en Rivero la idea romántica de que la incesante movilidad del mundo natural podía eventualmente hallar un foco interpretativo con cierto equilibrio. El camino hacia dicho foco interpretativo, por otro lado, era necesariamente personal. En una carta dirigida a Jean Baptiste Boussingault, miembro de la misión encabezada por Rivero, semanas antes de que esta zarpase hacia América, Humboldt escribió: “Ustedes dos podrán agregar muchas rectificaciones y notas. Se lo repito, amigo mío, como ya se lo escribí también a Rivero: toda rectificación que provenga de ustedes será de mi agrado. [...] Algún día, ustedes se distanciarán de mis ideas de hoy” (en Boussingault 288). Más aun, animó a los jóvenes

⁵² Según Susan Cannon, los escritos de Humboldt se caracterizaban por exhibir una “*topographical vision* of the world, its organisms, and its history” (87), la cual fue determinante en quienes siguieron sus ideas y métodos. Aunque siempre en escala local, ello se manifiesta en Rivero, en sus informes, memorias y cuadros. El ejemplo más manifiesto se halla en sus nivelaciones barométricas, donde además de consignar la altura de cada punto respecto del mar agregaba información sobre cultivos, estratificación e historia local. Ver “Nivelación barométrica desde El Callao hasta Pasco” (1999 [1828]: 116) y particularmente un borrador titulado “Alturas barométricas de varios puntos de la cordillera de los Andes” (Rivero, [1826?]), conservado en la Biblioteca Nacional del Perú, Sección Manuscritos, Ms. F746.

científicos a mirar la naturaleza con “sus propios ojos” (288). Humboldt estaba convencido de que el poder creativo de la intuición personal tenía un lugar especial en la praxis científica. Su influencia en Rivero, entonces, debe ser entendida como un modelo empírico americano de paradigmas compartidos y no como una inmóvil determinante⁵³.

El camino hacia el proyecto personal, en Rivero emergió de los propósitos que se trazó. La experiencia en las minas, es decir, la mezcla entre el discurso de la abundancia de ellas y la preeminencia de la fragmentación de sus componentes sociales y humanos, le impuso un propósito general: renovar el entendimiento del territorio peruano reorientándolo hacia uno que tomase atención a los fragmentos o ‘varias ruinas’ legados por las visiones anteriores.

⁵³ La presencia de Boussingault desde 1822 en la relación entre Humboldt y Rivero da pistas para conjeturar el porqué de la abrupta interrupción entre estos. Algunos documentos permiten avanzar esta hipótesis. Aunque el contrato firmado en París estipulaba que su finalización se daría cuando él mismo juzgase cumplida su labor (“Contrata Zea-Rivero”, 1822), Rivero se vio obligado a sustentar su renuncia ante el Ministro del Interior de Colombia. Tras un primer intento fallido, envió un segundo oficio donde señaló: “El segundo [motivo de la solicitud de renuncia] es porque el insulto que he recibido del Profesor Boussingault es de tal naturaleza que nunca podré estar en un mismo establecimiento con él, pues por cumplir con mis obligaciones poco me ha faltado para que me quite la vida, y si mañana hubiese otra disputa, si en la primera escapé, en la segunda es probable que sufra consecuencias de una pasión desenfrenada” (Ms 1825a). Los detalles de la pelea no son conocidos. Una posible explicación provendría de los celos profesionales de parte de Boussingault: el francés había egresado de la *École des mines de Saint-Étienne*, una escuela minera práctica y de menor prestigio intelectual que la más científica *École de mines de Paris* donde estudió Rivero. Así, Boussingault habría desprestigiado a Rivero frente a Humboldt a través de sus cartas. Este desprestigio parece haber surtido efecto. En 1829, Humboldt tradujo una carta enviada desde Lima por Joseph Pentland, secretario de Georges Cuvier y amigo de Rivero. El contenido, entre otros asuntos, incluía reportes de mediciones barométricas. En una nota al pie de página, Humboldt comenta dichas observaciones haciendo referencia a “les observations faites à La Guayra par M. Boussingault” (1829: 11) y que él mismo había publicado en su *Voyage aux régions équinoxiales*. La no mención de Rivero, siendo él coautor original, genera aun más suspicacia cuando notamos que las nuevas observaciones comentadas por Humboldt fueron también hechas por Rivero y dadas a Pentland como este afirma en la carta. Por otra parte, el destino de Boussingault en la historiografía colombiana y en la historia de la ciencia europea parecerían fortalecer esta hipótesis. La historiografía colombiana, desde finales del siglo XIX, denominó “Misión Boussingault” la misión encabezada por Rivero. El mayor tiempo que el francés residió en Colombia trabajando y la publicación de sus *Mémoires* a fines del XIX contribuyeron a que el recuerdo de la misión tendiese a privilegiarlo. Esta imprecisión ha quedado totalmente esclarecida para la historiografía colombiana gracias al exhaustivo estudio de María Paola Rodríguez Prada (2014). Cabe agregar que Boussingault, en sus *Mémoires*, anexa sus cartas con Humboldt, las cuales se extienden hasta fechas próximas a la muerte del prusiano. Asimismo, en dicha relación autobiográfica, Boussingault da un ínfimo rol a Rivero en todo lo relacionado a su viaje y estadía en Colombia. Todo ello pese a que el peruano era su jefe y, más aun, coautor de sus primeras publicaciones. Boussingault tiene hoy un lugar destacado en la historia de la ciencia europea, especialmente en la aplicación de la química a la agricultura.

Segundo encuentro con los Andes: el descenso a la escritura

El segundo encuentro con los Andes no es posterior al primero sino paralelo. Los paradigmas, aunque abocados a cuestiones prácticas, supusieron también un marcado impulso por crear nuevos modelos de aprehensión y expresión de lo natural y lo humano en el discurso y la representación. La geología, el paradigma básico, había operado un cambio radical. Cuando Werner privilegió la primacía del estudio de la edad de las formaciones, introdujo una variante nunca antes pensada para las rocas: su temporalización (Laudan 71; Albury y Oldroyd 201). Desde este principio, Humboldt, Cuvier, Brongniart, Brochant de Villiers, mentores de Rivero, partieron de diferentes premisas epistemológicas y produjeron discrepantes y hasta contradictorias interpretaciones. No obstante, constantemente se actualizaba una idea: la geología había convertido a las inertes rocas en depositarios de procesos y restos de una historia por contar.

La fuerza creativa que desplegó la geología rebasó las ciencias naturales y se diseminó hacia otras áreas del conocimiento y la representación. Fue en el área de influencia del romanticismo alemán donde se hizo más evidente su poderosa energía creativa. En contraste con una ilustrada concepción progresivista del desarrollo de la razón humana, la interpretación romántica alemana de la historia geológica fue “more ambiguous and constantly played with the two themes of progress and degeneration” (Rupke 391). Por eso, los escritores alemanes bregaron por sintetizar antinomias experimentando la vida a través de polaridades a ser resueltas en una unidad (Ospovat 105). La identificación de fuerzas antinómicas era el primer paso dentro de una interpretación de la naturaleza y la historia donde el romanticismo habría de hallar “a central force that permeated and colored all the undertakings of the age” (Ziolkowski 13). Entre los diferentes escenarios y tópicos posibles, para filósofos y escritores como Goethe o Novalis, entre muchos otros, descender a una mina era un motivo recurrente, en la vida real y en la escritura. Así, en el

romanticismo de temática minera, a la innovadora propuesta de historia y proceso a través de las rocas llevada adelante por la geología en contraste con el relato fijo de la Creación, se sumó una noción folklórica: en el interior de las montañas, el tiempo estaba activo, es decir, las minas eran una entrada privilegiada hacia la historia (Ziolkowski 33-37).

Los románticos alemanes que miraban las minas de esta manera eran exalumnos o intelectuales asiduos de la escuela de minería de Freiberg. Rivero estuvo ligado a este ámbito intelectual desde el inicio de su educación en la *École des mines* en París y visitó Freiberg en 1821, donde compartió con profesores, alumnos e intelectuales⁵⁴. Así, la asimilación romántica de la geología muestra por qué su encuentro con las minas andinas no solo activó una dimensión científico-ingenieril y cívico-burocrática, sino una cultural. Si el romanticismo alemán había insistido en que el descenso minero era una vía hacia un nuevo modelo de escritura para resolver las antinomias que conformaban el mundo, entonces el descenso de Rivero debía también impulsar alguna nueva representación del territorio minero andino. A fin de encontrar algún principio de unidad en la representación, como los románticos alemanes, debía primero identificar las fuerzas antinómicas que operaban en el territorio y cómo ellas se relacionaban.

Una escritura contra la melancolía

El regreso de Rivero al Perú en 1826 lo enfrentó no solo con un ramo minero que, tras 300 años de administración colonial, era un crisol de vicios, sino con un territorio que parecía dictar

⁵⁴ No he podido hacer la investigación en los archivos de Freiberg, pero alguna información está disponible. Franco Urbani (1992), un geólogo venezolano, escribió un artículo biográfico sobre Rivero dado que las investigaciones geológicas en ese país tienen su fundador en el peruano. Para ello, se comunicó con el archivo de la Escuela de Minas de Freiberg y obtuvo dos cartas de carácter burocrático sobre su visita en 1821. En una carta de Johann Jakob von Tschudi a Rivero de 1855, el médico suizo le expresó el interés que Wilhelm Haidinger, entonces director del Instituto geológico de Viena, tenía por sus trabajos geológicos. Haidinger había conocido a Rivero en Freiberg en la casa del geólogo Friedrich Mohs, profesor de la escuela (358).

tal consigna. Así lo había observado Humboldt en su *Ensayo*, donde estipulaba una diferencia crucial entre las minas peruanas y sus pares mexicanas: la ubicación en altura. En comparación con las minas mexicanas ubicadas muy próximas a zonas cultivables, las minas peruanas no parecían ser asientos para la civilización: “Solo la esperanza de enriquecerse es la que puede animar al hombre libre a abandonar el clima delicioso de los valles, para aislarse sobre la loma de los Andes” (1966 [1811]: 27). La imagen de la abundancia metálica convivía con la aceptación melancólica del círculo vicioso que el mundo social minero había creado⁵⁵. Esto no era nuevo: desde el padre José de Acosta hasta las reformas ilustradas de Ulloa, la melancolía y la negación de la civilización eran parte de la representación de las minas andinas. Como Garcilaso, Rivero desarrolló un compromiso con el mundo social y humano de la minería a fin diseñar una salida ante aquellas fuerzas discursivas que parecían condenar su geografía, vida social e historia.

La reflexión empírica de Humboldt sobre América es un buen ejemplo para explicar las nuevas posibilidades interpretativas de un territorio y un paisaje desde el pensamiento geológico⁵⁶. La escritura humboldtiana supuso, primero, un enfrentamiento con la preocupación taxonómica que había dominado el siglo XVIII. En contraste, uno de sus principios básicos fue la relacionalidad de los fenómenos (Kutzinski, Ette y Walls 11). Immanuel Kant fue su influencia central: el filósofo creía que la taxonomía era secundaria y no conformaba un sistema, de manera que este último solo podía darse investigando por qué ocurrían los fenómenos y cómo coexistían

⁵⁵ Miguel Molina Martínez (1986) cita un ilustrativo informe de Dionisio Franco, director del Tribunal de Minería a fines del XVIII, al Virrey Gil y Lemos. Franco había luchado por cierta reforma en el rubro, pero el poder del capital comercial limeño lo doblegó. En el informe, señala: “El minero desterrado de la sociedad y sepultada la mayor parte de su vida para proporcionar al Estado el principal o único agente de su energía y movimiento, se ve en la dura necesidad de sacrificar el producto de su trabajo a la ambición de un rescatador, las más veces tirano porque la aspereza de los parajes resiste la concurrencia, siendo el precio que le dan por este trabajo su único premio y recompensa” (304).

⁵⁶ Cabe señalar que las reflexiones de Humboldt sobre las minas peruanas en el *Ensayo político sobre la Nueva España* son escasas. Los pasajes dedicados a ellas son abrumadoramente estadísticos y económicos.

con otros. Teniendo la geología como paradigma esencial, la primacía de la relacionalidad se manifestó en el famoso *Essai sur la géographie des plantes* de 1805, donde comparó las especificidades de las formaciones geológicas regionales a fin de comprobar que a cada región correspondía un tipo de vegetación (Nicolson 169-174). De esta nueva aproximación, emergió una nueva forma de narrar el continente que abandonó los extremos de abundancia y entrapamiento: América no era más un otro radical como en el discurso de los *philosophes* del XVIII, sino un área que se definía por sus conexiones internas y con otras regiones del globo (Ette 2012: 221-225).

Como sabemos, Rivero no enrumbó su pensamiento científico hacia una reflexión humanista global, sino hacia una comprensión del territorio peruano. No obstante, puede plantearse un paralelo con Humboldt con respecto a esta impronta de la lectura geológica, la relacionalidad y la especificidad regional. En sus primeras relaciones sobre los Andes, la mirada geológica se impregnó tanto en las descripciones de la composición interna del territorio como del paisaje externo. Aquí apareció la expresión “fuego subterráneo”. En principio, su uso es estrictamente geológico: el fuego subterráneo designa al agente que ha formado los terrenos volcánicos en contraste con las otras cuatro clases de terrenos formados por la agencia del agua (1857: I, 188). Así lo manifiesta, por ejemplo, en su explicación geológica sobre la existencia de aguas termales en las cercanías de Arequipa, región volcánica, “preparadas [estas aguas] por los fuegos subterráneos” (1857: I, 116). Escrito a fines de 1827, el correlato paisajístico es concomitante con la mirada heredada de la tradición sobre la vida en la alta cordillera. Las aguas termales son representadas como “un terreno cuyo fondo alegre y verde puro sirve de consuelo” (1857: I, 117) ante un camino infértil y melancólico:

El camino para ellos es bien molesto, sobre todo en el trecho de las laderas, pues las muchas piedras y angosturas lo hacen sumamente fastidioso, como también la monotonía del terreno, no presentándole al viajero por la derecha más que el elevado volcán, los cerros contiguos desnudos de toda vegetación y el melancólico aspecto de los gigantones (*cactus*

peruvianis) esparcidos a distancias en sus faldas. Si se echa la vista hacia la izquierda, se observa un enlace de colinas enteramente áridas, más o menos elevadas, cubiertas, en partes, de una arena blanca y arroyadas que cortan los llanos infecundos. (1857, I: 116)

En esta descripción, aunque los gigantones sean una señal de vida, ellos han sido absorbidos por la poderosa influencia del resto de elementos del paisaje, el cual no es sino infértil. En esta representación temprana de Rivero, la alta cordillera se opone a la vida, la libertad y la civilización.

Esta dicotomía entre fertilidad y melancolía organizó también las descripciones geográfica y humana de su primera memoria minera, escrita asimismo a fines de 1827. Cerro de Pasco era la región más abundante en metales, pero un melancólico obstáculo para la vida:

El aspecto del mineral es lo más melancólico que se puede imaginar: cerros desnudos, cuya vista indica en el momento la esterilidad de las montañas metálicas; gentes entumidas con el frío y falta de respiración por el aire tan delgado, vestidos usados y semblantes decaídos demuestran los trabajos y la vida tan peligrosa y agitada que se lleva bajo los subterráneos. (1857, I: 185-186)

Podría decirse que esta descripción concordaba con su evaluación institucional del estado del ramo: la guerra había destruido casi todo, la productividad era muy baja, los mineros estaban desmoralizados, la usura dominaba las transacciones y los indígenas eran maltratados. Todo hablaba de fracaso. Los ciudadanos libres de la joven República parecían una mera continuación de los súbditos de la Colonia. El camino hacia la melancolía general, podríamos decir, estaba allí, listo para tomarse.

Sin embargo, la promesa de una República de hombres libres y virtuosos era más fuerte en Rivero. En su segundo texto minero, buscó un lenguaje más próximo al diario de viaje y lo tituló “Visita a las minas del departamento de Puno en el año 1826”, publicado a mediados de 1828. Aunque principalmente técnico, emergió una mirada donde el mismo escenario geográfico descrito en el Cerro de Pasco convivía con expresiones de vitalidad:

El camino que conduce a la ciudad de Puno es algo incómodo por las subidas, y por no presentar otra perspectiva que cerros desnudos de vegetación, cubiertos algunos de nieve

perpetua, y otros que parecen haber sufrido los efectos de fuegos subterráneos; pero en medio de la aridez, tristeza y respeto que infunden, causa *no sé qué* placer el ver manadas de camellos peruanos y de vicuñas que silban y escalan los encumbrados cerros con una precipitación y ligereza increíbles. (1857: II, 2, énfasis mío)

En este pasaje, Rivero usa la expresión “fuego subterráneo” como símbolo y no como término geológico. La zona minera de Puno que describe no está rodeada de volcanes, es decir, el origen geológico de esos terrenos es acuoso y no ígneo. Los “fuegos subterráneos” aquí referidos, entonces, encarnan esa imagen de infertilidad y melancolía común a las altas zonas mineras de la cordillera de los Andes. Sin embargo, a diferencia de los pasajes citados arriba, donde los gigantones y la gente se contagiaban de la melancolía del paisaje, emerge aquí otra manera de leer el territorio. En efecto, el tímido “no sé qué” expresa una constatación trascendental: la adaptación de los auquénidos al territorio agreste es el símbolo de que las fuerzas destructivas de la naturaleza no operan solas ni son invencibles. En la nueva mirada de Rivero, no solo destacan las montañas por el “respeto que infunden”, sino que en ellas se manifiesta un equilibrio natural andino donde la “ligereza increíble” de los auquénidos coexiste con el paisaje estéril asociado a la imagen de los “fuegos subterráneos”.

En este nuevo entendimiento del territorio minero peruano no habrá lugar para la abundancia. La intrínseca articulación de las fuerzas que lo habitaban, más bien, pasará a ser el eje de la mirada y del discurso. Como en el romanticismo alemán, la atención a la articulación andina entre los reinos mineral y animal dio pie a la pregunta por la articulación entre ese territorio y el hombre. Así, a la par que llevó adelante su empresa cívica en la vía institucional, emergió en Rivero una empresa más intelectual que impregnó todos sus escritos. Esta empresa suponía un esfuerzo anti-melancólico en el discurso y la representación.

La emergencia del relato tecnológico

La primacía de la articulación entre hombre y territorio por encima de la abundancia metálica dio pie a la búsqueda de una escritura que la expresara. Una constatación repetitiva ofreció a Rivero una inquietud a partir de la cual se enrumboó ese proyecto: “la infinidad de minas abandonadas” (1857: I, 240). Cada zona minera que visitaba exhibía el mismo escenario (1857: II, 4). Las explicaciones a este abandono recaían en la falta de conocimientos geológicos, ya que la mina se inundaba al alcanzarse la capa freática; ingenieriles, ya que se carecía de técnicas adecuadas para guiar la excavación; y socio-económicas, ya que el minero se había acostumbrado a buscar ganancias inmediatas pasando de una excavación a otra. No obstante, Rivero había entendido que las minas abandonadas eran el signo visible de la mala articulación entre hombre y territorio, es decir, que el discurso de la abundancia que los vinculaba era errado, extemporáneo e incompleto.

La identificación de minas abandonadas en sus viajes de 1826 y 1827 desembocó en la necesidad de un medio escrito que comunicase una nueva visión articuladora. En setiembre de 1827, Rivero –junto a Nicolás de Piérola, Subdirector de Minería y su mano derecha– presentó al Ministerio de Hacienda el proyecto de una publicación que tendría como título *Anales Peruanos de Ciencias y Artes*. El periódico mensual fue concebido como “un Diario Científico que abrace los ramos principales de las Ciencias que necesitamos propagar”; más aun, se destacó “que hará honor al país y al actual Gobierno pues será el único que se publique en toda la América llamada anteriormente Española” (Ms Rivero y Piérola 1827). El primer número de esta publicación mensual se imprimió en diciembre de 1827 y el último en junio de 1829⁵⁷. El título, sin embargo,

⁵⁷ Aunque el Ministerio de Hacienda se suscribió por 36 ejemplares a manera de financiar la publicación (Ms Rivero y Piérola 1827), la primera impresión fue costeadada “del sueldo de los Directores, ni alcanzando a cubrir ni una cuarta parte de los gastos las suscripciones” (Rivero y Piérola 1999 [1829]: 578). Como Rivero y Piérola señalaron en el último número del *Memorial*, la mitad del costo de todas las impresiones tuvo que ser siempre pagadas por ellos.

cambió y se imprimió como *Memorial de Ciencias Naturales e Industria nacional y extranjera*. El “Prospecto” del *Memorial*, redactado por Rivero, dejó claro que una visión tecnológica sustentaba el proyecto. A diferencia de los planes presentados al Ejecutivo en marzo de 1826, donde el énfasis era institucional y cívico, el “Prospecto” acentuó la necesidad de la comunicación y la circulación del saber más allá de las jerarquías institucionales, disciplinarias y sociales, a fin de articular todos los componentes de la sociedad peruana:

No hay tal vez medio ninguno que estreche más los individuos, no solo de una sociedad sino de la sociedad universal como el cultivo de estas ciencias [naturales]: el sabio botánico que recorre la superficie de la tierra para conocer las plantas tiene que instruirse, sobre sus virtudes y demás circunstancias, del campesino que a los ojos de los llamados literatos no es más que un estúpido; el origtonosta más instruido, se ve obligado a preguntar al apiri; el zooolojista se queda muy atrás sino [sic] aprende del humilde indíjena o maltratado esclavo los hábitos y costumbres de los animales; el médico más hábil no hará más que aventuras la curación de sus enfermos, si desprecia la observación y las plantas medicinales que puede enseñarle un *Camata*. Se ha dicho que los hombres se aman desde el momento que se comunican ¿y si esto es verdad cuánto no debe crecer aquel amor por el cambio de conocimientos recíprocos? (1999 [1827]: 3)

Para los nuevos peruanos, entonces, la correcta articulación con su territorio no debía emerger del simple traslado de las ‘luces’ como con Ulloa y Nordenflicht, sino del diálogo y del mutuo reconocimiento de que todos poseían un conocimiento sobre él que podían comunicar. Todos los hombres, indígenas, mestizos, blancos o negros, debían participar en la composición del saber ya que todos exhibían ser industriosos. Los sujetos subalternos mencionados en esta argumentación sobre la constitución del saber reflejan la perspectiva tecnológica de Rivero. Como se señaló en la Introducción, el ingeniero de minas de educación franco-alemana en el periodo no solo debía fijarse en las *techniques* o procesos de creación de objetos, sino desarrollar una *technologie* o análisis sistemático de toda forma de relación con el territorio y sus recursos. Juntos estos ejes, el ingeniero en tanto tecnólogo –o “concepteur-installateur” (Garçon, 2012: 175)– debía *crear un relato* para enlazar todas las variables, comunicarlas y replicarlas. El “Prospecto” del *Memorial*,

tras casi dos años de experiencia en las profundidades subterráneas de las minas de la alta cordillera y su mundo social, fue la temprana declaración de principios de Rivero acerca de cómo debían pensarse el territorio y sus recursos: no desde la abundancia sino desde la articulación de sus ‘varias ruinas’, materiales y humanas, a través de la comunicación.

El *Memorial* y sus artículos expresan este principio del pensamiento tecnológico. Partiendo del hecho de que todos tenían un conocimiento para compartir, el rol de “concepteur-installateur” llevó a Rivero a editar la información que juzgaba adecuada para difundir un relato según el cual la capacidad técnica peruana existía, era comunicable y, por eso, era universal. No es casual, por ejemplo, la inclusión de un artículo sobre los tubérculos andinos bajo el rubro de “Industria”. Otros artículos en la misma sección sirvieron para difundir técnicas específicas para la elaboración de barnices o la cría de abejas. En común con estos, el artículo sobre los tubérculos escrito por Rivero transmitía al lector la idea de que, en la “Alta Cordillera de los Andes, en donde la vegetación es casi ninguna” (1999 [1828]: 79), se forjó un conocimiento capital: la domesticación y conservación de tubérculos. El conjunto de conocimientos implícitos develaba una ancestral comprensión del territorio, así como la necesidad de encauzar esos conocimientos en el lenguaje moderno de las artes y las ciencias. En el relato tecnológico, la dimensión más importante era siempre el futuro: “[...] desprovisto el habitante de las regiones frías de alimentos para mantenerse el resto del año, procuró buscar medios de conservar los frutos que produce su suelo, y contar siempre con alimento para su familia” (1999 [1828]: 79). Aunque los tubérculos existieran en abundancia, como en efecto lo era, el eje del relato que los representaba no debía ser ella sino la implícita articulación entre el territorio y el habitante, pues esta aseguraba el futuro y el bien común.

El entendimiento de la agricultura como industria se vio también enmarcado por este relato tecnológico. Rivero traduce y publica un fragmento del “Ensayo sobre las causas de la decadencia

de la agricultura de los antiguos romanos” de un tal Felipe Fiori de Molfetta. El argumento básico del artículo era el siguiente: la agricultura romana decayó cuando Roma conquistó el mundo, se enriqueció rápidamente y, por ende, descuidó el fortalecimiento de sus industrias internas. Un paralelo que apuntaba al lector peruano era la comparación con la España que había conquistado América: la fácil abundancia de metales enriqueció las arcas y no se estimuló ninguna industria. El mensaje general era que este ramo productivo debía también entenderse fuera de la abundancia/fertilidad y, más bien, a través de la articulación. La “Memoria sobre el guano de los pájaros”, publicada como folleto en 1827 y en el *Memorial* en 1828 expresaba esta idea: Rivero no suscribía la consabida abundancia de la producción agrícola en el Perú, ya que “la agricultura está todavía en su infancia” (1857: I, 164). Superar esta mirada debía conducir a impulsarla desde la circulación de conocimientos: “La agricultura requiere conocimientos extensos en las ciencias, en las artes, en las tierras, localidades, etc. y en los abonos que sirven como estimulante para la reproducción de las semillas” (1857: I, 164). La escritura sobre el abono peruano –que aún no era la mercancía estrella de la República– es insertada en este relato mayor: el guano, cuyo conocimiento se acumula desde tiempos prehispánicos, solo puede adquirir significación entendido en relación con los otros saberes de la producción agrícola.

Habiendo sido cesado en 1829 del puesto de Director de Minería, Rivero no volvió a tener un contacto directo con las minas sino hasta junio de 1845 cuando el Presidente Ramón Castilla lo nombró Prefecto de Junín (Ms 1846a). Regresó a vivir a Cerro de Pasco tras 16 años de guerras civiles y constató que el panorama minero no había cambiado mucho ni social ni económicamente. Tras un año de trabajo, comunicó al Ministro de Gobierno que el Estado debía entender las condiciones presentes del Cerro para llevar a cabo las reformas necesarias: “[...para abastecerse] desde el abrigo hasta el agua hay que hacer gastos diarios e indispensables sin que puedan

efectuarse de otra manera que dando al contado su importe” (Ms 1846b). Las fuerzas melancólicas, aunque las combatiese, a veces dejaban ver su impronta en la escritura: “[El Cerro] es el único lugar caro y penoso de todos los de la República” (Ms 1846b). El ímpetu cívico y tecnológico de su juventud, sin embargo, no había desaparecido; más bien, se había complejizado. En efecto, una dimensión se agregó al relato tecnológico: el exhaustivo trabajo de archivo⁵⁸. Su conciencia del archivo, en tanto Prefecto, fue principalmente estadística y de fines administrativos, aunque contempló su utilidad para otros fines. Así se lo manifestó al Ministro de Gobierno, a las pocas semanas de asumir el cargo, cuando se quejó por la falta de archivos en Junín:

Cuando creí encontrar una mina abundante de datos en su archivo para hacer más patente la riqueza de este suelo; cuando concebí sacar resultados importantes para enriquecer la historia de la minería peruana y formar la estadística mineral del Departamento, que sirviese al Gobierno, al sabio como al financista; cuando calculaba en fin tener fondos para emprender nuevos trabajos en beneficio de todos, mi sorpresa ha sido muy grande y mis planes frustrados al ver que no existen estos [archivos] ni que hay sobrante para este objeto. (Ms 1845a)

La conciencia del archivo y su lugar en el relato tecnológico son visibles en la única memoria minera que escribió en sus años de madurez. Publicada en 1848, cuando aún regentaba la Prefectura, la “Memoria sobre el rico mineral de azogue de Huancavelica” es ante todo un diálogo con la historia de la mina. El inicio es bastante elocuente al respecto: “Según los historiadores, conocíase desde el tiempo de los Incas el Cinabrio [azogue] con el nombre de *Llimpi*” (1857: II, 85). En líneas generales, las razones prácticas que explicaban la parálisis de esta mina eran las mismas de siempre: mala administración, desconocimiento científico y técnico, transacciones usureras y corruptas, desprestigio y envilecimiento del Gremio. La sentencia implícita era también

⁵⁸ La seriedad con la que Rivero se tomó este trabajo de archivo era concomitante con su trabajo anticuario en proceso. En 1841, había ya publicado la primera versión de *Antigüedades peruanas* y para 1845 se hallaba en medio de las investigaciones anticuarias en archivos y arqueológicas en campo que darían fruto a la versión final de 1851. El enorme valor del esfuerzo archivístico de Rivero para la historia minera es visible en Fisher (1977), Purser (1971), Deustua (1986) y Contreras (1987), quienes recogen mucha información de él.

conocida: había una mala articulación entre hombre y territorio. No obstante, el método de exposición era otro: el trabajo de campo apuntalado con historia documental. En efecto, el mismo escenario de minas abandonadas, que en algunos casos llama directamente de “ruinas” (92), fue abordado con una nueva metodología:

No siendo posible dar una descripción de todas las labores antiguas de esta mina por hallarse muchas destruidas y abandonadas; y deseando se tenga conocimiento de toda su estension [sic], me valdré de los reconocimientos antiguos, y copiando el que se hizo en 1785, que juzgo es el que da una idea más exacta, agregaré las observaciones que pude hacer en mi visita al mineral, el año pasado. (102)

La reconstrucción del pasado en ruinas, entonces, tenía dos fuentes: el archivo y el campo. En el primero, se consultaban documentos para reconstruir hechos, se seleccionaba la información más confiable y se publicaban fragmentos significativos como notas al pie o apéndices. En el segundo, se inspeccionaban, se medían y se interpretaban los restos de las minas para contrastar información y producir nuevas lecturas. Ambos contribuían a hacer más verdadera la escritura de la historia.

En consonancia con esta metodología, el Rivero de 1848 halló interlocutores en los documentos coloniales. Aunque siempre manteniendo una posición política crítica hacia el régimen colonial español, muchos de los documentos estudiados adquirirían valor en tanto se correspondían con la perspectiva tecnológica que lo guiaba. Así, una de las conclusiones que se deprendía, esta vez con fundamentación documental, era la idea de que los problemas más serios del rubro habían sido producto de las contingencias del régimen hispánico y no efectos inherentes al territorio y al mundo social que engendraba. Al mismo tiempo, las fuentes permitían documentar que una correcta lectura del territorio minero y sus habitantes había tomado una incipiente forma pese a que nunca se llegase a implementar. Oficios administrativos, relaciones de virreyes, reportes de Intendentes y hasta informes reservados, mostraban una y otra vez que el camino hacia una correcta articulación no era incompatible con el mundo social y económico de la alta cordillera.

Una de las fuentes más citadas por Rivero, por ejemplo, fue el “ingeniero subterráneo D. Pedro Subiela” (111), quien en sus informes dejaba claro que la preocupación por “sacar azogues en abundancia” (111) hacía que los mineros y gobernantes trabajasen las minas “sin atender a su permanencia” (111). Subiela llegó al Virreinato del Perú en 1792 y debía colaborar con la misión Nordenflicht. Según Kendall Brown (2006), Subiela también actuó con arrogancia respecto de los criollos locales y además se le acusó de no ser diligente. El difícil ámbito de la minería peruana, lleno de intrigas y demás, hizo difícil todo plan de reforma. Para Brown, los criollos tuvieron responsabilidad, pero peninsulares como Subiela actuaron con políticas poco claras y contundentes para hacer las reformas y tuvieron más responsabilidad en el fracaso de ellas⁵⁹. No puede saberse cuánto de esta historia era conocida por Rivero, pero sí intuir qué aspectos de Subiela quería rescatar para escribir su memoria sobre las minas de azogue de Huancavelica. Subiela tuvo una visión más práctica, tecnológica y a largo plazo. Por eso fue simpático y atractivo para Rivero. Este había enfrentado un panorama similar y provenía de la misma educación minera de raíz alemana. Al rescatar del archivo a Subiela no solo daba sustento a sus lecturas prácticas, sino creaba una historicidad tecnológica para la mina.

Esta manera de escribir la historia minera era una vacuna contra la lectura melancólica: la situación ruinoso de las minas y su mundo social era contingente y no determinista. Por tanto, bajo otra interpretación del territorio, es decir, fuera de la coordenada de la abundancia, los fragmentos

⁵⁹ Pedro Subiela fue miembro de la primera promoción de estudiantes de la Escuela de Minas de Almadén, fundada por orden real en 1777 (11 años después de Freiberg), el primer centro de enseñanza minera en España. Estuvo dirigida por los alemanes Enrique Storr y luego Juan Martín Hoppensak. Subiela se formó como “Geómetra subterráneo” y fue enviado a Huancavelica en calidad de tal el año 1789. Lo acompañó el oficial de contaduría José Antonio Becerra. Tras detenerse en Coquimbo, Chile, para estudiar la mina de mercurio de Punitaqui, Pedro Subiela llegó a Huancavelica en 1792 (Kendall 168-69). Nordenflicht había presentado un plan que el virrey Gil de Taboada aprobó y remitió a la Corona, pero luego se contradujo a sí mismo y decidió esperar a que Subiela llegara. Al inicio, Subiela apoyó al Barón en las juntas que el Virrey convocó a inicios de 1793, pero luego puso objeciones y coincidió con los enemigos de Nordenflicht en que era necesaria la elaboración del mapa interior de las minas (Brown y Puche 36; Kendall 173). Sobre Subiela, ver también Wise y Féraud (2005), pp. 24-28.

de esta realidad eran rearticulables. Como Rivero lo había ya expresado en 1828, era verdad que los mineros ostentaban prácticas reprobables heredadas del sistema colonial, pero no eran todos; por eso, sostenía que “el Gobierno bueno es el que hace buenos a los habitantes de una nación” (1857: I, 222). Tras 24 años, dicha convicción no había cambiado, pero sí la escritura para expresarla: el relato tecnológico apoyado en el trabajo documental era una metodología que permitía rearticular no solo las ruinas mineras sino su densidad histórica como parte integral del Perú contemporáneo. La historia del país debía escribirse a través de un empírico y documentado entendimiento de sus partes o ‘varias ruinas’. La escritura de la memoria sobre Huancavelica se dio cuando Rivero estaba también inmerso en la investigación para una nueva versión de su proyecto anticuario, *Antigüedades peruanas*. Desde el Cerro de Pasco, la urgencia histórica de nuevos relatos anti-melancólicos era aun más apremiante.

La abundancia renovada y la articulación agrícola

Tras el fin de su labor como Prefecto de Junín, Rivero fue nombrado Cónsul General en Bélgica y estableció su residencia en Bruselas en enero de 1851. El régimen del general Ramón Castilla, desde 1845, había puesto una pausa a la larga etapa de guerras civiles y adquirido cierta estabilidad a través de la exportación del guano, el fertilizante natural proveniente del excremento de las aves costañas⁶⁰. La exportación había iniciado en 1841 y para fines de esa década era la principal fuente fiscal para el Estado, desplazando así a la minería. Rivero, como se señaló, había

⁶⁰ La apertura de un Consulado general en Bélgica se explica, en parte, por las ventas del guano y la necesidad de atender las demandas del mercado agrícola belga en franca expansión. Un “Tratado de Comercio y Navegación” entre Perú y Bélgica se había concluido en mayo de 1850 y se aprobó en las cámaras belgas al llegar Rivero a Bruselas (Ms 1851d). Rivero se presentó oficialmente el 11 de febrero de 1850 y declaró en su carta: “Si, al desempeñar este cargo, puedo contribuir al aumento del comercio de ambas naciones y estrechar los vínculos de amistad que las ligan, habré llenado el objetivo de mi misión” (Ms 1851a). El universo político nacional e internacional del guano era la coordenada inescapable, de modo que las gestiones diplomáticas y académicas de Rivero deben leerse en relación con él.

publicado una memoria sobre el guano en 1828 –la primera aproximación científica moderna al fertilizante–, la cual había sido en parte traducida al francés por Humboldt en 1829. Sin embargo, la temprana visión tecnológica de Rivero que asociaba al guano no solo con la exportación, sino con el desarrollo agrícola sucumbió ante el más poderoso discurso de la abundancia, en tanto este permitía el aprovechamiento rentista y desarticulado de la mercancía⁶¹. Entre muchos otros temas por los que se interesó, puede proponerse que la escritura científica y la labor consular desde Bélgica tuvo como motivación central combatir el entendimiento que había capturado al guano.

Desde que llegó a Bélgica, el interés de Rivero por las labores ligadas al campo y a la agricultura creció. El espectacular desarrollo que la economía agrícola belga había tenido, incluso sorteando mejor que los otros países europeos las revoluciones del año 1848, tuvieron en él un gran impacto para pensar la inserción del Perú en el mercado global. El rumbo de sus ideas puede leerse como un consciente deseo por desarmar las premisas que sostenían al ‘Estado guanero’ y su prédica desde la abundancia. La perspectiva tecnológica, en tanto capacidad de articulación y circulación de conocimientos, será el eje de su mirada. En un temprano oficio desde Bruselas al Ministro de Relaciones, por ejemplo, Rivero explicó detalladamente cómo se criaban los carneros en España, país que dominaba ese comercio en Europa. El Perú debía copiar los métodos españoles para que la lana resultante sea de la misma calidad. Explicó que, ya que las lanas de alpaca y vicuña no tenían competidoras en Europa, las de carnero debían igualar las españolas para entrar en el mercado. La explicación empírica revela su perspectiva: “...las [lanas] de carnero no han llegado al grado de fineza que la de España, sin embargo de ser la misma raza, no dependiendo del clima

⁶¹ La literatura crítica sobre el guano es amplia y variada, de modo que las explicaciones del porqué y los pormenores del fracaso económico y social son también diversas. Un aspecto, sin embargo, puede ser rescatado pensando en el ámbito minero que Rivero había enfrentado desde 1826: la lógica rentista hacia la explotación del guano y la falta de preocupación por crear un articulado mercado interno. Sobre el guano desde la perspectiva de la historia social y económica, ver Hunt (1985), Gootenberg (1993), Bonilla (1994) y Hollet (2008).

ni de los pastos, sino del modo de criar y dirigir los rebaños para lograr una buena calidad” (Ms 1851e). Por esas mismas semanas, la Casa Gibbs –firma comercial inglesa que monopolizaba la venta del guano en Europa– abrió un depósito en Brujas, Bélgica. La labor consular de Rivero estaba ligada profundamente a las ventas de guano, de modo que el nuevo punto de distribución incrementó sus responsabilidades sobre de los ingresos de cargamentos y ventas del fertilizante (Ms 1851f)⁶². Sin embargo, consciente de los peligros de la abundancia, continuó insistiendo al Ministro de su ramo sobre cómo debía enfocarse el desarrollo en temas agrícolas. En un oficio de noviembre de 1851, por ejemplo, le informó sobre la agricultura belga, la cual había dado “pasos gigantescos” (Ms 1851g). Enumeró las razones (uso de la ciencia, protección estatal, distribución de instrumentos y máquinas, préstamos de grandes sumas, etc.), pero dio énfasis a una de ellas: la creación y fomento de escuelas prácticas de agricultura y horticultura. En su informe, detalló cómo se componían y cuál era su rol en la sociedad: las escuelas estaban financiadas por el Estado y los gobiernos locales; estaban ubicadas en medio de zonas de cultivo; algunos alumnos pagaban, pero la mayoría estudiaba gratis, entre otras características. Diplomáticamente, señaló al Ministro que no mandaba esta nota para que se replicase de inmediato tal proyecto en el Perú, aunque claramente lo suponía, sino para que el Ejército mandase gente a la Escuela veterinaria y las familias peruanas a sus hijos a las escuela prácticas belgas. El Ministro, como con varios otros oficios que Rivero

⁶² La historia del guano en Bélgica y la designación de Rivero como cónsul permiten analizar no solo las redes de inserción del Perú en una economía global, sino la geopolítica europea en curso. Los archivos belgas del Ministerio de Relaciones Exteriores muestran que desde 1841 –año del primer cargamento de guano a Inglaterra– el Reino de Bélgica tuvo interés por conocer el producto, del cual obtuvo un cargamento, y más tarde por confirmar los efectos atribuidos para la agricultura (Ms Ministère des Affaires étrangères 1841). A fines de 1850, cuando ya había sido anunciada la llegada de Rivero, un funcionario de la región de Flandes escribió al Ministro de RR.EE. que exhortase al cónsul peruano a fijar su residencia en Brujas (Ms Ministère des Affaires étrangères 1851). De hecho, la avidez comercial con que Rivero fue recibido la expresó en su primer oficio desde Bruselas, donde comunicó al Ministerio que, apenas se anunció su llegada en los periódicos, diferentes “personas respetables de Amberes y Bruges” solicitaron ser nombrados cónsules o agentes del Perú (Ms 1851b). De inmediato, el ministro belga de Relaciones Exteriores se reunió con él y le pidió que el Perú vendiese directamente el guano a través de consignatarios fiables, pues el que hasta entonces recibían se adulteraba en Inglaterra (Ms 1851c).

envió durante su primer año desde Bruselas, escribió al margen: “[Contéstese que] se hará uso oportuno de las luces que suministra” (Ms 1851g)⁶³.

La disputa de Rivero con el ‘Estado guanero’ se hizo más clara en las memorias científicas de tema agrícola que produjo durante su reincorporación como Cónsul General en Bruselas tras una interrupción de dos años⁶⁴. Quizás la más elocuente sea la “Memoria sobre las lanas del Perú” (1855), publicada primero en francés en las *Memorias de la Sociedad imperial de Agricultura*. El texto inicia recordando el título “región del oro” (1857: II, 240) atribuido al Perú por su riqueza metálica. El guano y –por entonces también– el salitre estaban dentro de la misma narrativa. Rivero no niega la abundancia, nunca fue su propósito, pero quiso restarle protagonismo dado que ella causaba una distorsión en el análisis y la representación. Por eso, es bastante significativo que, en medio del boom fiscal por las exportaciones de guano (y la trama de corrupción interna), escribiese un pasaje como este, donde la crítica al ‘Estado guanero’ es explícita.

Reemplazar pues, en cuanto cabe, estos dos ramos de riqueza [guano y salitre] con uno que penda más del conocimiento, trabajo e industria del hombre y proporcione al Erario y a los habitantes entradas menos contingentes, es el objetivo que me propongo explanar en este artículo, encaminando a hacer ver lo útil e importante que es la cría de lanas en el Perú, y en particular la de los animales peculiares a la *Cordillera*. (1857: II, 240)⁶⁵

⁶³ En un listado de las comunicaciones enviadas por Rivero a su Ministerio el año 1851, figuran entre otras la siguientes comunicaciones: una “visita a las minas y manufactureras de Lieja”, un informe “sobre las falsificaciones huanas”, una “comunicación sobre el uso del salitre en Viena” y una “nota emitiendo el proyecto de un camino de hierro, para hacer conocer lo que puede costar la construcción de uno en América y las ventajas que puede dar”, una “razón de las principales bibliotecas, épocas de fundación y de las cantidades que se invierten en ellas para su conservación” (Ms 1851h).

⁶⁴ Rivero había renunciado argumentando razones médicas al puesto de Cónsul en enero de 1852 (Ms 1852a) y en agosto de 1853 estaba ya en Lima, según una carta enviada al Secretario del Congreso para ofrecer a este poder del Estado su libro *Antigüedades peruanas*, publicado en 1851 en Viena. (Ms 1853). El contexto de su renuncia coincidió con la primera crisis política provocada por el guano: el gobierno de José Rufino Echenique había entrado en un vorágine de acusaciones de corrupción y que desembocarían en la vuelta de Ramón Castilla al poder tras la llamada “Revolución liberal” desde inicios de 1854. Rivero se presentaría por segunda vez como Cónsul al Reino de Bélgica el 7 de marzo de 1854 (Ms 1854). Este año estaría rodeado de mucha incertidumbre en Europa a causa de la revocatoria de cónsules hecha por los insurgentes, de modo que el reconocimiento de Rivero llegaría recién hacia abril de 1855 cuando este comunicase al Reino de Bélgica que Castilla “ha tenido a bien renovar mi patente de Cónsul” (Ms 1855).

⁶⁵ Debe señalarse que las críticas al ‘Estado guanero’ recién aparecerían en la década de 1860, cuando el descalabro ya tenía más de diez años y el país sentaba las bases de la bancarrota que precedería a la Guerra del Pacífico. En esa época, varias publicaciones criticaron desde un punto de vista moral, institucional y político los efectos del guano en

La subordinación del enfoque de la abundancia iba de la mano con la perspectiva tecnológica. En un texto como “Memoria sobre algunos ramos de la Agricultura en el Perú” (1854), también publicado primero en la misma revista de asuntos agrícolas, Rivero no solo hizo hincapié en la necesidad de sistematizar y circular conocimientos para rebatir el imaginario y la dependencia del guano y el salitre, sino que dio densidad histórica y etnográfica a la presencia de los tubérculos en los Andes peruanos. En 1828, había ya planteado los tubérculos como logros tecnológicos del habitante andino, idea que en 1854 se mantendría. Sin embargo, agregaría una dimensión:

El indígena peruano, si bien es sobrio en sus comidas y hace poco uso de la carne, no puede prescindir con todo de tomar ají mezclado con sus alimentos harinosos, cuales son habas, maíz, cebada, chuño, quinua, etc. Así es que su robustez no es de las más aventajadas, subiendo a poco su peso y no teniendo sino fuerzas regulares. Pero en cambio goza, en su clima natal, de salud y actividad, resistiendo las intemperies de la Alta Cordillera. (1857: II, 240)

Esta visión del hombre andino y los productos de su territorio contrasta con la imagen creada en el “Prospecto” y en la “Idea general del Perú” del *Mercurio peruano*, textos programáticos de la publicación y medida de la visión hegemónica sobre el indígena a fines del siglo XVIII y que se mantendría en el XIX. En las páginas de los mercuristas, no existió de manera estable y reconocible el conocimiento indígena, de modo que interpretaron la dieta nativa como una limitación y un signo determinista de inadecuación indígena para la vida moderna en sociedad. La papa y la quinua se concibieron como productos para el comercio y el estudio ilustrado, es decir, no los asociaron a un contexto social que los había creado, sino que se los vio únicamente como pertenecientes al mundo natural. Estas ideas se reflejaron también en el comentario etnográfico contemporáneo: “El indio con ser pescador apenas come del fruto de su trabajo. Contento con su maíz, sus papas, y su

la república. Sobre este asunto, ver Pardo (2004 [1862]), pp. 84-86, Lisson (1865), pp. 74-75, y Copello y Petriconi (1876), pp. 14-17.

chicha, mira la multiplicidad de manjares como una voluntaria ruina de la salud y de la vida” (“Prospecto” x).

Para Rivero, el atraso material que él mismo había observado en el Perú y la poca industria en las actividades económicas se explicaban, en parte, por el legado de la política oficial española. No obstante, nunca se concentró en lamentar este asunto, y más bien buscó “separamos nuestra vista de él” (1857: II, 242). Esta era una declaración contra la melancolía: no ahondar en el tema para no insistir en la idea de que España había fundado al Perú en el error y de que no había salida. Seguir es senda solo llevaría a la comunidad nacional a “ensanchar la llaga harto profunda que viene produciendo en nuestro corazón” (1857: II, 242). Aunque el problema seguía manifestándose en las malas políticas que se aplicaban y en el caos social, Rivero buscó proponer una salida a los peligros que se estaban conformando: sacar al guano y al salitre de la coordenada de la abundancia, resaltar los actos tecnológicos pasados y presentes del mundo agrícola andino, y prevenir así la amenaza atávica de la melancolía. En la arena política, su propósito era la crítica a la “prosperidad falaz” del guano y su consiguiente corrupción, siguiendo la famosa expresión de Jorge Basadre (1969). En el plano de la representación, la perspectiva tecnológica debía no solo recurrir a la contemporaneidad de las actividades económicas agropecuarias, sino darles historicidad a todos esos fragmentos que la abundancia guanera estaba, una vez, desarticulando.

Conclusión

El encuentro de Mariano de Rivero con la naturaleza, los recursos y el paisaje americanos pasó de la fascinación desde la óptica de la abundancia a la necesidad de un relato sobre el territorio donde articulación y comunicación fuesen los enfoques dominantes. Este proceso discursivo tuvo como punto empírico de partida las incontables minas abandonadas que se multiplicaban por el

legendario territorio minero andino. Ellas hablaban de un sistema político, económico y social que no hacía sino desarticular al hombre y el territorio.

Las dimensiones prácticas de la geología y el *Esprit mines* impulsaron primero una serie de medidas burocráticas y técnicas de fuerte espíritu republicano que terminarían por conformar un relato cívico a partir de la industria y los recursos, especialmente los mineros. Ante las dificultades estructurales que afrontaba el relato cívico, se hicieron más evidentes la dimensión cultural y los retos en la representación del territorio de la alta cordillera: la melancólica se imponía y conducía la mirada hacia una inherente contradicción entre el territorio minero y la civilización. Escombros materiales y degradación moral serían sus marcas innatas. Ante esa encrucijada, el relato tecnológico emergió tras el descenso a las minas en ruinas y se proyectó hacia otras áreas de la vida social. Rivero comprendió que la melancolía no habitaba intrínsecamente en los Andes: era una elección de la mirada y un peso en el discurso. Tratar de cambiar esa percepción sobre el territorio y su gente fue su proyecto más ambicioso: lo llevó a cabo sabiendo que la realidad política y social del naciente Perú independiente y las fuerzas implosivas de los discursos hegemónicos lo desbordaban. Para no sucumbir, recurrió a un principio articulador que se sobrepusiera a ellas. Este principio debía facilitar una escritura que, como los auquénidos, se esparciesen con ‘precipitación y ligereza’ por la República. La perspectiva tecnológica halló así su justificación.

La memoria sobre las minas de azogue de Huancavelica y la labor diplomática y académica en Bélgica muestran la madurez de esta perspectiva tecnológica. El trabajo de archivo había sido central desde los primeros días como Director de Minería, pero hacia la década de 1840 adquiriría una funcionalidad histórica además de estadística. La fundación de la República había demandado a Rivero –por convicción o por retórica pública– plegarse al discurso político anti-hispánico; sin

embargo, el fracaso del proyecto republicano evidenciado en largo periodo de las guerras civiles lo llevó a reflexionar sobre la existencia transhistórica del Perú y, en especial, sobre los esfuerzos tecnológicos de todos sus habitantes. La articulación y la comunicación hallaron en este escenario una nueva dimensión donde expandirse. La memoria sobre Huancavelica reivindicará su rol vital para la nación, pero intentará imprimirle también una lectura histórica donde su riqueza respondía a cada contexto histórico. Esta conciencia de la temporalidad del vínculo entre hombre y territorio, junto a un renovado relato cívico de escala internacional, se trasladará a la labor desde Bruselas. En sus últimos años europeos, Rivero se dedicará a crear bases para otra comunicación simétrica: la del Perú y el mercado global. Los envíos al Ministro de Relaciones Exteriores son expresiones de la perspectiva tecnológica en la clave de un mercado global. Además, las memorias publicadas en revistas europeas buscaron fomentar el comercio de productos peruanos, pero empezando por reconocer su transhistórica condición: productos tecnológicos de la articulación entre el territorio y el hombre nativo. En tanto el contexto de escritura era el del ‘Estado guanero’, es evidente que la perspectiva tecnológica reveló aquí su mayor reto: adaptar su fuerza articuladora al discurso hegemónico de la abundancia que, una vez más, estaba volviendo al Perú un lugar lleno de ‘ruinas’.

CAPÍTULO 2

El debate disciplinario y el objeto de estudio

Aunque el interés de Rivero por las antigüedades debe remontarse a sus años formativos en París y aun Londres, el primer registro de sus investigaciones se halla en una carta enviada a Humboldt desde Bogotá en abril de 1825, un poco más de dos años después de haber regresado a América y exactamente un día antes de regresar al Perú. En esta carta, compartió a su ex mentor el plan de una futura publicación anticuaria junto a uno de los miembros de la misión científica que lideraba en la Gran Colombia:

En compañía con el Dr. Roulin a quien conoce Ud. muy bien por sus distinguidos talentos, pensamos publicar una obrita sobre los monumentos de los Yndios antiguos de Cundinamarca. Tenemos una bonita colección de tunjos de oro y de cobre, algunos vasos y 18 dibujos de las estatuas curiosas y colosales que se encuentran en San Agustín a 3 días de Neyba. (Ms 1825b)

Como director del Museo Nacional, Rivero veló por la adquisición y estudio de diferentes colecciones junto a todos los miembros de su equipo. Respecto de las antigüedades, sin embargo, las exploraciones, las respectivas publicaciones de los profesores, y las visitas de cónsules y viajeros al Museo muestran que el director era el más interesado en su colección y estudio (Rodríguez Prada 382-83). En su carta, Rivero agregó que comisionó al profesor de botánica Juan María Céspedes para que visitase las ruinas de San Agustín, sobre las que Francisco Caldas había escrito algunos años antes; asimismo, los dibujos se los encargó a Francisco Javier Matís, también profesor del Museo y ex dibujante de la Real Expedición Botánica fundada por José Celestino Mutis a fines del siglo XVIII.

Conocedor de la obra e intereses de Humboldt, Rivero cerró la sección anticuaria de su carta enfatizando que las figuras en dichos monumentos a orillas del río Magdalena “se asemejan

mucho a las que se ven en los Museos, traídas de Egipto” (Ms 1825b). Este cierre evoca una premisa epistemológica de la escritura anticuaria de la época: el estudio de las antigüedades americanas a través de la comparación con culturas antiguas como la china y la egipcia. Ya que la “obrita” nunca fue publicada, no podemos saber si, en 1825, Rivero asumía tal premisa como eje de su reflexión anticuaria. De hecho, es probable que haya sido tan solo una expresión de complicidad con Humboldt a causa de una personal preocupación: “...no sé cuál hayga [sic] sido la causa de su silencio [de más de dos años], pues estoy seguro de no haberlo ofendido de tal modo que llegue a olvidarse [de mí]” (Ms 1825b). En contraste, el “Prólogo” de la versión final de *Antigüedades peruanas* de 1851 hizo explícita la metodología que guió su investigación anticuaria en los Andes peruanos: “La comparación concienzuda de estas relaciones [fuentes escritas] con los restos de la antigüedad peruana, y las consecuencias que se sacan, forman la base de este trabajo” (VII-VIII). El ánimo comparatista con sociedades orientales de la carta de 1825 contrasta con el método archivístico y de localización material de 1851. Esta declaración metodológica así aislada es, a grandes rasgos, análoga con la teoría y práctica de otros anticuarios de la primera mitad del XIX e incluso anteriores. Sin embargo, el núcleo polémico y distintivo reside en la conceptualización del archivo textual y, sobre todo, de las antigüedades o “monumentos arqueológicos” (Rivero 1851: IV) al examinarlos dentro de las redes disciplinarias transatlánticas en las que se pensaron, diseñaron y circularon.

Aunque este proyecto anticuario se cristalizó editorialmente a mitad del siglo XIX y bien entrado el periodo republicano, su historia intelectual se comprende mejor en el marco de la emergencia de nuevas metodologías y disciplinas entre fines del XVIII y las primeras décadas del XIX. Rivero concibió y desarrolló su proyecto anticuario en el arco temporal que va del legado filosófico ilustrado tardío a las nuevas ciencias del hombre. Al primero, se hallaban ligadas

disciplinas nuevas como la geografía física, la geología y la lingüística comparada, aunque siempre bajo la exigencia de ‘sistemas filosóficos’ y ‘grandes preguntas’. Al segundo, correspondieron nuevas ciencias como la etnología y la antropología física, desarrolladas bajo la impronta de la categoría de raza y, por ello, organizadas alrededor de la –no menos filosófica– pregunta sobre la unidad de la especie humana. Formado en el centro intelectual de Europa, Rivero era creyente del progreso de base científica y activo miembro de varias sociedades. Ello explica su lógica filiación a muchas de las nuevas disciplinas y, por ello, la matriz europea de su reflexión anticuaria. Sin embargo, en la red transatlántica de paradigmas, prácticas, objetos y sujetos, puede evaluarse hasta qué punto la adhesión académica supuso la aceptación de premisas, categorías y preguntas que dominaban las disciplinas. Pensando en el anticuarianismo decimonónico andino y teniendo en el radar a Rivero, Stefanie Gänger ha señalado: “Si lo que pretendemos entender es la génesis de una inquietud intelectual y la construcción de un objeto de estudio, lo que debemos analizar no es si aquellos personajes se equivocaron, sino qué pensaron, qué se preguntaron y qué hicieron” (2008: 193). Así, este capítulo examina el desarrollo del pensamiento anticuario de Rivero a través de dos ejes: el debate disciplinario implícito y el objeto de estudio resultante. Ambos fueron el resultado crítico de la circulación transatlántica de nuevas disciplinas que clamaron poder ocuparse del pasado prehispánico y de su cultura material.

El proyecto anticuario de Rivero exhibe una constante preocupación: batallar contra la tendencia de las prácticas disciplinarias ilustradas y postilustradas de concebir las antigüedades americanas en relación de inconmensurabilidad con categorías modernas y en subordinación metodológica dentro del edificio del conocimiento. Rearticular las premisas de estas fuerzas enajenantes sin romper con las disciplinas modernas era el reto y el punto exacto de la reflexión transatlántica andina. Su prolongada reflexión anticuaria muestra que, primero, abordó este

problema mediante la crítica frontal a ciertas premisas y la momentánea suspensión de otras. Más tarde, en diálogo con el anticuarismo nórdico y su prédica arqueológica, su pensamiento dio un salto cualitativo: persiguió la creación de un objeto de estudio localizado, cuya radical materialidad devino en el eje epistemológico contra las fuerzas enajenantes de las viejas y nuevas disciplinas.

Si acaso, en su carta de 1825, Rivero expresó no un inocente guiño a Humboldt sino una premisa epistemológica central, esta mudó tras su encuentro con las amenazas disciplinarias de la escritura anticuaria y con la urgencia de movilizar la cultura material andina hacia una nueva conceptualización y una renovada posición en la jerarquía del conocimiento. Este proyecto epistemológico e historiográfico, no libre de contradicciones y ambigüedades, da cuenta de cómo el viaje transatlántico de ideas, objetos, sujetos en los Andes supuso la consciente y constante creación de polémicas internas. Aunque el análisis se centrará en sus textos anticuarios y en otros vinculados, se hará también uso de material de archivo hallado en París, Bruselas, Copenhague, Lima y Arequipa.

El legado filosófico y las grandes preguntas

La escritura anticuaria de Rivero hizo eco de la defensa de la capacidad americana puesta en debate en la dieciochesca “Disputa del Nuevo Mundo”, como Antonello Gerbi (1973) famosamente la bautizara. El “Capítulo nono” de *Antigüedades peruanas* de 1851 termina con una “ligera observación” (256) acerca de las tesis antiamericanas del francés Guillaume Raynal y del escocés William Robertson. Tras calificarlas de “vagas” y de “arbitrarias” (256), se sentencia:

Felizmente las ruinas de los monumentos, cuyos maravillosos recuerdos deslumbran la prosáica [sic] imaginación de los citados autores, probarán a los siglos remotos la veracidad de los historiadores antiguos, y mostrarán la nulidad orgullosa de ciertos filósofos, que juzgaron la verdad histórica al nivel de sus especulaciones erróneas. (257)

Aunque contundente, esta era una “ligera observación”. Por una parte, la disputa le fue a Rivero contemporánea, pues polemistas del bando europeo como Buffon, aunque en constante revisión crítica, eran referencias influyentes en las ciencias naturales a inicios del siglo XIX. Aunque ‘ligera’, la inclusión de un comentario crítico al respecto era una obligación dentro de la escritura anticuaria americana del momento. Sin embargo, por otra parte, la disputa le fue ante todo extemporánea, pues varias de las premisas en debate habían sido descartadas. Su educación en París, en la *École des mines* y el *Jardin des plantes*, le había enseñado que tomar el asunto más seriamente no valía la pena, ya que nuevas investigaciones, especialmente geológicas, habían descartado premisas esenciales para el debate como la de Buffon sobre la humedad y consiguiente inmadurez de América a causa de su reciente elevación⁶⁶. Rivero perteneció al grupo de científicos para quienes la disputa no tenía ya ningún valor a inicios del XIX. La “ligera observación” plantea, entonces, la pregunta de a qué autores, a qué paradigmas y a qué premisas su reflexión anticuaria habría de someter, más bien, a una ‘densa observación’. Es posible plantear que su proyecto se desarrolló paulatinamente a partir de esta constatación fundacional: la “Disputa del Nuevo Mundo” había legado a la pluma anticuaria andina una problemática interna inadvertida en las obras de aquellos que defendieron América.

Jorge Cañizares-Esguerra (2001) señala que la Ilustración introdujo un cambio en la manera como se escribía la historia. A diferencia de los principios renacentistas, según los cuales ser testigo otorgaba veracidad a los testimonios, los ilustrados noreuropeos juzgaron las fuentes

⁶⁶ Gerbi registra con detalle que, para inicios del XIX, muchos estudios desde las ciencias naturales con base empírica habían desbaratado las premisas antiamericanas. Debates geológicos contemporáneos a la disputa americana, como la del origen del basalto, alentaron interrogantes que darían pie a múltiples estudios donde las sistematizaciones anteriores simplemente desaparecían: “In the polemic between Neptunists and Plutonists, as in the quarrel over America's geological age and humidity, the empirical objectivity of the new natural science, imbued with the critical spirit and a sense of history, could not but reject all such temporal schemes, value judgments, balances and symmetrical contrasts that showed even a hint of aprioristic systematizing” (407).

por su “internal consistency, not by the social standing or learning of the witnesses” (6). Esta metodología sustentó una escritura histórica que se entendía a sí misma como “philosophical” (6). Respecto de la historia de América, las crónicas de los siglos XVI y XVII perdieron credibilidad; peor aun, la validez de las fuentes indígenas —como la escritura pictográfica mexicana— se desvaneció y se las redujo a ser “material evidence upon which to reconstruct conjectural histories of the development of the mind” (63). Cañizares-Esguerra señala que, en respuesta a este embate filosófico, los ilustrados peninsulares y criollos iniciaron una consciente reflexión epistemológica e historiográfica para definir sobre qué fuentes debía reescribirse la historia del Nuevo Mundo “from scratch” (45). En el área andina, los intelectuales del *Mercurio Peruano* respondieron a los noreuropeos y disputaron el asunto de las fuentes para la escritura histórica. En el “Prospecto” de su periódico, los *mercuristas* expresaron su visión de la “Historia” como una narración compuesta no a partir de “principios generales” o “relaciones desnudas”, sino de una “dilucidación y conocimiento práctico” (IX) de hechos, lugares y obras. La defensa de las crónicas de los siglos XVI y XVII, así como del conocimiento anticuario contenido en ellas, se insertó en dicha visión. Al respecto, Hipólito Unanue, el *mercurista* más destacado, afirmó: “Quisiéramos que unos filósofos que se glorian de tener por patria a todo el mundo, no fuesen tan falaces y enemigos de la verdad, desnudándose de las preocupaciones nacionales quando lean a Garcilaso, a quien levantan mil testimonios” (I: 205). Esta defensa de Garcilaso expresa la disputa sobre cómo escribir la historia de América y del Perú, además de una empatía patriota entre connacionales. Esta es la cara combativa de la disputa, estudiada por Gerbi y extendida por Cañizares-Esguerra⁶⁷.

⁶⁷ Sobre Unanue y su defensa de América en la “Disputa del Nuevo Mundo”, ver Dager (2000), pp. 91-96; Patrucco (1996); y Gerbi (1960), pp. 302-305. Por otra parte, cabe acotar que el estudio de Cañizares-Esguerra (2001) se concentra en el ambiente intelectual de la Nueva España y no en el del Perú.

No obstante, ante un escenario diferente, la filiación patriota de los *mercuristas* menguaba en favor de la identificación con paradigmas considerados precisamente ‘filosóficos’. El artículo “Idea general del Perú”, especie de manifiesto programático del *Mercurio Peruano*, fue aseverativo respecto de la literatura histórica. A cronistas como Agustín de Zárate, Antonio de Herrera y Garcilaso se los consideró compiladores de “las relaciones de sus propios acontecimientos” (I: 1), mientras que al ilustrado español Antonio de Ulloa como el primero que trascendió el nivel descriptivo hacia “la contemplación del Hombre en su sistema moral” (I: 1). Pese a que, en efecto, los *mercuristas* desarrollaron un consciente proyecto epistemológico e historiográfico, la filiación con Ulloa y la noción de “sistema moral” exhibe el origen de su posicionamiento ambiguo en la “Disputa del Nuevo Mundo”: si por un lado defendieron a los cronistas y a los incas, por otro se alinearon con paradigmas que los subordinaban en aras de una reflexión entendida como ‘filosófica’. Los propósitos ‘filosóficos’ de los noreuropeos y los criollos peruanos se emparentan en tanto vertientes del pensamiento ilustrado, pero no fueron del mismo tipo. La distinción, por su supuesto, no se limitó a la reivindicación de fuentes tempranas para la escritura histórica. A fin de comprender la índole ‘filosófica’ de la reflexión anticuaria *mercurista*, deben evaluarse las valoraciones y cualidades que impusieron sobre el pasado prehispánico y su cultura material.

El artículo “Idea general de los monumentos del Antiguo Perú” de Unanue ilustra las particularidades de la posición ambigua de los criollos peruanos en el estudio de la cultura material prehispánica. En él, propuso que, perdidos los archivos incas, destruidos los quipus y consumada “la ignorancia o descuido” (I: 201) de los españoles, se hacía necesaria la “interpretación de los fragmentos y ruinas antiguas, para completar el imperfecto retrato que nos trazó Garcilaso” (I: 202). Unanue planteó un objeto de estudio afín a las prácticas anticuarias modernas: ante el vacío

textual, debía recurrirse a las edificaciones, así como a las reliquias, la lengua y las tradiciones⁶⁸. Los estudios de las ruinas romanas de Pompeya y Herculano, por entonces en territorio imperial español, tuvieron gran circulación a partir del segundo tercio del siglo XVIII y, sin duda, fueron un referente para sus reflexiones⁶⁹. La particularidad *mercurista*, sin embargo, provino de la manera como se conceptualizaron históricamente las antigüedades. A las edificaciones, por ejemplo, se las consideró vestigios de “la vanidad y grandeza de los hombres y de las Naciones” (I: 202) y a los Incas como soberanos que buscaron con ellas “ostentar su poder y recordar su existencia” (I: 203). Esta asociación primordial entre monumentos y exhibición del poder político daba pie a un corolario histórico implícito en el virreinato de un imperio ultramarino: las ruinas devenían pruebas presentes de una comunidad política fracasada respecto del Perú hispánico que las contenía.

Según Augusto Salazar Bondy (2006), el método de Unanue –presente en su reflexión médica y también en la histórica– consistió en recopilar datos provenientes de la experiencia para luego dirigirlos hacia una interpretación filosófica, “la función propiamente reflexiva de

⁶⁸ El anticuarianismo moderno temprano emergió a inicios del siglo XVI en Roma, donde la excavación, la medición y el dibujo de monumentos se convirtieron en recursos metodológicos centrales. Poco a poco, al combinar textos y cultura material, los anticuarios romanos debilitaron la premisa logocéntrica de que la historia provenía de la textualidad. Sobre el anticuarianismo en Europa, ver Momigliano (1950), Schnapp (2011; 2013) y Burke (2003). La escritura anticuaria sobre América se vio influida por el anticuarianismo romano desde inicios de la Conquista, aunque poseía un rasgo diferencial: los españoles se enfrentaron a una cultura material que no estaba separada del presente (Schnapp, 2013: 49; Alcina Franch 20).

⁶⁹ Sobre la circulación de los estudios en Pompeya y Herculano en el mundo ibérico, ver Alcina Franch (1995), pp. 63-72; y en el contexto mexicano, López Luján (2008). Al estudiar el caso del obispo Baltasar Martínez Compañón y su *Trujillo del Perú*, compuesto entre 1781 y 1789, Joanne Pillsbury y Lisa Trever (2008) señalan que las nuevas prácticas anticuarias desarrolladas en Italia circularon a las colonias americanas a través de las labores profesionales de ingenieros militares (206-7) y de noticias difundidas por viajeros franceses (213). El Libro IX de *Trujillo del Perú*, de temática anticuaria, no es considerado en este capítulo en tanto la obra de Martínez Compañón no circuló y Rivero no tuvo conocimiento de ella. Las coincidencias entre proyectos, sin embargo, son peculiares: hay una clara conciencia arqueológica para la escritura de la historia y un énfasis en el registro visual. Los contextos disciplinarios son muy diferentes y también los propósitos: mientras el obispo operaba bajo el paradigma ilustrado del gabinete, Rivero escribía bajo la demanda de un objeto anticuario que debía ser científico y ‘nacional’. Sobre otros aspectos de la obra gráfica de Martínez Compañón, ver Pillsbury y Trever (2011) y Trever (2012); sobre la labor oficial del obispo y su visión política de Trujillo como utopía ilustrada, ver Berquist (2008; 2014).

tamización del material documental” (90). En el caso de sus artículos anticuarios, la data propiamente empírica no existió, pero sí el abordaje filosófico. Esta dimensión de su discurso manifiesta el paradigma general que sustentó su conceptualización de los monumentos como vanas expresiones de poder político. Unanue publicó “Geografía física del Perú para continuar la historia de sus monumentos”, secuela a fin de extender su reflexión anticuaria. Sin embargo, los monumentos desaparecieron ‘filosóficamente’ del discurso. El proceso por el cual esto ocurrió exhibe las premisas fundacionales de su paradigma general. Unanue propuso que primero debía estudiarse geográficamente el territorio: “La grandeza de las obras erigidas por la mano del hombre no puede medirse únicamente por los tristes destrozos a que se ven reducidas: es preciso entren también en el cotejo las proporciones del terreno que las sirvió de apoyo” (IV: 9). La geografía física, según la definición del ilustrado *Dictionnaire de Physique*, se proponía llegar a “resultados generales deducidos de observaciones locales y particulares” (IV: 10) y para ello exigía concebir el territorio deshabitado: “En el instante en que nombramos al Perú, empiezan a desaparecer de nuestra vista sus Pueblos y Ciudades” (IV: 10). En su análisis geográfico, Unanue recurrió a la propuesta de Ulloa de un Perú conformado por un mundo alto y otro bajo demarcados por la cordillera; asimismo, siguió las ideas de Buffon a fin de asignar a los Andes una singular función global y ‘filosóficamente’ integradora: si el hemisferio norte tenía más masa continental, el sur “es el que arregla y mantiene el equilibrio” (IV: 26) gracias al peso de los metales de la cordillera andina. Unanue culminó señalando que se basaba “no en las quimeras de la imaginación, sí en los hechos y conjeturas que es capaz de percibir el espíritu de un Filósofo Peruano” (IV: 26).

No fue casual que, debiendo profundizar en los monumentos, estos desaparecieran del discurso. Es sin embargo congruente con la pluma *mercurista* que ello ocurriese a través de la actualización de la división ontológica entre cultura y naturaleza inherente al pensamiento

filosófico ilustrado. Como se sabe, esta premisa fue fundamental para fijar a las poblaciones indígenas y su cultura material en el ámbito de ‘lo natural’ y, por ello, fuera de la temporalidad moderna (Latour 1997:57-59; Descola 2005: 91-98; Pocock 176). Para Unanue, la capacidad constructiva de los antiguos habitantes del Perú no provenía de una relación articuladora con el territorio, sino que ambos se concebían como entes separados. La geografía física fue la disciplina ilustrada que movilizó esa premisa hacia el discurso anticuario de Unanue y, a su vez, otorgó un paradigma base desde el cual conceptualizar los monumentos. En esta ecuación, estos devenían un objeto de estudio subordinado a las exigencias filosóficas del discurso. La perspectiva de la grandeza política era la extensión historiográfica de esta premisa epistemológica.

Unanue no publicó más textos anticuarios, ya que otros temas ocuparon su pluma. No obstante, puede sugerirse que, bajo las demandas de su ‘método filosófico’, las antigüedades devendrían claramente incommensurables con los principios modernos que dominaron el discurso oficial del periodo colonial tardío y más tarde de la república. La asociación primordial entre monumentos y poder político fue la formulación precisa que dirigió su discurso anticuario hacia el elogio de “los tiempos heroicos del Perú” (I: 208), hacia la admiración de “su ambición a la inmortalidad” (I: 205), pero que, a su vez, obstruyó un potencial diálogo con la temporalidad moderna. En tanto la Historia Natural ilustrada había ya convertido a las poblaciones indígenas (pasadas y presentes) en sujetos pasivos ante el conocimiento, el progreso y la Historia, la perspectiva *mercurista* de la grandeza política devenía paradójicamente cómplice de ello, puesto que arrojaba los monumentos a un elogio fosilizado en el tiempo. De hecho, como advierte Natalia Majluf (2006), fue Unanue en su calidad de Presidente del Consejo de Gobierno quien en 1822 desterró de los emblemas de la nueva nación a los símbolos incas que habían proliferado a inicios de las guerras de independencia: su visión ilustrada y utilitaria lo inclinó hacia los recursos

naturales (2006: 234-236). La visión anticuaria de Unanue, consejero de los últimos virreyes y ministro de Estado con José de San Martín y Simón Bolívar, puede considerarse ejemplar respecto a cómo la primera generación de republicanos, o la última de criollos realistas, concebían el pasado prehispánico y su cultura material⁷⁰.

Este paradójico ‘legado filosófico’ puede rastrearse también en la obra de uno de intelectuales más influyentes en la primera generación de republicanos: Alexander von Humboldt. Humboldt tenía una visión progresivista del hombre y la civilización, es decir, veía el paso del estado bárbaro al civilizado como un proceso natural e inevitable. A fines del XVIII, este campo disciplinario de interrogación filosófica sobre la civilización y la cultura se conocía como “historia natural del hombre” (Stocking 10-15; Voget 50-52). A su vez, el estudio de cultura material había dejado de ser asunto exclusivo de los clásicos anticuarios y se consolidó como evidencia para la escritura histórica y filosófica (Burke 293). Desde el contexto alemán, el Instituto Histórico de la Universidad de Göttingen contribuyó con la idea de que la historia no podía más escribirse solo mediante evidencia literaria (Gierl 270; Grafton 2007: 190). El estudio de la noción de civilización, entonces, se volvió concomitante con el análisis de temas como artes, costumbres y comercio para la comprensión filosófica de la historia del hombre (Momigliano 307). El libro anticuario de Humboldt, *Vues de cordillères et monumens des peuples indigènes de l’Amerique* de 1810 se vio influido por esta amplia gama de estudio en tanto se propuso analizar las prácticas civilizadas de los antiguos pueblos del continente.

⁷⁰ Joseph Dager (2000) explica que muchas de las “contradicciones y contramarchas del pensamiento de Unanue se explican a causa de su condición de “hombre de transición” (154) entre el Virreinato y la República. El análisis que he hecho sobre sus textos anticuarios, sin embargo, se ubica no en el terreno de la ideología política, sino en el de las exigencias disciplinarias, donde su pensamiento fue más estable y comprometido con el ‘método filosófico’. Ver también, Dager (2017) y Cañizares-Esguerra (1995).

Dentro de un espíritu de crítica a los *philosophes*, para quienes la verdad emanaba del gabinete y del escritorio, Humboldt orientó su metodología de trabajo a través de “la escritura a la vista de las cosas” (Ette, 2000: 56). En esa línea, en *Vues des cordillères*, innovadores paradigmas científicos se volcaron hacia la escritura anticuaria a partir del trabajo de campo. Exhibió, por ejemplo, la influencia de la geología: propuso un enfoque relacional entre territorio y monumentos, puesto que para el estudio de estos era “necesario analizar la naturaleza del sitio que los vio nacer” (XX). Aunque de parecida formulación, la visión humboldtiana se distinguió de la *mercurista* en tanto cultura y naturaleza no eran en ella divisibles (Ette, 2016: 37-41; Walls, 2014: 8-9). Así, interpretó que la arquitectura inca, debido a que su civilización se había originado en un territorio “erizado de rocas, sobre una planicie casi desnuda de árboles” (308), se distinguía por tres rasgos: simplicidad, simetría y solidez. Asimismo, incluyó como objeto de estudio y evidencia para la escritura histórica fuentes como los códices pictográficos mexicas que los criollos novohispanos habían recopilado y ya estudiado, pese a que ello le valió reseñas poco favorables⁷¹. En suma, estas características dan cuenta de cómo *Vues de cordillères* confrontó premisas y métodos de los *philosophes* y de muchos historiadores contemporáneos acerca de cómo escribir la historia de América y sus poblaciones.

Vues de cordillères, sin embargo, operó también de manera paradójica respecto de las antigüedades: renovó su interpretación, pero en relación con un paradigma filosófico que condicionó su conceptualización primordial, y que subordinó su valor individual y su proyección disciplinaria. Para Humboldt, a la cultura material americana le correspondía un estatus

⁷¹ El ilustrado novohispano Francisco Xavier Clavijero y su *Historia antigua de México* habían sido ya criticados en reseñas londinenses por su credulidad en las fuentes indígenas (Cañizares-Esguerra, 1999: 61-63). Sobre Humboldt en la “Disputa del Nuevo Mundo”, ver Gerbi (1960), pp. 405-17. Sobre la índole derivativa de algunos trabajos de Humboldt respecto al saber criollo novohispano, ver Ortega y Medina (2000), p. 96 y Cañizares-Esguerra (2006), Chapter 5. Cabe señalar que, aunque en efecto muchos alcances humboldtianos no fueron originales, sí lo fue el formato de sistematización de ellos.

diferenciado respecto de su contraparte europea, pues cada una respondía a sistemas culturales “muy diferentes” (43). En civilizaciones como la griega y la romana, resaltaban “la armonía y la belleza de las formas” (43), de modo que el objeto interesaba más allá de sus coordenadas históricas y recaía en el ámbito de la reflexión estética de valor universal. Los monumentos americanos, en cambio, merecían otra perspectiva:

Las obras más groseras, las formas más extrañas, aquellas masas de rocas talladas que se imponen solo por sus dimensiones y por la antigüedad que les atribuimos, las pirámides enormes que anuncian la concurrencia de una multitud de obreros; todo recae en el estudio filosófico de la historia [étude philosophique de l’histoire]. (45)

En la reflexión anticuaria de Humboldt fue decisiva la filosofía de la historia alemana, para la cual eran primordiales “philosophical systems rather than empirical ones” (Liebel 372). El “étude philosophique” invocado como paradigma general hacía referencia precisamente a la obligación de enmarcar el estudio bajo una de las ‘grandes preguntas’ filosóficas: ¿cuál era el origen y filiación de los pueblos americanos? Humboldt tenía como hipótesis el origen asiático, el cual debía manifestarse en la herencia cultural y particularmente en los monumentos “de una manera indiscutible” (31). La relación histórica entre el pueblo americano y el asiático era un asunto migratorio, pero la impronta filosófica tenía además una gran fuerza enajenante: incluso después de la Conquista, nada demostraba que los nativos americanos hubiesen sido “penetrados de ese sentimiento de belleza, sin el cual la pintura y la escultura no pueden elevarse por sobre las artes mecánicas. Desde esta perspectiva, y desde otras, los habitantes del Nuevo Mundo se parecen a todos los pueblos del Asia oriental” (199). El “étude philosophique” devino un paradigma que, a pesar de su alineamiento con la defensa de América y sus habitantes, subordinaba las antigüedades a las demandas de las ‘grandes preguntas’.

La subordinación conceptual de las antigüedades en el marco epistemológico de las ‘grandes preguntas’ tenía un correlato historiográfico. Primero, la equivalencia entre los pueblos

del Asia y de América alentaba un corolario metodológico: legitimaba el enfoque histórico comparativo. Aunque debía saberse cuándo detener la comparación, Humboldt veía como una obligación del historiador de civilizaciones antiguas señalar las analogías y correspondencias entre las dos culturas (18). El método comparativo era moneda común, pero Humboldt asimiló una concepción particular a través de, entre otras, las prácticas de la lingüística comparada, en la que su hermano Wilhelm era un destacado académico: la comparación de datos históricos era una herramienta sujeta a una preocupación filosófica (Lieben 375). Las descripciones de teocalis en Nueva España, por ejemplo, servían para resaltar “la gran analogía de construcción que observamos entre los teocalis mexicanos y el templo de Bel o Bélus en Babilonia” (117). En el caso del teocali de Cholula, la analogía se basaba en el uso de la edificación como templo y tumba, además de su construcción en la base de una colina natural. Estas descripciones comparativas – donde los innovadores métodos de Humboldt se exhibían– buscaban servir de evidencia para la tesis del origen asiático. Segundo, ya que la ‘gran pregunta’ suponía la migración, se abría la puerta a la idea de la degeneración. Cuando Humboldt evaluó los avances nativos, por ejemplo en el caso de la piedra del calendario azteca, no invocó la idea de barbarie y más bien atribuyó “cierto grado de civilización” (332). Sin embargo, al evaluar históricamente el conocimiento astronómico del calendario, concluyó que eran visibles “los restos de un saber que ha sido transmitido por pueblos antiguamente civilizados, pero que más tarde recayeron en la barbarie” (333). Esta interpretación insertaba en el origen y desarrollo de las antigüedades americanas un rasgo histórico fundacional: cargaban el peso deficitario de un arquetipo que las precedía.

Vues des cordillères apeló a la geología, la lingüística comparativa y la filosofía alemana de la historia. Sin embargo, el potencial renovador de estas disciplinas no llevó a la revisión crítica de un lastre aparentemente inexpugnable: las demandas de las ‘grandes preguntas’. Concebidas las

antigüedades bajo el “étude philosophique”, este subordinó su individualidad ante las exigencias filosóficas y las arrojó a una narrativa histórica que no solo reforzaba su inconmensurabilidad con categorías universales como la de belleza, sino su paradójica valoración hecha de elogio y de un pecado original de degeneración.

Los conocimientos humanos y la impronta geológica

Las publicaciones anticuarias de Rivero de 1828 y 1840 respondieron al marco disciplinario que va del anticuarianismo criollo al “étude philosophique” humboldtiano. Desestimada la “Disputa del Nuevo Mundo”, existía un inadvertido frente interno legado por el bando que había defendido las civilizaciones americanas. Este ‘legado filosófico’ demandaba una nueva disputa historiográfica y epistemológica en el renovado contexto de apertura al conocimiento global en las repúblicas nacientes. La primera dimensión polémica de la reflexión anticuaria de Rivero nació precisamente en esta encrucijada. Sus publicaciones tempranas manifestaron un objetivo doble: enfrentar la primacía filosófica de los paradigmas de la grandeza política y de las ‘grandes preguntas’.

La primera manifestación de su lectura crítica se dio en respuesta a Unanue. En el “Prospecto” del *Memorial de Ciencias Naturales*, Rivero había acusado a los “llamados literatos” (1998 [1828]: 3) de ver a los campesinos peruanos tan solo como estúpidos. La única vez que usó el término para nombrar a alguien específico se refirió “al sabio literato Dr. Unanue” (1841: 31). Esta coincidencia no sería más que anecdótica si, en ese primer número del *Memorial*, no hubiese también publicado su primer trabajo anticuario, “Antigüedades peruanas (Año de 1828)”. En este, la propuesta de estudiar la cultura material para la escritura sobre el pasado prehispánico no era novedosa como tampoco acusar a los conquistadores de supersticiosos y codiciosos por la pérdida

de información histórica sobre los Incas y su civilización⁷². Unanue había propuesto los monumentos como evidencia y también, aunque levemente, lamentó la codicia de los conquistadores. La peculiaridad de Rivero residía en la insistencia en un foco de estudio:

Mas todos los escritores han consagrado sus plumas, a pintarnos con colores exajerados [sic] su grandeza y magnanimidad [de los Incas]; pero ninguno ha querido tomarse el trabajo de describir el grado de civilización al que habían llegado por las artes, y las ciencias, objeto de grande interés para los conocimientos humanos. (1998 [1828]: 52)

Esta aproximación hacia la historia inca y sus monumentos procuró diferenciarse de la *mercurista*. Rivero buscó no tanto insistir en la ya existente premisa de los monumentos como fuentes para la escritura histórica, sino sobre todo convertirlos en depositarios de un valor universal. Unanue había también propuesto la necesidad de estudiar las artes y las ciencias, pero como uno entre otros asuntos a investigar. Su mirada respondía a las exigencias de su método filosófico y a su visión criolla patrimonialista: el pasado inca, aunque elogiado, carecía de cualidades para concebirlo en horizontalidad universal con otros productos de la cultura humana. La universalidad era atributo del método filosófico, pero no del objeto de estudio. Para Rivero, las artes y las ciencias no solo debían gozar de primacía epistemológica, sino que operaban en franca disputa con el paradigma de la “grandeza y magnanimidad”: las antigüedades podían ser estudiadas en tanto expresiones universales de “los conocimientos humanos”. Esta era la puesta en escena de un renovado énfasis epistemológico de cara a la escritura histórica del pasado y su cultura material⁷³.

⁷² En 1841, se repetirá la acusación de “ignorancia y superstición de los antiguos conquistadores...por habernos privado de los anales o recuerdos de las naciones americanas” (2). En 1851, no estará presente.

⁷³ La mirada de Rivero estuvo en consonancia con la de otros anticuarios americanos como el ilustrado novohispano José Antonio Alzate y Ramírez. Alzate escribió en 1790 sobre la arquitectura prehispánica en México: “Un edificio manifiesta el carácter y cultura de las gentes: porque es cierto que la civilización o barbarie se manifiestan en el progreso que las naciones hacen en las ciencias y artes” (en Alcina Franch 113). Interesa en este capítulo, sin embargo, no resaltar las coincidencias continentales entre anticuarios, sino la dimensión polémica implícita en las ideas de Rivero dada su conciencia sobre las amenazas de las exigencias disciplinarias y dado que el contexto andino no presentó visiones como la de Alzate.

A este paradigma, debía seguirle un giro de cariz más metodológico. Hay una palabra clave en el artículo de 1828: “describir”. Rivero presentó las descripciones de seis antigüedades. Mas tarde, el opúsculo de *Antigüedades peruana* de 1841 incluiría las de 56, además de un apéndice de 8 piezas pertenecientes a “la República de Colombia” (53)⁷⁴. Estas descripciones se componen de mediciones ingenieriles, análisis químicos, dataciones temporales, detalles plásticos, bosquejos de planos y aplicaciones utilitarias, según el caso. Información cultural e histórica es también presentada a fin de completar la descripción. Por una parte, la exigencia organizativa del discurso desde la descripción es concomitante con las prácticas precedentes de filiación criolla y humboldtiana: mediciones, dibujos y nuevos formatos de exposición de data se juzgaban inherentes a la escritura anticuaria⁷⁵. Sin embargo, en Rivero, el sentido y propósito de la descripción no fue plenamente equivalente a sus precedentes. En ella, había una dimensión polémica.

Para explicar este asunto de manera idónea y precisar su lugar en el debate disciplinario, es necesario analizar bajo qué influencias y paradigmas se conceptualizó la descripción. Antes que desde la disciplina anticuaria propiamente dicha, fue la geología la ciencia que proveyó a Rivero del marco para pensar la descripción y, enfrentado al caso andino, delinear su sentido y propósito. Aunque la impronta geológica en Rivero no puede ni debe reducirse a Humboldt, la autoría de un libro anticuario y de otro geológico sobre América de parte de este, sumado al profundo conocimiento que el peruano tenía de su obra científica lo convierten, una vez más, en una

⁷⁴ En la reedición del artículo de 1828 en la *Colección de memorias* de 1857, Rivero agregó 3 objetos a la descripción (175-76). Las láminas descritas en 1841 no fueron publicadas, aunque supuestamente se habían enviado a París para tal propósito. Las antigüedades grancolombianas incluidas como “Apéndice” en 1841 son los dibujos de las estatuas y efigies de las ruinas de San Agustín que Rivero había mencionado a Humboldt en su carta de 1825.

⁷⁵ Pese a que ni Unanue ni Humboldt hicieron excavaciones, la influencia capital respecto a la necesidad de renovar los métodos de descripción fueron los trabajos en Pompeya y Herculano. Al respecto, ver Alcina Franch (1995), Capítulo 5.

pertinente entrada analítica. Así, puede sugerirse que, al conceptualizar la descripción para la escritura anticuaria andina, hubo una sutil y paradójica disputa epistemológica de cuño geológico con Humboldt. Sutil, a causa de que su ex mentor representó una referencia constante a lo largo de todo su proyecto anticuario al punto de que la disputa parecería imposible; y paradójica, en tanto Rivero inició su reflexión anticuaria en una senda que *Vues des cordillères* pudo tomar pero que habría de abandonar.

Como se señaló, tras viajar por América, Humboldt postuló teorías geográficas muy originales al amparo de innovadoras disciplinas. Entre estas, destacó la geología, la cual le demandaba en primer lugar prestar atención a las características locales o regionales del terreno estudiado. La imagen del Chimborazo, *Tableau physique des Andes et Pays Voisins*, que acompañó la publicación de su *Géographie des plantes* de 1805 fue el producto emblemático de esta impronta geológica en sus primeras publicaciones: no solo renovó visualmente el formato de exposición de data, sino que privilegió la frontal descripción de una región particular –los Andes– sin un enfoque comparativo en su constitución. Esta vocación descriptiva mudó en trabajos posteriores a causa de una redefinición de los propósitos teóricos en sus textos científicos y de la adopción de un estilo más literario en sus textos de difusión. En contraste con la aproximación a la distribución de las plantas andinas donde se priorizó la localización y la descripción, textos posteriores como *Rélation historique*, *Ansichten der Natur* [*Vistas de la Naturaleza*] y *Kosmos* procuraron establecer sistemas para comparar y generalizar: “Given all this [el esfuerzo descriptivo con el mapa del Chimborazo], the task of the *Personal Narrative* [*Relation historique*] is to array information diachronically rather than synchronically” (Walls 2009: 44). Una premisa es clara: en tanto geólogo, Humboldt sabía que la descripción localizada era el paso obligatorio para superar la ‘*géographie physique*’ ilustrada (invocada por Unanue) y redefinir la interpretación geográfica.

Bajo sus nuevos propósitos, Humboldt publicó en 1823 su *Essai géonostique*, trabajo donde la data americana se volcó directamente a la elaboración de una reflexión geológica. Este trabajo se ubica dentro de la geología histórica o geonostia, cuya meta a inicios del XIX era “determining the succession of formations in the field and then correlating successions in different parts of the world” (Laudan 141). La tesis, sustentada “no desde muestras de gabinete, sino de excursiones de campo a las montañas” (224), era que las formaciones a lo largo de la Tierra “presentan casi siempre las mismas rocas” (3) y que, por tanto, su origen es “independiente de la diversidad de climas” (3). Sobre la metodología, Humboldt sostuvo que la descripción sería la base de su reflexión “[a]ntes que aplicar ...categorías sistemáticas [precedentes]” (v-vi). A esta, no obstante, debía sumarse un segundo giro en el discurso que completaría el método: “[H]e procurado, tras presentar los fenómenos en detalle [describir], generalizar las ideas y abordar algunas de las grandes preguntas de la filosofía natural” (vi). El discurso geológico debía abandonar la descripción a fin de abordar las ‘grandes preguntas’; más aun, el paso de una a otra se entendía como una obligación, ya que la geología debía superar la “gran masa de hechos particulares” (26) y no perder de vista “la unidad de la naturaleza” (26). Humboldt hizo explícita la equivalencia entre su texto geológico y el anticuario en cuanto a sus comunes retos ‘filosóficos’: “Al igual que en la historia de los pueblos antiguos, es más fácil verificar una serie de eventos en cada región que determinar su mutua coincidencia” (15). Pese a ser una de sus primeras publicaciones, *Vues des cordilleres* no privilegió el paradigma descriptivo que modeló el mapa del Chimborazo: a causa de su adhesión a las ‘grandes preguntas’, siguió el modelo que guiaría también el *Essai géonostique*.

Rivero conocía perfectamente el proyecto del *Essai géonostique*. Tuvo acceso a los manuscritos del libro antes de dejar Europa y había acordado con Humboldt traducirlo al español

(Boussingault 1892: 288). Más aun, habiendo él zarpado hacia América en setiembre de 1822, el libro en pruebas de impresión dio tiempo a Humboldt para incluirlo como uno de los “viajeros bien instruidos” (223) que habría de ampliar sus observaciones geológicas sobre la Gran Colombia. ¿Lo haría en una senda idéntica? Como se explicó en el capítulo anterior, la formación geológica de Rivero, en su dimensión teórica y utilidad práctica para la minería, tuvo varios modelos, destacándose entre ellos Georges Cuvier y su “venerable maestro” (Ms 1836) Alexandre Brongniart, para quienes el estudio de las formaciones era más localizado y se valía de fósiles para reconstruir las épocas sucesivas de la Tierra (Cannon 85; Laudan 155). Rivero no desestimó el método humboldtiano: ni la comparación ni la generalización eran *per se* el problema, ya que estas eran recursos de todos los geólogos. De hecho, es lógico suponer que no las consideraba un problema metodológico para el campo de la investigación geológica. Sin embargo, de cara a la escritura anticuaria, sí devenían un escollo: conceptualizadas las antigüedades desde las ‘grandes preguntas’, la comparación con otras culturas y la generalización filosófica no hacían sino subordinar su valor individual. Es posible identificar un momento preciso en la dimensión polémica del pensamiento anticuario de Rivero: la impronta geológica descriptiva era una parada en la que el discurso podía detenerse para evitar la amenaza de las ‘grandes preguntas’.

Los trabajos anticuarios de 1828 y 1841 se diferencian explícitamente de la primacía de la comparación y su vocación hacia la resolución de ‘grandes preguntas’. Más aun, estas últimas devienen subordinadas y en disputa con la frontal descripción. En el breve artículo de 1828, Rivero había ya señalado que, al abordar ‘grandes preguntas’, “la imaginación sale fuera de sus límites” (1998 [1828]: 51). En el opúsculo de 1841, retomó esta crítica a través de asuntos como el origen de los pueblos americanos. Tras reseñar las hipótesis de Núñez de la Vega, Antonio del Río y Humboldt sobre el asunto, terminó por concordar con el novohispano Francisco Xavier Clavijero

y el español Benito Feijoo: el conocimiento sobre ese origen era imposible y “no se puede decir que haya una sola [teoría] que resuelva y responda todas las objeciones” (8). Asimismo, tras ocuparse de las hipótesis sobre el origen de Manco Cápac, entre ellas la del origen mongol planteada por Humboldt, acotó que él continuaría su obra evitando entrar en el asunto: “Inculcar sobre el orijen [sic] de este personaje, sobre su venida de tierras lejanas o larga residencia en la hermosa y estensa [sic] laguna del Titicaca, sería divertir la imaginación, y profundizar la materia de la que quiero prescindir” (9). Precavidamente, Rivero pareció considerar la reseña de todas estas hipótesis como una obligación dentro de la escritura anticuaria. Pese a esta concesión, la dirección de su discurso era no solo explícita en cuanto a la subordinación de las ‘grandes preguntas’ como paradigma, sino redundante al respecto: “...evitando, repito, ocuparme de asunto en el que no me sería quizás dado presentar nuevas ideas, me contraeré principalmente a hablar del imperio de los Incas, de los grandes vestigios que aún permanecen” (8). ‘Prescindir’ y ‘evitar’ serán las constantes expresiones de una consciente dirección de su proyecto anticuario y de una explícita postura polémica frente a aproximaciones como la de Humboldt.

¿Por qué esta manifiesta urgencia por ‘prescindir’ de estas materias? Aunque el progreso de la ciencia geológica demandase recurrir a comparaciones y generalizaciones, la creación de data específica había sido el primer paso para superar el legado ilustrado sobre los estudios de la Tierra. En otros términos, la descripción focalizada había sido una ruta pertinente y científica para trascender las premisas y metodologías precedentes. La impronta geológica en Rivero adoptó precisamente ese ánimo: la frontal descripción se convirtió en una estrategia discursiva de su temprana escritura anticuaria ante la primacía del ‘legado filosófico’ y las ‘grandes preguntas’. El propósito último, eventualmente, era encauzar la reflexión anticuaria andina hacia una nueva escritura histórica de la misma manera que la geología lo había hecho respecto de la historia de la

Tierra. En suma, la demanda de la impronta geológica por ‘prescindir’ de ciertos asuntos no era solo una cuestión de pruebas disponibles y teorías razonables: encarnaba la gradual rearticulación de premisas disciplinarias de cara al estudio del “Perú antiguo”.

Profundizar en la confrontación con el legado filosófico y las ‘grandes preguntas’ no basta para comprender la densidad del debate disciplinario movilizado por el proyecto de *Antigüedades peruanas*. El objeto de estudio era de origen humano y no geológico, de manera que se precisaba de un discurso científico que enmarcase la descripción de las antigüedades y avalase hacerlas trascender hacia su “interés para los conocimientos humanos”. En esta tarea, ya de un aliento mayor, serán capitales la asimilación y crítica transatlánticas de nacientes paradigmas disciplinarios. Durante la década de 1840, cuando Rivero investigaba y viajaba para escribir la versión final de su libro anticuario, una renovada metodología para estudiar el “Perú antiguo” se comenzó a gestar a través de una nueva red académica y en respuesta a nuevas amenazas disciplinarias.

Las nuevas ciencias del hombre y la polémica etnológica

Entre octubre de 1856 y junio de 1857, las actas de la *Académie des Sciences* reseñaron las memorias y notas referentes a un debate sobre unas momias prehispánicas encontradas en los arenales del Morro de Arica, Perú. Una nota del químico francés Anselme Payen (1856) inició la polémica. Tras un análisis químico de los ojos, Payen concluyó: “El ojo analizado es en efecto un producto artificial” (708), es decir, su composición respondía a un proceso de momificación. A fin de desarrollar este resultado, recurrió a la colección de momias egipcias del *Musée du Louvre* y comparó las muestras. Este recurso metodológico encauzó ‘científicamente’ su negativa a adjudicar a los nativos americanos la invención de un proceso de momificación y lo llevó a esta

hipótesis: una tradición oral originaria de Egipto habría llegado hasta el Perú. En las siguientes sesiones de la *Académie*, se leyeron una comunicación del almirante Abel Aubert du Petit-Thouars en respuesta a Payen y otra del etnólogo Charles de Paravey en respuesta al almirante⁷⁶. Desde Bruselas, Rivero se enteró de este debate y, de inmediato, envió una nota corta y contundente (1857a). Siendo Prefecto de Moquegua en 1849, estudió la zona: la cultura material que halló impedía pensar que técnicas como la momificación hubieran existido allí, más aun si se tenía en cuenta que Arica no había sido una localidad importante en tiempo de los incas y que las momias halladas en otras partes del Perú tampoco contenían rastros de momificación. Sobre los ojos estudiados por Payen, sugirió que fuesen ojos de peces y no de humanos. Y concluyó: “Me propongo publicar unas líneas sobre este asunto, ya que he leído a muchos autores que hablan sobre él” (517). Seguidamente, Payen (1857a) respondió y desestimó la posibilidad de que fuesen ojos de peces. Insistió en su hipótesis de la ligazón egipcia y anunció también una comunicación adicional.

Tras el envío de la “Mémoire sur les momies péruviennes” (1857b) de Rivero, la *Académie* encargó a uno de sus miembros, Claude Gay, la evaluación de ella y de toda la polémica. Habiéndose nunca encontrado una momia en el estado de preservación del cual hablaron Garcilaso, Cieza de León y Acosta, entre otros, puesto que las momias de la nobleza inca no existían, Gay (1857) avaló la tesis de Rivero de atribuir a las halladas en Arica “su estado de conservación

⁷⁶ Estando en Arica, Petit-Thouars (1856) examinó los alrededores del Morro y sostuvo haber descubierto un cementerio inca. Concluyó que, primero, era para el pueblo común y no para la nobleza; segundo, la posición fetal en los entierros era propia del Nuevo Mundo; y tercero, se enterraban víveres, pues se creía en la vida futura. Aunque no encontró ojos en las momias, Petit Thouars propuso que se ofrendaban para que el difunto se guiase en la otra vida. El etnólogo Charles de Paravey (1856) respondió y sostuvo que la posición fetal no era particular del Nuevo Mundo, pues se hallaba también en Escandinavia y en regiones de China. Petit Thouars no polemizó directamente con Payen, sino que aprovechó la ocasión para compartir sus observaciones. Es interesante que notar que, en tanto ingeniero militar, su posición descriptiva fue más cercana a Rivero, mientras que la observaciones comparativas del etnólogo Paravey más próximas a Payen.

exclusivamente a la influencia del aire muy seco y muy caliente de la costa peruana” (1203)⁷⁷. Gay concluyó que la memoria enviada por el peruano y sustentada en “un profundo examen” (1205) era un gran aporte a la ciencia de la etnología y un aliciente más para estudiar de manera comparativa los vestigios de las antiguas civilizaciones a fin de “conocer el origen y la filiación de los pueblos” (1208). De hecho, todas las notas y memorias alrededor de esta polémica fueron reseñadas en los *Comptes rendus* bajo el rubro de “Ethnologie” y “Chimie-Ethnologie”⁷⁸.

Este debate en las sesiones de la *Académie* y las disposiciones editoriales de los *Comptes rendus* dan cuenta de los paradigmas etnológicos vigentes para el estudio de la cultura material de los pueblos americanos hacia mediados del siglo XIX. Desde fines del siglo XVIII, se había gestado una idea que, para cuando se fundó en 1839 la *Sociedad etnológica de París*, era la premisa central e indisputable de la nueva ciencia: la unidad de estudio para la historia del hombre no eran ni los individuos ni las naciones sino la categoría de raza (Liebershon 109). Esta ciencia conformada en las primeras décadas del siglo XIX tenía hondas raíces en premisas y métodos ilustrados, en la “historia natural del hombre” a la que Humboldt y muchos otros se adscribieron, pero se concentró en “[w]hat we may call ‘the ethnological problem’ –demonstrating the unity of the human species” (Stocking 49). La historia del hombre fue concebida, esencialmente, en términos migratorios. El correlato metodológico era consecuente con la demanda de priorizar la

⁷⁷ En su memoria, Rivero repitió las ideas ya expuestas al final del “Capítulo séptimo” de *Antigüedades peruanas*: los cronistas afirmaron que los incas conocieron la momificación y la reservaron para la más alta nobleza, de manera que, no existiendo esas momias, no podía estudiarse el procedimiento. Las momias existentes contenían sustancias en los cráneos, pero análisis químicos habían mostrado que estaban compuestas de grasa cerebral y sangre, y que por tanto no era “posible descubrir el menor vestigio de una sustancia vegetal” (206). La conclusión era sencilla: “En la costa, el sol abrasador y arena calcinada secaron los cadáveres; y en el interior el aire puro y frío, y los vientos secos” (207).

⁷⁸ En una comunicación posterior, Payen aceptó su error (1857b). Ayudado por otros químicos, reconoció que los ojos en cuestión pertenecían a un “molusco cefalópodo” (1230), pero agregó que, en tanto la composición química seguía siendo peculiar, sus experiencias resolvían la que él consideraba desde un inicio la “cuestión de origen, enriquecer la ciencia de datos nuevos y desatendidos” (1230). Dos notas más acerca de esta discusión fueron enviadas a la *Académie*, una del químico cubano Álvaro Reynoso (1857) y otra de un médico peruano de apellido Baldón (1862). Ambas notas sustentaron la posición de Rivero.

movilidad: la filiación de las razas se reconstruía comparando información geográfica, anatómica y cultural, especialmente lingüística (Voguet 108; Stocking 23-24)⁷⁹. Rivero conocía las premisas, metas y prácticas de la nueva ciencia, puesto que participaba de la red de circulación del conocimiento y era asiduo guía de naturalistas y viajeros desde su regreso al Perú. Sin embargo, es más que elocuente el hecho de que, entre todas sus publicaciones y comunicaciones, no se encuentre ni una sola referencia a la etnología.

El debate en la *Académie* en 1856, entonces, puede leerse como la exhibición de una postura: un distanciamiento consciente respecto de los paradigmas y exigencias de la etnología. Esta posición crítica se manifestó en su silencio sobre el asunto de la filiación de los pueblos en contraste con su preferencia por la focalización descriptiva y localizada de las momias: la historia era regional y no migratoria. La confrontación metodológica hacía explícita esta disputa: mientras que Payen recurría comparativamente a momias egipcias y negaba atributos técnicos a los nativos, Rivero se valía del estudio localizado del territorio y de la relacionalidad entre conocimientos sobre otros vestigios de la misma cultura material andina. Debe resaltarse aquí que, paradójicamente, aunque Gay validó ‘científicamente’ la tesis del peruano, insistió en que ella alentaba el método comparativo de la etnología. Más aun, aunque desestimó la hipótesis de los ojos momificados, Gay no criticó que Payen hubiese recurrido a momias egipcias ni que propusiera una imaginaria conclusión apoyado en tal comparación. En tanto método aceptado, ello mantenía como legítima

⁷⁹ En la declaración de objetivos de la *Société ethnologique de Paris*, se señaló que se buscaba recolectar, coordinar y publicar “observations that help to know the different races of men that are scattered on the Earth” (en Riviale 1998: 275). En 1847, el influyente etnólogo inglés James Cowles Prichard definió los objetivos de la ciencia en los mismos términos: “To trace the history of tribes and races of men from the most remote-periods with are within reach of investigation, to discover their mutual relations, and to arrive at conclusions, either certain or probable, as to their affinity or diversity of origin” (en Stocking 52).

la potencial premisa de que los pueblos americanos no eran capaces, cultural y biológicamente, de alcanzar prácticas consideradas avanzadas como la momificación⁸⁰.

Puede identificarse una nueva dimensión polémica en el pensamiento anticuario de Rivero. Las nuevas ciencias del hombre actualizaban un viejo lastre epistemológico: la tendencia subordinante de la ‘gran pregunta’ sobre el origen de los pueblos americanos había migrado de la dieciochesca “historia natural del hombre” hacia disciplinas decimonónicas como la etnología. La metodología comparativa a través de la categoría etnológica de raza, junto a su énfasis migratorio, era concomitante con los métodos del ‘étude philosophique’ humboldtiano y su eje asiático de interpretación. Las exigencias y amenazas disciplinarias ahora ya no eran ‘filosóficas’ sino ‘científicas’. Así, la ‘polémica etnológica’ en la *Académie* remitía a un problema central: se estaba inadvertidamente institucionalizando la inconmensurabilidad de la cultura material americana bajo el prestigio, el lenguaje y las prácticas de las nuevas ciencias del hombre⁸¹.

Para el proyecto anticuario de Rivero, la problemática era la misma: ni la historia ni la cultura material prehispánica podían hablar por sí mismas y transcender hacia la dimensión universal de “los conocimientos humanos”. Para cuando se desató el debate en la *Académie*, el proyecto de *Antigüedades peruanas* había ya cristalizado en la versión definitiva de 1851 publicada en Viena. Como en el caso de las ‘grandes preguntas’ en sus primeras dos publicaciones anticuarias, Rivero mantendría la premisa de que había temas y enfoques de los que se debía ‘prescindir’. Sin embargo, dadas las sostenidas amenazas disciplinarias, hubo asuntos que debieron

⁸⁰ Stocking (1987) señala que la etnología en la influyente línea de Prichard era fundamentalmente difusionista, ya que este modelo “was a better means for linking separated nations to a single source: if one could not prove identity, one could at least establish contact” (51). La hipótesis de Payen y la tibia crítica de Gay parecen estar signadas por las posibilidades interpretativas que esta premisa difusionista permitía.

⁸¹ Stocking (1987) plantea una continuación entre la etnología y formas de pensamiento ya establecidas para estudiar las poblaciones no europeas: “Nevertheless, ethnology was the science of savages in the sense that it was the only scholarly discourse that took them seriously as subject matter” (48).

confrontarse a fin de abrir nuevas rutas para la escritura anticuaria andina. Para ello, la vía no debía ser la polémica argumentativa sino la exhibición de una metodología.

El viaje transatlántico del anticuarianismo nórdico

El posicionamiento crítico ante la etnología demanda analizar cuáles fueron los paradigmas epistemológicos y redes institucionales que le dieron forma y lo sustentaron. Para enfrentar esta interrogante, es pertinente destacar cómo el reseñista anónimo de los *Comptes rendus* (1857) resumió la memoria de Rivero sobre las momias de Arica: “Este trabajo concluye, basándose en el testimonio de los escritores contemporáneos de la conquista y en el examen directo de cuerpos momificados, que la conservación de partes blandas es efecto de un desecamiento debido en gran parte al tipo de calor solar de la zona de sepultura y no a alguna preparación particular” (621). Como se declarase 6 años antes en el “Prólogo” de la versión final de *Antigüedades peruanas*, la escritura anticuaria andina debía forjarse desde la lectura crítica del material documental y la focalización en la cultura material local. Si bien la formulación metodológica no parecía novedosa dado que se asemejaba a las prácticas anticuarias precedentes, su conceptualización profunda emergió de nuevas coordenadas disciplinarias y de una inherente postura polemizante.

Entre las nuevas disciplinas de la primera mitad del siglo XIX, la apertura de *Antigüedades peruanas* de 1851 expresó una fuerte vocación hacia una de ellas:

Entre todas las ciencias que reclama el estudio de la historia, descuella por su importancia la arqueología, o sea la ciencia de la antigüedad y sus monumentos, ciencia que, arrancada por los asiduos e ingeniosos trabajos modernos de su estado de crisálida o periodo de flaqueza común a las demás ciencias, ha conseguido rasgar el velo, que cubría los siglos pasados, reconstruir sintéticamente las edades remotas, y suplir la escasez o ausencia total de crónicas y tradiciones. (1)

La historia de la arqueología admite varios contextos, enfoques, prácticas y, por supuesto, genealogías (Díaz-Andreu 3)⁸². Para el caso de Rivero, una vinculación académica devela la ruta de su filiación disciplinaria. La *Real Sociedad de Anticuarios del Norte* en Copenhague, Dinamarca, lo incorporó como miembro corresponsal en octubre de 1843. En su carta de respuesta, Rivero aceptó la membresía y manifestó su conocimiento de los estatutos y proyectos (Ms 1844). Además, adjuntó la “Memoria sobre los grabados en masas de granito del Alto de la Caldera [Arequipa]”, donde analizó unas figuras talladas en roca granítica y, por primera vez, identificó restos de la cultura material andina como “monumentos arqueológicos” (1857: I, 177). La vinculación entre Rivero y esta sociedad danesa permite avanzar una hipótesis: el anticuarianismo nórdico lo proveyó de una trinchera epistemológica e historiográfica desde donde rivalizar con el ‘legado filosófico’ y las nuevas ciencias del hombre sobre cómo debía escribirse la historia prehispánica.

La tradición anticuaria nórdica tuvo un primer impulso en 1807 con la creación de una comisión para la conservación de antigüedades. En 1816, Christian J. Thomsen asumió la dirección y, durante dos décadas, su trabajo de colector y curador daría forma al aporte por el cual ha pasado a la historia: el sistema de las tres edades (piedra, bronce y hierro) para la clasificación de los objetos prehistóricos⁸³. La *Real Sociedad de Anticuarios del Norte* se fundó en 1825 en Copenhague y pasó a ocupar las funciones de la precedente comisión. Su fundador e ideólogo,

⁸² Margarita Díaz-Andreu (2007) ofrece una historia comprensiva de la disciplina durante el siglo XIX. Para el contexto peruano, aunque centrado en la etapa de profesionalización de la disciplina en el siglo XX, ver Tantaleán (2008; 2014).

⁸³ Peter Rowley-Conwy señala que esta idea no era nueva, sino que se remontaba a Lucrecio, como el mismo Thomsen lo reconocía. Fue el danés, sin embargo, el primero en llevarla con consistencia a la práctica (38). Desde 1831, Thomsen tenía conciencia del análisis estratigráfico para ordenar los restos encontrados, y para 1837 fue explícita la relación entre este método y el sistema de tres edades (15-17).

Charles Christian Rafn, impulsó una nueva política institucional: “Rafn had a different agenda altogether: the documenting of the early activities of Scandinavians on the world stage, which to a great extent meant the forays and explorations of the Vikings” (Rowley-Conwy 84). Este “world stage” encarnó las premisas epistemológicas e historiográficas, las pautas metodológicas y la proyección internacional del anticuarianismo nórdico. De cara a la reexaminación y revaloración del pasado vikingo, la *Sociedad* privilegió la publicación y el estudio crítico de manuscritos sobre la historia premoderna de los países nórdicos, pero acompañados de paralelas excavaciones e investigación arqueológica en territorio danés y otras áreas de Escandinavia. Asimismo, albergó la “Comisión para la historia Ante-Colombina de América”, la cual fue el soporte y red institucional para los trabajos americanos de Rafn. El danés sistematizó la información de las sagas manuscritas islandesas sobre las colonias nórdicas en América del Norte en el siglo X. En su narrativa, dicha exploración era la continuación natural de la expansión que había llevado a la colonización de Islandia. Esta investigación textual se combinó con el estudio de vestigios materiales y dio fruto a *Antiquitates americanae*, publicado en 1837. Para Rafn, debido a “los pasajes oscuros de los manuscritos antiguos” (1845: 23), la arqueología era la ciencia que debía ayudar a determinar la localización de las colonias nórdicas en Groenlandia y en el continente tal como mencionaban las sagas. El proyecto institucional y académico de Rafn no solo se subvencionó con fondos oficiales, sino con una amplísima y exitosa red de suscriptores internacionales que, especialmente, incluyó a monarcas y presidentes (Briggs 5). Muchos académicos, por supuesto, se adhirieron, de manera que los principios y la metodología de la *Sociedad* se expandieron. A través de esta proyección internacional del proyecto “ante-colombino”

y sus publicaciones, Rivero entraría en contacto con el “world stage” y la relectura del pasado impulsados por el anticuarianismo nórdico⁸⁴.

La relación entre Rivero y la *Sociedad* fue sostenida, aunque no prolífica. El primer contacto se dio probablemente a través de la expedición danesa a bordo del barco *Bellona*, ya que el doctor de la expedición, Jørgen H. Lorck, visitó el Museo Nacional de Lima en abril de 1840. En el diario de Lorck, sin embargo, Rivero no fue mencionado ni se dio el detalle de las piezas arqueológicas que se llevaron a Copenhague (Schjellerup, 2000: 178). Según la carta enviada en 1844 y dirigida a la “Comisión ante-colombina de la América”, Rivero había enviado el opúsculo de 1841 apenas publicado –ejemplar que se conserva hoy en el archivo del Museo Nacional de Dinamarca. En 1845, reincorporado como director del Museo Nacional de Lima, la *Sociedad* le hizo envíos para la colección mineralógica (Ms Rivero 1845a). Más tarde, durante su circunnavegación del globo, la expedición científica danesa a bordo de *La Galatea* y comandada por Steen Bille llegó a Lima en marzo de 1847. Rivero se desempeñaba por entonces como Prefecto de Junín, pero estuvo en Lima para llevar a Bille y los naturalistas daneses a bibliotecas locales y al Museo Nacional. En su diario, Bille (1851) lo llamó “el famoso arqueólogo” (351) y “uno de los más ilustrados hombres el país” (364). A través de *La Galatea*, Rivero envió una pequeña colección de aves al Rey de Dinamarca según lo registran Bille (368) y él mismo en una carta dirigida a la *Sociedad*. En esta, comunicó además que la versión resumida de *Antiquitates americanæ* de Rafn (publicada en francés) había sido traducida al español por su hermano, Francisco de Rivero, y publicada en México: “[La obra] ha sido leída en estos países con presteza

⁸⁴ El proyecto “ante-colombino” daría más frutos. En 1841, Rafn publicó el *Supplement to the Antiquitates Americanæ* sobre supuestos vestigios nórdicos en Massachusetts y Rhode Island. Propuso, por ejemplo, que la hoy conocida como Newport Tower en Newport, Rhode Island, era parte de un monasterio cristiano fundado por colonos y “erected at a period decidedly not later than the 12th century” (15). Asimismo, creó en 1846 el *Gabinete de Antigüedades Americanas* en Copenhague, inicialmente dedicado a América del Norte, pero extendido posteriormente al resto del continente.

y recibida con entusiasmo y reconocimiento, en tanto estudio muy importante para la América” (Ms Rivero 1847)⁸⁵. En marzo de 1852, siendo Cónsul general en Bélgica, Rivero fue nombrado caballero de la orden de Dannebrog (*Kongelig statskalender* 68), avalado presumiblemente por su labor anticuaria y vínculo estrecho con la *Sociedad*. En mayo, envió a esta y a la biblioteca personal del Rey Frederick VII ejemplares de *Antigüedades peruanas* (Ms Rivero 1852b); y más tarde en 1857, al publicar su *Colección de memorias*, envió ejemplares también⁸⁶. Rafn publicó en 1858 un *Rapport Ethnographique* de su *Gabinete de antigüedades americanas*, cuyos objetos peruanos procedían de las adquisiciones de cónsules daneses en Lima y de las circunnavegaciones de los barcos *Bellona* y *La Galatea*⁸⁷. En el *Rapport*, Rafn señaló que el libro de Rivero “ofrece una guía excelente para el estudio de los objetos de la sección [peruana]” (7). Por último, *Antigüedades peruanas* fue reseñada en 1861 en *Antiquarisk Tidsskrift*, la revista arqueológica de la *Sociedad* (Det Kongelige 19-48).

Rivero no estuvo afiliado a ninguna sociedad etnológica ni a alguna otra dedicada a la historia humana. De hecho, se entendía a sí mismo como anticuario, tal cual lo declarase en una de sus notas a la *Académie* (1857a). La membresía en la *Sociedad de Anticuarios del Norte* fue la

⁸⁵ Su hermano Francisco fue incorporado a la *Sociedad* a fines de 1837 según la carta de respuesta de este conservada en Copenhague (Ms Francisco de Rivero 1838). Francisco se desempeñaba por entonces como Director del Colegio de minas de Puno, según la misma carta. Es bastante probable que Rafn pretendiese contactar a Mariano inicialmente, pero, habiéndose enviado una carta en francés dirigida a “Ms de Rivero, Directeur des mines”, la comunicación le llegase a su hermano. Francisco fue uno de los peruanos becados por el Gobierno en 1826 para estudiar en instituciones europeas y, como Mariano, asistió a la *École des mines de Paris* (Ms Rivero 1826g). Sin embargo, no publicó sobre minería y menos sobre antigüedades, mientras que las publicaciones de Mariano eran conocidas en los círculos científicos de Europa gracias a sus redes científicas y profesionales. Cabe señalar que no he podido hallar la supuesta traducción del libro de Rafn publicada en México por Francisco. Peter Rowley-Conwy (2007) lista tres traducciones al español de aquella versión abreviada: Caracas, 1839; Madrid, 1840; y La Habana, 1845 (85).

⁸⁶ Todos estos envíos se conservan en los archivos de las respectivas instituciones o en la Biblioteca Nacional de Dinamarca. Todos los ejemplares se encuentran dedicados y autografiados.

⁸⁷ Desgraciadamente, ni los diarios de estas expediciones ni los actuales inventarios del Museo Nacional de Dinamarca registran la procedencia específica de los objetos peruanos (Schjellerup, 1986: 7; 1987: 92). Sin embargo, es bastante probable que algunos de ellos hayan sido donados o intercambiados por Rivero en vista de su correspondencia con la *Sociedad* y su encuentro con los naturalistas de *La Galatea*.

única en esta área del conocimiento. ¿Dónde recayó propiamente el intercambio intelectual de esta sostenida relación, es decir, dónde la filiación institucional viró hacia una influencia epistemológica e historiográfica? ¿Qué dimensión polémica de cara a la escritura anticuaria andina nació de este diálogo académico transatlántico? Las cartas conservadas en Copenhague no ofrecen una respuesta directa y precisa al respecto. No obstante, primero, es posible inferirla a través de la analogía entre el debate parisino y uno emprendido por el anticuarianismo nórdico: es visible una común posición crítica hacia las premisas y prácticas de la etnología.

En la década de 1830, las bases disciplinarias que sostenían el estudio del pasado humano comenzaron a cuestionarse en Dinamarca. La disciplina conocida como “historia antigua” se remontaba al siglo XVI y sus metodologías centrales eran la cronología y la filología histórica. A partir de la década de 1820, la etnología representó una nueva vía de estudio; su metodología, como se señaló líneas arriba, combinaba la comparación de información lingüística, cultural y anatómica a fin de reconstruir las rutas de migración de la especie humana. Aunque no eran excluyentes, ambos paradigmas suponían una disputa epistemológica sobre cómo crear cronologías para organizar y estudiar el pasado. Ante este escenario, el sistema de las tres edades consolidado en la práctica anticuaria nórdica en la década de 1830 supuso un giro al proponer como criterio la materia prima de los artefactos (Rowley-Conwy 42). En Escandinavia, la “historia antigua” y sus cronologías fueron rápidamente desacreditadas en tanto sus imprecisiones y puntos ciegos se veían ampliamente revelados por excavaciones y análisis estratigráficos⁸⁸.

La disputa siguiente se dio con la etnología, cuyas prácticas incluían el análisis de restos humanos. El hecho de estudiar el pasado con material del presente como los cráneos sembró el

⁸⁸ Rowley-Conwy agrega que el sistema de las tres edades, en tanto nuevo sistema de clasificación, estimuló la aparición de otras perspectivas. A ella, se sumaron otras de índole económica, ecológica y anatómica (48-65). En común, estas propuestas contribuyeron al desplazamiento de la “historia antigua”.

punto de discrepancia entre la etnología y el anticuarianismo nórdico. Sería Jens Jacob Worsaae, miembro de la *Sociedad*, quien llevaría la práctica anticuaria nórdica, el sistema de Thomsen y el “world stage” de Rafn hacia una conceptualización arqueológica más consistente y, por ello, hacia una franca polémica con la etnología. En 1846, Worsaae viajó a Gran Bretaña y, mientras los anticuarios escoceses vieron en su aproximación material (arqueológica) al pasado nórdico un modelo de lectura para su propio pasado preromano o celta, los ingleses (e irlandeses) se mantuvieron en el marco etnológico (Rowley-Conwy 113). El eje de la polémica se manifestaba en la metodología: mientras que la arqueológica de Worsaae se nutría del estudio de la cultura material local para derivar un sistema, la etnología subordinaba y, a veces, desestimaba la importancia de los objetos y la localización. Una afirmación del etnólogo inglés Thomas Wright en 1861 resume la disputa iniciada en la década de 1840:

The proper, and the only correct, arrangement of a museum of antiquities is, no doubt, the *ethnological one* . . . But people have been adopting a practice of placing flint implements with flint implements, bronze with bronze, and iron with iron, until, forgetting entirely the real elements which give them an individual meaning, they begin to look at them just as if they were so many fossils belonging to such and such geological strata, and thus form systems which are pretty and attractive to look at, but which, in truth, belong only to the imagination. (En Rowley-Conwy 135)

Crítico de los métodos de Worsaae desde mediados de 1840 (Stocking 73), es revelador que Wright opusiera el método etnológico tanto a la arqueología como a la geología. Análogamente al “deep time” geológico, la práctica nórdica demandaba una cronología más extensa en contraste con el modelo desde el cual trabajaba la etnología. La idea de prehistoria, precisamente, emergería en esta época y el sistema de las tres edades sería fundamental para consolidarla (Rowley-Conwy 22). Geología y arqueología, en otras palabras, se emparentaban en tanto trincheras críticas hacia la premisas y prácticas de la etnología. La extensión del pasado era una condición de posibilidad para reescribir la historia de una población a través de su cultura material y libre de las limitaciones de

la metodología comparativa etnológica. En el caso nórdico, su metodología basada en secuencias tecnológicas fue determinante para renovar su historia premoderna. Por un lado, confrontando los paradigmas que limitaban su estudio, se reivindicó el pasado vikingo en la escala regional escandinava; por otro, se insertó ese pasado en asuntos considerados ‘universales’ y determinantes para la historia y la conciencia modernas de Europa como el gran relato de la exploración del globo. Este fue un fruto concreto del espíritu del “world stage” concebido por Rafn y su empresa anti-colombina.

A partir de estas coordenadas, no es difícil inferir dónde residió el intercambio intelectual entre la *Sociedad* y Rivero más allá de la filiación institucional. La historia prehispánica andina, según las cronologías aceptadas en la época, no precisaba de una extensión temporal similar a la requerida por la historia de la habitación humana en Escandinavia. Aunque ello no fuese necesario, el pensamiento geológico inherente en Rivero operó como el marco epistemológico seminal que dio sentido a las demandas metodológicas/tecnológicas de la arqueología nórdica y, por extensión, de toda su práctica anticuaria. De inmediato, los debates disciplinarios involucrados se hicieron también legibles y, sobre todo, conmensurables con los escollos que enfrentaba la escritura anticuaria en el Perú. Gracias al anticuarianismo nórdico, el enfrentamiento de Rivero con paradigmas como el ‘legado ilustrado’, el ‘étude philosophique’ y la etnología tenía ahora un modelo científico al cual recurrir y, por supuesto, reinventar.

La reinención transatlántica del anticuarianismo nórdico en los Andes fue selectiva y acomodada a las demandas que Rivero juzgó pertinentes y urgentes respecto de la tradición anticuaria local y de su propio proyecto ya en curso. Asimiló dos prácticas del “world stage” escandinavo: la proyección material del trabajo archivístico de Rafn y la índole anti-etnológica de la arqueología de Worsaae. Estas apropiaciones conformaron la base historiográfica y

epistemológica desde la cual debe leerse la conceptualización de la metodología declarada en el “Prólogo” de 1851 y refrendada por los *Comptes rendus* en 1856: la revisión crítica del archivo y el análisis localizado de la cultura material.

El reordenamiento de la biblioteca

El primer paso hacia una renovada escritura anticuaria andina lo constituía el reordenamiento de su propia biblioteca. *Antigüedades peruanas* buscó ser un balance y guía historiográficos de la literatura sobre América y especialmente sobre el Perú. La premisa inicial en sí no era novedosa y más bien predecible: el archivo textual debía ampliarse a fin de contrastar la información existente e incorporar nuevas fuentes. Esta demanda, sin embargo, debe evaluarse según su función implícita en el discurso global del libro: la biblioteca se reordenará para dar vida al objeto arqueológico.

Es significativo que el “Capítulo primero. Relaciones de ambos hemisferios entre sí antes de los descubrimientos de Colón”, fuese el que inició con la invocación a la nueva ciencia arqueológica. En tanto el libro funciona como guía y catálogo, el capítulo retomó la reseña de hipótesis suscritas al tenor de las ‘grandes preguntas’. Algunas se descartaron, pues “no se apoya[n] en cimientos sólidos” (11) como la de la inmigración israelita a América, o también por no ofrecer “mayor grado de verosimilitud” (16) como la del origen huno de los toltecas planteada por Humboldt; mientras que otras como la de Votán fueron colocadas en un limbo, “pues si no pueden ser consideradas como fábulas o patrañas, tampoco presentan el carácter de evidencia e irrecusabilidad al abrigo de toda sospecha” (15). Enmarcando esta evaluación, dos nuevas tradiciones textuales para la historia de América fueron introducidas: primero, tras el elogio a la arqueología, las sagas escandinavas sobre la colonización de América del Norte; y luego, tras las

reseñas a la tradición legada por el periodo colonial, “las crónicas chinas conservadas en la obra titulada Pian-y-tien” (17) sobre contactos con las costas orientales del continente. Con la primera, lógicamente, el objetivo era introducir en el discurso una metodología cuya veracidad provenía del diálogo entre fuentes textuales y cultura material. Este énfasis funcionaba como una reafirmación de la metodología anunciada en el “Prólogo”. Con la segunda, podía dirigirse el discurso hacia la consabida pregunta sobre el origen de los pueblos americanos, pero salvando ciertos escollos de los cuales, en las dos primeras publicaciones, se había querido ‘prescindir’. En efecto, la introducción de los manuscritos chinos no desembocó en el tipo de visión progresista que daba pie a su contraparte, la decadencia. Para Humboldt, pese a la admiración, las antigüedades americanas hablaban de pueblos civilizados orientales que “recayeron en la barbarie” (333). Para Rivero, al proponer una “[n]otable analogía y puntos de contacto” (17) entre religiones orientales y americanas, el discurso histórico recaía en considerarlos “otros tantos ramos de un mismo tronco cuya raíz no han podido determinar los trabajos arqueológicos y filosóficos modernos” (19). Rivero destacó el hecho de que, al movilizarse, una cultura se iba fragmentando en “ramos”: en esta ecuación, cada región y periodo construían algo nuevo. El estudio de los orígenes y las filiaciones era, por supuesto, pertinente y necesario, pero en ese ejercicio cada uno de los participantes conservaba el valor intrínseco de su localización e individualidad. Es significativo que la etnología no apareciese como una de las disciplinas pertinentes para el objeto de estudio reseñado aquí: ella –como en Payen e implícitamente en Gay– daba pie a un desbalance intelectual entre pueblos a través de su entendimiento de la categoría raza. En cuanto al debate disciplinario que aquí interesa analizar, la no mención de la etnología encarnó uno de los propósitos argumentativos de este primer capítulo: la comparación no debía llevar a la subordinación.

Por otra parte, el “Capítulo tercero. Consideraciones sobre la historia del Perú precedente a la llegada de los españoles” evaluó “la literatura histórica del Perú” (61), asunto central para *Antigüedades peruanas*. El capítulo se ocupa esencialmente de dos cronistas, el Inca Garcilaso y Fernando de Montesinos. La elección de estos respondió a su contrapuesta presencia en la historiografía: mientras Garcilaso había constituido la fuente primordial de todo estudio posterior y, por ello mismo, había sido ampliamente disputado, Montesinos constituía una fuente recién descubierta y, por ello mismo, debía ser considerado pese a sus evidentes limitaciones. Para Rivero, no cabía duda de que Garcilaso era “de todos los escritores de la antigüedad peruana, el más importante” (40), pero lo halló “falto de imparcialidad” (42) a causa de sus “vínculos de consagüinidad [sic]” y de su discurso armado a través de “compilaciones de tradiciones” (43). Fuente central para la escritura histórica andina, la evaluación crítica no buscaba sino “volver más cautelosos a los lectores e historiadores que consulten la obra de Garcilaso” (44). El caso de Montesinos, cuyas memorias habían sido recién descubiertas, según Rivero, “en la biblioteca del convento de San José de Sevilla” (46) en la década de 1840, representaba una oportunidad metodológica. Por un lado, la introducción de este “importante elemento” (61) aportaba nueva información histórica y reafirmaba la premisa de que era necesaria la búsqueda e inclusión de crónicas tempranas no publicadas. No obstante, por otro lado, el dictamen sobre Montesinos coincidía con el de Garcilaso: “...solo con la mayor cautela y mucha desconfianza se puede hacer uso de tales documentos” (61). La evaluación de Garcilaso reafirmó la vigencia de las fuentes consideradas tradicionales, mientras que la inclusión de Montesinos respondía a la necesidad de seguir ampliando ese ramo del catálogo de “los autores españoles que se ocuparon, en los siglos décimo sexto y décimo séptimo, del descubrimiento de la América” (61). Todas las fuentes canónicas eran útiles y de necesaria consulta; por ello, a lo largo del libro, son citadas ampliamente

para describir, explicar y polemizar sobre variados asuntos: para describir aspectos institucionales como el sistema religioso inca (143-170), así como otros más prácticos como el arte de la orfebrería (218-221) o las dimensiones de algunas de las construcciones del Cusco (243)⁸⁹.

Los reparos y advertencias ante esta historiografía, aunque parezcan coincidir con la crítica hacia este mismo corpus ya practicada por los ilustrados europeos y americanos, se diferencian en su filiación y conceptualización. Como se señaló en el capítulo anterior, Rivero regresó a América con una clara inclinación hacia la escritura desde el archivo, en gran medida influido por el método de trabajo de Humboldt y, a través de este, de los fundadores intelectuales del historicismo alemán como su hermano Wilhelm. De esta línea, adoptó la premisa metodológica de buscar, acumular y evaluar documentación a fin de discernir la información sobre personajes, instituciones y hechos históricos. A la luz de las críticas a Garcilaso y Montesinos, es perceptible la analogía con el método alemán: “The development of a method [en el historicismo] had to do with establishing rules for appraising and judging documents critically, and for expunging from consideration of them whatever folklore, superstition, and mythology might make their validity fictional rather than actual” (Liebel 361). Este método se asentaría durante su trabajo de campo en los Andes y, de cara a la escritura sobre el “Perú antiguo”, cristalizaría en la convicción de que era necesario incluir obras manuscritas, material administrativo, relaciones oficiales, entre otros, producidos por la enorme burocracia española. Esta era la premisa inicial –ya existente– del reordenamiento de la biblioteca: teniendo los textos del XVI y XVII agendas personales, marcos dogmáticos o

⁸⁹ No hubo en Rivero una declarada preferencia por Montesinos sobre Garcilaso. La comparación entre la edición impresa de *Antigüedades peruanas* y el manuscrito conservado en el *Museo regional* de Arequipa ayuda a esclarecer este punto. La edición impresa señala: “Sin embargo, en los últimos tiempos, las relaciones de Montesinos presentan un grado de autenticidad superior al de Garcilaso de la Vega” (61). Aquí, la expresión “en los últimos tiempos” hace referencia al periodo final del Tahuantinsuyo y no al momento histórico en que Rivero escribe. El mismo pasaje en el manuscrito dice: “Sin embargo la última época de la historia antigua, eso es, el reinado de los Incas, parece ser descrito en las relaciones de Montesinos más fidedigna[mente] que en aquellas de Garcilasso de la Vega” (Ms 27).

informantes dudosos, ese otro corpus contemporáneo a ellos debía servir de contrapunto de cara a la reconstrucción histórica.

Fue por esta convicción historiográfica que el tercer capítulo de *Antigüedades peruanas* se ocupó de un autor más. A diferencia de Garcilaso y Montesinos, quienes constituían fuentes primarias, la mención de William H. Prescott y su *Historia de la conquista del Perú* publicada en 1847 resaltó el hecho de que dicho estudio constituía un modelo para la escritura histórica moderna en tanto exhibía “la incomparable ventaja de tener a su disposición más materiales que ningún otro historiador” (62). Entre estos materiales que se guardaban en archivos españoles, destacaban “las relaciones de Sarmiento [Cieza], Ondegardo, Betanzos, como igualmente las memorias anónimas sobre el descubrimiento y la conquista, así como los documentos sobre las inscripciones, medallas, antigüedades, etc.” (62). Guillermo Lohmann Villena (1959) ha destacado que este uso del archivo transmitía un claro entendimiento de la escritura histórica: “The purpose of history for Prescott may be reduced to a single element: to express the course of events in the most clear and simple way—but at the same time in a lively and charming way—without penetrating into causes or searching for ultimate meanings” (72). Dedicado a la narración y la descripción a partir de material nuevo y abundante, Prescott fue evaluado por Rivero positivamente en tanto concordaba con su ya establecida inclinación hacia las fuentes no canónicas y manuscritas. Así, la breve referencia al historiador estadounidense estuvo centralmente dirigida a reafirmar ante el lector la consabida existencia de otras fuentes textuales y la posibilidad de escribir nuevas historias a partir de ellas⁹⁰.

En su afán de constituirse en guía y balance de la literatura crítica, *Antigüedades peruanas* emprendió ejercicios demostrativos sobre la necesidad de expandir el catálogo de fuentes textuales

⁹⁰ Sobre los paradigmas historiográficos y su implícita dimensión ideológica presentes en la obra hispanista y americanista de Prescott, ver respectivamente Kagan (2002) y Ernest (1993). Sobre estos mismos asuntos en *History of the Conquest of Peru*, además de Lohmann Villena (1959), ver Adorno (2002).

sin que ello supusiera la anulación de las demás. Quizás el capítulo que ejemplifica mejor esta premisa sea el “Capítulo séptimo. Sistema religioso de los antiguos Peruanos”. La autoría de este capítulo es difícil de determinar con exactitud, ya que el “Prólogo” señala que Johann Jakob von Tschudi contribuyó en temas como la religión andina prehispánica. Considerando los temas de investigación de Tschudi y determinados elementos en el cotejo con el manuscrito de Arequipa, es bastante probable que gran parte del capítulo original corresponda al suizo y ciertas correcciones, adiciones y reformulaciones a Rivero. Ahora bien, importa aquí destacar, primero, cómo el capítulo incorpora metodológicamente nuevas fuentes y qué se pretendía con ello. Siempre dentro del espíritu del “[p]rescindiremos de hipótesis imaginarias” (146) –expresión que no está en el manuscrito, sino que fue introducida luego y remite a la consabida formulación de Rivero–, se aborda el asunto de la religión andina a fin de demostrar una hipótesis: que el politeísmo previo a la expansión del culto solar inca se mantuvo y se fundió con la religión oficial del Tahuantinsuyo. La hipótesis, otra vez, no era en sí novedosa pues, pese a Garcilaso, existía en las crónicas y la literatura anticuaria. Los textos de José de Acosta, Pedro Cieza de León, Francisco López de Gómara y el mismo Garcilaso son mencionados como fuentes generales para el estudio de la religión en tiempos prehispánicos y, también, como repositorios de información pertinente de cara a la hipótesis general trabajada. No obstante, en consonancia con la premisa de ampliación de fuentes textuales, se sugiere “sobretudo [sic]” (147) el texto del jesuita [Pablo] José de Arriaga, *Extirpación de la Idolatría en el Pirú*, como la fuente más interesante⁹¹. Este capítulo de

⁹¹ Publicado en Lima en 1621, este libro era conocido, pero de acceso muy difícil debido a los pocos ejemplares que existían. Ya que no había, al parecer, ejemplares en Lima hacia mediados del siglo XIX (Romero 14), es probable que Tschudi accediese al ejemplar que se conserva hasta hoy en París en la Biblioteca Nacional. Ya que la autoría de este capítulo es, en verdad, dudosa, puede también creerse que fue Rivero quien accedió a un ejemplar en Santiago o en Lima. El ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Chile no declara su procedencia, si acaso parte original de su repositorio o producto del lote de libros extraídos durante la ocupación de Lima. Si el caso fuese el primero, Rivero habría podido acceder a él en algunas de sus estancias en Santiago; mientras que, en el segundo, dicha fuente habría

Antigüedades peruanas es en gran medida un resumen organizado de la información contenida en Arriaga. La razón de esta preferencia era congruente con la premisa metodológica general: dicha fuente estaba compuesta de las confesiones directas de los habitantes locales. La sugerencia implícita al lector residía en que, a partir del contraste entre la información religiosa recogida por Arriaga y las fuentes canónicas, podía estudiarse con más complejidad un asunto en debate dentro la literatura anticuaria andina: el politeísmo anterior a los incas y su estatus a la llegada de los españoles.

Las repercusiones metodológicas de esta fuente no canónica precisan de una acotación. Como ha señalado Manuel Marzal (2005), Arriaga no fue un extirpador, sino un misionero en las visitas de idolatría. Marzal propone que Arriaga sea considerado un “antropólogo de la religión andina” (198), puesto que su libro “contiene una cuidadosa síntesis etnográfica de esta religión, un buen análisis etnológico de las razones de su persistencia y de los caminos para promover su transformación, y una exposición sistemática de métodos para investigar” (198). Este potencial explica la cita de otra fuente no canónica en este capítulo de *Antigüedades peruanas*. Tras exponer las prácticas religiosas andinas, se introduce una extensa cita de la *Carta pastoral de exortación e instrucción contra las idolatrías de los indios del Arzobispado de Lima* de Pedro de Villagómez, Arzobispo de Lima a mediados del siglo XVII y quien hizo amplio uso del texto de Arriaga (Marzal 199). Es significativo que el fragmento citado no sea uno de carácter visiblemente dogmático, aunque lo supusiese, sino metodológico: contiene las preguntas que los extirpadores debían hacer a los nativos respecto de sus prácticas religiosas. “¿Cómo se llama la huaca que adoran para que las acequias no se quiebren?; ¿Qué huaca adoran para que no llueva demasiado, o para que llueva

sido más bien una de acceso directo a los lectores limeños a mediados del XIX pese a que no hay referencias al respecto.

a su tiempo?”, son algunas de las preguntas del largo cuestionario. La cita a Villagómez no figura en el manuscrito de Arequipa, es decir, no era una fuente considerada por Tschudi al momento de la redacción del capítulo. Es bastante probable que fuese una adición de Rivero al manuscrito final. La razón de esta inclusión residiría en su deseo de insistir en la imagen de *Antigüedades peruanas* como una hoja de ruta para futuros proyectos. En suma, pese a la lógica ideología de la extirpación, las fuentes citadas destacaban por su información etnográfica a partir de métodos diseñados para la contingencia andina, lo que permitía aproximarse a asuntos de la literatura anticuaria como la religión prehispánica no solo desde nueva información sino hacia otras posibilidades interpretativas⁹².

Ahora bien, el reordenamiento de la biblioteca andina respondió, centralmente, a la filiación con el anticuarianismo nórdico. Más allá de la ampliación de fuentes a través del archivo en la línea metodológica del historicismo alemán, la premisa fundamental de la renovada conceptualización del archivo provino de la obligatoria proyección material demandada por el “world stage” nórdico. En efecto, Rafn y sus colegas habían ampliado el catálogo de fuentes a través de las sagas islandesas, pero ello debía consecuentemente derivar en la investigación arqueológica de la cultura material. En tanto *locus generador* del objeto de estudio, el archivo

⁹² Vale la pena hacer una acotación respecto de la etnohistoria andina contemporánea. En esta, hay una suerte de consenso respecto a que John Murra estableció un giro metodológico: usó documentos hasta entonces no valorados como la información administrativa a fin de superar el imaginario construido por los cronistas. Documentación como las llamadas “visitas”, por ejemplo, merecieron no solo el estudio de Murra, sino un trabajo de edición como en el caso de la *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562* de Ortiz de Zúñiga a Huánuco (1967). Al respecto, Franklin Pease (1978) señaló: “Pero las visitas no solo nos dejan acceder a la vida administrativa española en los andes; se han ido convirtiendo en los últimos años en la vía de acceso a una historia andina en que métodos distintos de especialistas afines pueden complementarse en el análisis de un pasado que ya no pertenece solo a los vencedores sino también a los vencidos del siglo XVI en adelante. A través de ellas podemos ver algo más de cómo estaba organizada la vida del poblador andino, cuál era el derrotero de su economía y qué mecanismos articulaban sus relaciones de todos los días” (50). Aunque el propósito no es otorgar un carácter pionero a *Antigüedades peruanas*, sí vale la pena destacar que su propuesta metodológica, aunque sin ser sistemática debido al carácter de catálogo del libro, es un temprano referente de los renovados métodos que adoptaría la etnohistoria andina.

devenía no solo un lugar de enunciación para filósofos e historiadores, sino centralmente para anticuarios y arqueólogos.

En el caso de Rivero y el mundo andino, lo más importante de esta obligatoria proyección material del renovado archivo textual radicó en la dimensión polémica implícita que se movilizó. En efecto, la conceptualización del archivo andino y de su proyección arqueológica supuso un distanciamiento crítico de las premisas y métodos de la historia antigua y la etnología, análogamente a cómo el anticuarianismo nórdico polemizaba con dichas disciplinas. Quizás la manera más interesante de mostrarlo sea a través del análisis de variantes entre el manuscrito de Arequipa y la versión impresa. A través de ellas, puede identificarse *–en proceso o tras bambalinas–* que Rivero concibió el reordenamiento de la biblioteca como un distanciamiento crítico de ciertos modelos disciplinarios y a favor de la arqueología. A continuación, dos variantes al respecto:

Manuscrito:

Sentimos que muchos manuscritos viejos que sirven a aclarar la antigüedad peruana no nos sean conocidos que por citaciones de Prescott, pues ...[ellos]... tendrían un interés particular por [para] los que se ocupan especialmente con la historia antigua. (Ms Capítulo tercero 27-28)

Texto impreso:

Sentimos sobremanera, que muchos antiguos manuscritos que emiten viva luz en los siglos oscuros de la antigüedad peruana, nos sean tan solo conocidos por la citaciones de Prescott, y no dudamos, que para los arqueólogos y anticuarios tendrían interés. (1851: 62)

Manuscrito:

Esta usanza oriental [sepultar la esposa con el marido muerto], muy digna de llamar la atención de los eruditos escudriñadores de la ~~historia antigua~~ historia religiosa fue introducido en el Perú por los Incas. (Ms Capítulo séptimo 37)

Texto impreso:

Este uso introducido por los Incas que recuerda el de las viudas de Malabar de quemarse en la hoguera que consume los restos de su marido, merece una atención especial de los eruditos y arqueólogos. (1851: 183)

No se conoce el manuscrito original elaborado por Rivero y sobre el cual Tschudi trabajó la versión que se conserva hoy en Arequipa. No obstante, dada la filiación nórdica y las preocupaciones sostenidas desde 1828, es evidente que Rivero eliminó la referencia a la “historia antigua” introducida por Tschudi. Como se señaló, la práctica anticuaria nórdica polemizó con esta disciplina a causa de su uso exclusivo de información textual para crear cronologías y determinar información histórica. En la primera cita, Tschudi concibe las fuentes de archivo incorporadas por Prescott como materiales correspondientes con la “historia antigua”, es decir, las circunscribe a un paradigma logocéntrico. Por su parte, Rivero concibe el nuevo archivo en relación con el trabajo de “arqueólogos y anticuarios” (62), es decir, como una fuente textual de necesaria proyección material.

No obstante, el filón polémico más interesante se manifiesta en la segunda cita. La práctica de enterrar a las mujeres junto a su marido muerto no era una información material sino textual a través de varias fuentes. Por un lado, Tschudi vuelve a concebir la reflexión sobre tal asunto dentro de los paradigmas de la “historia antigua”, pese a que tacha la referencia y la precisa como “historia religiosa”. Puede suponerse, atendiendo a la variante anterior, que esta también se suscribía al paradigma logocéntrico. El cambio hacia “eruditos y arqueólogos”, de una manera general, conserva la “historia religiosa” a través del primer grupo de estudiosos, pero insiste en la necesidad de proyección material de la textualidad a través del segundo. Por otra parte, la variante en la enunciación de la práctica inca es significativa: se pasa de nombrarla como “usanza oriental...introducida” a un “uso...que recuerda” las prácticas de otros pueblos. El planteamiento de Tschudi es congruente con las premisas de las ciencias del hombre –recuérdese a Payen o, incluso, a Humboldt– en tanto exhibe una relación cultural causal entre Asia y la América andina. La variante introducida por Rivero no niega la posibilidad de la comparación, pero elimina la

identificación directa entre prácticas al llevar el enunciado al área semántica de la semejanza, “que recuerda”. Así, puede sostenerse que la perspectiva arqueológica introducida en la variante textual fue la que, *tras bambalinas*, operó en la eliminación de un planteamiento inicial que remitía a las premisas del paradigma etnológico.

La postura crítica de Rivero no pretendió ser anti-disciplinaria. Su reflexión anticuaria manifiesta una notable conciencia de ciertas necesidades del discurso cultural andino, pero dentro de las coordenadas disciplinarias que le tocaron. Las variantes introducidas en estos pasajes ejemplifican tal conciencia a través de una preocupación por encauzar el archivo textual hacia una práctica científica nueva, la arqueología, ya que esta ofrecía atractivas posibilidades interpretativas. El reordenamiento de la biblioteca, pues, pretendió diseñar un sólido sostén historiográfico para un renovado análisis de la cultura material.

El objeto arqueológico

La biblioteca reordenada a través del archivo era la condición de posibilidad del objeto arqueológico. El opúsculo de 1841, concebido dentro de la tradición anticuaria precedente, había desarrollado una agenda crítica hacia el legado ilustrado y el ‘étude philosophique’, de modo que encauzó su discurso hacia la descripción de monumentos individuales⁹³. No obstante, aunque no sistemáticamente, también se había movilizado la cultura material en un diálogo crítico con la información textual⁹⁴. En 1851, el diálogo transatlántico con el anticuarianismo nórdico habría de

⁹³ El análisis de monumentos individuales era la norma de la escritura anticuaria. Al analizar la labor del obispo Baltazar Martínez Compañón, Joanne Pillsbury y Lisa Trever (2008) recuerdan la primacía de la modalidad de los “monument-driven studies” (211) como estilaba el anticuarianismo dieciochesco y también el posterior. Proponen que una de las cualidades diferenciales del trabajo de Martínez Compañón fue precisamente “to document an entire site as opposed to single monuments” (211).

⁹⁴ Rivero argumentó en 1841, por ejemplo, que las dimensiones de los “grandes y costosos edificios y acequias de irrigación que encontramos así en el centro de la cordillera como en la costa” (18) probaban dimensiones mayores

proveer de las perspectivas necesarias para renovar esta cualidad de la reflexión anticuaria. En términos del debate disciplinario que aquí se analiza, la escritura de Rivero pasará de la frontal descripción que ‘prescindía’ de ciertos asuntos a la creación de un objeto arqueológico que debía emerger desde una postura crítica hacia las nuevas ciencias del hombre. La ruta de esta polémica inició rescatando la tensión soslayada en 1841: se debía retomar la problemática de las ‘grandes preguntas’, confrontarlas en lo posible y hacer que el discurso obtuviese su fuerza argumentativa desde una cultura material localizada. Pese a la organicidad buscada, esta empresa dejó en el camino ambigüedades e interpretaciones polémicas. Es a través de ellas que puede reconstruirse qué se pretendía movilizar de cara a la creación de un renovado objeto de estudio arqueológico andino.

La naturaleza de la implícita confrontación del objeto arqueológico con las nuevas ciencias del hombre puede comenzar a evaluarse a través del “Capítulo segundo. Antiguos habitantes del Perú”. Como señala el “Prólogo”, este capítulo fue autoría de Tschudi. Una carta de este a Rivero, fechada el 7 de mayo de 1851, confirma que el “capítulo antropólogo” (271) fue enteramente escrito por él y que, para esa fecha, debía aún “recorrer[lo] exactamente antes de dejarlo imprimir” (271)⁹⁵. Como se desprende de la carta y de las primeras líneas del capítulo, la nueva ciencia del hombre desplegada aquí fue la antropología física. Esta ciencia, cuyo objeto de estudio eran los cráneos, emergió como una nueva aproximación al estudio de la variabilidad humana en la década

para la población y la extensión del gobierno inca. Así, como ningún valle costeño ni quebrada alguna “por angosta que sea” (18) carecía de señales de cultivo, debía concluirse que los reservados cálculos hechos por “algunos literatos” (18) no era ya confiables.

⁹⁵ Esta carta formaba parte del archivo que se conservaba en la hacienda Pachaquí en Arequipa. Las cartas de Tschudi a Rivero fueron publicadas por Eduardo Ugarte y Ugarte en 1962 como folleto de la *Revista Universitaria* de la Universidad Nacional San Agustín. La historia editorial y el contenido de estas cartas se vincula con los del manuscrito de *Antigüedades peruanas* conservado en el *Museo regional*. Estos asuntos, así como otros relacionados, serán abordados en el Apéndice.

de 1840. Pese a las coincidencias, planteó una disputa epistemológica a la etnología: propuso la medición craneal “as the best and most definitive measure of racial differences” (Voguet 126). Esta convicción tenía un lógico correlato metodológico: “Physical anthropologists were interested in classifying the ‘types of mankind’ rather than in reconstructing their ‘physical history’” (Stocking 67). Aunque la etnología tenía un impulso clasificatorio también, este cargaba no solo la impronta del énfasis migratorio sino el propósito ulterior de establecer la filiación de los pueblos para confirmar la unidad de la especie humana. En cambio, la antropología física era más naturalista, es decir, aunque la preocupación histórica no desaparecía, insistió en una renovada dimensión biológica del ser humano en tanto parte de la comunidad de seres vivos. Por ello, hacia mediados de siglo, esta nueva ciencia –junto a los desarrollos de otras como la paleontología, la arqueología, la geología, etc.– contribuiría a redirigir, una vez más, el estudio del pasado humano: nacería una ciencia aglutinante, la antropología (Voget 109-11; Stocking 74-77). La primera sociedad antropológica se fundaría en París en 1859, dos años después de la “polémica etnológica” entre Rivero y Payen⁹⁶.

A partir de esta aura disciplinaria de la antropología física, es posible inferir por qué Rivero solicitó a Tschudi contribuir a *Antigüedades peruanas* con un capítulo al respecto: esta nueva ciencia no solo exhibía un perfil anti-etnológico, sino que era parte de una renovada corriente interdisciplinaria para el estudio del pasado humano. A la luz de la geología en tanto ciencia profunda de su reflexión anticuaria y de la arqueología en tanto aparato crítico en operación, el perfil de la antropología física no podía sino resultar seductor. Rivero creyó que esta nueva ciencia

⁹⁶ Las sociedades antropológicas se propusieron estudiar los orígenes y desarrollos del hombre en tanto especie biológica, de manera que se ampliasen las preocupaciones histórico-raciales y de costumbres de la etnología. La *Anthropological Society of London* declaró en 1863 como parte de sus estatutos: “It will be essentially our object to trace the primitive history of Man. But in doing this we require the aid of the geologist, archeologist, anatomist, physiologist, psychologist, and philologist” (Citado en Voget 133).

contribuiría con una agenda general de reivindicación metodológica de la localización y, por tanto, de una narrativa histórica particularista pero también universal.

No obstante, esta adhesión no estuvo libre de serios peligros y ambigüedades. Como advierte Stocking, “wherever the physical anthropological viewpoint was manifest, it contained a strong polygenist impulse” (67). El poligenismo proponía que la especie humana no era una sola: los cráneos de las diferentes razas expresaban características hereditarias, físicas y morales, que el entorno no podía mudar. La antropología física encauzaba su objeto de estudio en favor de una jerarquización biológica entre humanos (Hume 121-122). Rivero no creía en la idea de razas intrínsecamente diferenciadas o en la ausencia de un tronco común. El progresivismo de cuño humanista en el que se había formado, fuera de la ausencia de pruebas materiales, hacía imposible tal posibilidad. En el opúsculo de 1841 había ya manifestado su posición: “Muchos autores deseosos de encontrar el origen [sic] de las razas americanas, han emitido opiniones extravagantes y atacado quizás la impenetrable roca de la reliji3n [sic]” (3). Por ello, es lógico presumir que una de las indicaciones a Tschudi fuese la de atenerse a la descripción y evitar toda forma de generalización, ya sea en línea poligenista o incluso de apariencia neutral. El capítulo mantiene tal postura y sentencia, respecto del poligenismo, que el estudio de los cráneos peruanos se hará “[p]rescindiendo de examinar materia tan espinosa...” (22).

La inserción del consabido “prescindir” no es la variante textual más elocuente para evaluar los matices de la polémica inclusión de la antropología física en el discurso de *Antigüedades peruanas*⁹⁷. En efecto, en su redacción, pese a excluir el asunto, Tschudi fue asertivo respecto del

⁹⁷ En el manuscrito, la formulación es en esencia la misma: “Evitando examinar aquí cuestión tan sutil...” (Ms ‘Capítulo segundo’ 2). Esto puede verse como manifestación de las indicaciones originales de Rivero a Tschudi.

poligenismo latente en la antropología física, mientras que las variantes atribuibles a Rivero expresan una crítica a ese impulso dentro de la ciencia.

Manuscrito:

Los progresos de varias ramas de las ciencias han formado en nuestro tiempo oposición con el sentido de la Santa Escritura y es *principalmente* la antropología que ha atacado uno de los fundamentos de la doctrina cristiana, *tentando a demostrar* que toda la raza humana no descende de Adán y Eva y que la América fue poblada independientemente de la creación doctrinada por la Biblia, [es decir] por hombres criados en el hemisferio occidental. (Ms “Capítulo segundo” 1-2, subrayado mío)

Texto impreso:

Los progresos que en nuestros días han logrado varios ramos científicos, se oponen *aparentemente* a las tradiciones hebraicas conservadas en la Santa Escritura, y de todos estos ramos la antropología es *tal vez* el que menos se armoniza a primera vista con el sentido generalmente atribuido a los primeros capítulos del Génesis, como que *por explicaciones ingeniosas* intenta a demostrar, que no procede toda la raza humana de un tronco común, y que poblado fue el Nuevo Continente sin intervención alguna de inmigración oriental. (21-22, subrayado mío)

El cambio de “principalmente” por “tal vez” -precedido de un “aparentemente”– es una variante que reconsidera el lugar de la antropología física en la jerarquía disciplinaria aludida. Esta variante no es consistente con el redactor inicial en tanto este era expositor y defensor de la ciencia puesta en operación. Más elocuente aun es el contraste entre la presentación del poligenismo hecha por Tschudi, donde ninguna postura crítica es visible, y la adición de “por explicaciones ingeniosas”. Esta formulación usada para desacreditar la hipótesis poligénica no solo es visible en otros pasajes comparados entre el manuscrito y el texto impreso⁹⁸, sino que es concordante con otra variante en el mismo capítulo.

Al final del Capítulo 2, hay una nota a pie de página que no se encuentra en el manuscrito, es decir, que no fue preocupación inicial de Tschudi. A la luz de la filiación nórdica y del debate

⁹⁸ En el “Capítulo tercero” se observa una variante análoga al presentar las hipótesis sobre contactos entre mundos. En el manuscrito, se lee: “Sin entrar en detalles, tenemos que citar algunas otras opiniones, las más muy mal fundadas, sobre las relaciones con la América antes de Colón” (Ms “Capítulo primero” 16). Y en el texto impreso: “Omitiendo minuciosidades inútiles e hipótesis más o menos ingeniosas, citaremos sucintamente las opiniones sobre las relaciones de ambos continentes antes de Colón” (15).

en la *Académie*, es posible sostener que esta variante fue una adición de Rivero. En ella, se criticó la tendencia poligenista de la antropología física a través de un argumento sostenido en la cultura material, es decir, se exhibió una función del objeto arqueológico. Esta nota confrontó las afirmaciones sobre los cráneos peruanos hechas por Prescott, quien había refrendado las opiniones del médico norteamericano Samuel Morton. Padre de la tendencia dominante en la “American ethnology” de inicios del siglo XIX (Nelson 34), Morton había publicado en 1839 *Crania americana*, donde realizó análisis craniométricos a fin de demostrar que la comparación entre muestras evidenciaba orígenes y facultades intelectuales diferenciados. Por supuesto, la raza caucásica fue ubicada en la cima de la jerarquía (Nelson 35). La nota al pie rebate las afirmaciones refrendadas por Prescott en relación con los cráneos de la realeza inca, a la cual le correspondería “una superioridad [intelectual] incontestable sobre las demás razas del país” (35). El tenor del comentario crítico no se asemeja sino al debate en París:

Sea nos [sic] permitido indicar, que los cráneos peruanos figurados en la obra del Sr. Morton, pertenecen a los de las tribus descritas en este capítulo. Dudando como dudamos que el sabio antropologista haya podido conseguir cráneos de la familia Real de los incas, pues a excepción de las momias que se condujeron a Lima de cuatro Emperadores, las que se enterraron en un corral de Santa Ana y cuyos restos no se han podido descubrir, se ignora hasta el día los sepulcros de los demás, como de la nobleza que descendía de ellos.

La variante al inicio del capítulo y esta polémica con Prescott-Morton dan la medida de cómo Rivero conceptualizó la entrada de la antropología física en su discurso anticuario: el objeto arqueológico en tanto cultura material localizada ponía freno a sus amenazas.

El problema de fondo no era nuevo. Aunque sin una lectura biológica análoga, las ideas de Buffon, del lado europeo, y de Ulloa, del hispánico, sobre los nativos americanos habían naturalizado características físicas y morales de manera tal que se los arrojaba a una intrínseca condición de inferioridad. Rivero creía que, si estas ideas seguían siendo plausibles o se transmutaban en las nuevas disciplinas, no podría terminar de diseñarse un sistema interpretativo

desde el cual la cultura material andina transcendiese desde su particularidad y localización. Este asunto no era fácil de enfrentar dada la carencia de materiales y recursos para la investigación, sumado al prestigio ‘científico’ de las nuevas ciencias del hombre. Por ello, en 1828 y 1841, había optado por evitar cuestiones como el origen de las razas americanas y sus civilizaciones. En 1851, estos asuntos no podían eludirse: de alguna manera se debían zanjar para así devenir en nuevas coordenadas para la escritura anticuaria e histórica.

La mejor manera de profundizar en este asunto es a través del rol atribuido al primer inca, Manco Cápac, en el discurso de *Antigüedades peruanas*. Siendo una de las ‘grandes preguntas’, Rivero había optado en 1841 por “prescindir” (9) del asunto sobre el origen de Manco Cápac en tanto hacerlo no sería sino “divertir la imaginación [sic]” (9). Sin embargo, en 1851, lo trató de manera directa y asertiva. En el “Capítulo primero”, expresó su hipótesis general: “No admite duda que Quetzalcóatl, Bochica, Manco-Cápac y demás reformadores de la América Central, eran sacerdotes budistas” (17). A pie de página, dato que no se encontraba en el manuscrito, se decidió por revelar su fuente: Humboldt. Valga decir que, aunque ciertamente fantasiosa desde la perspectiva actual, esta hipótesis gozaba de aceptación en la literatura anticuaria de la época.

¿Por qué este ‘paso atrás’ hacia aquello que se había querido ‘prescindir’? ¿Cómo se pasaba de calificar de ‘extravagantes’ e ‘ingeniosas’ ciertas ideas a defender algunas de ellas sin casi ofrecer pruebas? Recuérdese el debate en la *Académie* y la crítica a Morton-Prescott: la etnología y la antropología física mantenían la posibilidad (ya presente en ‘l’histoire naturelle de l’homme’) de convertir a toda fuente de ley, orden y conocimiento en un agente exógeno a los Andes. Puede decirse que el ‘paso atrás’ en 1851 se debió a la urgencia disciplinaria de responder a los peligros latentes de las nuevas ciencias del hombre. Pese a las contradicciones y ambigüedades que se producirían, el paso debía tomarse: había que suscribir ciertas hipótesis, adherirse a nuevos

discursos científicos y rearticular sus premisas de cara a un futuro discurso histórico andino. Esta hipótesis no pretende excusar las contradicciones internas o la debilidad argumentativa en *Antigüedades peruanas*, sino situarlas para analizar cómo se movilizaron las disciplinas, cómo se construyó un objeto de estudio y por qué se hizo de esa manera.

Es significativo por ello que el asunto de Manco Cápac no solo se retome, sino que se haga inmediatamente después de la breve referencia metodológica a Prescott en el “Capítulo tercero”. Precisamente, dadas las amenazas de las nuevas ciencias del hombre, Rivero abordó el debate sobre los descendientes del primer inca y calificó de “errados” (63) a los que defendían “que los descendientes de la familia real se distinguen de los demás indios por su aspecto físico” (63). Tras esta disputa con las premisas poligenistas de la antropología física, sentenció sobre el asunto historiográfico:

Nuestras investigaciones exactas y recientes tienden a probar, que los Incas no derivaban su origen del mencionado legislador, sea su nombre Manco-Cápac u otro cualquiera, por sucesión de sangre, sino de una familia indígena establecida en la dignidad real por el reformador extranjero [sic] [...] Bien conocemos que, en este punto, probablemente nunca se llegará a saber la verdad, pero esta opinión es el resultado de un estudio crítico de la historia que no presta ciega fe en la tradición, y se esfuerza en penetrar en la conexión de los motivos y efectos históricos. (63)

Una vez más, no se ofrecen pruebas. La razón es concomitante con la cuestión sobre el origen del inca: si acaso la hipótesis de una cultura trasplantada era plausible (como de hecho lo era en la comunidad anticuaria del momento), esa posibilidad debía restringirse al mítico reformador. La élite inca debía provenir de una “familia indígena” como cualquier otra. En otras palabras, de ninguna manera debía permitirse que la reflexión anticuaria sobre las poblaciones indígenas se encauzara ‘científicamente’ hacia ideas de degeneración o de inferioridad innata recurriendo a agentes exógenos para explicar todo orden político y conocimiento local, como Payen y Morton-Prescott lo habían hecho.

El riesgo de esta decisión historiográfica era alto; sin embargo, Rivero la tomó en 1851 puesto que tenía un aliado: la arqueología. Una vez más, este fue el punto exacto donde el viaje transatlántico de la práctica arqueológica mostró su capacidad para movilizar en los Andes una nueva conceptualización de la cultura material prehispánica en su lucha disciplinaria. El inca Manco Cápac es también aquí el hilo conductor. Pese a ser ambigua e insuficiente, Rivero recurrió a la idea de que “existía en el Perú, ya antes de su llegada [de Manco Cápac], cierto grado de cultura, pero queda por averiguar el problema, tal vez para siempre insoluble, del origen de esta cultura: si era una sucesiva manifestación progresiva del espíritu de las naciones aborígenes, o más bien trasplantada de otro suelo” (62). La idea de culturas preincas organizadas no era nueva. Aunque descartada por Garcilaso, otras crónicas tempranas la habían refrendado. Para Rivero, su existencia no solo demandaba otra cronología y métodos de estudio, sino que permitía convertir a Manco Cápac en un punto de quiebre, pero no en un argumento contra las facultades intelectuales de las poblaciones indígenas. Esta disquisición en el contexto historiográfico adquiriría otra fuerza en el arqueológico. En efecto, aunque la idea del origen de las culturas preincas como un asunto “para siempre insoluble” (62) en el “Capítulo tercero” dejaba abierta la posibilidad del trasplante, el análisis del arte de la arquitectura en el “Capítulo nono” estuvo dirigido a demostrar la hipótesis del “espíritu progresivo” (62).

Como era habitual en la escritura anticuaria andina, a las artes las rodeaba una de las grandes preguntas. El “capítulo nono” abrió con ella: “...si las artes tuvieron su origen en el Perú y emanaron de la evolución progresiva de sus habitantes primitivos; o si, procedentes de otro hemisferio fueron frutos derramados en el nuevo suelo por el gran reformador de la civilización y sus sucesores” (200). La respuesta, una combinación de información ya existente en la literatura anticuaria y de observaciones propias de campo, se presentó de inmediato: “El examen crítico de

los monumentos antiguos [...] indican [sic] dos épocas muy diferentes en el arte peruano, a lo menos en lo que concierne a la arquitectura: una antes, y otra después de la llegada del primer Inca” (210). Por una parte, esta postura procuró anular la hipótesis de la inexistencia de una matriz cultural previa a los Incas. Por otra parte, no habiendo hipótesis sobre alguna otra intromisión externa anterior a Manco Cápac, se sobrentendía que el arte arquitectónico había sido en efecto una “manifestación progresiva del espíritu de las naciones [andinas]” (62). Dentro de la arquitectura, un buen ejemplo lo constituían las fortalezas, pues atestiguaban un “sumo grado de inteligencia” (248). Ollantaytambo era un caso ejemplar a causa de su cercana ubicación a la capital del Imperio. La argumentación exhibió una inequívoca puesta en acción de la metodología general de *Antigüedades peruanas*: “En vano hemos recorrido los escritos de todos lo antiguos cronistas peruanos para obtener datos sobre la fortaleza y palacio de Ollantay Tambo” (298). No habiendo nada en el archivo textual, condición de posibilidad para el objeto arqueológico, y siendo de un diseño “que difiere de los demás edificios de Cuzco” (298), Rivero concluyó tras analizarla *in situ* que esta fabulosa fortaleza se remontaba a “siglos remotos” (298)⁹⁹. En suma, aunque la idea de culturas preincas no era novedad, el método puesto en marcha para demostrarla exhibía el diálogo necesario entre textualidad y materialidad. Más importante aun, en el discurso general del libro, el despliegue de este método anticuario era un mecanismo de disputa con las nuevas ciencias del hombre: Manco Cápac se convirtió en una suerte de tropo para articular la polémica.

⁹⁹ Dentro de las construcciones anteriores a los Incas que operan dentro de esta hipótesis, están las ruinas de Huánuco Viejo (1841: 38-41; 1851: 279), así como las de Chimú (1841: 30-37) y Tiahuanaco (1851: 294).

Conclusión

En una carta de febrero de 1832 a destinatario desconocido, pero que se conserva entre los materiales que sirvieron para la redacción de la obra americana de Humboldt conservados en la Biblioteca Jagiellonska en Cracovia, Polonia, Rivero aludió a su proyecto en curso de “hacer una colección de Antigüedades Peruanas” (Ms 1832). Para este momento, contaba con “más de cien planchas de diferentes vasos e instrumentos” (Ms 1832), de manera que la composición de un atlas descriptivo, como para la Gran Colombia 7 años antes, era el objetivo central. Tras regresar de su primer exilio en Chile luego del golpe de estado que lo había forzado a dejar el Perú, el proyecto anticuario era su preocupación principal, pero no sería hasta 1841 que publicaría parte de su trabajo a causa de la falta de fondos y auspicios, como en esa misma publicación lo explicaría. En el periodo que va de 1832 a 1841, puede sospecharse, las lecturas anticuarias, los trabajos de campo y la coyuntura histórica causaron que el atlas deviniese insuficiente, aunque necesario, dadas las amenazas disciplinarias y una mirada cada vez más compleja sobre las antigüedades para la escritura histórica peruana.

Como se señaló en la Introducción, la versión final de *Antigüedades peruanas* de 1851 debe considerarse una suerte de libro-catálogo que buscó reordenar la biblioteca existente y crear un objeto de estudio a fin de sentar las bases para una futura escritura histórica sobre el “Perú antiguo”. Es posible sostener que el trayecto del pensamiento anticuario de Rivero supuso no solo una visión crítica del legado historiográfico del periodo colonial, sino de las disciplinas involucradas para el estudio del pasado a inicios del XIX. Entre las premisas adoptadas paulatinamente para desarrollar su escritura anticuaria estuvieron la impronta geológica descriptiva como escape a las ‘grandes preguntas’, la ampliación del archivo como superación del peso de las autoridades y, centralmente, el énfasis en la localización del objeto arqueológico como

antídoto a los puntos ciegos ‘filosóficos’ transmutados a las nuevas ciencias del hombre. En aras de una historia local andina no migratoria, Rivero abogó por una metodología que permitiese a las antigüedades dialogar desde su especificidad y localización. El viaje transatlántico del anticuarismo nórdico proveyó de las prácticas necesarias para dar forma a su intuición original sobre los “conocimientos humanos”. La arqueología no fue sencillamente una ciencia nueva, sino una suerte de antídoto ante la constante enajenación entre la cultura material andina y sus coordenadas históricas producida por el concierto de las disciplinas. El debate en la *Académie* ejemplifica en 1856 la persistencia de la fuerza enajenante que su reflexión anticuaria buscó confrontar. Este era un asunto de prácticas metodológicas y no de divagación filosófica.

Tras el despliegue de esta dimensión polemizante de su reflexión anticuaria, otra empresa paralela nacería al abrigo de ella. Será a través del modelo arqueológico que Rivero encontrará cómo canalizar el enfoque tecnológico que cargaba en tanto ingeniero de minas y que ya había dado pasos certeros a través de la escritura sobre el territorio y sus recursos. La fuerza creativa del discurso arqueológico contenía una cualidad central: contribuir a asuntos históricos más amplios desde la singularidad de una cultura material. El mayor aporte de *Antigüedades peruanas* nacería de la expansión de su intuición fundacional sobre los “conocimientos humanos”.

CAPÍTULO 3

La mina arqueológica y el diálogo tecnológico

En su primer artículo anticuario de enero de 1828, Rivero describió a través del análisis químico seis piezas metálicas, dos de las cuales eran figuras humanas en plata maciza que representaban la práctica prehispánica del *acullico*. Una nota a pie de página explicó este término quechua: “*Acullico* llaman a la cantidad de coca que mantienen en un carrillo para chuparla poco a poco. En el Cerro [de Pasco] dan el mismo nombre los mineros, a las horas de descanso de los operarios que trabajan en el interior de las minas y en las haciendas” (1998 [1828]: 53). En la ciudad minera andina por excelencia desde inicios del siglo XVIII, un término quechua que aludía a una medida de masa ahora designaba una de tiempo: la oralidad andina había transculturado una práctica prehispánica dentro de la organización social y económica moderna. Esto es más que significativo como cierre del primer número del *Memorial*. Si bien el “Prospecto” había anunciado que diversas ciencias naturales y prácticas industriales habrían de conformar el contenido de la revista –como en efecto ocurrió–, solo dos disciplinas merecieron una mención especial: minería y anticuarianismo. Como se señaló en el primer capítulo, la minería no fue para Rivero un asunto meramente económico y fiscal, sino ante todo un reto cívico y político dado el contexto de fundación de la República, así como histórico y cultural dada la inadecuación moderna del paradigma colonial de la abundancia metálica. La mención de minería y anticuarianismo en el “Prospecto” manifestaba precisamente la compartida potencialidad de ambos discursos para confrontar lecturas establecidas sobre los Andes y el Perú. La definición del término *acullico* en 1828 encarnaba así un eje fundacional de su pensamiento anticuario: las antigüedades hablaban del pasado prehispánico, pero algo de ellas estaba también ligado al presente de la nación.

Estas posibilidades interpretativas a partir de la relación estrecha entre anticuarianismo y minería sugieren la pregunta de cómo las antigüedades adquirirían un significado político y cultural. Si bien la emergencia y el desarrollo del pensamiento anticuario de Rivero, como se vio en el capítulo anterior, ameritaban analizarse en relación con la renovación disciplinaria de fines del XVIII e inicios del XIX, sus cualidades dentro de la arena cultural y política se entienden mejor a la luz del destino decimonónico de la historia prehispánica, su cultura material y la población indígena. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, el estudio del pasado y de las culturas materiales premodernas se vio cada vez más influido, metodológica y conceptualmente, por las ciencias naturales, las cuales adquirieron una decidida concepción eurocéntrica en ese mismo periodo. La arqueología emergió como disciplina autónoma y con prestigio científico hacia la década de 1860, siendo su práctica una representante internacional de nociones como modernidad y progreso. A su vez, en la arena cultural, este imperialismo europeo (y norteamericano), sustentado en las ciencias y en franca expansión en la segunda mitad del siglo, tuvo un aliado vital en las novelas y textos de viaje, especialmente de filiación romántica inglesa y francesa, donde una autónoma conciencia moderna daba sentido no solo a su propia identidad, sino también a las geografías recorridas y sus poblaciones. Bajo estas coordenadas culturales y políticas, viajeros y científicos llegaron al Perú, lo recorrieron y escribieron sobre él. Así, respecto del pasado prehispánico, por ejemplo, esta literatura extranjera –popular o especializada– no dudó en elogiarlo, pero desde una autopercepción que se distinguía a sí misma tanto del territorio, las ruinas y objetos descritos como de los descendientes de las poblaciones implicadas.

La comunidad intelectual peruana, en líneas generales, operó bajo los mismos paradigmas científico-literarios y produjo resultados similares. Este proceso, sin embargo, no estuvo ligado exclusivamente al devenir intelectual de la segunda mitad del siglo XIX, ya que el renovado

entendimiento eurocéntrico de paradigmas científicos, nociones de progreso y literatura moderna se engarzó con una serie de variables ideológicas precedentes. En efecto, fue a través de dicho entendimiento que el nacionalismo criollo consolidó su discurso cultural y político republicano, pero sus raíces provenían de un discurso colonial de nación etnocéntrica y derecho patrimonial sobre el territorio. Por eso, el nacionalismo criollo decimonónico tendió a operar como un dispositivo ideológico que excluyó a la población indígena del proceso de definición del Perú como nación soberana y moderna. La escritura anticuaria y arqueológica reflejó tal formulación y sus tensiones. La historiografía sobre el tema coincide en que la revitalización del pasado incaico a través de emblemas en la temprana república fue funcional a los propósitos propagandísticos de las guerras de Independencia; sin embargo, una vez que los criollos asentaron su poder, aquella reivindicación revolucionaria dio paso a una idea de nación donde el pasado prehispánico era elogiado, pero no conducía a una apreciación positiva de la población indígena del presente. Esta lectura, visible en el Perú de la década de 1850, se fue consolidando y agudizando conforme las élites se fueron entendiendo cada vez más a sí mismas como modernas y, por ello, distintas de la población indígena. En ese mismo periodo, la literatura romántica de temática anticuaria y minera, así como la posterior de temática social e indianista narraron el Perú desde motivos asociados a la visión del nacionalismo criollo: el discurso de la abundancia metálica, la idealización del imperio incaico y la degeneración moral de la población indígena y su intrínseca melancolía, entre otros.

Evidentemente, el pensamiento de Rivero no eludió la influencia de este escenario cultural y político en tanto él fue también un representante de la ciencia moderna, el liberalismo económico y el Estado criollo. Las ciencias naturales, la arqueología y hasta el romanticismo que nutrieron la producción científica y literaria decimonónica fueron paradigmas constitutivos de su visión. No obstante, ninguno de estos tuvo una forma fija ni ostentó un rol cultural y político unívoco a lo

largo del siglo XIX, de modo que las conceptualizaciones de la segunda mitad del siglo no explican por sí mismas su pensamiento. En la historia del anticuarianismo y la arqueología peruana, por ejemplo, ha habido una tendencia a leer su proyecto anacrónicamente al aplicarle sin matices una concepción de la disciplina que corresponde a la posterior profesionalización. Más bien, a partir de lo explicado en el capítulo anterior, puede proponerse que su posición crítica dentro de las disciplinas conllevó un decisivo efecto: las fuerzas emancipadoras que la geología franco-alemana y el anticuarianismo nórdico desplegaron en la renovación del objeto de estudio alentaron una análoga reinterpretación cultural y política de este en tanto parte de la nación peruana.

Este capítulo continúa el análisis del pensamiento anticuario de Rivero. Se propone que las fuerzas eurocéntricas que fosilizarían la historia prehispánica en un pasado remoto y excluirían el mundo indígena de la idea de nación no operaron en su escritura. El vínculo nórdico proveyó una veta emancipadora en tanto los daneses no solo disputaron epistemológicamente el lugar de las antigüedades, sino que las insertaron en una dimensión nacional reivindicadora y liberadora. A este aliado disciplinario, se sumó la variable que dio vida al principal aporte conceptual de Rivero. De la misma manera que la geología y el *Esprit mines* habían permitido cuestionar el discurso de la abundancia metálica en favor de una relación articuladora con el territorio, la aproximación tecnológica de origen minero hizo posible también una renovada interpretación cultural y política de la cultura material prehispánica. Para ello, se buscó privilegiar el lenguaje de las artes y las ciencias como vehículo discursivo y se lo conceptualizó como un agente anti-melancólico para la amplia gama de la representación. En Rivero, la “mina arqueológica” fue un temprano producto de la relación entre nacionalismo y arqueología, pero en una distintiva clave tecnológica. Allí residía su poder dialogante: debía resaltarse la índole articuladora de la cultura material, es decir, su condición de representante de la capacidad nativa para resolver problemas locales, transmitir el

conocimiento y asegurar el futuro del grupo social. El lenguaje de las artes y las ciencias sustentó esta manera de narrar la historia prehispánica. Este “diálogo tecnológico” entre objetos del pasado y un lenguaje del presente tuvo además resonancia en la temporalidad de la capacidad tecnológica indígena: permitió leerla como una variable transhistórica en el mundo andino.

La mina arqueológica

Las líneas finales de *Antigüedades peruanas* de 1851, dirigidas a los ciudadanos peruanos y al Estado, expresan una exhortación para “la regeneración del pasado” (309). Por medio de un lenguaje un tanto poético, hacen manifiesto el efecto nacionalista que buscaba esta publicación:

Pueda esta publicación sacar de su letargo a la juventud peruana, puedan nuestros desvelos avivar su entusiasmo y hacerles comprender que el polvo que pisan, latió, vivió, sintió, pensó en otro tiempo; que la justicia debe llegar, tarde o temprano para todo individuo, o pueblo; que Babilonia, Egipto, Grecia y Roma no son los únicos imperios que merecen servir de pábulo a una imaginación generosa; que a sus pies yace una civilización naufragada, petrificada como Niobe en su noble quebranto; que huellan [pisan] distraídos una mina arqueológica no menos rica y opulenta que las celebradas minas de oro y plata de su país, y como estas, apenas cubiertas de una ligera capa de arena. (309)

En el pasaje, son visibles algunos motivos recurrentes para narrar el Imperio Inca como su condición paritaria con grandes civilizaciones antiguas y el lamento por su ‘naufragio’ histórico. Sin embargo, estos motivos de aura melancólica actúan solo como evocaciones y no constituyen el foco de la enunciación. Ellos se hallan enmarcados por una visión que destaca el hecho de que el suelo peruano “pensó en otro tiempo” y que, por eso, contiene fragmentos que representan una “mina arqueológica”. La mirada anticuaria nacionalista de Rivero provenía de esta mezcla entre minería y arqueología, las cuales suponían la acción de un ‘pensamiento’ en el territorio andino.

Para comenzar a entender la índole de la “mina arqueológica”, es necesario situarla históricamente en relación con las premisas y paradigmas que crearon el imaginario moderno de la escritura anticuaria y arqueológica. Desde inicios del siglo XVIII, la minería y otros ramos

ingenieriles influyeron las prácticas anticuarias, sobre todo en cuanto a métodos de excavación y extracción¹⁰⁰. No obstante, esta influencia ingenieril en procedimientos de campo no tenía un claro correlato conceptual, ya que las antigüedades se concebían desde los paradigmas de la historia antigua y la historia natural, así como desde una reflexión ‘filosófica’ o desde un discurso patriótico en el marco de la “Disputa del Nuevo Mundo” (Cañizares-Esguerra, 1999: 4). En los Andes, viajeros europeos, intelectuales criollos y expediciones transatlánticas recolectaron objetos prehispánicos, los enviaron a las metrópolis para enriquecer sus gabinetes y recorrieron ruinas a fin de redactar informes y memorias. A diferencia de la compleja literatura anticuaria en Nueva España, todos estos trabajos fueron productos secundarios dentro de los más amplios intereses que guiaban a sus creadores (Alcina Franch 166; Barnes y Fleming 194), de manera que mantuvieron las antigüedades en el campo conceptual de la historia natural¹⁰¹. Con la excepción del trabajo no circulado de Baltazar Martínez Compañón, cuyas técnicas de excavación y representación pictórica sugieren un entendimiento novedoso de las antigüedades andinas (Pillsbury y Trever,

¹⁰⁰ En el mundo hispánico, las excavaciones de Pompeya y Herculano en la primera mitad del siglo XVIII son ejemplares (Pillsbury y Trever 2008: 206). En este radio de influencia hispano-italiana, Irina Podgorny (2007) ha resaltado que los ingenieros militares en Nueva España a fines de siglo –dados precisamente sus conocimientos de excavación– recabaron antigüedades que, de alguna manera, crearon una suerte de objeto arqueológico moderno, aunque no sistemático ni influyente en la república temprana. En el Perú, la labor del obispo Baltazar Martínez Compañón en la costa norte también manifiesta una relación entre métodos mineros y práctica anticuaria, aunque no a un nivel de concepción histórica (Pillsbury y Trever, 2008: 210-11; Berquist, 2014: 187-88).

¹⁰¹ Desde el punto de vista de la historia intelectual del anticuarismo y la arqueología en los Andes, este tema no deja de ser delicado y demandar, por eso, constante revisión. Al estudiar la memoria de Charles Marie de la Condamine sobre las ruinas de Ingapirca (1748) en el actual Ecuador, Barnes y Fleming reconocen que el francés la escribió “in the midst of larger tasks” (194), pero no por eso dejan de proponerla como un precedente para la arqueología andina: “La Condamine’s essential contribution to the development of archaeology in the Andes was his demonstration that it was possible to combine a critical Reading of the relevant historical texts with linguistic evidence and a careful examination and study of standing remains to produce a plausible interpretive synthesis” (194). Alcina Franch admite que solo el trabajo de Martínez Compañón se ubica “en el terreno concreto de la arqueología” (166), pero su recuento de informes y memorias anticuarias del siglo XVIII reconstruye una genealogía y sugiere un tipo general de aporte al desarrollo de la disciplina arqueológica y, por tanto, una posición crítica dentro de los paradigmas de la historia natural.

2008: 214)¹⁰², fue Humboldt quien las insertó en una sistemática interpretación para la escritura histórica. No obstante, como se explicó, las subordinó a las demandas filosóficas de las ‘grandes preguntas’, de manera que su estudio ofrecía poco margen para su conceptualización en el contexto de las formaciones nacionales. Además, para el caso del Perú, *Vues des cordillères* incluyó la descripción de tan solo cuatro antigüedades andinas y todas ellas en el actual Ecuador.

El destino decimonónico de la historia prehispánica andina y su cultura material fue concomitante con el legado dieciochesco de los criollos. Según José Antonio Mazzotti (2000), la política criolla colonial fue etnocéntrica –como lo demandaba la antigua noción de nación–, lo cual suponía una legitimización histórica de la Conquista. Proyectos intelectuales como los del polígrafo Pedro de Peralta y Barnuevo en la primera mitad del siglo XVIII construyeron un discurso histórico –citando a Garcilaso, entre otros– donde hubo “una mirada oblicua” (66) hacia la población indígena contemporánea¹⁰³. Esta mirada fue heredada por los ilustrados de la segunda mitad del siglo: “De hecho, se comienza a ‘depurar’ lo que son los contenidos estrictamente descriptivos de la riqueza y magnificencia de los edificios y obras incaicas, pero se establece una imagen totalmente peyorativa de sus descendientes” (66)¹⁰⁴. Los descendientes republicanos de

¹⁰² Pillsbury y Trever describen el corpus pictórico de Martínez Compañón como un trabajo arqueológico. Aunque demuestran que la aparente excepcionalidad del obispo se explica debido a nuevos paradigmas en circulación para el estudio del pasado, la pertinencia del término arqueología es dada por sentado. La labor anticuaria del obispo está ciertamente alineada con las premisas que darían eventualmente forma a la arqueología moderna, pero la concepción de sus dibujos y su virtual propósito fueron bastante más dependientes de los paradigmas de la historia natural y la visión política ilustrada. Ver Berquist (2014), pp. 68-70.

¹⁰³ Para una aproximación a la obra de Peralta en tanto revisión del poder metropolitano, ver Thurner (2009) y Rodríguez Garrido (2008). Pese a la discrepancia con Mazzotti, estas lecturas no niegan su visión etnocéntrica y corporativista.

¹⁰⁴ En este contexto ilustrado criollo, una voz de carácter oficial y alta legitimidad la constituye el informe de la expedición a cargo de Alejandro Malaspina, oficial italiano al mando de una expedición científica auspiciada por la Corona. Según Víctor Peralta Ruíz (2015), el informe Malaspina, escrito teniendo como base a los criollos peruanos, repitió la idea de que los indígenas peruanos tenían obstáculos naturales para la renovación económica (44). Debe considerarse que tanto los criollos del *Mercurio peruano* como el informe Malaspina se vieron influidos por el impacto que la rebelión de Túpac Amaru II en 1780 tuvo en la política del Virreinato y en la visión sobre la población indígena. Si la Ilustración (desde el viaje de Jorge Juan y Antonio de Ulloa) había dado vida a una nueva forma de desprecio y

los ilustrados –igualmente criollos– reactualizaron y naturalizaron las premisas de dicho discurso, pero respondieron también a una ansiedad cultural y política ante una población indígena con la que ahora compartían la condición de ciudadanos¹⁰⁵. Al respecto, a escala latinoamericana, Rebecca Earl argumenta que las élites criollas durante el periodo emancipador hicieron uso de motivos autóctonos, pero que una vez que este discurso perdió su relevancia simbólica para una América independiente “nothing justified the retention of indigenous imagery on the state emblems” (2005: 413). Earle agrega que, en las décadas posteriores, varios “politican-scholars” (2007: 102) crearon un funcional discurso histórico, donde el pasado prehispánico era elogiado, pero la mera presencia y cualidades del indígena del presente diferían de la nación entendida como moderna (2006: 29; 2007: 132). Sobre el Perú, la literatura crítica mantiene una postura similar: desde la derrota de Túpac Amaru II en 1780, los criollos habrían operado un proceso de apropiación de los símbolos incas que finalmente devino en un discurso político y cultural que legitimó la exclusión de los indígenas. Las primeras apropiaciones republicanas de lo indígena calificaron la colonia como ‘oscuridad’ y glorificaron a los incas, en consonancia con un discurso emancipador y patriota en pro de lo nativo y contra el poder imperial (Majluf 2006: 216-19). Sin embargo, entre la caída de la Confederación Perú-Boliviana en 1839 y la Revolución liberal de 1854, tal apropiación recrudeció su latente fuerza excluyente al favorecer un relato sobre los

distancia hacia el presente indígena, la rebelión del noble cacique cuzqueño despertó profundos miedos y amplió las brechas ya existentes en la cultura y política letrada de fines del XVIII (Méndez 220-21; Castro-Klarén 270).

¹⁰⁵ A partir del caso de Andrés Bello, Mazzotti (2010) ha agregado a sus reflexiones sobre el pensamiento criollo que, en el temprano periodo republicano, hubo un reiterativo proceso de “recentramiento civilizatorio” (2010: 265), de manera que la ‘nación etnocéntrica’ conceptualizada en el siglo XVIII –junto a su lectura corporativista del comercio y la economía– permeó la vida cultural y política de la nueva nación.

orígenes de la nación centrado en los próceres de la Independencia (Méndez 216; Wu Brading 215)¹⁰⁶.

Dada la turbulenta escena política peruana en la primera mitad del siglo XIX, llena de golpes de estado, rebeliones regionales e incursiones extranjeras, fue el discurso cultural de la segunda mitad el que orgánicamente dio forma a los latentes principios de la herencia criolla colonial. Este periodo consolidó discursos como el “nacionalismo criollo” (Méndez 201) o la “historia patria” (Thruner 2003: 153), dispositivos ideológicos que excluyeron a la población indígena de la idea de una nación peruana. Por supuesto, el discurso anticuario y arqueológico se vio influido por tales directrices hegemónicas: la historia y cultura material prehispánicas devinieron oficialmente elogiadas, pero un asunto del pasado ligado académicamente a las ciencias naturales y desligado del presente y el futuro modernos de la nación. Esto se manifestó desde variados frentes: la labor oficial del científico Antonio Raimondi, quien a sueldo del Estado concibió las antigüedades al servicio de una élite que las veía “as a testament to the continuity of territorial rights based on the authority of native ancestors, both by virtue of their antiquity and by their role in establishing the process of civilization” (Villacorta 2012: 201); en los intelectuales

¹⁰⁶ La comparación con la Nueva España es pertinente e iluminadora. Desde inicios del siglo XVIII y, más claramente, durante la “Disputa del Nuevo Mundo”, los criollos novohispanos elaboraron discursos históricos que reflejaban presupuestos culturales y demandas políticas. Según Cañizares-Esguerra (2001), ante el ataque ilustrado noreuropeo, los criollos de filiación clerical y bajo un fuerte sentido de jerarquía social convirtieron a los informantes indígenas de clase alta en las fuentes más confiables para la historia prehispánica. Aunque esta postura constituyó una respuesta moderna, fue también un discurso ligado al Antiguo régimen, ya que implicaba una noción étnica de nación. Estos criollos buscaban transformar sus respectivas colonias en “reinos”, es decir, una suerte de asociación corporativa de grupos de interés bajo el dominio de la Monarquía española (2001: 205). Tras la Independencia, sin embargo, este escenario político y cultural análogo al peruano tomó otro rumbo en la nueva nación mexicana. Según David Brading (1973), aunque Francisco Javier Clavijero, por ejemplo, otorgó a los criollos patriotas una narrativa histórico-anticuaria legitimadora, su lectura fue impopular tras la guerra, ya que los liberales decimonónicos debían imaginar una nación como una asociación de ciudadanos virtuosos. El liberalismo se enfrentaba al corporativismo que subyacía a proyectos como el de Clavijero. En contraste, por un lado, la escritura histórica de tema prehispánico a fines del XVIII no fue tan profusa en los Andes como en México. Por otro, el liberalismo peruano se alió rápidamente con los militares y la visión criolla heredada, de modo que sus fuerzas emancipadoras modernas para el beneficio de la población heterogénea disminuyeron y rayaron con el conservadurismo (Wu Brading 181). Tendiendo en cuenta estas coordenadas y la comparación con el caso mexicano, puede verse por qué el proyecto de *Antigüedades peruanas* tenía poco rango de diálogo a nivel local.

positivistas de la *Sociedad Geográfica de Lima* como Luis Carranza, para quien el despotismo inca y colonial había causado una degeneración que “predisposed our indigenous race to servility” (Citado en Thurner 2003: 164); en la representación fotográfica de ruinas, donde la presencia de un nativo “appear to emphasize the contrast between the glories of the Indian past and present degradation” (Majluf 2000: 96); y por supuesto, en círculos privados anticuarios, que ávidamente crearon y comerciaron colecciones, pero donde paralelamente objetos y personas asociadas a lo indígena “became relics of a gone-by past, amiss in the present, in the eyes of the collectors who claimed ‘modernity’ and the present for themselves” (Gänger 2014: 7)¹⁰⁷.

La evidencia sobre este proceso discursivo de apropiación simbólica y exclusión política es abundante e irrefutable. No obstante, esta lectura no debe convertirse en un credo y anular la posibilidad de analizar la naturaleza híbrida de algunos casos o la sutil inadecuación de otros¹⁰⁸. Esto es aun más pertinente en casos cuyas coordenadas disciplinarias no se corresponden ni temporal ni intelectualmente con el radical periodo de entendimiento de las ciencias naturales como una variable diferencial europea en la segunda mitad del siglo XIX, así como en autores cuya situación profesional no supuso como en otros un ansia de legitimación en círculos modernos a los que admiraban y no pertenecían. El caso de Rivero, precisamente, cumple con estas dos condiciones. No obstante, su proyecto ha sido leído desde la perspectiva de la herencia criolla y,

¹⁰⁷ Desde la arena internacional y con una alta aceptación en el ambiente intelectual peruano, pueden mencionarse dos frentes: arqueólogos como los alemanes Wilhelm Reiss y Alphons Stübel, quienes asociaron su propia práctica a una proyección de su condición de representantes de un país moderno, donde la ciencia evidenciaba la adecuación al paradigma de progreso (Gänger 2006: 76); y viajeros como el francés Charles Wiener y el estadounidense Ephraim Squier, entre otros, para quienes la arqueología era tan solo un aspecto de su trabajo de modo que una autónoma pluma romántica dominó la representación de geografías y la creación de poblaciones en tanto ‘otros’ (Tantaleán 2014: 27).

¹⁰⁸ Los trabajos de Rebecca Earle (2005, 2006, 2007) son ejemplares respecto a este problema. Aunque muchas de sus fuentes constituyen evidencia contundente para sus propuestas, la historiadora tiende a pasar de un país a otro y de inicios a fines del XIX (y muchas veces hasta el XX) en un solo párrafo. Esto ocurre, por cierto, todas las veces que menciona a Rivero (2007: 103, 110 y 142). Así, pese a su inmenso y encomiable esfuerzo de síntesis, se producen la simplificación y estandarización de casos que contienen otras fuerzas operando también en su constitución.

por tanto, se lo ha reducido a ejemplo de dicho proceso. Mark Thurner (2003), por ejemplo, propone un análisis alegórico de la portada del *Atlas de Antigüedades peruanas* a manera de lectura general de todo el proyecto. Thurner argumenta que dicha portada (imagen 1) se conforma de “three primal aspects of the master text of historia patria” (153): la Puerta del Sol de Tiahuanaco con relieves de los Emperadores incas, un paisaje andino como escenario y una familia indígena que señala la Puerta del Sol. Esta composición tripartita compondría una alegoría: “This holy trinity of secular icons seductively allegorized the schismatic inscription of the glorious native past and diminished native present in the landscape of the Peruvian national historical imagination” (153). Según Thurner, el pasado glorioso se complementa con un tropical “Humboldtian landscape” (154) abundante de recursos naturales, mientras que la familia indígena estaría interrumpiendo tal asociación.



Imagen 1. Portada del *Atlas de Antigüedades peruanas*, 1857

Es difícil entender cómo Thurner arriba a estas conclusiones. En primer lugar, desde 1828, Rivero se opuso a privilegiar la idea del pasado glorioso como eje narrativo, tarea que revalidó en 1851 en las primeras líneas del “Prólogo”. En segundo lugar, la idea de un paisaje humboldtiano y tropical no se ajusta ni a los Andes reales ni a su representación en la imagen: el fondo montañoso y volcánico va acompañado de un terreno desolado con solo dos arbustos y tres llamas, haciendo hincapié precisamente en la no-tropicalidad de la geografía. Más aun, dos plantas suculentas (un cactus y un aloe) se ubican al pie derecho del arco, lo cual confirma que el paisaje no es húmedo sino seco. Al otro extremo, plantas como la papa insisten en la naturaleza andina del paisaje y abren la mirada hacia los logros agrícolas de los habitantes nativos, es decir, fuera totalmente del paradigma de la abundancia. Por último, es difícil comprender de dónde Thurner concluye que el indígena es disminuido en la imagen, considerando que su agencia —o por lo menos participación en la narrativa— es marcada por su ubicación central y su gesto al señalar¹⁰⁹. Como afirma Joanne Pillsbury, las ilustraciones anticuarias y arqueológicas del periodo no deben ser evaluadas bajo criterios de precisión, “but rather on their succes in evoking certain ideas” (2012: 4). Así, puede decirse que la portada del *Atlas* buscó resignificar un paisaje regularmente entendido como agreste a través de su historia cívica (Puerta del Sol) y natural (cultivos como la papa) en tanto logros de una población que aún existía y que, como el gesto de señalar sugiere, debía participar del presente de la nación. La lámina LIV del *Atlas* (imagen 2) es aun más elocuente que la portada al respecto:

¹⁰⁹ Reveladoramente, esta lectura del proyecto anticuario de Rivero responde a las mismas referencias críticas que Gregory Cushman (2011) había invocado al aproximarse a su escritura científica sobre recursos naturales, como se explicó en el primer capítulo. Thurner señala que la mirada de Rivero sobre el paisaje estuvo “influenced by the Humboldtian ideal” (155) y confiesa (152) que, a este respecto, sigue a Mary Louis Pratt (1992). Como se señaló a partir de Cushman, el riesgo de seguir a Pratt reside en leer todo proyecto criollo, asociado directa o indirectamente a Humboldt, como manifestación del ‘imperial eyes’, sin matices posibles u otras genealogías en acción. Por otra parte, como Cushman, Thurner es poco cuidadoso, ya que afirma, por ejemplo, que *Antigüedades peruanas* fue “[c]ommissioned by the Peruvian Congress” (152), idea que no tiene de dónde sacarla pues Rivero señala en el “Prólogo” que él mismo había pagado la edición. Estas mismas ideas sobre Rivero, pero vistas como un “resounding echo” (100) de las ideas de Unanue, han sido retomadas en Thurner (2011), pp. 100-13.

frente al templo de Pachacámac al sur de Lima, Rivero se dibuja a sí mismo siendo instruido sobre las ruinas por un indígena. Estas imágenes, pues, transmiten la urgencia —con la presencia indígena en el presente— de valorar el pasado prehispánico como parte de la nación peruana¹¹⁰.

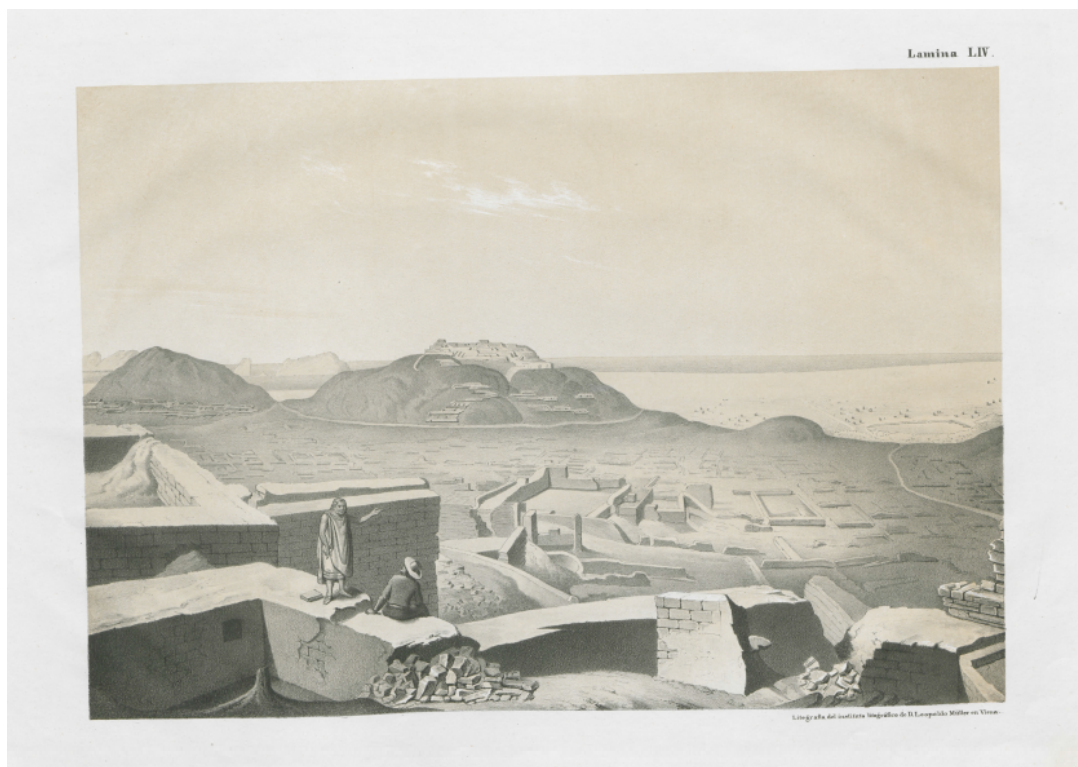


Imagen 2. Lámina LIV, Vista de Pachacámac. *Atlas de Antigüedades peruanas*, 1851

Es precisamente desde un sentido de urgencia que Sara Castro-Klarén (2011) ha propuesto la única lectura reivindicadora del proyecto anticuario de Rivero. Siguiendo a Walter Benjamin, Castro-Klarén parte de la idea de que escribir historia consiste en mantener una memoria ante los momentos de crisis o peligro en el presente (262). La urgencia en Rivero habría provenido del escenario político y cultural que enfrentó en los Andes: tras la derrota de Túpac Amaru II, lo

¹¹⁰ Curiosamente, al mencionar brevemente la imagen de Rivero en Pachacámac, Pillsbury (2012) deja la puerta abierta a interpretarla como una afirmación de lo pasado como glorioso y lo presente como degradado (18). No lo afirma y es bastante ambigua al respecto, pero invoca la imagen en el mismo párrafo donde menciona otras que claramente participan de la “schismatic inscription” (153), como lo llama Thurner.

indígena no tenía lugar en el Perú moderno. El modelo disciplinario, entonces, no será la historia (documental y archivística), sino la arqueología en tanto su objeto de estudio era visible, táctil, medible y no alfabético. A diferencia de Benedict Anderson (2006), para quien la idea de nación dependía de la cultura impresa, Castro-Klarén sostiene que la arqueología en Rivero “allows mapping the nation that reconfigures territory by privileging forgotten or even forbidden sites of memory” (262). La división entre pasado y presente desaparece, de modo que las ruinas “constitute the new lexicon that names the archeo-space of the nation” (290). Así, la perspectiva arqueológica alcanza el objetivo de “raising the nation from the ruins of the past” (291).

La iluminadora lectura de Castro-Klarén, sin embargo, amerita una necesaria precisión y una subsiguiente corrección. En primer lugar, debe precisarse qué era la arqueología para Rivero. Castro-Klarén tiene razón en ver a esta disciplina como una entrada epistemológica distintiva en *Antigüedades peruanas*; sin embargo, ella no se concibió en oposición al archivo documental como fuente para la escritura histórica, sino como complemento. Esto ocurrió porque el modelo, como se explicó en el capítulo anterior, fue el anticuarianismo nórdico, donde la arqueología era una práctica científica que complementaba otra práctica científica como la labor de archivo. Así, las ruinas fueron en efecto un espacio de la memoria para la nación peruana, pero debe precisarse que su conceptualización como tal fue, en el contexto latinoamericano (y mundial), una suerte de singularidad: la noción de arqueología nacional no era moneda común.

La relación entre arqueología y nacionalismo fue un fenómeno de paulatino desarrollo a lo largo del siglo XIX, regional y mundialmente. Según Margarita Díaz-Andreu (2011), esta relación admite dos énfasis: uno cívico y otro étnico. En el primero, se hacía énfasis en nociones universales de raíz ilustrada como ciudadanía, educación y civismo, de modo que la cultura material preferida era la clásica, que además de Grecia y Roma incluía a Egipto y Mesopotamia. En tanto se juzgaba

que la civilización había emergido de estas culturas (y se había trasladado a Europa), ellas ofrecían “mythical ancestors of the most ‘evolved’ modern nations and not as precursors of the decayed colonised countries” (434). El nacionalismo étnico, por otra parte, en manifiesta operación desde la década de 1870 tras las unificaciones germana e italiana, propuso un vínculo con el pasado en el que este legitimaba la existencia de la nación moderna: la nueva arqueología proveía de la evidencia material necesaria para explicar esta evolución. El contexto latinoamericano hizo eco de este esquema general. En la primera mitad del siglo, como señala Miruna Achim a partir del caso mexicano, “los objetos prehispánicos no estaban dotados de un valor intrínseco, ni monetario ni simbólico” (2014: 124) y se hallaban ligados al paradigma ilustrado de la Historia Natural, y a través del cual los criollos legitimaban “su derecho a hablar en nombre de un territorio propio” (2010 :32). En contacto con las redes mundiales del coleccionismo, las antigüedades americanas tendían a subordinarse a las ‘grandes preguntas’, como se explicó en el capítulo anterior¹¹¹. Recién en la segunda mitad del siglo, en el contexto de una mayor especialización, se pasará a representar la nación a través de objetos de carácter marcadamente arqueológico (Achim 2010: 32; 2017: 15). En el Perú, la primera mitad del siglo exhibe un panorama análogo al mexicano, pero el giro de la segunda no se dio de manera clara, debido ante todo al peso del nacionalismo criollo etnocéntrico, como se explicó líneas arriba. Asimismo, dado que el Museo Nacional terminó por deteriorarse y nunca gozó de fondos estables para la investigación (Gänger 2014: 286), la arqueología se mantuvo

¹¹¹ Miruna Achim detalla que –tras *Vues des cordilleres*– la siguiente gran circulación del pasado mexicano en Europa se dio con la publicación en 1823 de *Six months’ residence and travels in Mexico* de William Bullock, quien además organizó una exposición en Londres. La exhibición en el *Egyptian Hall*, ambiente que imitaba un templo egipcio, “contribuyó a fortalecer especulaciones sobre las relaciones entre la antigüedad americana y la egipcia” (2014: 99). Esta lectura no solo fue abrazada por viajeros y exploradores europeos como Jean Frédéric de Waldeck, sino que, ante su pedido al Gobierno en 1831 para acceder a las ruinas de Palenque, este se le otorgó, entre otras razones, a fin de resolver el enigma del origen del pueblo mexicano (2014: 118-119). Lucas Alamán –quien fue el primer director del Museo Nacional– aprobó dicha solicitud y con tales argumentos.

como secundaria dentro de las ciencias naturales practicadas, entre otros, por Raimondi (Villacorta 2008: 245; 2012: 186) y los integrantes de la *Sociedad Geográfica de Lima* (López Ocón 120-21).

Ahora bien, en toda esta historia, recalca Díaz-Andreu, el anticuarianismo nórdico fue una interesante excepción, ya que representó un nacionalismo arqueológico étnico en tiempos del entendimiento cívico (433). En efecto, los proyectos de la *Sociedad de Anticuarios del Norte* tuvieron una clara agenda política y cultural, a nivel continental y mundial. Desde el punto de vista europeo, ya en 1843, “Worsaae had invoked the Danish people to use their past as a bastion against foreign aggression” (Briggs 13), de modo que, cuando Prusia amenazó la integridad territorial danesa a fines de esa misma década, la investigación arqueológica adquirió un público rol nacionalista de defensa. Más aun, el autoreconocimiento danés de su debilidad ante poderes imperiales había estimulado desde mucho antes la urgencia de la investigación sobre su historia y cultura material premodernas (Rowley-Conwy 77-81; Kohl 228). Esta dimensión política tuvo un simultáneo correlato cultural como parte del “world stage” ideado por Rafn. Cuando Rafn encargó a Worsaae en 1846 una nueva introducción al anticuarianismo nórdico, el texto resultante abrió un arma poderosa para las proyecciones internacionales del pasado nórdico: “It invoked the Danish people to examine their past and find in it the seeds of their present state of civilization; furthermore, Worsaae sought to justify continuing Danish independence through the establishment of a particularly ancient national pedigree” (Briggs 8). Esta agenda política y cultural era muy contemporánea: los vikingos, a inicios del XIX, eran vistos como un pueblo agresivo e incivilizado, de manera que una nueva valoración no solo otorgaba a los países nórdicos una historia común, sino una base desde la cual construir una ciudadanía asentada en un pasado conectado al presente. Los vikingos se convirtieron en un pueblo con logros locales a través de sus tecnologías de asentamiento y su escritura en el alfabeto rúnico, pero también en un pueblo cuya

probada exploración a América le daba un lugar preferencial en uno de los grandes relatos modernos europeos: la exploración del globo. En suma, la práctica arqueológica del anticuarianismo nórdico fue un discurso nacionalista en tiempos de un entendimiento cívico de las culturas materiales. Ello explica por qué fue vital la exhibición de una dimensión universal a través de la historia vikinga de exploración transatlántica y por qué la *Sociedad* invirtió tanto en su publicidad (Briggs 5).

El “world stage” nórdico devela aquí la semilla de su reinención más creativa en los Andes. Peter Rowley-Conwy (2007) explica que la difusión e impacto de esta dimensión política y cultural del anticuarianismo nórdico fue más inmediato en países donde un escenario análogo permitía el diálogo¹¹². Así, del mismo modo como el pasado y la cultura material vikingos habían adquirido relevancia para el presente nacional y una dimensión universal, la escritura anticuaria andina podía confeccionar su propia narrativa en registros similares. Son estas las coordenadas que definen la entrada de la arqueología a *Antigüedades peruanas* de 1851. La noción de “archeo-space of the nation” (290) de Castro-Klarén acierta en cuanto al vínculo entre ruinas y nación, pero delimita la atención hacia la presencia del objeto en sí en el territorio, ya que lee a Rivero desde una posterior definición de arqueología, es decir, como una ciencia natural autónoma y distanciada del impulso universalista de la Ilustración. Sin embargo, Rivero –como Rafn y Worsaae– se había educado en el contexto ilustrado del ‘nacionalismo cívico’, como lo llama Díaz-Andreu, de modo

¹¹² Según Rowley-Conwy (2007), el discurso cultural y político del anticuarianismo nórdico triunfó en Escocia, puesto que era un país necesitado de un relato nacional. Worsaae viajó a las islas británicas en 1846 y escribió sobre su experiencia: “In contrast to the larger British Museum in London, where the richest archaeological treasures have been collected at immense expense from abroad, but not from England itself, I found in Edinburgh an incomparably smaller, rather badly organized, but for me much more informative museum for national antiquities” (147). Daniel Wilson, una de las figuras más importantes de la arqueología moderna escocesa, se vio influido en tanto comenzó a concebir “[the] archaeology as nothing less than a replacement for ancient history” (156). Como se señaló en el capítulo anterior, la historia antigua era uno de los discursos disciplinarios que impedía el estudio de las culturas materiales desde su localización y libres de imposiciones filosóficas.

que la pretensión de universalidad desde la particularidad de una historia y una cultura material local era un componente ineludible de su perspectiva anticuaria.

Como se señaló en el capítulo anterior, Rivero nunca rompe con las disciplinas, sino que busca una rearticulación a través y dentro de ellas. Así, aunque vital, la arqueología por sí sola no representó el foco de su discurso, sino –como la impronta geológica descriptiva ante las ‘grandes preguntas’– un medio para la universalización de la cultura material andina. Su intuición fundacional de 1828 de analizar las antigüedades como objetos “de grande interés para los conocimientos humanos” podía ahora encauzarse ‘científicamente’ hacia un discurso político y cultural donde su subordinación metodológica y conceptual –así como su implícita inconmensurabilidad– se confrontasen plenamente. En este tránsito, la “mina arqueológica” devela su horizonte más determinante.

El romanticismo de la mina arqueológica

El descenso a las minas andinas había marcado en Rivero la ruta de su aproximación al Perú, su presente y su historia. En tanto ruinas de un sistema político caído tras la Independencia, la debacle social y económica del mundo minero le había demandado la creación de un discurso cultural, el relato tecnológico, donde las antinomias y fragmentos de la realidad peruana pudieran hallar un foco de unidad narrativa. La lucha contra la impronta melancólica que se imponía sobre la representación de la alta cordillera, su habitación humana y su realidad social había constituido el objetivo central del relato tecnológico en los textos mineros. Su pensamiento anticuario operaría un giro análogo. Las líneas finales de *Antigüedades Peruanas* de 1841 incluyeron también una arenga nacionalista respecto de la cultura material prehispánica. En el contexto de guerras civiles que parecían no tener fin, se exhortó a la paz para ser “dignos de llamarnos Nación soberana, y

puedan algún día escribirse con honor, con decoro y orgullo, los fastos de nuestra historia” (26).

El fracaso del proyecto republicano justificaba la urgencia de un relato histórico nacional.

No es casual, entonces, que a estas breves líneas las preceda un largo pasaje de cuño romántico, el único de Rivero en toda su escritura, minera y anticuaria. En él, tras el descenso a las emblemáticas cuevas subterráneas de las ruinas de Chavín de Huántar en los Andes centrales, el anticuario abandona el lenguaje científico-descriptivo y abraza el literario haciéndose personaje:

Fatigado y al mismo tiempo complacido de mi penosa investigación, tomé descanso sobre unas lajas de granito de más de tres varas de largo gravadas [sic] con ciertos signos o diseños que no pude descifrar, y las que encontré *al salir del subterráneo muy cerca del río*. En estos momentos mi imaginación [sic], *con la rapidez del relámpago*, recorría todos los lugares antiguos que había visitado, y los grandes sucesos que tuvieron lugar en tiempo de la conquista. Levanté mis lánguidos ojos ácia [sic] *las ruinas de este silencioso sitio, y vi las tristes imágenes* de los destrozos cometidos por nuestros antiguos opresores.

No han bastado tres siglos para borrar de la memoria, los infinitos males sufridos por los pacíficos y sencillos habitantes de los Andes, *y todavía me parecía que veía el agua del pequeño torrente, teñida con la sangre de las víctimas*; que los escombros de sus orillas eran montones de cadáveres en que se sentó el fanatismo y erigió [sic] su trono la tiranía, y desde donde daba gracias al Cielo por haberse logrado la obra de destrucción.

Entregado a tan *tristes meditaciones* y compadeciendo la suerte desgraciada de una nación tan laboriosa y sagaz *creí oír del fondo del subterráneo una voz* que me decía: viajero, ¿qué motivos os mueven para vagar por estos sitios del descanso, remover escombros y pisar cenizas que el tiempo ha respetado, ya que los hombres se complacen en despreciarlas? ¿No son suficientes los datos que tenéis en las historias para probar nuestra grandeza, sencillez, hospitalidad y amor al trabajo? ¿Por ventura, serán mejores testigos de la opulencia de nuestros antepasados, los restos de monumentos escapados de la sangrienta espada del conquistador, que el robo de nuestros tesoros, el saqueo de las ciudades, las traiciones, la muerte de nuestro Inca y de nuestros nobles? El que niegue lo que fuimos, las persecuciones y tormentos que padecimos, *el mal que se hizo al Perú, a las artes y a la humanidad*, será preciso primero que haga ver, que el Sol, nuestro padre, no contribuye con su calor vivificante al desarrollo de los seres que se mueven, y que la alta y majestuosa cordillera no encierra *poderosas vetas de metales preciosos, causa primordial de nuestra ruina*. (24-25, énfasis mío)

Este pasaje no puede comprenderse sin una específica referencia literaria: el romanticismo minero alemán. Como se señaló en el primer capítulo, la geología había convertido a las inertes rocas en depositarios de procesos y restos de una historia por contar. A finales del siglo XVIII e inicios del XIX, el romanticismo de temática minera tuvo un particular desarrollo en Alemania, donde el

pensamiento geológico había emergido; y estuvo íntimamente ligado a científicos y literatos asociados a la escuela de minería de Freiberg. Las minas alemanas –subterráneas como las andinas– representaban un escenario propicio para la resolución discursiva de antinomias naturales y humanas, al punto que un influyente escritor como Novalis –exalumno de Freiberg– creía que la armonía universal que los románticos buscaban él la había encontrado en ellas (Ospovat 109). Las minas –y las cuevas en general– adquirieron una función singular en esta tradición literaria: era común el motivo de una persona sabia que residía en el interior de ellas y cuya voz encarnaba el encuentro con la historia. El romanticismo minero alemán y sus motivos fueron conocidos por los científicos e ingenieros en Freiberg, y comenzó a perder su fuerza solo a partir de 1825 dada la demanda por adecuar la escuela a la creciente industrialización (Ziolkowski 33-37).

Educado en París en la tradición minera de Freiberg, Rivero expresa en el pasaje citado una imaginación anticuaria que se inspiró en la perspectiva histórica y motivos del romanticismo minero alemán. El resultado tiene dos partes. En primer lugar, tras la exploración “del subterráneo” y sentado sobre unas piedras talladas (presumiblemente los hoy famosos Obelisco Tello y Estela Raimondi), la observación de las ruinas de Chavín evoca súbitamente “tristes imágenes” que devienen “tristes meditaciones”. En otras palabras, la excitante investigación anticuaria que había “complacido” al viajero se ve amenazada por una fuerza melancólica que, casi autónomamente, se impone sobre “este silencioso sitio” y “con la rapidez de un relámpago”. La irrupción de este discurso explica que las ruinas pasen a representar “todavía” un recordatorio de “la sangre de las víctimas”. Más aun, este discurso legado por la tradición actualizaba una suerte de condena sobre la población peruana además de una ‘verdad’ sobre los hechos: “La historia de la conquista del Perú no nos presenta más que cuadros tristes” (25). En el presente de las guerras civiles, esta percepción melancólica sobre la nación no hacía sino multiplicarse a sí misma. No obstante, en

segundo lugar, la legitimidad de esta fuerza súbita, tan historiográfica como literaria, es confrontada. En efecto, el melancólico curso de la escena es interrumpido por la voz emanada “del fondo del subterráneo”, recurso que constituía uno de los motivos más comunes del romanticismo minero alemán. La voz subterránea encauza el discurso anticuario, que pretendía ser científico, hacia un encuentro literario con la historia prehispánica. En otras palabras, este pasaje revela la conciencia crítica de Rivero sobre la índole arbitraria –y por eso transformable– del discurso histórico: la cultura material se erige como un antídoto narrativo ante los melancólicos temas de la destrucción material y la decadencia política del Imperio inca.

He aquí el nudo de la reflexión anticuaria de Rivero y también la semilla de su fuerza emancipadora: la experiencia minera. Debe recordarse que la base inalienable de sus reflexiones –adquirida a través de las minas peruanas– la constituyeron la fragilidad de la República, sus varias ruinas y los retos de su representación. Por eso, la riqueza metálica adquiere un rol paradójico en la empresa anti-melancólica del pasaje. Aunque es invocada por la voz como un don natural cuya abundancia no puede negarse, es finalmente puesta en la misma perspectiva crítica hacia las narrativas del fracaso al calificar las “poderosas vetas de metales preciosos, [como] causa principal de nuestra ruina”. ¿Por qué esto es singular? La narrativa romántica decimonónica sobre metales preciosos asociados al Perú prehispánico se manifestó a través del género de la leyenda y bajo una temática recurrente: un melodrama interétnico y un tesoro escondido (Velázquez 2015: 34). La ideología criolla que estructuró estas leyendas tuvo variados énfasis: desde la asociación entre riqueza metálica y poderes malignos como en Ricardo Palma (Velázquez 2015: 35) a denuncias de la estructura patriarcal de la sociedad como en Clorinda Matto de Turner (Ferreira 2004: 76), pasando por una llamada de atención sobre la base material para imaginar la nación como en Juana Manuela Gorriti (Burner 2018: 358). Sin embargo, debe notarse que, aliados o críticos del

nacionalismo criollo republicano, esta literatura romántica (de filiación inglesa y francesa del periodo imperial) operó bajo el imaginario tradicional de los motivos de la grandeza política inca y la abundancia metálica. De esta manera, no solo se reforzó la primacía de dichos motivos para narrar el pasado prehispánico, sino que también –en tanto varias leyendas se ambientaban en el presente– asignó una caracterización de la población indígena donde su agencia dependía de su asociación a tales riquezas y, regularmente, de una latente o manifiesta condición de nobleza¹¹³. En el pasaje de Rivero, en cambio, –influido por el romanticismo minero alemán de inicios del siglo XIX y por su propia experiencia subterránea– el aura legendaria no devino en ribetes melodramáticos ni exotizantes: la voz que emerge del subterráneo carece de condición social identificable y termina por renegar de la riqueza metálica.

¿Qué lugar tenían, pues, los metales preciosos en el discurso anticuario anti-melancólico? Como señala Theodore Ziolkowski (1990), dado el contraste entre minas inglesas de carbón al aire libre y minas alemanas de metales subterráneos, el romanticismo minero alemán insistió en una dimensión cultural para metales como el oro y la plata, “whose usefulness was not so much for the factory as for the craftsman” (25). Rivero admiraba el desarrollo industrial inglés (que conoció y difundió), pero las minas peruanas se pensaban mejor a la luz de las alemanas. La educación minera franco-alemana y la realidad social andina que enfrentó *in situ* lo habían ya estimulado a encauzar los metales fuera del discurso de la abundancia y dentro de un relato tecnológico. Dado que la escritura anticuaria estribaba obstáculos discursivos similares, la relación entre metales y artes en el romanticismo minero alemán puede leerse como un referente más que lo convenció de la

¹¹³ Ejemplos de estas leyendas son: “Los tesoros de Catalina Huanca”, “El alcalde de Paucarcolla”, “La laguna del diablo”, “La desolación de Castrovirreyna”, “El justicia mayor de Laycacota” de Palma; “La quena”, “El tesoro de los incas”, “El postrer mandato” y “El chifle del indio” de Juana Manuela Gorriti; y “La peña del castigo”, “Cchaska” y “Tahuana” de Matto de Tuner. Todos estos textos fueron publicados en la segunda mitad del siglo XIX.

pertinencia de redirigir la escritura anticuaria andina hacia las artes y las ciencias. En efecto, la voz subterránea insiste en que el melancólico silencio histórico provocado por la Conquista se ha posado sobre “el Perú, las artes y la humanidad”. El énfasis en el diálogo entre “artes [andinas] y humanidad [universal]” se había evidenciado en 1828 a través de la crítica al foco de la “grandeza y magnanimidad” y la preferencia por el de los “conocimientos humanos”. El descenso literario de 1841 confirma que aquel temprano giro epistemológico buscaba ulteriormente encauzar la cultura material andina hacia un relato nacional de espíritu minero y proyección tecnológica, como la definición de *acullico* –subterráneamente– ya lo sugería. Esta empresa supuso ya no solo la disputa disciplinaria, sino una batalla en la amplia gama de la representación.

El diálogo tecnológico

En 1851, al objeto anticuario andino creado paulatinamente desde las filiaciones geológica y arqueológica, Rivero sumaría la perspectiva tecnológica proveniente de su educación minera y rearticulada localmente tras su experiencia burocrática. Esta perspectiva operó un giro decisivo en la representación: insertó un lenguaje técnico a fin de forjar una imagen primordial de la cultura material andina dentro de la historia, moderna y universal, de las artes y las ciencias. La “mina arqueológica” exhibe aquí su veta más creativa. El objeto discursivo resultante manifiesta así el distintivo “diálogo tecnológico” buscado por el largo proyecto de *Antigüedades peruanas*.

Siendo la conceptualización del objeto de estudio la base del giro en la representación, la comparación con el proyecto anticuario de Humboldt es, una vez más, pertinente e ilustrativa. *Vues des cordillères* también se propuso estudiar los “monumentos del Nuevo Mundo, sus progresos en las artes del diseño, su cultura intelectual” (39). La aproximación a las artes americanas se sostuvo en la siguiente premisa: “Para conocer bien el origen de las artes, es necesario estudiar la naturaleza

del lugar que las ha visto nacer [...] Las obras que han producido manifiestan la impronta de la naturaleza salvaje de las cordilleras” (49). Así, dado que la civilización andina se había originado en un territorio “erizado de rocas, sobre una meseta casi desnuda de árboles” (30), todo su diseño arquitectónico, por ejemplo, se distinguía por tres cualidades: simplicidad, simetría y solidez. El impacto de la geografía en la mente humana era una idea que Humboldt había desarrollado en su *Géographie des plantes*: los patrones de crecimiento y abundancia relativa de una vegetación dada generaban una impresión que devenía culturalmente en forma estética. En una línea romántica de búsqueda de unidad, la dimensión estética y el estudio científico conformaban el conocimiento geográfico total sobre la vegetación¹¹⁴. Al abrigo de estas ideas, se ha planteado que *Vues des cordillères* abrió una vía para reconsiderar el valor estético de los monumentos y artes americanos (Kutzinski, Ette & Walls, 8-9). Sin embargo, aunque Humboldt identificase una dimensión estética en la cultura material americana, ella no era conmensurable con las demandas de una reflexión universal, puesto que le correspondía el “étude philosophique de l’histoire” (45), como se explicó en el capítulo anterior. Por eso, la posibilidad de universalizar las artes implícitas en su hechura era nula o, mejor dicho, epistemológicamente inimaginable. El conocimiento geográfico (estético y científico) sobre la vegetación americana, en contraste, sí ameritaba una reflexión universal. Esta disparidad manifiesta el eurocentrismo anticuario de Humboldt, es decir, la asimétrica relación entre culturas materiales locales y categorías universales. Pese a la reivindicación epistemológica e historiográfica de las antigüedades en tanto evidencia, ni las demandas filosóficas ni las estéticas (neoclásicas y románticas) permitían dirigir las hacia una reflexión de matiz científico y universal desde su singularidad y localización.

¹¹⁴ La filosofía natural kanteana y el pensamiento geológico werneriano constituían la base epistemológica de esta aproximación –también de aura romántica– en la escritura geográfica de Humboldt. Sobre este asunto, ver Nicolson (1987), pp. 175-180; Castrillón (1995), pp. 291-293; y Walls (2014), pp. 224-227.

En contraste con Humboldt, *Antigüedades peruanas* insertó un lenguaje que procuraba la universalización de la cultura material andina. Según Rivero, el estudio de las artes andinas, por ejemplo, había estado guiado por una interrogante que dividía la literatura existente: aquellos que proponían que las artes “emanaron de la evolución progresiva de sus habitantes primitivos” (209) y aquellos que las identificaban exclusivamente con la “benéfica incubación de los Incas” (209). Esta preocupación por los orígenes concordaba con las consabidas exigencias de las ‘grandes preguntas’. Ella no devendrá ‘prescindible’ (como sí habría procurado hacerlo en 1841), pero será subordinada en el discurso: se buscará, a través del “examen crítico de los monumentos antiguos” (210), es decir, textual, arqueológico y en lenguaje técnico, superar “las incorrectas y contradictorias páginas de los autores” (210). Este abordaje, que incluye objetos y prácticas, se propuso identificar y sistematizar los conocimientos andinos “sin intrincarnos en investigaciones e hipótesis sobre su perfección sucesiva, si bien indicando los progresos en cada uno de los ramos artísticos” (211). Esta sistematización de conocimientos puede leerse como la apertura del discurso anticuario hacia la búsqueda de una reflexión tecnológica andina, implícita y legible en los fragmentos de su cultura material. A la construcción de canales, por ejemplo, se la denominó “la hidrotecnia de los antiguos Peruanos” (252) y se describió así: “Fabricaban acequias descubiertas, llamadas *Rarccac*, y acueductos subterráneos, *Pinchas*, o *Huircas*, de asombrosa estension [sic], venciendo todas las dificultades que les oponía la naturaleza, con sumo arte, con objeto de fertilizar los campos áridos” (253). La información etnográfica que nutría la descripción provenía de textos coloniales de los siglos XVI y XVII. Sin embargo, el término “hidrotecnia” pretendía rescatar el objeto de la inconmensurabilidad con categorías modernas a la que el proceso disciplinario iniciado en la Ilustración lo había arrojado; y a la par, resituarlo de cara a su representación en discursos como la historia y la literatura. Asimismo, el monumento hidrotécnico se definió como

la expresión de una inteligencia organizativa de lo social (lo agrícola en este caso, “fertilizar”), a la cual, por ello, le correspondía un lenguaje técnico para enunciarla. Habiendo sido esos fragmentos siempre visibles en el territorio, se desprendía que la literatura anticuaria soslayaba la lectura tecnológica no por falta de información etnográfica y fuentes materiales, sino por las limitaciones en la conceptualización del objeto. He aquí la expresión discursiva de una urgencia política y cultural. Concebir la cultura material andina como vestigio de un acto tecnológico la hacía conmensurable con una moderna historia de las artes y las ciencias, la cual era peruana a la vez que universal. La fundacional intuición de Rivero de 1828 y las preocupaciones de la voz subterránea de 1841 habían encontrado una vía de expresión en este diálogo tecnológico.

El diálogo tecnológico en *Antigüedades peruanas* puede leerse como la manifestación de un consciente propósito que, mirado hoy, expandió la noción de tecnología. En otras palabras, en el espíritu del “Prospecto” del *Memorial*, el principio latente al poner en relación la cultura material andina y el lenguaje de las artes y las ciencias era la comunicación. Por un lado, Rivero había defendido la autoridad de las crónicas del periodo colonial temprano e insistido en la ampliación del archivo más allá de los documentos normalmente entendidos como históricos. Lo guiaba la convicción de que este corpus, como se lo comunicaría al Ministro de Relaciones Exteriores en 1856, contenía la información etnográfica necesaria para emprender el diálogo tecnológico. Por otro, la prédica anticuaria nórdica le había otorgado un modelo científico para abordar la cultura material local desde coordenadas cívicas, nacionales y universales. El viaje transatlántico del anticuarianismo nórdico, es decir, había dado vida a una arqueología de directriz emancipadora, en contraste con lo que ocurriría en las décadas siguientes. Por último, la experiencia minera lo había alentado a encauzar la aproximación tecnológica sobre el territorio hacia el estudio de las antigüedades. La originalidad del proyecto de Rivero, pues, reside en la elaboración de un

ensamblaje discursivo no idéntico pero comparable con las demandas de una “entangled history” (Norton 25): la descripción de la cultura material andina a través del lenguaje de las artes y las ciencias supuso la expansión de las nociones de pensamiento y acto tecnológicos. Además, la meta de identificar y sistematizar los procesos técnicos y logros sociales andinos ponía en movimiento un entendimiento de tecnología que ni se reducía a la creación de herramientas ni se restringía al continente europeo. Como la articulación antes que la abundancia en cuanto al territorio y sus recursos, la aproximación anticuaria de Rivero se sustentó en el diálogo entre actos tecnológicos conmensurables y, por eso, fomentó no la asimetría sino la permeabilidad entre sistemas culturales.

En este diálogo, por supuesto, *Antigüedades peruanas* no deja de exhibir el lógico impacto discursivo de su afiliación al paradigma del progreso, a los principios generales de las artes y a la universalidad de la ciencia europea. Este impacto llevó a que algunas prácticas andinas fuesen descritas en desventaja. Rivero juzgó, por ejemplo, que la pintura y el dibujo eran artes en “su primera infancia” (230) a causa de que carecían de “la destreza y correcta ejecución de las proporciones exactas” (225). También, la ausencia de muestras destacables en el arte de trabajar la madera se explicó no por algún tipo de desinterés (o cosmovisión) local, sino desde una visión enfocada en carencia de medios: “La falta de herramientas adecuadas al tejido resistente de la madera, es la causa principal que hace que la mayor parte de sus ídolos sean de piedra, y los pocos de madera que han llegado a nuestras manos, se distinguen por su trabajo tosco y disforme” (211-212). En esta línea, el análisis del “carácter intelectual de los peruanos bajo el aspecto científico” (121) resultó en el balance desventajoso y se explicó por la inexistencia de ciertos conocimientos específicos o la condición de estar ellos “en su infancia” (138). Las limitaciones científicas andinas provenían esencialmente de la falta de matemáticas complejas y de, por consiguiente, astronomía teórica, lo cual por ejemplo impedía “hacer progresos en el arte de navegar” (133). Debe señalarse

que, pese a este balance, el proceso de realizarlo había justamente nacido de la convicción de que la cultura material en cuestión ameritaba el análisis. Más allá de que algunas artes y ciencias no ‘aprobasen el examen’, la búsqueda del diálogo motivaba –incluso aquí– la aproximación.

Esto último se prueba en el hecho de que *Antigüedades peruanas* no exhibe finalmente una lectura asimétrica y jerarquizante. Aquí se expresa el entendimiento fluido y permeable de las nociones de pensamiento y acto tecnológicos. Rivero encauza su pluma anticuaria al diálogo no cuando halla equivalencias exactas con las artes y las ciencias europeas, sino cuando detecta que los saberes andinos hallaron soluciones prácticas a problemas concretos y supieron asegurar la transmisión de ellas. La tecnología consiste exactamente en esto. Respecto de los conocimientos astronómicos, por ejemplo, carecer de matemática impedía la deducción de los movimientos del sol a través de cálculos, pero se tuvo en su reemplazo “medios mecánicos” (124) con los que se fijaban equinoccios y solsticios. En otros términos, la carencia de ciertas nociones y sistemas a nivel teórico no suponía la de otras modalidades también consideradas científicas. Y la evidencia de ello se mantenía legible en los fragmentos de la cultura material:

Tampoco conocían la geometría teórica, aunque hacían un uso frecuente de la aplicada, ya en lo tocante a su propio territorio que era tan extenso y que representaban por medio de mapas con protuberancias que indicaban límites y localidades; ya en la repartición de tierras, ya en la cantería, ya, en fin, en su admirable arquitectura, resolviendo problemas sumamente arduos con el mayor éxito y perfecta exactitud. (124)

En su aparente superficialidad descriptiva, este pasaje daba vida a un discursivo anticuario que reconocía una “geometría aplicada” en varios frentes de la organización material de la sociedad andina. Las soluciones prácticas encarnaban una reflexión tecnológica, “capaciously defined” (Morton 18), que legitimaba el diálogo entre la mirada científica que controlaba el discurso y los restos de un sistema cultural que no podían hablar por sí mismos. El uso del término “mapa” para calificar la tecnología local de transmisión del conocimiento territorial recuerda la advertencia de

Barbara Mundy (2010) a partir de la imaginación espacial azteca: “Since geography’s signal visual representation, the map, relies on both technologies and visual conventions rooted in verisimilitude, ideas about maps drawn from the western tradition can limit perception of the range of spatial conceptions present in the New World” (110). Mundy sugiere que la representación espacial prehispánica no debe evaluarse desde la noción de similitud, sino desde su capacidad de representación, la cual se hallaba al servicio de varias actividades¹¹⁵. En el caso de Rivero, la noción de mapa confirma que el diálogo tecnológico se legitima no en la identidad de conocimientos entre sistemas culturales (europeo y americano), sino en su compartida capacidad para solucionar problemas locales, movilizar los saberes y crear una red social que asegure su repetición¹¹⁶.

Esta estructura del diálogo tecnológico también guio la lectura de las artes. El principio se repite: la carencia de una materia prima, de un instrumento o de una técnica no significaba la de la reflexión y el acto tecnológicos. Rivero creía, por ejemplo, en la utilidad universal del hierro para el avance de la civilización, pero ello no impidió que relativizase el determinismo de dicha premisa ya desde el opúsculo de 1841:

¹¹⁵ Mundy sigue las ideas de Harley y Woodward (1987), quienes en un esfuerzo por redefinir la noción de mapa abogaron por la expansión de sus funciones: “Maps are graphic representations that facilitate a spatial understanding of things, concepts, conditions, processes, or events in the human world” (110-11).

¹¹⁶ El uso que Rivero hizo de la información contenida en la textualidad colonial recuerda, como ya se señaló en el capítulo anterior, los principios metodológicos con los que trabaja la etnohistoria contemporánea. Al respecto, Alessandra Russo (2014), por ejemplo, recuerda el caso del oidor Alonso de Zurita, quien a fines del siglo XVI catalogó como ‘carta o papel’ la escritura pictográfica mexicana, ya que esta permitía registrar hechos históricos. A la vista de esta conmensurabilidad entre artes mexicas y categorías europeas, afirma Russo, “some of them [pueblos americanos] had broken out of a ‘savage’ and ‘barbarous’ nature to raise themselves to the rank of a true culture” (121). Signo incontrovertible de civilización y de naturaleza moral en el temprano periodo colonial, el ‘papel’ dejaría la posta a “the written register [as] the line of separation between primitivism and civilization” (121) bajo la influencia posterior de ciencias naturales y sociales. Pese a la indiscutible condición subordinada de los pueblos americanos bajo el sistema imperial, la etnografía colonial temprana ofrece no solo la posibilidad de crear nuevos diálogos al abrigo de categorías teóricas más fluidas, sino la de identificar en la cultura material post-Conquista un “desire for history” (248), como propone Russo.

Los muchos restos de monumentos que observamos por todas partes prueban hasta la evidencia lo avanzadas que se hallaban las artes con respecto a los otros reynos, sin embargo de que no poseían ninguna maquinaria ni instrumentos de hierro; pero en su defecto hicieron uso para levantar esas grandes masas que vemos en sus edificios, del plano inclinado como se observa en la fortaleza de Huánuco viejo, y lo asegura también Cieza, que viajó por muchas provincias en tiempo de la conquista. El cobre y cierta especie de cuarzo (pedernal) y rocas anfibólicas suplían la falta de hierro. (12)

La metodología era clara: archivo textual y cultural material. También, los recursos auxiliares que la sustentan: el plano inclinado se deduce del análisis ingenieril, mientras que los suplentes del hierro del análisis químico de herramientas y otros restos. En 1851, este abordaje guiará el análisis de varias artes y se expresará a través de la idea de suplencia. En el arte de la cantería, por ejemplo, las referidas herramientas de cobre suplían a las de hierro para cortar rocas, y para pulirlas ocurría otra suplencia: “...lo hacían mediante la trabajosa y lenta manipulación de frotarlas, ya con pedazos de otras piedras, ya con polvo de estas mismas” (232). En las artes vinculadas a los metales, ocurría algo similar: “El arte de dorar era desconocido de los Peruanos, pero lo suplían de un modo sólido, cubriendo el cobre o la madera con hojas muy delgadas de oro o plata, que sabían unir íntimamente aun con piedras” (217). Asimismo, en tanto la práctica tecnológica no se reducía a herramientas y métodos técnicos, otras variables servían para identificarla. Elementos como la consideración del territorio explicaban ciertas soluciones prácticas: “[Los puentes] eran muy sencillos y sin arte arquitectónico, pero muy adecuados a los violentos torrentes que no permitían fabricar cimientos para arcos” (254). También participaban “instituciones sociales” (234) como soportes de la red tecnológica: “Para la construcción de casas particulares tenía que concurrir todo el pueblo, y para la de obras públicas todos los habitantes útiles de una o más provincias; así es que suplían por el número de gente y fuerzas disponibles, la falta de medios auxiliares” (234). La ‘suplencia’ no expresa una lectura deficitaria, sino el reconocimiento de que la sociedad andina había creado un sistema propio y que funcionaba.

En estas descripciones, la tecnología andina se definía a través de su intrínseca capacidad para resolver problemas prácticos en un territorio dado y asegurar su repetición. Más allá de la pregunta por el origen de las ciencias y las artes, una interpretación se imponía: el acto tecnológico en tanto reflexión, práctica, conocimiento difundido y fuerza social, era visible en las ‘varias ruinas’ o múltiples fragmentos esparcidos por todo el territorio andino. Helen Watson-Verran y David Turnbull (1995), a fin de liberar a los sistemas de conocimiento indígenas de imposiciones eurocéntricas, proponen un enfoque en los recursos técnicos locales y las estrategias sociales en la línea de la “suplencia” puesta en marcha por Rivero: “All these are examples of systems that lack many of the elements often deemed essential to science—writing, mathematics, standardized measurement, laws, theory—yet are also systematic and innovative. They differ from science and each other in the kinds of technical devices and social strategies through which local knowledge is mobilized” (118). Más aun, siguiendo las ideas de Tom Zuidema (1995) acerca del rol que el sistema de ceques y los quipus cumplieron en la difusión del conocimiento inca, especifican: “The power of the Incan knowledge system lay in its capacity to provide connections for a diverse set of knowledges and to establish equivalences between disparate practices and contexts over a very large area” (123). Sin por supuesto pretender una equivalencia, esta lectura desde la etnohistoria contemporánea ayuda a poner en perspectiva las posibilidades emancipatorias de la empresa discursiva anticuaria llevada a cabo por Rivero en la primera mitad del siglo XIX desde su visión tecnológica de raíz minera. La idea del ‘mapa con protuberancias’ como expresión de ‘geometría aplicada’ o la de las fortalezas como construcciones “que harían honor a ingenieros de hercotectónica moderna” (148-49) manifiestan claramente su visión: los conocimientos andinos no necesitaban ser idénticos a los occidentales para sistematizarlos y justificar un diálogo entre sistemas. ¿En qué medida este diálogo tecnológico le hablaba al Perú republicano y moderno?

La política liberal del diálogo tecnológico

La dimensión política del diálogo tecnológico es legible en la apertura del “Prólogo” de 1851. Bajo el mismo espíritu de la declaración de 1828, Rivero hizo claro el propósito de su libro en el marco de la nación peruana:

La historia de las naciones, o de los siglos en que vivieron, no solo interesa por saber a qué grado de poder y cultura llegaron estas y de qué medios se valieron los que las regían para subyugarlas, o engrandecerlas; sino también, para instruirnos de sus progresos en el comercio, artes y ciencias, palancas poderosas y únicas que cultivan el entendimiento, desarrollan las riquezas naturales, allanan los obstáculos y preparan a los pueblos para el goce de una libertad racional. (III)

En 1828, había planteado en oposición las temáticas de “grandeza y magnanimidad”, por un lado, y de “las artes y las ciencias”, por otro. Aunque atenuado, el contraste no desaparece en 1851. Más importante, la preferencia por la segunda no solo se mantiene, sino que se justifica sutilmente a través de los efectos sociales que se vinculan a cada temática: mientras que la primera remite a la capacidad de coerción y la de infundir opulencia (“subyugarlas o engrandecerlas”), la segunda estimula valores y virtudes como la inteligencia, el trabajo, la paz y el albedrío. Estos últimos conformaban el horizonte ético y cívico para la escritura anticuaria sobre la ‘antigua nación peruana’, pero también eran ellos mismos los que la República del Perú debía incentivar en su proceso de constitución moderna. Hombre liberal del siglo XIX, Rivero buscó construir una narrativa anticuaria que no solo hablase de la ‘verdad’ histórica, sino que fuera útil a un moderno entendimiento de nación y a la urgencia contemporánea del nuevo pacto social entre ciudadanos.

El impacto de este liberalismo moderno en la escritura anticuaria (como la inclusión de la antropología física en tanto rival disciplinario de la etnología) llevaría a Rivero a refrendar lecturas que pueden considerarse paradójicas o aun contraproducentes. *Antigüedades peruanas*, por ejemplo, siguió la interpretación política del Tahuantinsuyo como autoritario. La idea de un comportamiento tiránico de los Incas hacia su población no era nueva. Se impuso a fines del siglo

XVI como mecanismo ideológico para sustentar las reformas burocráticas del virrey Francisco de Toledo (Salomon 83). De inmediato, hubo respuestas a esta literatura toledana ‘anti-inca’, siendo los proyectos más complejos los del Inca Garcilaso y Guamán Poma de Ayala. Hacia fines del siglo XVIII e inicios del XIX, sin embargo, el rumbo ilustrado de la escritura anticuaria cimentó la lectura tiránica del Estado inca y se manifestó en los más influyentes textos de la época. *Vues de Cordillères*, por ejemplo, propuso que el logro institucional de los Incas había sido altísimo y dirigido al bien público, pero que redujo al estado de “simples máquinas” (XVI) a la población, de manera que no se hallaba “nada de grande en las ideas, nada de elevación en el carácter” (XVI), lo cual a su vez obstruía el “jermen [sic] de la libertad individual” (XVI). Para esclarecerse, la interpretación de Humboldt –progresivista, ilustrada y también liberal– recurrió a la comparación con los griegos, quienes al haber creado una sociedad menos opresora habían cultivado la libertad individual. Más tarde, Prescott dio ‘autoridad historiográfica’ a esta lectura en su *History of the Conquest of Peru* de 1847, donde la sección que retrató el gobierno de los incas antes de la llegada de los españoles resaltó los beneficios de la felicidad pública, pero descartó la vigencia histórica de instituciones cuyo funcionamiento no era sino despótico y que, por ello, “of all governments devised by men the Peruvian has the least real claim to our admiration” (Citado en Lohmann Villena 77). Para Prescott, según Rolena Adorno (2002) la examinación del despotismo inca era una vía para reflexionar sobre “los valores abstractos de la libertad del individuo y la movilidad social, teniendo en mente una segunda historia, la de Estados Unidos” (112). Federalista y liberal, el norteamericano leía la historia desde una urgencia contemporánea local, deseosa de modelos y de anti-modelos¹¹⁷.

¹¹⁷ Esta lectura de Adorno coincide con la de John Ernest (1993) a partir de *History of the Conquest of Mexico*, donde la narración “functions as a metahistorical commentary, not on the carácter of the conquest itself but rather on the attempt to read and interpret the text of the past, and to use appeals to Providence based upon such a reading to justify political programs” (233). Sobre Prescott y los Incas, ver también Lohmann Villena (1959), pp. 74-77.

En tanto liberal y republicano, Rivero reprodujo la interpretación del Estado inca como despótico. De hecho, en 1841, citó a Humboldt y encabezó el pasaje afirmando que en él “[se] describe elocuentemente y sin exageraciones” (10) el carácter del régimen inca. En 1851, las palabras de Humboldt continuarían resonando: el Estado inca “fijó las bases de la felicidad pública de que disfrutaron durante algunos siglos sus descendientes; mas no las de la libertad política que mueve, inspira grandes ideas, propaga las luces, y escucha la esfera de nuestros conocimientos” (III). En el “Capítulo Sexto. Cultura científica bajo la dinastía de los Incas”, desarrolló la hipótesis de que el sistema político inca (junto a otras variables más específicas al caso como la falta de una escritura compleja) obstruyó el mayor desarrollo de las ciencias, ya que prevaleció “el sistema de aumentar la importancia del imperio, más bien por la extensión territorial que por el cultivo intelectual de los habitantes” (120). Cuando estas observaciones se mezclaron con el análisis de la religión, la opinión fue más dura: “Un culto semejante, cuyos dogmas ilusorios no podían resistir al menor análisis, era tan solo posible en un pueblo crédulo, cuyas facultades suprimidas por las instituciones políticas, y absorbidas por la guerra, trabajos y fiestas, no le permitían meditar en cosas superiores a sus ocupaciones triviales” (146). Para Rivero, la libertad individual era un componente inalienable de las sociedades modernas y del formato republicano para la nación.

Ahora bien, ¿qué era o debía ser la ‘nación peruana’ para Rivero, un liberal del periodo revolucionario? Eric Hobsbawm (1990) señala que, en el periodo que va de las revoluciones europeas y americanas a la emergencia del nuevo estado liberal de mediados del siglo XIX, la nación moderna era concebida como “the body of citizens whose collective sovereignty constituted them a state which was their political expression” (18-19). Hobsbawm recuerda que, por ejemplo en Francia, la idea de pueblo-nación “represented the common interest against particular interest, the common good against privilege” (20). Asimismo, agrega que las diferencias étnicas internas,

desde el punto de vista político de los liberales, eran secundarias (20). Esta noción de nación fue invocada por los revolucionarios latinoamericanos, de modo que sus repúblicas nacieron entendiéndose como un cuerpo de ciudadanos cuya expresión era el territorio compartido y el estado representativo. Este escenario teórico, por supuesto, contrastaba con la nación criolla colonial, que era patrimonialista y corporativista, además de anclada en la idea de un linaje aristocrático o étnico local (Cañizares-Esguerra 2001: 206; Rojas 95). En el Perú, como se explicó, el nacionalismo criollo de estirpe colonial mantuvo su preeminencia y, en el caos de las guerras civiles, los liberales que técnicamente defendían la noción moderna de nación se vieron en la necesidad de unirse a los gobiernos militares, lo cual redujo la fuerza emancipadora de sus ideales políticos (Wu Brading 174-76). El accionar de Rivero en la temprana república como Director de Minería, su posterior labor como Prefecto de Junín y su último servicio como Cónsul en Bruselas muestran que su compromiso liberal no disminuyó; más aun, en el periodo más caótico de las guerras civiles se exilió en el estable Chile de Diego Portales y Andrés Bello, donde se dedicó a las ciencias, y luego en su fundo familiar, Pachaquí, en la liberal Arequipa, donde se dedicó a la agricultura. Así, tendió a mantener –en el ‘exilio’– una visión liberal de la nación poco contaminada por el caos de la guerra y, por ello, exenta de sucumbir al vórtice del nacionalismo criollo: su larga batalla contra el entendimiento rentista de la minería había forjado un fortín ideológico duro de quebrar.

Así, en tanto la nación no era un asunto étnico sino de intereses comunes, el diálogo con el sistema político inca era perfectamente posible y no contradictorio si se consideraban factores diferentes de la tiranía gubernamental. Desde una temporalidad presente, las líneas finales de *Antigüedades peruanas* insistieron en la importancia de libertad individual, “ídolo de nuestros padres [de la Independencia]” (308), y en que las ciencias incas no podían “rivalizar con la culta

Europa” (308), pero agregaron que debía reconocerse algo: “La política de los Incas había resuelto muchos de los problemas que actualmente ocupan las más vigorosas inteligencias europeas” (308). Esta afirmación no es análoga a la típica idealización de los Incas en discurso histórico. ¿Qué principios o prácticas del sistema político total tenía en mente Rivero al decir ‘actualmente’? No solo el régimen gubernamental y la religión oficial eran componentes de la sociedad política inca, sino que ellas junto con “la agricultura formaban un todo en las regiones” (308). La perspectiva general abierta en 1828 y desarrollada en 1851 permite ampliar esta afirmación: si la noción de sociedad política se expandía desde lo regularmente entendido como político hacia todo lo tecnológico contenido en ella (como la agricultura), entonces la sociedad política inca revelaba una ‘actualidad’ que debía recuperarse sin por ello faltar a los principios del credo liberal.

Para esclarecer este gesto —que no dejó de ser liberal—, cabe mencionar un debate cercano personal e intelectualmente al contexto de escritura de *Antigüedades peruanas*. Tras el golpe de estado conservador que destituyó a José de La Mar en junio de 1829, Rivero se exilió en Chile. Este mismo año, Andrés Bello llegó a la república sureña para trabajar en la formación de nuevas instituciones¹¹⁸. Una de estas fue la Universidad de Chile, instalada en 1843, y en cuya órbita se dio un debate historiográfico entre 1844 y 1848. Este debate enfrentó, por un lado, a Bello y, por otro, a José Victorino Lastarria y Jacinto Chacón. Lastarria y Chacón, siguiendo la filosofía de la

¹¹⁸ Junto a Bolívar y en calidad de representantes de la revolucionaria Junta de Caracas, Bello había llegado a Londres en 1810. No cabe duda de que Rivero lo conoció en la capital británica antes de que Francisco Zea lo contratase en París en mayo de 1822 para trabajar como Director de Minería y fundar un Museo de Historia Natural en la República de Colombia. En efecto, antes que Zea, Antonio José de Irisarri, por entonces embajador de Chile en Inglaterra, lo había contratado para desempeñar los mismos cargos (Ms Irisarri 1821). Irisarri y Bello se conocieron en Londres en 1819 y fueron grandes amigos. El primero contrató a Bello como secretario de la legación diplomática en 1822, lo cual devendría en la ligazón de por vida entre el venezolano y Chile. Por otra parte, aunque no he encontrado pruebas concretas, es más que probable que el exilio de Rivero en Chile se explique por esta relación personal con Bello iniciada en Londres durante las guerras de Independencia, quizás desde 1814. Asimismo, otro factor para ese exilio sería la relación con Claudio Gay, a quien conoció en sus años de estudiante en París y quien llegaría a Chile el mismo año para precisamente trabajar en instituciones científicas como el Museo de Historia Natural proyectado por Irisarri. Los vínculos personales y académicos de Rivero en Chile quedan aún por ser investigados.

historia de Johann Herder, defendían la preexistencia universal de premisas filosóficas y, por ello, priorizaban el estudio de su progresivo desarrollo en los hechos históricos. En el ensayo “Modo de estudiar la historia” (1848), Bello defendió el método *ad narrandum* o narrativo por sobre el *ad probandum* o filosófico. Postuló que, mientras el segundo era pertinente cuando “el público está en posesión de una masa inmensa de documentos i de historias” (120), el primero se imponía para el estado concreto de la historia en Chile: “Pero, cuando la historia de un país no existe, sino en documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas, que es preciso compulsar i juzgar, el método narrativo es obligado” (120). A Bello, le preocupaba que la historia americana guiada por el método *ad probandum* o filosófico cayese en la “servilidad excesiva a la ciencia de la civilizada Europa” (124)¹¹⁹.

Puede decirse que el método narrativo defendido por Bello coincide con la impronta descriptiva adoptada por Rivero en 1841 y con la demanda por ampliar el archivo textual en 1851. Sus metodologías, además, confrontaron perspectivas de tipo ‘filosófico’ que subordinaban el objeto de estudio a favor de ideas preconcebidas. La coincidencia a este respecto, sin embargo, no debe ocultar una diferencia resaltante. En la respuesta a Lastarria (1844), Bello argumentó que la totalidad del mundo indígena y aun la raza misma desaparecerían “sin dejar más vestigios que unas pocas palabras naturalizadas en los idiomas advenedizos, i monumentos esparcidos a que los viajeros curiosos preguntarán en vano el nombre y las señas de la civilización que les dio el ser” (83). En otras palabras, el pasado indígena no tenía lugar en la temporalidad moderna de la nación. Su neoclasicismo encauzó la reflexión histórica hacia un relato nacional que debía incentivar las

¹¹⁹ De la pluma de Bello, este debate incluyó además los ensayos “Investigaciones sobre la influencia de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile, memoria presentada a la universidad en la sesión solemne de 22 de setiembre de 1844 por don José Victorino Lastarria” (1844) y “Modo de escribir la historia” (1845). Sobre este debate, una pormenorizada reconstrucción y puesta en perspectiva se encuentra en Dager (2002); también ver Kaemper (2006).

virtudes republicanas de raigambre latinista (Rojas 199-203; Kaemper 20-21). Estas filiaciones disciplinarias e ideológicas explican el contraste con Rivero. Este, más bien, dados sus paradigmas y la rearticulación de ellos tras la experiencia minera, se inclinaría hacia el relato de una nación tecnológicamente industrial antes que humanísticamente virtuosa. Por este motivo, dos visiones de raíz moderna y liberal –pese a la coincidencia ‘anti-filosófica’– devinieron proyectos historiográficos discordantes respecto de la representación y rol de la cultura material prehispánica en el presente de la nación¹²⁰.

Desarrollada en el periodo de ‘exilios liberales’, la larga investigación de *Antigüedades peruanas* movilizó un entendimiento histórico de la sociedad política inca que no la condenaba toda, como en Humboldt y Prescott, puesto que ella suponía más que lo meramente gubernamental. En diálogo con la noción moderna de nación como expresión de gente heterogénea que compartía un territorio dado y construía su representación política, Rivero había ya desplegado una visión que enfatizaba la necesidad de entender la geografía y articularse con ella, y no el contraproducente discurso de la abundancia, aliado cultural de los entendimientos patrimonialistas y corporativistas. Debido a que el proyecto anticuario tenía una de sus raíces en el encuentro con el altamente fragmentado mundo minero, era claro aquello que debía dejarse atrás o abiertamente subordinarse: la temática de la grandeza política, ya que ella encauzaba la mirada del historiador o anticuario

¹²⁰ Vale agregar que Bello publicó en 1848, en el contexto de este debate, una reseña sobre *History of the Conquest of Peru* de Prescott. En ella, admiró las dotes del norteamericano para convertir en provechosa la “fatalidad singular” (193) de España de poseer archivos para la escritura histórica sobre América. Bello se preocupó por destacar no el simple hecho de haber accedido a fuentes inéditas y darlas a conocer, sino el haberlas expuesto críticamente al consignar cuáles sustentaban tal o cual parte de su narración y al evaluar el contexto de elaboración de las mismas. Comparando a Prescott con otro historiador de temas hispánicos, Bello citó una evaluación a este último a fin de convencer a sus lectores de que, en contraste, el norteamericano sí había cumplido con “las exigencias actuales de la ciencia histórica” (178). Rivero, ciertamente, coincidía en considerar encomiables la metodología y actualidad de Prescott. Sin embargo, Bello reseñó sin mayor comentario crítico la adhesión de Prescott a las ideas de Morton sobre la condición exógena y superior de la nobleza inca desde el punto de vista racial (195), mientras que Rivero las criticó recurriendo a una cultura material localizada y libre de comparaciones. Una vez más, pese a la sintonía liberal y el respeto a las ciencias modernas, Rivero se distingue de Bello por su capacidad para estar alerta ante las premisas y exigencias ideológicas y disciplinarias que subordinasen y desplazasen la historia y cultura material prehispánicas.

hacia aspectos o motivos como la tiranía. Asimismo, a causa de ella, se había tendido a desplazar la historia de las artes y las ciencias. En otras palabras, como manifiesta el contraste con Bello, la reiterativa oposición entre temáticas no era el pasivo correlato de una dogmática visión política liberal, sino la formulación cultural de la urgencia de un relato nacional que diese al pasado prehispánico contemporaneidad. Las “palancas poderosas” que narraban el Tahuantinsuyo, “el comercio, artes y ciencias”, eran asuntos históricos para la escritura anticuaria, pero también parte de la República del Perú: su naturaleza cívica era transhistórica y universal.

La antropología anti-melancólica del diálogo tecnológico

La proyección discursiva del cambio de énfasis temático fue más profunda y compleja. Humboldt y Prescott habían naturalizado la idea del despotismo inca a través de una impronta inmanente en la cultura material y la población. Humboldt propuso que el despotismo “contribuyó a dar a los monumentos, al culto y a la mitología de estos pueblos montañosos este aspecto triste y sombrío que contrasta con las artes y las dulces ficciones de los pueblos griegos” (XVI). Dada la identidad entre territorio y civilización, no solo la cultura material se veía imbuida de melancolía, sino también la población. Por su parte, Prescott caracterizó moralmente de apáticos a los hombres andinos a causa del despotismo político: “...la facilidad con que cedieron a los invasores (aun teniendo en consideración su inferioridad respectiva) indica una falta lamentable de aquel sentimiento de patriotismo que considera la vida poca cosa comparada con la libertad” (citado en Adorno 2012: 118). En tanto la población del Imperio era para Prescott, como se explicó en el capítulo anterior, una raza diferente de la aristocracia cusqueña, se seguía que la degradación moral continuaba en los descendientes. Humboldt y Prescott, por supuesto, no inventaron estos motivos, pero sus obras fueron decisivas para el siglo XIX dado el carácter ‘científico’ que se les

atribuyó¹²¹. Esta adjudicación de cualidades innatas, dada su circulación e influencia, se replicó en todo discurso sobre los Andes.

Por sobre la melancolía, la historiografía ha trabajado desde el motivo de la degradación. En general, se hecho énfasis en que el discurso político, académico y cultural en los Andes durante el siglo XIX reafirmó la ruptura o discontinuidad entre un pasado glorioso y un presente degradado. Ya sea por una agenda elitista, racista o de autolegitimación moderna, voces extranjeras y criollas conceptualizaron al indígena contemporáneo y a la cultura material prehispánica como ajenos el uno al otro (Earle 2006: 50; Méndez 210; Majluf 2000: 96; Thurner 2003: 142). Imágenes como las incluidas por Ephraim Squier en su *Incidents of Travel* de 1877 (imagen 3) o por Charles Wiener en su *Pérou et Bolivie* de 1880 (imagen 4), donde las ruinas contrastan con un indígena de aspecto mísero, encarnan visualmente el motivo de la degradación. Stefanie Gänger (2014), sin embargo, sostiene que dicha ruptura no debe entenderse de manera tajante, ya que coleccionistas, anticuarios y arqueólogos de la segunda mitad del siglo XIX no solo adquirieron, estudiaron y circularon objetos excavados, sino también otros tomados de indígenas contemporáneos. En otras palabras, se gestó un discurso a través de ruinas y objetos arqueológicos, pero también de cuerpos, prácticas culturales y objetos domésticos que conceptualizó “anything they associated with indigeneity as antique” (7). Gänger puntualiza que la idea de continuidad forjada por prácticas

¹²¹ El aspecto melancólico y la degradación en tanto marcas innatas de la población indígena y su cultura remontan su origen al pensamiento ilustrado en los textos de La Condamine, de Ulloa, en el reporte de la expedición de Malaspina y en variados textos del *Mercurio peruano*. Para el siglo XIX, un caso digno de mencionar es el de Alcides d’Orbigny, quien en la década de 1830 publicó, bajo el auspicio del *Musée d’Histoire Naturelle* de París, su monumental serie de estudios, *Voyage dans l’Amérique meridionale*. En el tomo cuarto, *L’homme americaine* (1839), d’Orbigny clasificó las poblaciones de América del Sur en razas. Entre las características que listó como innatas de la ‘rama peruana’ de la “race ando-péruvienne” indicó: “triste” (117). En su estudio, d’Orbigny no usó el término etnología (cuya primera sociedad nacería ese mismo año), pero aseguró que su estudio era ‘científico’ y que complementaba el ‘filosófico’ de Humboldt, quien junto a Cuvier era una de sus principales influencias (ii). Pablo Macera (1976) ha señalado: “Con las opiniones de d’Orbigny...el Perú descendía a la categoría de una tribu en contraste con su pasado histórico y sus recursos naturales. Las dos imágenes no parecían coincidir” (16). Sobre los aportes d’Orbigny a la etnología y la antropología, ver Chaumail (2003) y Riviale (2002).

anticuarias en Lima y Cusco recayó en una paradójica pero indiscutible conclusión: “Living Indians had not only failed to evolve [to modernity] from what their ancestors had been, they were even degraded; had fallen from that ancient greatness” (143). En suma, ya en continuidad o en ruptura, la perspectiva de la grandeza política condujo hacia el mismo destino: la degradación de la población indígena contemporánea.

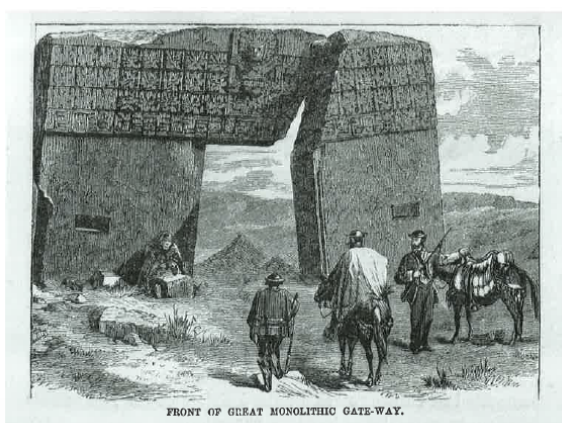


Imagen 3. Puerta del Sol. Ephraim Squier, *Peru: Incidents of Travel*, 1877, p. 288



Imagen 4. Vista de Chan Chan. Charles Wiener, *Pérou et Bolivie*, 1880, p. 494.

Como se señaló, la grandeza política mantuvo su primacía como perspectiva para interpretar y narrar el pasado prehispánico y el presente indígena; es decir, era la condición de posibilidad de los motivos de la melancolía y la degeneración. La naturalización de estos motivos no debe solo leerse como la expresión de una visión positivista y excluyente de parte de la élite criolla, sino también como un producto del sistema general de la representación. En otros términos, su manifiesta prevalencia desde la segunda mitad del XIX no se explica solo por el robustecimiento de una matriz eurocéntrica de las ciencias naturales y del capitalismo internacional a ambos lados del Atlántico, sino también por su verosimilitud discursiva apuntalada por la efectividad de la

estética romántica (de filiación inglesa y francesa) en la creación de ‘otros’¹²². La influencia romántica en el amplio registro decimonónico de la representación fue diversa y compleja¹²³. En el contexto de escritura de *Antigüedades peruanas*, por ejemplo, novelas de folletín como *Lima de aquí a cien años* (1843) de Julián del Portillo y *El padre Horán* (1848) de Narciso Aréstegui negaron protagonismo a los indígenas del presente en sus respectivas tramas y simultáneamente recurrieron al imaginario del Imperio inca como grandioso. En este sentido, un pasaje de Aréstegui es representativo sobre la relación entre grandeza política y melancolía: “[L]os actuales moradores de la *ciudad sagrada*, de los hijos del Sol, de la opulenta Cuzco de tiempo del coloniaje, dormían profundamente, cobijados al parecer bajo la gruesa manta de un porvenir triste; sombrío en extremo por el recuerdo de su pasado esplendor...único que les ha quedado para consolarse en su presente abatimiento” (173). El “porvenir triste” no es invocado con pretensión crítica, sino como una condición inmanente del presente material y humano de todo lo asociado con el pasado prehispánico¹²⁴. Es difícil saber si Rivero leyó estas novelas, pero puede afirmar —a juzgar por su

¹²² Dentro de los estudios literarios, incluidos los latinoamericanos, la obra de Edward Said ha constituido un referente central de cara a una lectura crítica de la relación entre imperialismo, colonización y géneros narrativos. En su clásico *Orientalismo*, Said resalta la paradoja de que, en una sociedad que se concebía liberal como la Inglaterra del siglo XIX, John Stuart Mill afirmase que la India tenía una raza y cultura inferiores. Mill no podía escapar de la mirada hacia Oriente que la sociedad imperial había impuesto como discurso hegemónico; y de allí que Said definiese el orientalismo como “la distribución de una cierta conciencia geopolítica en unos textos estéticos, eruditos, económicos, sociológicos, históricos y filológicos” (2008: 34). Los géneros narrativos, especialmente las novelas del romanticismo francés e inglés dada la empresa colonial de ambas potencias, participaron activamente de este proceso, puesto que “literature makes constant references to itself as somehow participating in Europe’s overseas expansion, and therefore creates what Williams calls ‘structure of feeling’ that support, elaborate, and consolidate the practice of empire” (1994: 14). Para una crítica a ciencias sociales como la antropología y su íntima relación con el imperialismo, ver Said (1989).

¹²³ Al respecto, debe resaltarse que no es casual que las escrituras de Humboldt y Prescott, modeladas desde la perspectiva de la grandeza política o su derivado el despotismo, se hallasen vinculadas a modos del romanticismo, estetizante y heroico, respectivamente. Sobre el romanticismo de Humboldt, ver Franzel (2014): 353-54; Steigerwald (2000): 472-81; y Dettelbach (2001). Para el caso de Prescott, aunque en relación con *History of the Conquest of Mexico*, ver Levin (1959) y Merrim (1989). Lohmann Villena (1957) señala que la obra peruana de Prescott fue menos heroica que la mexicana, ya que tuvo una antipatía hacia los conquistadores de los incas que no tuvo hacia Cortés (78).

¹²⁴ Marcel Velázquez (2008) ha analizado estas novelas en su contexto ideológico y cultural de producción. En la novela de del Portillo, compuesta de una relación epistolar entre un limeño y un cusqueño, se imagina para el Cusco un futuro moderno y tecnológico, pero este no tiene relación con su cultura material prehispánica ni con su población nativa, sino con el vago espectro de la grandeza política. En la novela de Aréstegui, el Cusco del presente se contrapone

pasaje romántico de 1841– que fue consciente o anticipó las asociaciones melancólicas y su resonancia cultural para el siglo XIX¹²⁵.

Textos posteriores insistieron en los motivos de melancolía y degradación con diferentes énfasis y desde variados discursos. Desde las letras, el influyente Juan de Arona, quien se propuso crear las bases para una literatura nacional, incorporó en su obra poética (1867) la representación de ruinas como las famosas del templo de Pachacámac, las cuales calificó como “melancólicos eriazos”, “miseros restos” y “yermos lugares” (21-22). La utopía agrícola moderna y la estética romántica que guiaban su escritura arrojaron las ruinas de la desértica costa a esta representación¹²⁶. Más tarde, en su novedoso trabajo lexicográfico, *Diccionario de peruanismos* (1975 [1883]), al definir un término como “Andenería” sentenció: “Así pues, de los tales andenes y andenerías solo quedan la tradición y las ruinas” (I: 76). Los andenes prehispánicos, agregó, solo inspirarán “tristes palabras” (I: 76) en los viajeros. La melancolía aquí era producto de la inconmensurabilidad entre agricultura moderna y pasado prehispánico. En la narrativa romántica, los escritores también recurrieron al repertorio de idealización política del Imperio incaico y

al progreso tecnológico y el pasado glorioso estimula una narración melancólica como en el pasaje citado. Es significativo que el único personaje indígena activo en la trama sea una mujer muda (207-214).

¹²⁵ Rivero sí tuvo conocimiento del clérigo cusqueño Justo Sahuaraura, quien publicó en París su *Recuerdos de la Monarquía Peruana* en 1850, pero cuyo manuscrito estuvo listo desde 1838. Sahuaraura postuló la restitución del Imperio inca desde una visión providencialista de la historia y donde los protagonistas eran nobles. Además, en tanto miembro de una familia noble cusqueña, propuso una genealogía de los reyes incas que culminaba con él mismo. Aunque la melancolía no se tematiza explícitamente, la añoranza del pasado y la exaltación de la nobleza fueron la respuesta de Sahuaraura ante un nuevo fracaso político del regionalismo cusqueño tras la caída del experimento liberal de la Confederación Perú-Boliviana, la cual era afín al regionalismo antilimeño. Sobre este asunto, ver Flores Espinoza (2001), pp. 40-45. En una nota a pie de página, Rivero cita a Sahuaraura y señala que el clérigo “pretende proceder del Inca Huayna-Cápac” (1851: 45). Esta nota no figura en el manuscrito (Ms “Capítulo tercero” 9), de modo que debe haber sido una adición de Rivero en su última corrección del libro ya en Europa.

¹²⁶ En *Cuadros y episodios nacionales* (1867), las ruinas se asocian constantemente con la aridez del desierto y esta se metaforiza como la huella presente de la derrota política. Más aun, la imaginación inserta un “Desdichado Atahualpa” que se pasea por las ruinas como una “sombra melancólica” (22). A su vez, la confusión entre ruina y desierto hace imposible la valoración estética hasta el punto de conducir a una indiferencia satírica en los peruanos del presente: “[La comitiva] pasa con la usada indiferencia / ¡Oh peruana indolencia! ¡Oh indolencia peruana que condeno, / Pero que no maldigo!” (23).

simultáneamente insistieron en “la melancolía o tristeza esencial como rasgo inherente al indio” (Velázquez, 2015: 40). Cuando la interpretación positivista de las razas captó a buena parte de la intelectualidad peruana, se generó en el discurso literario una prédica moral que proponía que la degradación indígena era remediable a través de la educación. En proyectos narrativos de amplia difusión como el de Clorinda Matto de Turner desde la década de 1870, ello supuso que la integración del indígena a la vida republicana estaba “explícitamente destinada a borrar los rasgos de su *otredad* y de hacer posible un nivel suficiente de homogeneidad” (Cornejo Polar XXV). Ya que la perspectiva de la grandeza política se mantenía intacta en el discurso sobre el pasado, incluso las visiones proindígenas reafirmaban la melancolía y la degradación como realidades del presente¹²⁷.

Desde la tribuna estadista, Eugenio Larrabure, quien prologó con entusiasmo la colección de poemas de Arona, publicó su estudio *Cañete. Apuntes geográficos, históricos, estadísticos y arqueológicos* (1871)¹²⁸. Aquí desplegó una mirada liberal y desarrollista sobre la provincia de Cañete a fin de mejorar la educación, la producción agraria y la recaudación fiscal, entre otras observaciones (35-41). Esta argumentación moderna incorporó los restos prehispánicos: las ruinas probaban la existencia de una población mayor a la actual y, por tanto, mayor capacidad para manejar recursos como el agua, la cual “no se distribuye hoy con la precisión con que lo hacían

¹²⁷ La narrativa romántica peruana, que se desarrollaría ante todo a partir de 1860, tuvo como modelo a su par europeo (Velázquez 2008: 201), novelas en inglés y francés centralmente. Edward Said destaca el rol de esta literatura en la sociedad burguesa y sostiene que su efectividad discursiva provenía de dos elementos básicos: “[a] highly regulated plot mechanism and an entire system of social references that depends on the existing institutions of bourgeois society” (1994: 71). En la novela latinoamericana, ya bajo el ‘master plot’ de las “foundational fictions” (Sommer 1991) o de las “capital fictions” (Beckman 2013), la jerarquía social, las relaciones de género y los estereotipos raciales, entre otros, tendieron a reafirmarse a favor de las élites criollas y sus visiones nacionales. En el caso andino aquí descrito, motivos como la degeneración y la melancolía respondían a un sistema de referencias sociales que legitimaban la carencia de agencia política natural en las masas indígenas. La educación era una respuesta, pero llena de ambigüedad.

¹²⁸ Larrabure primero publicó su estudio en *El Correo del Perú*. A causa del valor de la obra, la Dirección de Estadística la reimprimió en el diario oficial *El Peruano* el mismo año de 1871. Finalmente, se publicaría como folleto en 1874.

los Incas” (14). El elogio administrativo, lógicamente, no tuvo puentes hacia el presente. Larrabure defendió el estudio de las ruinas en tanto depositarias de “la verdadera historia del Perú” (71), pero la melancolía y la degeneración se imponían sobre ellas al pensarlas desde el presente: “El valle de Cañete, de los más ricos que tiene el Perú, adelanta, es cierto, día a día; pero recorriendo sus cerros, huacas, playas y montes, uno no puede menos que entristecerse al ver los últimos vestigios de aquella civilización antigua comparada con la incultura de nuestros días” (63). Ambos motivos convierten el progreso agrícola en algo que existió, pero cuyo presente se relaciona a otros individuos: bajo el manto triste y degradado, la capacidad prehispánica no puede volverse el foco del discurso desarrollista y así migrar al presente del autor y la nación. El influjo romántico en la representación es quien opera como aliado de este discurso.

El diálogo tecnológico en *Antigüedades peruanas* había convertido a la población andina prehispánica en una cultura que había sabido actuar con inteligencia para articularse con su territorio, asegurar su futura habitación y transmitir conocimientos. Esta constatación –y más aun dado el rol político y cultural del anticuarianismo nórdico en tanto modelo– incitaba una lógica pregunta en el panorama contemporáneo: ¿era la población indígena heredera de esa fuerza inventiva tecnológica? El aura del romanticismo minero alemán había funcionado en 1841 no como causa sino como aliado literario para insistir –como en 1828– en la mudanza de énfasis desde lo político hacia lo tecnológico. Para 1851, este gesto fundacional del discurso histórico sabía de las amenazas en la representación contemporánea: Rivero afirmó que los pobladores andinos “cayeron en hecatombe” (308) tras la Conquista en tanto se destruyó su mundo, pero su escritura no naturalizó efecto de degradación alguno, ni en lo material ni en lo humano. De hecho, el distanciamiento de este motivo se engarzó con la vena crítica ya abierta. En 1841, la perspectiva tecnológica había identificado un enemigo explícito: la voz subterránea se había levantado contra

la melancolía impuesta en el discurso y la representación. Esta fuerza anti-melancólica constituye el hito diferencial del pensamiento anticuario de Rivero. Puede plantearse, entonces, que el diálogo tecnológico pretendió constituirse, en el amplio discurso de la representación, como un dispositivo narrativo. Y en tanto este se había originado no en una reflexión meramente libresca (erudita, letrada o científica) sino tras una sesuda experiencia de campo en las minas andinas, su historia y su conflictividad social, esta misma también catapultó una profunda –subterránea– dimensión antropológica: el pasado y también el presente proveían el material sobre el cual debía edificarse la representación anti-melancólica de los Andes y de la nación peruana.

A diferencia del diálogo tecnológico de cuño ingenieril enfocado en ciertas artes, donde la organización material de la sociedad y los vestigios de sus principios eran las premisas centrales del discurso, el acto tecnológico aquí debía identificarse etnográficamente. Cultura material en uso o prácticas sociales del presente andino constituían el lazo que ligaba temporalidades y diluía la amenaza de la degradación y la melancolía. Dado que la arquitectura megalítica se había detenido con la Conquista, otro tipo de construcciones debía alimentar esta reflexión. Los puentes son un buen ejemplo: su adecuación al terreno, es decir, la solución a un problema local constituía el foco tecnológico de la enunciación (254), pero la experiencia etnográfica permitía afirmar que varios puentes “están todavía en uso, lo cual atestigua su utilidad” (256). De hecho, en el espíritu comunicativo de la imagen en Pachacámac, a este pasaje lo acompaña una ilustración (imagen 5), donde Rivero habla con un local: si el puente se conservaba, era porque el conocimiento sobre él se había transmitido. Otro ejemplo desde las artes lo constituye “el arte de tejer y teñir” (223). Al esperable elogio sobre la solidez y hermosura de los tejidos, se agrega el hecho de que, tras “el análisis químico” (224), se comprobaba que los tintes eran todos de origen vegetal y no mineral. Esta capacidad para entender las potencialidades de los recursos del territorio se mantenía: “Aun

en la actualidad usan los habitantes de las montañas peruanas plantas desconocidas a los Europeos; produciendo con ellas los colores más vivos y firmes” (224). Bajo la mirada del diálogo tecnológico, las vestimentas indígenas no devenían una marca de la procedencia étnica o social, sino una facultad creadora en acción, en el pasado y en el presente, y que adicionaba conocimiento para, quizás, el mundo moderno de las manufacturas.

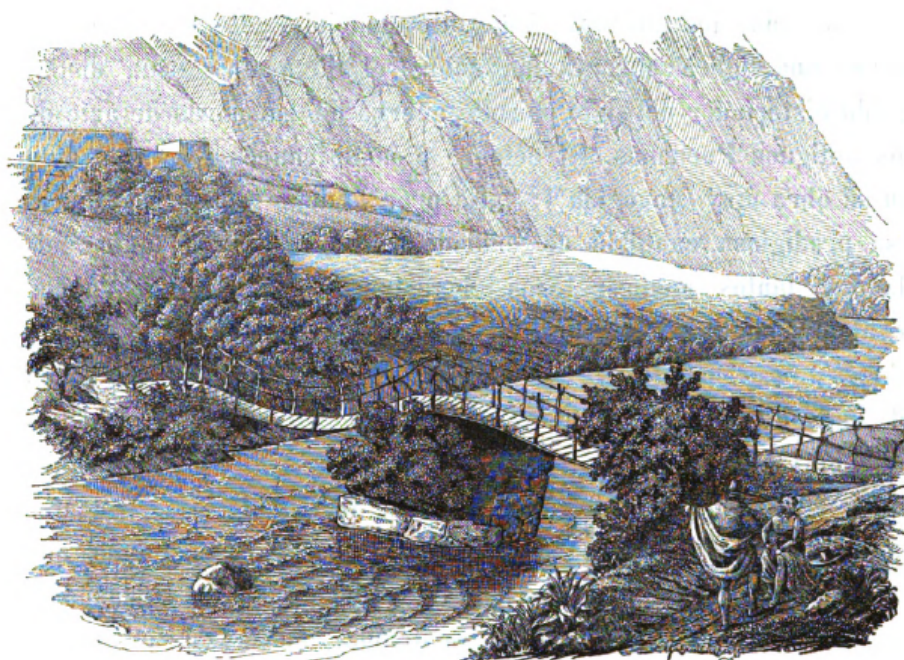


Imagen 5. “.. están todavía en uso, lo cual atestigua su utilidad”.
Antigüedades peruanas, 1857, p. 255.

Otro ejemplo dentro de las artes y las ciencias lo constituye el tratamiento del conocimiento medicinal indígena. El contraste entre Rivero y los mercuristas puede dar luz sobre este punto. A lo largo del *Mercurio Peruano*, la valoración del conocimiento indígena es, por decir lo menos, ambigua. En el artículo “Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú” (1791), por ejemplo, se afirma tras discutir a historiadores precedentes: “Por estas razones debemos reputar a los indios por los Padres, y fundadores de la *Botánica* del Perú” (71). Pese a este elogio, la

reivindicación de estos “Padres” no trascendió su carácter enunciativo, es decir, no pasó a formar parte integral del discurso: la práctica de la botánica en el Perú tenía validez científica solo desde la expedición ilustrada de Hipólito Ruiz y Joseph Pavón de 1777. El entendimiento mercurista de ciencia, asociado a la sistematización filosófica, terminó por imponerse cuando el discurso parecía abandonar su latente directriz eurocéntrica. Este era también un asunto de nomenclaturas en la representación: el conocimiento botánico era enunciable en tanto respondía a la narrativa maestra, la taxonomía lineana, y en tanto esta forma de sistematización vaticinaba que “crecerá nuestro Comercio” (83). Este es un claro ejemplo de elogio y exclusión, los cuales no eran contradictorios dentro del funcionamiento de los paradigmas ilustrados que los mercuristas estaban inclinados a defender. Para Rivero, en cambio, el conocimiento nativo sobre las plantas devino conmensurable al focalizar el discurso en su uso medicinal, es decir, en su dimensión social. La mirada moderna, por supuesto, lo llevó a señalar la ausencia de un “sistema noseológico o terapéutico” (122), pero la permeabilidad discursiva del diálogo tecnológico le permitió observar que el conocimiento medicinal de plantas locales no solo se desarrolló sino que existía hasta el presente: “Estudiando las yerbas medicinales que usan hasta el día los Indios, sin consultar médicos, contra sus achaques, se alcanza el conocimiento exacto de la farmacéutica de los Antiguos Peruanos, pues los medicamentos con sus benignos efectos pasaban de generación de generación” (122). La persistencia de este conocimiento y sus implícitos mecanismos sociales de transmisión, identificables en prácticas vigentes que merecían el nombre de “farmacéutica”, eran pruebas de la naturaleza transhistórica de la capacidad tecnológica de los pobladores andinos. En esta línea, la enumeración de plantas en sus nombres quechuas (no en los hispanos), junto a sus equivalentes lineanos, era la reafirmación de que la taxonomía no debía borrar la nomenclatura local andina

sino facilitar su circulación: “...huarituru (Valeriana coarctata), llamapãhui (Negretia inflexa), maprato o rataña (Krameria triandria)..., y muchísimas otras plantas medicinales” (122).

Además de la materialidad etnográfica de algunas prácticas en las artes y las ciencias, la naturaleza transhistórica de las facultades creativas andinas tenía un vehículo central de expresión: la lengua. El “Capítulo V. La lengua quichua” fue escrito, al parecer, principalmente por Tschudi, pero hay secciones del mismo que pueden atribuirse a Rivero dados los principios de su sostenido proyecto anticuario, así como a través de ciertas variantes que el *Manuscrito de Arequipa* permite identificar. En líneas generales, el análisis propiamente lingüístico o filológico sobre el quechua le corresponde a Tschudi, pero la proyección contemporánea y nacionalista alrededor de la lengua es autoría de Rivero. En otros términos, el estudio especializado de Tschudi defiende el quechua en tanto valioso objeto de estudio para la lingüística histórica y comparada, es decir, se alinea con una lectura académica elogiosa, pero sin explícita proyección a la arena política y cultural; Rivero, en cambio, confiere a la información histórica y sobre todo a la etnográfica sobre la lengua quechua una interpretación que la vincula con el presente de la nación. La primera manifestación de esta diferencia se halla en las variantes observables en la introducción al capítulo. El *Manuscrito* abre con una defensa del quechua en tanto lengua más civilizada que otras “efectivamente bárbaras” (1). Todas las oraciones de este primer párrafo son impersonales (“Es uso general...”, “...no se ha estimado...”), de modo que, si bien se cuestiona el criterio académico de carencia de “literatura inteligible” como marca de barbarie, ello aparece como una lamentable tendencia sin sujeto activo y no como producto de una asimetría epistemológica y política entre ciencia europea y poblaciones indígenas. Es precisamente por ello que Tschudi terminará por afirmar que su estudio contribuirá a “examinar sus inmanentes facultades [del quechua] de cultivarse” (1) y no sus facultades ya manifiestas y conservadas en la transmisión social. Rivero, por su parte, reescribirá la introducción

del capítulo ampliando el breve párrafo original hacia una crítica universal del conocimiento e insertando uno nuevo donde se justificará la importancia del estudio del quechua dentro del proyecto anticuario. En efecto, primero cambió las oraciones impersonales por otras donde quedó al descubierto el sujeto activo en la ‘bárbarización’ de todo lo americano indígena: “...la apatía orgullosa de los Europeos ha sido causa de que el orbe científico y literario quede privado de muchos tesoros que hubieran resultado del estudio de esos manantiales destruidos hoy día, más cuyos productos, emitidos en otros siglos, apenas el polvo cubre” (86). La idea de ‘orbe científico’ evoca la reflexión sobre artes y ciencias que domina otros capítulos, mientras que ‘orbe literario’ la de este, donde el quechua constituye el eje de la reflexión.

El párrafo agregado es más elocuente. Primero, particulariza la asimetría epistemológica anterior: “La mayor prueba de esta verdad es el poco aprecio que se hace generalmente del estudio de las lenguas de estos dos países [México y Perú]” (86-87). Luego, mientras Tschudi circunscribió el estudio del quechua dentro del aura del saber filológico erudito —análogo al espíritu eurocéntrico de las ‘grandes preguntas’ o de la historia antigua—, Rivero amplifica ello haciendo explícitas las improntas geológica, arqueológica y romántica (minera) de su discurso anticuario:

Sin embargo, la lengua es el elemento principal *arqueológico*, *el monumento* único de reconstrucción, como dice Volney: y en ella se halla depuesta y conservada toda la esencia de un pueblo. La lengua es una *estratificación* que revela el erudito, que estudia filosóficamente en *sus diferentes capas*, la índole, cultura y diversas evoluciones del pueblo que hizo uso de ella. [...] *Las modificaciones* de una lengua indican las variaciones del pensamiento, los sentimientos, aspiraciones, aun las *costumbres nacionales* y hábitos pasajeros. (87, énfasis mío)

La lengua como objeto arqueológico será conceptualizada en la misma línea de la cultura material: hay vestigios que constituyen monumentos, pero también usos presentes que prueban su natural

tendencia a la transmisión y transformación. En otras palabras, hay ruinas y también etnografía¹²⁹. El objeto de la filología es presentado en lenguaje geológico –la estratificación y las capas–, gesto muy significativo dada la íntima fuerza renovadora dentro de las disciplinas a la que Rivero asociaba la ciencia de la tierra. Por último, el espíritu romántico decimonónico que asociaba las lenguas con la formación de la nación es introducido: no respecto del español sino del quechua, como simbólicamente lo encarnaba la voz subterránea. Al segundo párrafo original de Tschudi, que solo presentaba los temas del capítulo, Rivero agregó un encabezado que daba sentido a su adición anterior: “Penetrados de estos principios...” (87). Es debido a estas variantes en la introducción que puede seguirse que todos aquellos elementos del capítulo que buscan trascender lo meramente filológico o erudito hacia lo nacional exhiben la mano de Rivero. Como se propuso en el capítulo anterior, esta era la marca de su pensamiento de raíz moderna, pero in-disciplinada.

El rasgo distintivo de esta visión sobre el quechua es su carácter inclusivo dentro del presente de la nación. Un par de elocuentes variantes exhibe la índole de esta reivindicación. Para Tschudi, la creación de un acervo para el estudio y cultivo del quechua suponía el trabajo de “algún Peruano erudito verdaderamente patriota”, formulación del manuscrito (19) que Rivero conservó en el texto (101). No obstante, mientras Tschudi invocaba a su lector erudito ideal a “conservar y cultivar el singular idioma indígena” (Ms 19), Rivero rephraseó la exhortación hacia una dimensión social que no solo llamaba a la preservación y estudio de parte de externos, sino a “no avergonzarse los hijos de la antigua monarquía de los Incas” (101) de hablarlo. La reivindicación del uso de la

¹²⁹ Otra variante confirma la consciente pretensión de Rivero de redirigir la visión filológica conservadora de Tschudi hacia el paradigma epistemológico y las posibilidades interpretativas de la arqueología. En el *Manuscrito*, el suizo definió a la construcción gramatical como “conjunción importante” (6) a fin de reconstruir la filiación y origen de las lenguas. Rivero cambió la frase: “Mas queda la construcción gramatical como monumento indispensable, que no pueden borrar las circunstancias de tiempo y lugar, para atestiguar la filiación” (91). La variante parece insignificante, pero no lo es: la noción de monumento desde el anticuarianismo nórdico y el romanticismo minero buscaba rearticular las premisas de la filología.

lengua desde la misma población quechua era una urgencia del presente de la nación. El estudio y difusión del quechua, entonces, tenía un rol político y cultural. En esa línea, la siguiente variante expresa claramente ello. Tschudi resaltó el hecho de que, desde que los “caracteres europeos” (Ms 26 / T 106) llegaron al Perú, han sido pocos los esfuerzos por crear una “literatura quechua” (Ms 26), es decir, dentro del paradigma erudito, un acervo para el estudio filológico. Rivero cambió el sentido de dicha carencia académica al introducir “nacional” (106): a diferencia de los proyectos poético y lexicográfico de Juan de Arona con alma criolla, la idea de un acervo literario nacional en *Antigüedades peruanas* contempló las contribuciones del quechua.

Este acervo histórico y contemporáneo tenía dos vías de constitución. La primera es clásica y predecible: los textos impresos, especialmente los de carácter religioso. El manuscrito carece de las páginas que desarrollaron este punto, de manera que es difícil determinar con certeza qué le corresponde a Rivero y qué a Tschudi. Es lógico suponer, sin embargo, que ambos coincidían en la centralidad de las fuentes en quechua como los catecismos y los sermones. Por un lado, Tschudi usaba esta literatura para sus estudios, ya que en ella eran rastreables las formas gramaticales y las posibilidades expresivas o estéticas. Por su lado, Rivero creía firmemente en la ampliación del archivo como se manifiesta en otras variantes ya analizadas y en otros de sus escritos. Las extensas citas de literatura religiosa (107-12), entonces, responden a una visión compartida sobre el valor de estas fuentes, aunque la selección y redacción iniciales debieron corresponder a Tschudi. Sin embargo, considerando lo explicado en el párrafo anterior, el aura erudita de estas citas –aunque vitales para el proyecto anticuario– debían diluirse un poco en favor de algo que más bien construyese lo ‘nacional’. En efecto, es aquí donde ligar la lengua quechua con el pasado revela ser necesario pero insuficiente o –podría decirse quizás– peligroso si no se la conecta al presente.

Aquí entra la segunda vía y la que realmente otorga el carácter contemporáneo o ‘nacional’ al capítulo: la vía etnográfica. Pese a la carencia de las páginas correspondientes en el *Manuscrito de Arequipa*, es posible concluir que la sección que va de la página 112 tras la cita de un texto religioso del siglo XVII hasta la página 115 con la cita de un haraví o yaraví fue una adición de Rivero. Esta adición visiblemente interrumpe la redacción original: tras su fin, el capítulo regresa a la cita de fuentes textuales para una “literatura quechua” como el Ollantay, texto estudiado y publicado por Tschudi, y culmina con una referencia a otras lenguas andinas emparentadas con el quechua como el aimara y el puquina. Varias razones explican la autoría de esta adición y el sentido que debía introducir al discurso. En primer lugar, la enunciación del contenido del capítulo en el manuscrito lo circunscribe a asuntos netamente lingüísticos o filológicos: este era el propósito ‘erudito’ de Tschudi. Rivero respetó ese fraseo, pero agregó el encabezado mencionado líneas arriba que enlazaba el enfoque arqueológico con el estudio de una lengua (87), es decir, que ligaba el quechua al presente y no solo al pasado. En segundo lugar, el inicio de esta adición exhibe un claro ánimo de corrección ante los potenciales efectos discursivos de las citas religiosas previas ligadas al pasado. El pasaje inicia así: “Pero estas pruebas de la lengua son solo fragmentos poco aptos a dar una idea exacta de la construcción gramatical, o de las bellezas y particularidades de este interesante idioma, que es tan flexible” (112). ¿Por qué este tono correctivo, casi de advertencia, sobre lo anterior? El propósito es análogo al espíritu de la impronta geológica ante las ‘grandes preguntas’ o de la arqueología ante las nuevas ciencias del hombre: esquivar inadvertidas demandas disciplinarias, aquí filológicas, que impusieran una relación asimétrica entre lo local – la lengua quechua– y lo universal –la articulación simbólica de un mundo–.

No puede ser más elocuente, por lo tanto, que el primer ejemplo que Rivero introdujo fuese una composición poética en quechua que habla de un acto de carácter tecnológico. En efecto la

décima de Don M. M. Basagoitia elogia el logro de un cura de nombre Cabrera de crear un rebaño de crías cruzadas de paco y vicuña. A pie de página, se hace hincapié en el éxito del cruce, el cual Rivero personalmente examinó, y en su inserción en el mundo comercial: “Su lana blanca y negra es finísima, y de largo tiro; se ha traído a Europa, y se ve en la exposición de Londres” (112). Este logro tecnológico ganadero que dialoga con el mundo moderno mediante el comercio es enunciado en quechua a través de la décima. El contenido demuestra por qué Rivero escogió este y no otro poema: “Este tesoro [la cría híbrida], que al mismo oro excede, / Es el hallazgo de tu desvelo intenso / Entre tinieblas y entre luz naciente” (113). La cría es una manifestación tecnológica, creativa, del conocimiento y el mercado andinos. Más aun, su valoración en tanto acto tecnológico se representa en oposición a la riqueza metálica, al oro. Y era precisamente por esto, para Rivero, que su enunciación en quechua devenía poderosa. Esta vía etnográfica para conceptualizar el valor de la lengua y su lugar en la nación lleva a la siguiente expresión: “De la antigua poesía peruana han llegado pocos restos a nuestro conocimiento, aunque entre los Indios se conservan canciones muy hermosas de los tiempos pasados y muy dignas de formar una colección para imprimirse” (113). La memoria colectiva y la transmisión cultural sostienen la existencia de esta poesía, la cual no merece sino el adjetivo de ‘peruana’. La vía etnográfica no solo recomienda posar la mirada en las composiciones poéticas más recientes, sino en aquellos géneros cuya existencia en los Andes enlace tiempos y contextos. En este sentido, dentro de los géneros poéticos, Rivero destacó los haravís o yaravíes, a los que considera “[l]a parte más interesante de la poesía quechua” (114). La razón de esta preferencia reside en que son una constante en el mundo cultural andino, pero también en que son expresiones de una realidad humana universal: el tema tiende a ser “el amor desgraciado u olvidado” (114). La identificación de esta temática no deriva en una calificación

melancólica de la población, sino en la reafirmación del carácter universal de los yaravíes desde su localización cultural y en tanto vehículos de examinación de las emociones humanas¹³⁰.

Respecto de esta relación simétrica entre universalidad/localidad, es significativo que los versos citados por Rivero hayan sido tomados del *Mercurio peruano*. El anónimo artículo (1791) donde el poema apareció propuso el yaraví como una “inimitable clase de Música” (III: 288), es decir, como un género local que satisfacía los principios universales del arte musical. Este artículo provocó la respuesta de parte de otro anónimo autor (1792), quien criticó las ideas del primero y desacreditó la originalidad de los yaravíes: “De este mismo análisis resulta el conocimiento del poco mérito de esta especie de Música” (IV: 116). La polémica ocurrida en el periódico ilustrado no fue referida por Rivero y tan solo rescató la lectura del yaraví como género universal. Prescindir de ella puede leerse como la expresión del propósito ‘nacional’ que guiaba la reflexión alrededor del quechua: no había lugar para la degradación de este género andino ya que él era un vehículo para ligar pasado y presente. Además, tenía el atractivo de ser de temática melancólica, pero no dar pie a una esencialización o racialización de tal cualidad en la población. Esto explica por qué, en el siguiente capítulo “Cultura científica bajo la dinastía de los Incas”, el yaraví es retomado para explorar la música antes de la Conquista. En la línea general de interpretación respecto de algunas artes y ciencias, Rivero afirma que “es fuerza confesar que este arte se hallaba en su infancia” (138). No obstante, la mirada tecnológica no niega a la música indígena su condición de tal y, por

¹³⁰ Juan Carlos Estenssoro (1992) ha estudiado cómo, tras la rebelión de Túpac Amaru II, el yaraví fue apropiado por la élite virreinal a fin de reducir cualquier significación de autonomía política o histórica en dicho género andino, ya que un tema preferido por los yaravíes era el canto por la muerte del inca. Estenssoro señala: “Es solo en ese momento, liberado de su carga política y desvinculado del grupo indio, que los criollos adheridos a la estética neoclásica y con el claro apoyo oficial harán del yaraví un elemento de su propia identidad” (189). Es interesante, por un lado, que Rivero recupere la representación del yaraví como un género de esencia indígena; por otro lado, debe leerse como concomitante con su proyecto general el hecho de presentar la temática del género en relación con temas de amor y no sobre la pasada ‘grandeza política’ inca.

tanto, la pertinencia del diálogo entre sistemas culturales. El *Manuscrito* muestra que, desde la versión arquetípica del texto, la vía etnográfica era contemplada para el estudio y reconstrucción del saber musical prehispánico (19). En otras palabras, aunque ‘científicamente’ la música se hallase “en su infancia”, se insistió en la constancia de una práctica cultural cuyo estudio debía derivar en una sistematización de conocimientos: “Existen aun varias tonadas antiguas muy melodiosas que pueden servir para averiguar los conocimientos músicos de los antiguos Peruanos” (135). A esta vinculación entre temporalidades –de formulación similar en el *Manuscrito*–, Rivero agregó una frase en la versión impresa: “Para formar una idea de esta música, insertaremos aquí la de tres haravís” (135), a la que le siguen tres partituras. Esta inserción debe leerse en la línea de lo planteado para la lengua quechua: la perspectiva arqueológica convierte en ‘nacionales’ estas prácticas. El objetivo último, más que el reconocimiento de la belleza musical, reside en constatar en la población indígena la existencia de una práctica cultural que liga pasado y presente a causa de su capacidad para crear un conocimiento y transmitirlo. Su valor es etnográfico y arqueológico, lo cual en este caso, además de lo propiamente musical, señala que el componente lingüístico de los yaravíes es un contribuyente para la creación de una literatura nacional.

Conclusión

Las antigüedades era entes del pasado, pero podían hablarnos también del presente y del futuro. El anticuarianismo nórdico, el cual tenía la peculiaridad de ser nacionalista a la vez que anti-imperialista, fue un modelo que permitió elevar la cultura material andina a un diálogo universal desde su localización. La variable que dio originalidad al discurso anticuario resultante, sin embargo, provino del dominio de Rivero por excelencia: la minería. El descenso a las minas andinas, sobre cuyo mundo social pesaba un aura melancólica, operó como la vía para articular las

vetas emancipadoras que el proyecto de *Antigüedades peruanas* se planteó desde 1828. La urgencia no era meramente disciplinaria, sino contemporánea: el destino republicano del Perú estaba en crisis. La cultura material andina, junto a su lengua y otras formas de expresión, podían constituir no solo un objeto de estudio sino la “mina arqueológica” donde hallar las directrices que rearticulasen los fragmentos que conformaban la nación.

El destino de los fragmentos pareció ser una obsesión en Rivero. No necesariamente tenían que ser estos concretos restos de una materialidad pre-existente, sino componentes del espacio de la nación que vagaban sin sentido. El mundo indígena, pasado y presente, flotaba bajo el manto de la República con esa condición. El “diálogo tecnológico” devino una perspectiva epistemológica, pero también un dispositivo narrativo. El conocimiento y la representación caían en su ámbito de acción e influencia. En este sentido, el proyecto total supuso una temprana mirada antropológica sobre el mundo andino. La melancolía y la degeneración impuestas al presente indígena, la realidad que Rivero conoció, debían desplazarse de todo discurso sobre el Perú. Al respecto, la relación entre pasado y presente contenida en el término *acullico*, divulgada en una revista concebida desde el prestigio de las ciencias naturales y bajo las demandas de una república naciente, debe considerarse un ejemplo mínimo dentro de una visión más compleja. Este cruce de temporalidades, como se ha intentado demostrar, buscó confrontar premisas y paradigmas que imponían –ante todo– una visión melancólica sobre la historia, población y territorio andinos. En el amplio discurso de la representación, el Perú estaba llamado a convertirse en una república moderna por ser capaz de reinventarse en la senda tecnológica que siempre habitado en él.

Sara Castro-Klarén afirma que el proyecto de Rivero, en comparación con el de Garcilaso, fue “in a way even more daunting” (288). El esfuerzo de Garcilaso por enlazar el universo andino con la epistemología e historiografía renacentistas fue titánico, pero Rivero desarrolló su empresa

en un contexto disciplinario más violento contra los saberes no-europeos, en una realidad política criolla más excluyente tras la rebelión de Túpac Amaru II y en un mundo social indígena más fragmentado y alejado de sus prácticas nativas. Puede plantearse una comparación ligeramente diferente a partir de estas ideas. Desde la premisa neoplatónica de la prefiguración, Garcilaso creó un relato: el mundo inca –su estructura social, política y cultural– habría preparado a la población andina para recibir la religión católica. Rivero reivindicó el pasado peruano para otro gran relato, esta vez liberal y republicano, de cara al siglo XIX: la cultura material prehispánica era la expresión transhistórica de la capacidad tecnológica de la población andina y de su innata facultad para pertenecer, junto a todos los peruanos, al mundo moderno. Visión prefigurativa en Garcilaso y fuerza tecnológica transhistórica en Rivero son dos relatos maestros para conceptualizar los Andes.

CONCLUSIONES

La escritura del fuego subterráneo

Tras finalizar su circunnavegación, el HMS *Beagle* regresó a Inglaterra en octubre de 1836. Alentado por el geólogo Charles Lyell, Charles Darwin escribió su primer trabajo científico a fines de ese año en Cambridge. Lyell creía que los datos recogidos por Darwin en el sur de Chile, donde había presenciado y estudiado los efectos del terremoto del 20 de febrero de 1835, otorgarían pruebas de campo para sus teorías de elevación de la Tierra. El joven Darwin leyó su texto el 4 de enero de 1837 en sesión oficial de la *Geological Society* en Londres. Sin embargo, antes de darle la palabra, el presidente de la *Society* anunció que había recibido de la *Foreign Office* la traducción de un artículo publicado en el diario chileno *El Araucano*. El artículo –comunicó a la audiencia– disenta “entirely from the belief that earthquakes have produced vertical changes level on the coast of Chili” (*Proceedings* 446). El presidente agregó que había también llegado la copia de una carta del Cónsul británico en Chile, el coronel John Walpole, al Secretario de Asuntos Exteriores, Lord Palmerston. La carta, leída en parte durante la sesión, “strongly supported” (466) las ideas del artículo enviado. El autor de dicho artículo geológico no era sino Mariano de Rivero.

Es más que anecdótico que, en la primera presentación científica de Darwin, un artículo de Rivero se le opusiera e incluso contase con el apoyo del representante del Gobierno Británico en el lugar de los hechos discutidos. Entre mediados de 1835 e inicios de 1836, Rivero había estudiado geológicamente los alrededores de Santiago y Valparaíso, publicado sus resultados y enviado los mismos a París a su ex profesor de geología, su “respetable Maestro” Alexandre Brongniart, para recibir consejo antes de darles forma definitiva (Ms Rivero 1836). Brongniart editó el estudio y lo publicó (Rivero 1836). El artículo enviado a la *Geological Society* era otro, publicado quizás meses después al enterarse de que el geólogo de la expedición a bordo del *Beagle*, el joven Darwin, era

seguidor de Lyell, cuyas teorías disputaban las de sus exprofesores Brongniart y Cuvier. Aunque las ideas del geólogo inglés sobre la elevación de la Tierra terminarían por demostrarse, la disputa entre Rivero y Darwin nos habla de la red científica internacional a la que el peruano pertenecía y en la cual gozaba de credibilidad. En este sentido, no es vano agregar que el único texto científico en la biblioteca del *Beagle* escrito por un autor latinoamericano era la “Memoria sobre el rico mineral de Pasco”, quizás entregada por Rivero mismo a Darwin o al capitán Robert FitzRoy en Chile¹³¹. Claro, en 1836, el viaje del *Beagle*, aunque importante para la red científica británica, era una expedición más entre muchas otras, ya que no se podía vislumbrar el impacto futuro de las investigaciones de Darwin sobre el origen de las especies. Pese al anacronismo, es revelador que la trayectoria de Rivero se cruzase directamente con los dos científicos más famosos del siglo XIX: Humboldt y Darwin. Y es más revelador que una ciencia específica uniese las reflexiones de estos tres hombres: la geología. Cada uno, en función de sus redes, contingencias y obsesiones, asimiló esta creativa ciencia moderna hacia un destino propio. Rivero, científico de formación europea pero de vocación americana, la encauzó hacia una ruta menos académica y más política. Habiendo desarrollado desde los Andes peruanos una suerte de conciencia colonial al reflexionar sobre cómo las disciplinas restringían el libre estudio de la naturaleza y la historia, su adopción del saber en circulación no fue pasiva sino rearticuladora dentro de sus redes, además de atenta a las urgencias del presente nacional. Como el fuego subterráneo de los volcanes –tema geológico por excelencia–

¹³¹ De vuelta a Inglaterra, Darwin se procuró la publicación francesa de Rivero sobre la geología de Santiago y la comentó por carta con el geólogo y anticuario inglés Samuel Woodward en 1843. Los archivos Darwin en Cambridge, según la información en línea disponible, guardan la copia de la memoria sobre las minas de Pasco, su referencia manuscrita en los diarios de a bordo y la carta a Woodward. Darwin no menciona a Rivero a su paso por Chile ni en su famoso *Journal* de 1839 ni en su *Geological Observations on South America* de 1846. No es de extrañar, pues incluso las menciones a Claudio Gay, científico francés por entonces director del Museo de Historia Natural en Santiago, son escasas. Los pormenores del contacto entre Rivero y la expedición del *Beagle* durante su estancia en Chile queda aún pendiente de investigación.

que nunca descansa y siempre transforma la materia, su escritura se vio impregnada de una fuerza que, para el joven Perú republicano, representó una vía discursiva de emancipación.

Rivero y Darwin fueron humboldtianos, como el primero lo reconociese desde 1821 en su debut científico y el segundo en su *Autobiografía* (Cannon 87). La visión totalizadora y humanista del prusiano cautivó a ambos. Sin embargo, nunca se es solo un seguidor o, mejor dicho, serlo no supone cargar con una limitación para el pensamiento libre¹³². Humboldt mismo se lo comunicó así a Rivero en 1822 antes de que este regresase a América. Como se explicó, no es posible identificar a Rivero como un intelectual decimonónico para quien América se definía a través de sus recursos naturales y la élite dominante a través del derecho sobre ellos. Estos, ciertamente, eran cruciales para la economía de la región y su integración al capitalismo mundial, pero la necesidad explotarlos no era incompatible con la creación de conocimiento y bienestar político. Lógicamente –aunque no para los detractores contemporáneos de Humboldt–, esta certeza era sentido común para varios científicos de espíritu ilustrado en la primera mitad del siglo XIX, en quienes el “abuse of formal logic” (Gerbi xvii) de los *philosophes* no tenía lugar y el positivismo post-darwiniano no llegaría. Las ciencias naturales, como las sociales y las humanas, estuvieron sí impregnadas de variables ideológicas y exigencias disciplinarias, como el “étude philosophique” de *Vues des cordillères* lo demuestra, pero a su vez ellas mismas ofrecían premisas y métodos que –juzgados en su contexto– otorgaban vías emancipadoras. Es posible que esto sorprenda, ya que Rivero fue uno de los pocos latinoamericanos, sino el único, que tuvo en verdad a Humboldt como mentor y protector. Puede argumentarse que la divergencia de sus visiones minera, anticuaria e

¹³² Laura Dawson Walls señala acerca de las divergentes rutas de Humboldt y Darwin: “The difference, for there surely is one, lies in their different purposes. Darwin was proposing a scientific theory, Humboldt a humanistic world-view. Darwin in *Origin* needed the basic mechanism of natural selection to drive evolution toward the ever increasing diversity of forms that so delighted Humboldt; Humboldt in *Cosmos* needed the basic truth of natural harmony to drive the Cosmos away from the Hobbesian war of all against all” (2009: 237).

histórica se dio no solo porque el peruano tuvo muchos otros modelos –como su, este sí, ‘maestro’ Brongniart–, sino también porque la cercanía entre ellos fue decididamente científica y no asimétricamente cultural.

El discurso crítico reciente derivado de los estudios culturales, poscoloniales y subalternos ha devenido en una sofisticada, documentada y poderosa apuesta por desmontar las pretensiones hegemónicas de las disciplinas e ideologías modernas, así como su legado eurocéntrico. La puesta en escena de agentes periféricos y no oficiales ha ampliado y enriquecido el análisis de categorías como modernidad, nación, ciencia y tecnología. Sin embargo, esta literatura crítica ha producido, un punto ciego: se ha hecho difícil incluir de modo constructivo a personajes ligados a los circuitos e instituciones oficiales. En la coordenada decimonónica, Rivero –blanco, criollo, educado en Europa, ligado al capital inglés y corresponsal de sociedades– es un inmediato sospechoso del eurocentrismo más descalificador. Y claro, ¿cómo considerar periférico a un científico que a los 21 años sustentó su primer trabajo en la *Académie des Sciences* bajo la aprobación de Humboldt y Cuvier, o cuya educación londinense lo llevó a fundar compañías mineras junto a miembros del Parlamento británico? ¿Cómo calificar de alternativo a un anticuario que publicó un libro carísimo en Viena, que consiguió se tradujese al inglés por partida doble en solo 2 años y que hasta se lo entregó personalmente al Rey Leopoldo I de Bélgica¹³³? No se puede esperar en él el periferismo institucional o la subalternidad cultural que el discurso crítico parece preferir y, a veces, juzgar como únicas vías para explorar creativamente los vaivenes de la experiencia moderna.

En el actual contexto académico y político de reafirmación de particularismos e identidades locales como vía para confrontar el eurocentrismo, el filósofo colombiano Santiago Castro-Gómez

¹³³ En su condición de Cónsul General, Rivero pidió una audiencia con el Rey Leopoldo I de Bélgica en diciembre de 1851 para entregarle un ejemplar de *Antigüedades peruanas* (Ms Rivero 1851a; 1851b). La audiencia se realizó el domingo 18 de enero de 1852 a las 2 de la tarde (Ms Ministère 1852).

(2018) ha hecho una interesante observación al respecto. Siguiendo a pensadores latinoamericanos como Enrique Dussel y Aníbal Quijano, y a europeos como Jacques Rancière y Slavoj Žižek, Castro-Gómez recuerda que el eurocentrismo “no es más que una forma específica de plantear la relación entre universalidad y particularismo que procede de la Ilustración” (191). Y en ese sentido, propone un diagnóstico y una meta para los estudios latinoamericanos:

Debemos entender que la mejor forma de combatir el colonialismo y el eurocentrismo no es recluyéndose en las particularidades culturales y negando la universalidad por considerarla un instrumento en manos del colonizador; al contrario, la lucha por la decolonización debe hacerse afirmando la universalidad. Pero no se trata, de una universalidad abstracta que niega la particularidad (es decir, el universalismo), sino de una universalidad concreta que se construye a través de la particularidad. Hacer lo contrario, negar toda universalidad con el objetivo de liberar las particularidades oprimidas por el colonialismo, no es solo un gravísimo error político, sino también un mecanismo [conservador] de despolitización. (193)¹³⁴

El proyecto de Rivero –sin pretender una equivalencia– puede rescatarse a la luz de los desafíos contemporáneos esbozados por Castro-Gómez. Funcionario sin estado y científico sin academia, su caso permite estudiar la circulación del conocimiento en la temprana república, pero también los vaivenes de una creativa apuesta por enlazar lo local y lo universal. Su proyecto presenta una visión de raíz moderna donde la cuestión de la universalidad no fue un obstáculo sino una vía para conceptualizar emancipadoramente los Andes desde su local particularidad.

¿Qué rescatar de esta apuesta? La de Rivero no fue una apuesta excepcional ni atípica, sino acorde con la convicción republicana de vivir un tiempo nuevo. Buscó conjugar las tradiciones científicas locales y nuevos modelos disciplinarios de universalización del conocimiento.

¹³⁴ En el 2000, Castro-Gómez había planteado una crítica similar en relación con los estudios culturales y la visión de Jean François Lyotard en *The Postmodern Condition*. Aunque reconocía los efectos positivos de tales perspectivas, Castro-Gómez señaló que se había generado una atmósfera ideológica en la que referirse a términos como totalidad, sistema-mundo e incluso periferia se había convertido en un tabú ya que se asociaban de inmediato a una perspectiva esencialista. En ese momento, propuso que el reto de las ciencias sociales y las humanidades era “aprender a nombrar la totalidad sin caer en el esencialismo y el universalismo de los metarelatos” (158).

Epistemologías e historiografías locales se forjaron en el mundo hispano a finales del XVIII como alternativas a la “would-be universality of European learning and society” (Pimentel 30)¹³⁵. Rivero mismo, cuyo padre Antonio de Rivero junto a Hipólito Unanue promovió reformas políticas ilustradas desde la Prefectura de Arica, fue producto de dicha cultura científica. Sin embargo, esta estaba enraizada en el barroco hispano, de modo que su potencial emancipador se veía disminuido por la mezcla de jerarquía social y práctica corporativista. El distanciamiento discursivo de Rivero de motivos como la abundancia metálica para la escritura minera, de la grandeza política para la anticuaria y de la melancolía para la cultural, halla su explicación en esta conciencia del legado colonial local. Sin embargo, ello no condujo a la negación de esa tradición. La asimilación de las nuevas disciplinas de inicios del siglo XIX intentó rearticularla a fin de modelar un puente para la universalización de todo lo local, lo prehispánico y lo español. Esto no es atípico sino natural para un científico de su formación¹³⁶. El principio esencial, como lo declarase en el “Prospecto” del *Memorial*, era la comunicación. Las ciencias, el conocimiento y la escritura nacían de ese diálogo.

Dentro de las mismas coordenadas epistemológicas e historiográficas que conformaban la modernidad decimonónica, entonces, Rivero confrontó ciertas premisas legadas por la tradición académica a fin de armar un relato que no excluyese de la temporalidad moderna ni la naturaleza andina ni la historia prehispánica. En otras palabras, buscó convertir la pretensión de universalidad

¹³⁵ Al respecto, a partir del caso mexicano y sus antigüedades, Miruna Achim señala: “De la misma forma, más allá de las visiones prevalecientes sobre la Ilustración mexicana como copia tardía de la europea, los debates anticuarios de 1792-94 en la Ciudad de México nos invitan a repensar la Ilustración en México como un intento de diálogo entre el conocimiento local y sistemas universalistas de clasificación y como tráfico fecundo de conceptos, objetos, libros e intereses” (2009: 26).

¹³⁶ Annick Lempérière (2019) ha coordinado un volumen de artículos que lleva el título de “Scientific Republics”. Sobre el periodo de acción de Rivero aquí estudiado, señala: “Science and knowledge have become meaningful issues regarding the consolidation of states and nations in the late 19th century. This period runs parallel to the affirmation of the positivist paradigm and the integration of Latin America into the world economy. However, scholars of Latin America are only just beginning to take an interest in the intermediary period stretching from the Enlightenment to scientism. Conventional wisdom still considers these decades as ‘lost’, whether in the area of state building, economic performance or the social and cultural integration of mixed and heterogeneous populations” (en línea).

en una fuerza transatlántica: hacerla nacer relacionalmente desde entes donde las exigencias disciplinarias no permitían hallarla. Los Andes poscoloniales exhibían un mundo de fragmentos dispersos, las ‘varias ruinas’, que debían reorientarse hacia una nueva articulación. La ‘ruina’ encarna aquello que, estando o habiendo estado dentro de algún sistema mayor (inca, español o republicano), había perdido significación y agencia participativa. La perspectiva tecnológica de raíz franco-alemana proveniente del gremio ingenieril modeló la mirada de Rivero y, junto a la convicción geológica sobre la temporalidad e historicidad de los fragmentos, dirigió su mirada al Perú contemporáneo tras el descenso a las minas subterráneas.

En la minería, todo era particularmente difícil. El discurso de la abundancia metálica había dominado la reflexión sobre el territorio andino. Este, sin embargo, debía subordinarse, ya que no solo obstruía en la práctica la renovación cívico-burocrática del rubro, sino que esencializaba en la representación la melancolía de ese mundo social y sus participantes. Una premisa emergió para la reinterpretación del universo minero: la búsqueda de la articulación entre hombre y territorio. Desde esa premisa, el proyecto editorial del *Memorial* nació: el saber debía circular y construirse en la comunicación. Esta incluía no solo a criollos, sino a indígenas, esclavos y sujetos periféricos como los *cámatas*, doctores itinerantes de los Andes. En 1848, la escritura minera incorporó a la historia, y el archivo adquirió centralidad. En esta etapa, la nueva premisa fue que la articulación con el territorio era una constante pese a lo transitorio de los vaivenes históricos, culturales y políticos. Los escritos de la nueva etapa europea, así como la labor consular, no harían sino encauzar las premisas tempranas hacia una velada crítica del régimen político creado por el Estado guanero: el Perú había nuevamente recaído en las coordenadas del discurso de la abundancia e hipotecado el futuro. La agricultura, entonces, pasará a ser la nueva obsesión de Rivero: ella no

solo pasaba por una intensa renovación y crecimiento, sino que alentaba el intercambio de saberes locales y mundiales. El mundo andino, ancestral y presente, tenía mucho que decir al respecto.

En la escritura anticuaria, la búsqueda de ejes articuladores con presencia sostenida en el territorio se intentó resolver a través del diálogo tecnológico entre la cultura material nativa y el lenguaje moderno de las artes y las ciencias. La proyección de su primacía cultural, social y política hacía devenir tal lenguaje en el vocabulario y la sintaxis más poderosos para sostener una nueva representación del pasado peruano. La mirada científico-ingenieril fue la base epistemológica de esta convicción dialogante y expansiva. Este proyecto, como se explicó en el segundo capítulo, debía primero identificar las perniciosas demandas disciplinarias de la escritura anticuaria y sacar el objeto de estudio de tales coordenadas. Había una disputa que la historia y la cultura material andinas debían confrontar en dos frentes: uno epistemológico, contra sistemas filosóficos, ‘grandes preguntas’ o ciencias modernas como la etnología que las des-individualizaban, des-localizaban y subordinaban en el edificio del conocimiento; y otro historiográfico, contra el discurso hispano y criollo que legitimaba la primacía de temáticas como la grandeza política y la riqueza metálica. El anticuarianismo nórdico, con su prédica archivística amplificadora y su práctica arqueológica localizada, otorgó la legitimidad necesaria para superar el paso tomado en 1841: las antigüedades pasaron de la impronta geológica descriptiva que las resguardaba a las coordenadas de un objeto de estudio científico. Este desenlace no fue sino el que Rivero buscó desde 1828 cuando propuso las antigüedades como “objeto de grande interés para los conocimientos humanos”: ellas devenían entes conmensurables para la escritura de la historia de las artes y las ciencias, peruana y universal.

El rescate que el anticuarianismo nórdico había hecho de los vikingos era un modelo sobre el lugar del pasado dentro de la formación nacional. Sin embargo, no era una receta: la élite de la nueva república no estaba conformada por los descendientes directos de los incas. En tanto el

pasado inca y sus vestigios eran una variable central en la representación del Perú, se debía procurar que la reivindicación no residiese en la grandeza política, ya que esta temática derivaba en motivos como la degradación y la melancolía, histórica y contemporánea. La “mina arqueológica” y el “diálogo tecnológico” fueron las formulaciones de tal convicción. El énfasis en el diálogo entre “las artes [andinas] y la humanidad [universal]” no pretendió la identificación de paradigmas europeos en los Andes prehispánicos, sino la confirmación de que ambos sistemas culturales compartían la demanda tecnológica de solucionar problemas concretos, transmitir conocimientos y asegurar la vida futura en sociedad. Esta convicción lo guio desde su arribo al Perú en 1826 hasta su fatal “viaje bibliotecológico” a España en 1856: ni curiosidades ni reliquias, la historia y la cultura material prehispánicas podían hablarnos sobre el presente si se miraba en ellas su dimensión tecnológica. El subterráneo de las minas peruanas era la metáfora del encuentro con la historia y la referencia constante para pensar las ‘varias ruinas’ prehispánicas en el presente. El relego del “Perú antiguo” del torrente de una historia intelectual que se entendía a sí misma como universal era una problemática que debía enfrentarse con el archivo, el trabajo de campo y la pluma tecnológica. Tras la Independencia, el Perú republicano no podía entrar a su nueva era histórica con ese problema irresuelto. La fuerza tecnológica nativa perceptible en los fragmentos de su cultura material debía no solo devenir ontológicamente conmensurable sino también antropológicamente contemporánea.

Este proyecto fue moderno, científico y liberal, pero no evidencia el entendimiento de la modernidad que dominaría el devenir de los discursos decimonónicos en los Andes. La perspectiva tecnológica en Rivero no incitó ni el típico borramiento ni la abierta subordinación de saberes locales. Puede plantearse que ella, con las limitaciones señaladas, se enfrentó a un entendimiento determinista de la temporalidad moderna, de modo que esta resultó siendo concebida de manera

más fluida. La independencia que la geología había demostrado dentro del discurso de la Historia Natural, junto a la demanda cívica y universal de la mentalidad ingenieril, contribuyeron a que las fuerzas directrices que estaban dando sustancia y estructura al mundo industrial y a sus discursos hegemónicos fuesen rearticulados desde una clara conciencia de la localidad andina, su historia y sus urgencias. Debe notarse, sin embargo, que esto no debe leerse como una posición relativista dentro de la modernidad, dado precisamente el origen científico-europeo de la mirada matriz. Podría leerse más bien a la luz del actual desafío de la antropología de buscar ir más allá de la crítica a los discursos hegemónicos ya elaborada por la categoría de ‘constructo social’. Al respecto, Ron Eglash (2006) afirma para el caso de la historia crítica de la tecnología:

The challenge for anthropologists is not to dislodge the singularity of one form, but rather to avoid the simple adaptation assumption for the multiplicity of forms. Just as historians have been tempted by a technological determinism that assures us that it could not have been otherwise, the temptation for anthropologists [today] is to use a kind of reductive ecological determinism to explain this variation. [...] That is not to say ecological adaptation is irrelevant to their views [...]; the question is how contingency and necessity co-evolve. (333)

Siendo la perspectiva tecnológica impulsada por Rivero una empresa integradora de discursos, saberes y prácticas a través de la comunicación, puede plantearse que ella lo llevó hacia un enfoque donde la contingencia y la necesidad ocupaban el centro de la reflexión. La contingencia era dictada principalmente por el difícil territorio andino: una costa desértica con estrechos valles naturales y una escarpada cordillera con poca tierra cultivable. Por otra parte, la necesidad estaba signada por la organización social: teocrática en el Incario, imperial en la Colonia, republicana en el presente. En tanto cada época se enfrentaba al mismo territorio y velaba por su estructura social, era el acto tecnológico de cada una lo que hacía posible la inclusión de todas en el discurso nacional y moderno sobre el Perú. La historicidad de las ‘varias ruinas’ tenía varios ángulos de lectura, pero Rivero juzgó el tecnológico como el más adecuado para integrar los frentes local y universal.

Como se explicó, la urgencia histórica de la perspectiva tecnológica provino del contexto de las guerras civiles ocurridas en las tres primeras décadas de la República. Las ‘varias ruinas’, es decir, los fragmentos de todos los intentos de articulación, pasados y presentes, se reproducían melancólicamente en tal escenario. Es en este sentido que la perspectiva tecnológica puede verse como una alternativa dentro de la ideología del republicanismo. A las guerras civiles, las seguiría un tiempo de relativa estabilidad durante las dos presidencias del general Ramón Castilla (1845-1851; 1855-1862). La calma política provino del boom exportador del guano, el excremento de aves costeras cuyo poder fertilizante había promovido un súbito mercado en Europa. La ‘República guanera’ era dependiente de su mercancía estrella desde el punto de vista fiscal (como luego lo sería del salitre). En la representación, la idea de la nación peruana era dependiente, una vez más, de la abundancia de un recurso natural. El republicanismo de Castilla, pese a sus logros, se basó en la tradición patrimonialista y pactista de profundas raíces en el Perú (Gootenberg 1989: 74; McEvoy, 1999: 258). Las respuestas a la ‘prosperidad falaz’ fueron varias, pero la más consistente dentro de la ideología del republicanismo fue la del Partido Civil y su líder Manuel Pardo y Lavalle, quien sería presidente entre 1872 y 1876. Carmen McEvoy (1997) ha señalado que el Partido Civil, en su campaña de 1871, buscó “[e]l rescate del papel fundamental del trabajo”, el cual habría de traer “orden, progreso, decencia y dignidad a una sociedad corrompida por la economía guanera” (83). McEvoy califica el programa de Pardo como “República práctica”, una modalidad dentro del republicanismo que unía el ímpetu cívico del periodo de la Independencia y un ímpetu “artesanal de corte democratizante” (1999: 255) donde los sectores productores —no guaneros— daban curso a sus demandas para insertarse en la economía nacional. *La Revista de Lima* (1859-1962) fue el órgano cívico que daría vida al Partido Civil y difusión a su preocupación por el buen uso de los recursos de exportación y por la industrialización del país (Gootenberg 75; McEvoy 2013: 255).

Las coincidencias entre el programa liberal del Partido Civil y las críticas tardías de Rivero al ‘Estado guanero’ son evidentes. Más aun, es ilustrativo que, en el primer número de *La Revista de Lima*, José Antonio García y García –miembro del Partido Civil– escribiese una semblanza de Rivero para inaugurar la serie “Americanos ilustres”. García propuso una “suscripción nacional” (497) a fin de repatriar los restos de Rivero desde Bélgica y erigir un monumento. No obstante, la ‘República práctica’ de Pardo y la visión de Rivero tenían una diferencia de origen: mientras el primero había vislumbrado el futuro del Perú desde sus reflexiones en el bello y productivo valle interandino de Jauja (McEvoy 2013: 242), Rivero lo haría desde las profundidades de las minas subterráneas. Pardo creía en el valor del trabajo individual, en los grupos de interés económico, en la materialidad de la riqueza, en la tecnología y en el asociacionismo (McEvoy 2013: 243). Rivero era cercano a todo ello, pero se había formado en una tradición donde era central la identificación de fragmentos que probaban una fuerza transhistórica tecnológica. Por eso, su vuelco hacia la agricultura al final de su vida en Europa no fue ni políticamente utópica como en Pardo ni culturalmente virgiliana como lo sería para el escritor Juan de Arona. Fue plenamente tecnológica: como las minas subterráneas y las antigüedades donde sus ‘ruinas’ eran fragmentos de una historia por contar, la agricultura andina era la manifestación transhistórica de una comunidad que había sabido articularse con su difícil territorio, producir alimentos y transmitir el conocimiento.

La ‘República tecnológica’ de Rivero y su ‘varias ruinas’ articuladas buscaban legitimar un entendimiento regionalista de la nación. En ello, se distinguió de la atávica rivalidad entre Lima y Cusco. Desde el siglo XVIII, el discurso étnico criollo originado en Lima rivalizaba con la ex capital inca, disputa que no desapareció con la República sino que tomó otras formas dentro de los esfuerzos por construir una memoria política. Túpac Amaru, entre otros rebeldes indígenas, fue reivindicado desde el Cusco en franco contraste con el discurso patriota limeño de los héroes de la

Independencia (Velázquez, 2008: 211). Esta posición regionalista frente a Lima, sin embargo, se asociaba al imaginario inca de la grandeza política, como la literatura y el discurso histórico cusqueños lo ejemplificaban. El republicanismo de Rivero se ubica en la coordenada asociada a la ciudad de Arequipa, capital decimonónica según el historiador Jorge Basadre. Arequipa respondía a un imaginario comercial e industrial que se expresaba en sus variadas manufacturas, el libre comercio y una avanzada agricultura¹³⁷. Rivero fue producto de esta autonomía arequipeña desde su historia familiar a fines de la Colonia hasta cuando se ‘exilió’ en la hacienda Pachaquí. En tanto su reflexión política se forjó en las minas de Cerro de Pasco, de Puno y de Cajamarca, no es extraño que en el texto anticuario de 1841 la escena romántica del relato no ocurriese en Cusco sino en los vestigios de Chavín de Huántar en la provincia de Ancash en el norte del país.

La ‘República tecnológica’ puede precisarse a través de la comparación con el rumbo que la noción de tecnología tomó en los Estados Unidos. John Kasson (1976) sostiene que, desde la declaración de Independencia en 1776, el desarrollo tecnológico material y los abstractos valores republicanos se retroalimentaron durante todo el siglo XIX y mostraron la dificultad constante de armonizar uno con el otro (vii-ix). Desde una noción de tecnología anclada en lo material, Kasson considera al intelectual Ralph Waldo Emerson como el mejor ejemplo del proceso dialéctico entre tecnología y republicanismo. En sus publicaciones y diarios, Emerson desarrolló un debate sobre el carácter de la libertad creativa y el perfeccionamiento moral en una sociedad tecnológica (114). Pese a los reveses que la tecnología sufriría, Emerson siguió creyendo que ella era buena, pero que

¹³⁷ Desde la historia económica, Paul Gootenberg señala a este respecto: “In post-independence, the fundamental faultline of regional conflict was a north-the *limeno* north versus the *arequipeno* southern coast. The sources of the north-south differentiation were many: distinctive institutional colonialism, the centrifugal force of 1820s balkanisation, contrasting new forms of overseas penetration, the dichotomous pull of Pacific and Atlantic basin economies, overarching patterns of regional rise and decline, and rival visions for integrating the new country of Peru. By the 1830s, however, the north-south conflict had crystallised and polarized around one central issue: commercial policy or, to put it at its simplest, the north's 'protectionism' versus the south's 'free trade'” (273).

la sabiduría que emanaba del contacto directo con el mundo era mejor: “Machinery is good, but mother-wit is better”, escribió en sus diarios (Kasson 128). Por ello, para la década de 1850, su respuesta no fue renunciar a ella, sino subordinarla a la vida moral e imaginativa. En *The Conduct of Life* (1860), dio forma y mito a estas ideas: reafirmó la necesidad de la tecnología y el desarrollo industrial para la república, pero reservó el rol estelar al implícito acto de invención, pues en él se encarnaba “a spiritual act” (132, Emerson citado por Kasson). El paralelo y la diferencia con Rivero provienen, una vez más, de su formación como geólogo e ingeniero de minas. El peruano creía también en una suerte de “spiritual act”, pero este no era ajeno a su noción de tecnología sino integral: el discurso de las artes y las ciencias hablaba de la capacidad inventiva y articuladora de un grupo humano. Ella era legible en la minería, la agricultura y toda actividad que organizase el cuerpo social, desde los primeros habitantes del Perú hasta los modernos.

En este sentido, Rivero es más cercano al discípulo más famoso de Emerson, Henry David Thoreau. Devoto lector de Humboldt y de muchos otros científicos como Darwin, Thoreau siguió la mirada empírica del prusiano “to advance an alternative tradition of romantic science and literature that looked toward ecological approaches to nature and that was suppressed, then forgotten, by later organicist interpretations” (Walls 1995: 4). Su atención a los fragmentos y la posibilidad de articularlos fueron los ejes de su reflexión natural. Desde fines de la década de 1840 y durante la de 1850, desarrolló un pensamiento que recurrió a variadas disciplinas –científicas y humanísticas– a fin de diseñar una visión total. Humboldtiano también, pero científico por varias otras rutas, Rivero no se interesó por una teoría natural total como su ex mentor, Darwin o Thoreau. Su carácter práctico y su compromiso con el Perú monopolizaron su escritura, que nunca tomó una ruta filosófica o metafísica. La idea del Perú era la que necesitaba de un relato unificador. Sin embargo, como la “alternative tradition” de Thoreau, la noción de tecnología forjada desde las

minas subterráneas se desvaneció en un entendimiento focalizado en las maquinarias. Común como fue crear una narrativa nacional en el siglo XIX, la perspectiva tecnológica de Rivero fue olvidada cuando el poder del ‘Estado guanero’ reimpuso la abundancia, el positivismo cooptó las ciencias y el romanticismo melodramático sujetó la representación del pasado y presente indígena.

El epígrafe de este trabajo es un fragmento de una entrada en el diario de Thoreau del 22 de julio de 1851. Estas líneas nos hablan de la necesidad del discurso científico para la examinación empírica de la naturaleza, pero nos advierten del peligro de arrojarnos de inmediato a la expresión de una verdad desde nuestra experiencia. Devoto de Humboldt (y de Darwin), Thoreau sabía que la ciencia lo conduciría a la comprensión, pero también sabía que el influjo poético debía crear el “interval between the impression & the expression” (331). La poesía era en él la semilla que habría de ‘germinar naturalmente’ una articulación nueva. En Rivero, la perspectiva tecnológica era más política dado el destinatario de sus escritos y más histórica dada la fragmentación del Perú a lo largo del tiempo. No obstante, no por ello dejó de ser poética: la convicción geológica de que los fragmentos eran narrables puso el ‘intervalo’ entre impresión y expresión, y fue por ello también una apuesta por el poder del lenguaje. El resultado fue una narrativa sobre el Perú que se asemejaba al fuego subterráneo de los volcanes: transhistórico, contingente y siempre en transformación.

* * *

Una frase célebre del intelectual Jorge Polar en su estudio sociológico, *Arequipa* (1891), se ha convertido en el lema de esta ciudad andina: “No se nace en vano al pie de un volcán” (222). Tras los descalabros políticos y militares del siglo XIX, la alusión de Polar al volcán Misti que gobierna el paisaje de la ciudad aludía a las insurgencias que nacieron en ella, entre otras la que permitió el retorno de Castilla al poder en 1854. En el proyecto de Rivero, arequipeño también, el volcán y su fuego subterráneo en tanto metáforas tuvieron otra plasmación. Su escritura del fuego

subterráneo era consciente de que el poder geológico de esos fuegos podía representarse como un agente que minaba la vida en los Andes, es decir, desembocar en la mirada melancólica. Sin embargo, esos fuegos eran a su vez la fuerza eterna que había creado desde tiempos inmemoriales la vida misma. Sentir, pensar y escribir desde el fuego subterráneo significaba ser consciente de su poder creativo, dialogante y anti-melancólico. Ante los retos del presente, la vía no era el poder de la insurgencia política como en Polar, sino la capacidad tecnológica de la articulación.

Me gustaría, para finalizar, ofrecer un ejemplo anticuario más sobre la vinculación entre pasado y presente a través del tratamiento que Rivero dio al quipu a lo largo su proyecto. Las tempranas crónicas coloniales habían registrado clara y unánimemente los usos del quipu para la administración pública y para la memoria histórica. La ilustrados noreuropeos del siglo XVIII, sin embargo, disputaron estas ideas y redujeron las capacidades del quipu a la de un primitivo aparato de nula o poca efectividad¹³⁸. Dentro de la “Disputa del Nuevo Mundo”, Rivero se encuentra en el bando de los defensores del quipu; sin embargo, como se explicó en el capítulo segundo, esta disputa nunca fue el eje de su reflexión, ya que las posiciones ilustradas noreuropeas solo merecían “una ligera observación” y las americanas una puesta entre paréntesis de sus sistemas filosóficos o ‘grandes preguntas’. La primera visión de Rivero sobre los quipus se encuentra en un artículo del *Memorial*, correspondiente al número de octubre de 1828 pero publicado en abril de 1829. La condición del quipu como sistema de escritura o registro es enunciada con una frase contundente: “...es un punto de que nadie duda” (526); y se agrega que el objetivo central “consiste en llegar a entenderla [la escritura]” (526). En 1841, se insiste en que fue un mecanismo aritmético y también

¹³⁸ Para Cornelius De Pauw, por ejemplo, los quipus eran simples aparatos que ayudaban a una población que había escasamente desarrollado su capacidad de memoria, ya que no podían “to remember in the afternoon what they did in the morning” (en Cañizares-Esguerra 2001: 119). Juzgó por igual al sistema pictográfico azteca: “Mexicans had made almost no progress in the art by means of which the memory of things past and historical events is perpetuated” (en Cañizares-Esguerra 2001: 119). Por otra parte, William Robertson aseguró que los quipus habían contribuido poco “towards preserving the memory of ancient events and institutions” (en Cañizares-Esguerra 2001: 123).

narrativo para almacenar y transmitir “los acaecimientos más notables del imperio” (14). En 1851, lógicamente, tales premisas se mantienen, pero se agrega el calificativo de “ciencia” (105). Ya que la reflexión sobre el quipu está en el “Capítulo V”, es difícil saber cuáles ideas corresponden a Tschudi y cuáles a Rivero originalmente. Aunque ambos debieron compartir las premisas generales, el *Manuscrito* permite identificar un par de detalles sobre qué le preocupaba a Rivero. Primero, para introducir el dibujo del quipu desenterrado por él en Pachacámac (imagen 6), agregó que era “un fragmento de este documento” (104), es decir, reafirmó su índole archivística. En esa línea, es interesante que Tschudi escribiese que “los quipus valían ~~per~~ como documentos y crónicas” (Ms 24), es decir, que se corrigiese a sí mismo de verlos al mismo nivel que las vías occidentales de almacenamiento de información histórica. Rivero, para la versión final, insertó uno de los términos preferidos de la conmensurabilidad buscada por el diálogo tecnológico: “...estos quipus *suplían* a los documentos y crónicas” (105, énfasis mío).

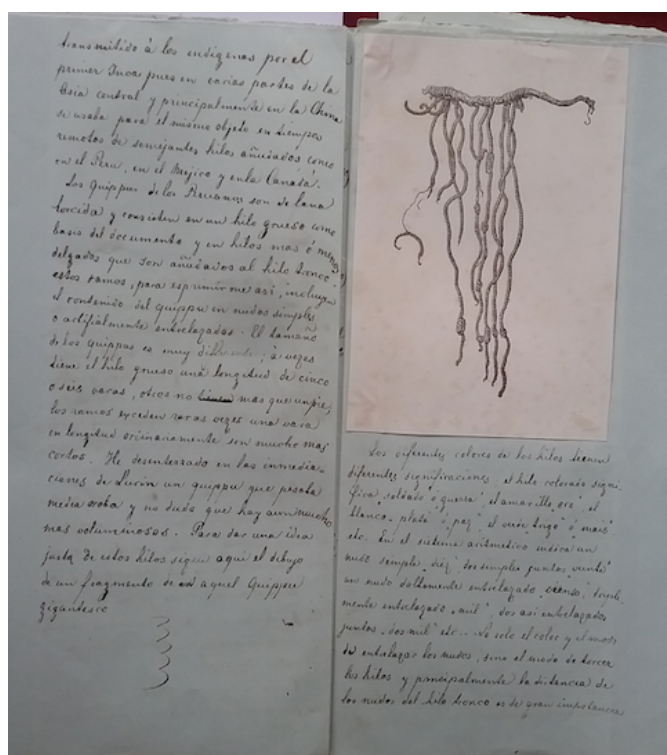


Imagen 6. Quipu. *Manuscrito de Arequipa*, Capítulo 5, pp. 22-23, Museo Regional de Arequipa.

El quipu era un logro de las sociedades andinas prehispánicas, pero su intrínseca capacidad para transmitir información y conocimientos debía hacerse dialogar con el presente. En 1851, se señaló: “Nos consta que hay todavía en las provincias meridionales del Perú algunos Indios que saben bien descifrar estos títulos entrelazados; mas guardan su ciencia como un sagrado secreto heredado de sus abuelos” (106). El tono esotérico del pasaje se halla casi igual en el *Manuscrito* (25-26), de manera que es difícil saber por esa vía cómo Rivero veía la conexión de temporalidades y prácticas para el caso del quipu. Sin embargo, en 1857, al publicar su *Colección de memorias* en Bruselas, reimprimió el artículo de 1828/29 y agregó unos párrafos que refrasearon lo dicho en *Antigüedades peruanas*. Aquí describió brevemente el mismo quipu desenterrado en Pachacámac, pero fue más contundente sobre la naturaleza de dicha práctica cultural, la cual no merecía sino ser llamada “[l]a ciencia del *quipucamayoc*” (II, 84). La conexión con el presente siguió la línea abierta en 1851, pero sin tono esotérico y con mayor precisión etnográfica sobre los usos actuales:

Todavía se encuentran hoy día en las punas los *quipucamayos* que llevan cuenta cabal y exacta del número de ovejas que están a cargo de los pastores, así como de las nacidas o perdidas que se notan en las majadas. También en ciertas parroquias de indios se hace uso de estos cordones pegándolos a una tabla, para indicar el número de habitantes que hacen los feligreses en los días de enseñanza de la doctrina cristiana. (II, 84)

Nombrar *quipucamayos* a quienes mantenían esta práctica cultural no fue un gesto gratuito, sino la expresión de una idea: en tanto mecanismo de articulación, el quipu demostraba su capacidad de adaptación a la nueva realidad económica. Introducida por los españoles, la cría de ovejas era omnipresente en los Andes, de modo que llevar su contabilidad en quipus confirmaba la utilidad de estos y su adecuación “cabal y exacta” en el presente. A la luz de estos párrafos, no extraña que Rivero decidiese colocar la imagen del quipu de Pachacámac en la contratapa (imagen 7) de su *Colección de memorias*, publicada a cinco meses de morir. Esta decisión editorial parecía sugerir a sus lectores que el conjunto de sus trabajos –geológicos, mineros, anticuarios, estadísticos,

agrarios, etc.– no podía tener mejor ‘envoltura’ que un quipu: administración pública y memoria histórica eran atributos compartidos por ambos. Y aunque parezca un detalle anodino, vale mencionar que, si comparamos el quipu de 1851 con el de 1857 –tanto el impreso dentro del texto (II, 77) como el de la contratapa– este último presenta más nudos. La suma de todos estos era como la historia del Perú que Rivero deseaba que se escribiese: una donde todos ataran un nudo más¹³⁹.

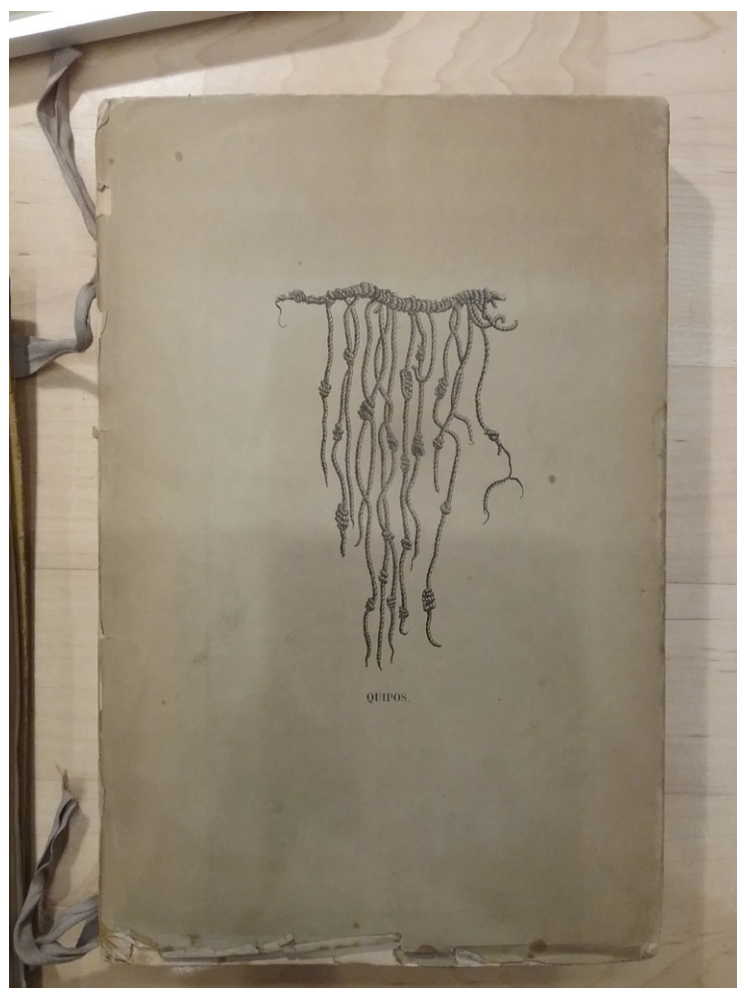


Imagen 7. Contratapa de la *Colección de memorias científicas, agrícolas e industriales*, 1857. Biblioteca Real de Dinamarca, Copenhague.

¹³⁹ Entre todos los ejemplares de la *Colección de memorias* que he revisado en bibliotecas de América y Europa, solo he encontrado uno que no está empastado, el cual me ha permitido notar esta significativa decisión editorial de Rivero. El ejemplar, que está dedicado y firmado, se conserva en la Biblioteca Real de Dinamarca en Copenhague, repositorio donde descansa además una de las más grandes ‘ruinas’ del Perú: el manuscrito de Guamán Poma de Ayala.

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes manuscritas

Archivo General de la Nación, Colombia

1822. “Contrata Zea-Rivero” París, 1 de mayo de 1822. Sección Colecciones. Fondo: Enrique Ortega Ricaurte. Serie: Generales y Civiles. Caja 98, Carpeta 86, folio 25.

Archivo General de la Nación, Perú.

1821-28. “Documentos del Tribunal de Minería. 1821-1828”. Archivo General de la Nación. Archivo Colonial. T-M RE1. Cajas: 48-49.

1826. “Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. 1826”. Archivo General de la Nación. Archivo Republicano O.L. 145. Caja 49. Documentos 826-845.

1827a. “Junta de Mineros de Pasco al Ministerio de Hacienda”. Cerro de Pasco, 20 de julio de 1827. Archivo General de la Nación, Sección República. P.L 7 – 244.

1827b. “Hacienda al Director de Minería”. Lima, 8 de octubre de 1827. Archivo General de la Nación. Sección Colonial. Tribunal de Minería. TM – RE1. Caja 48. Documento 22. Folio 44.

1827c. “Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1827”. Archivo General de la Nación. Archivo Republicano O.L. 164. Caja 73. Documentos 1347-1381.

1827-1828. “Varios documentos”. Octubre de 1827 - Febrero de 1828. Archivo General de la Nación, Sección República. P.L 8 – 31.

1828. “Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1828”. Archivo General de la Nación. Archivo Republicano. O. L. 175. Caja 97. Documentos 693-746.

1829. “Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1829”. Archivo General de la Nación. Archivo Republicano. O.L. 186. Caja s/n. Documentos 525-577.

École des mines de Paris

S/f *Procès-Verbaux des séances du Conseil de l'École Royale des mines de Paris*. Bibliothèque de la *École de mines de Paris*. [Dos tomos sin clasificación].

Humboldt, Alexander von.

1822. “Carta de Alexander von Humboldt a Simón Bolívar”. *Cartas dirigidas al Libertador, París 1822*. Biblioteca Luis Ángel Arango, Sección Manuscritos. BR.BLAA.SLRM, MSS 141.

Irisarri, Antonio José de.

1821. “Carta de Antonio José de Irisarri al Ministro de Relaciones Exteriores”. Londres, 21 de noviembre de 1821. *Archivos Documentales*, Sala Medina. Biblioteca Nacional de Chile. AD número 16011.

Ministère des Affaires étrangères, Commerce extérieur et Coopération au Développement du Royaume de Belgique

1841. “Ministre des Affaires Etrangères au Ministre du Interieur”. 17 de noviembre de 1841. *Correspondance Belgique – Pérou*. Ministère des Affaires Etrangères. Direction des Archives. Dossier 4109. [Folios sin numeración, ordenados por fecha]

1851. “Lettre au Ministère des Affaires étrangères”. 11 de diciembre de 1850. Archives diplomatiques. *Pérou, Consulat du Belgique*. 1488, folio 14.

1852. “Lettre à Mariano de Rivero, Consul Général du Peru”. Bruxelles, 13 de enero de 1852.

Archives diplomatiques. *Pérou, Consulat du Belgique*. 1488, folio 25.

Piérola, Nicolás de

1828. “Nicolás de Piérola al Ministerio de Hacienda”, Lima, 8 de abril de 1828. Archivo General

de la Nación, Perú. Archivo Republicano. O. L. 175. Caja: 97. Documento 707.

Rivero y Ustáriz, Francisco de

1838. “Lettre à Mess. Finn Magnusson et C. Rafn, du Comité de la Société R. des Ant. Du Nord”.

Puno, 29 de junio de 1838. *Breve til Det Kongelige Nordisk Oldskriftselskab* [Letters to The Royal Society of Northern Antiquaries] Francisco de Rivero, Nr. 1229. Archivo de la ex Sociedad de Anticuarios del Norte, Museo Nacional de Dinamarca.

Rivero y Ustáriz, Mariano de

s/f “Lista de rocas”. Biblioteka Jagiellońska, Berol. *Ms. Nachlass von A. v. Humboldt*, 15.

Nachlass Alexander von Humboldt Bd. 15, Bl. 89-92

1822a. “Carta a Alexander von Humboldt”. La Guayra, 7 de diciembre de 1822. Staatsbibliothek

zu Berlin Preussischer Kulturbesitz, *Alexander von Humboldt, Nachlässe und Autographe*.

Nachlab A. v. Humboldt, gr. Kasten 4, Nr. 14.15, Bl. 53-54a.

1822b. “Carta a Adolphe Brongniart”. La Guayra, 8 de diciembre de 1822. Bibliothèque du

Muséum national d'histoire naturelle, Paris. Manuscrits et archives scientifiques.

Correspondance de Adolphe Brongniart. Ms 1970/346.

- 1823a. “Carta a Alexander von Humboldt”. Maracay, 15 de febrero de 1823. Staatsbibliothek zu Berlin Preussischer Kulturbesitz, *Alexander von Humboldt, Nachlässe und Autographe*. Nachlab A. v. Humboldt, gr. Kasten. 4, Nr. 14.15, Bl. 55-56.
- 1823b. “Carta a Alexander von Humboldt”. Bogotá, 8 de octubre de 1823. Staatsbibliothek zu Berlin Preussischer Kulturbesitz, *Alexander von Humboldt, Nachlässe und Autographe*. Nachlab A. v. Humboldt, gr. Kasten. 4, Nr. 14.15, Bl. 57-58.
- 1823c. “Carta a Adolphe Brongniart”. Bogotá, 14 de noviembre de 1823. Bibliothèque du Muséum national d'histoire naturelle, Paris. Manuscrits et archives scientifiques. *Correspondance de Adolphe Brongniart*. Ms 1970/347.
- 1825a. “Carta al Ministro del Interior”. Bogotá, 3 de marzo de 1825. Archivo General de la Nación, Colombia. Sección República. Fondo Historia. Tomo III. Folio 676.
- 1825b. “Carta a Alexander von Humboldt”. Bogotá, 21 de abril de 1825. Staatsbibliothek zu Berlin Preussischer Kulturbesitz, *Alexander von Humboldt, Nachlässe und Autographe*. Nachlab A. v. Humboldt, gr. Kasten. 4, Nr. 14.15, Bl. 59-60.
- 1825c. “Brief von Mariano de Rivero an Alexander von Humboldt”. [Carta a Alexander von Humboldt]. Popayán, 1 de octubre de 1825. Biblioteka Jagiellońska, Berol. *Ms. Nachlass von A. v. Humboldt*, 8. DE-611-HS-2991483. Nachlass Alexander von Humboldt Bd. 8/1 Bl. 294-296.
- 1825d. “Carta a Adolphe Brongniart”. Bogotá, 21 de abril de 1825. Bibliothèque du Muséum national d'histoire naturelle, Paris. Manuscrits et archives scientifiques. *Correspondance de Adolphe Brongniart*. Ms 1970/348.
- [1826?] “Alturas barométricas de varios puntos de la cordillera de los Andes”, Biblioteca Nacional del Perú. Sección Manuscritos. Ms. F746.

- 1826a. “Plan para un Museo de Historia Natural”. S/f [1826]. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo colonial. Tribunal de Minería. TM– RE 1. Legajo 5. Documento 06. Folios 1-2.
- 1826b. “Plan General de Estudios”. S/f [1826]. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo colonial. Tribunal de Minería. TM– RE 1. Legajo 52. Documento 06. Folios 3-4.
- 1826c. [“Plan para una Sociedad Fomentadora Peruana”]. S/f [1826]. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo colonial. Tribunal de Minería. TM– RE 1. Legajo 52. Documento 06. Folios 5-6.
- 1826d. “Proyecto para una Dirección general de Minas”. S/f [1826]. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo colonial. Tribunal de Minería. TM– RE 1. Legajo 52. Documento 06. Folios 7-11.
- 1826e. “Plan para una Escuela de Minas”. S/f [1826]. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo colonial. Tribunal de Minería. TM– RE 1. Legajo 52. Documento 06. Folios 12-13.
- 1826f. “Carta a Alexander von Humboldt”. Lima, 1 de febrero de 1826. Staatsbibliothek zu Berlin Preussischer Kulturbesitz, *Alexander von Humboldt, Nachlässe und Autographe*. Nachlab A. v. Humboldt, gr. Kasten. 4, Nr. 14.15, Bl. 61-62.
- 1826g. “Proyecto de un Ateneo Peruano”. Lima, 4 de marzo de 1826. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo colonial. Tribunal de Minería. TM– RE 1. Legajo 52. Documento 06. Folio 36.
- 1826h. “Carta a Adolphe Brongniart”. Lima, 10 de marzo de 1826. Bibliothèque du Muséum national d'histoire naturelle, Paris. Manuscrits et archives scientifiques. *Correspondance de Adolphe Brongniart*. Ms 1970/349.
- 1826i. “Carta al señor Dr. José Paredes”. Lima 13 de marzo de 1826. TM– RE 1. Legajo 52. Documento 06. Folios 23.

- 1826j. “Carta al Ministro del Interior”. Lima 14 de marzo de 1826. TM– RE 1. Legajo 52. Documento 06. Folios 23-24.
- 1826k. “Carta a Simón Bolívar”. Lima mayo 15 de 1826. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo colonial. Tribunal de Minería. TM– RE 1. Legajo 52. Documento 06. Folio 32.
- 1826l. “Informe al Ministro de Hacienda”. Lima, 7 de junio de 1826. Archivo General de la Nación, Perú. Tribunal de Minería. TM – RE 1. Legajo 52. Documento 06. Folio 35.
- 1826m. “Carta a Alexander von Humboldt”. Lima, 21 de junio de 1826. Staatsbibliothek zu Berlin Preussischer Kulturbesitz, *Alexander von Humboldt, Nachlässe und Autographe*. Nachlab A. v. Humboldt, kl. Kasten 7b, Nr. 41.
- 1827a. “Informe al Ministro de Hacienda”. Cerro de Pasco, 3 de junio de 1827. Archivo General de la Nación, Perú, Sección República. P.L 7 – 181.
- 1827b. “Informe al Ministro de Hacienda”. Cerro de Pasco, 21 de junio de 1827. Archivo General de la Nación, Perú, Sección República. P.L 7 – 197.
- 1827c. “Carta al Ministro de Hacienda”, Cerro de Pasco, 20 de julio de 1827. Archivo General de la Nación, Perú, Sección República, O.L. 164, caja 73, documento 1367.
- 1827d. “Informe al Ministro de Hacienda”. Cerro de Pasco, 26 de setiembre de 1827. Archivo General de la Nación, Perú, Sección República. P.L 7 – 315.
- 1828a. “Carta al Ministro de Hacienda”. Cerro de Pasco, 20 de febrero de 1828. *Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1828*. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo republicano. O. L. 175. Caja: 97. Documento: 701.
- 1828b. “Carta al Ministro de Hacienda”. Cerro de Pasco, 22 de febrero de 1828. “Varios documentos”. Octubre de 1827 - Febrero de 1828. Archivo General de la Nación, Sección República. P.L 8 – 31.

- 1828c. “Carta al Ministro de Hacienda”. Cerro de Pasco, 31 de marzo de 1828. *Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1828*. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo republicano. Ministerio de Hacienda. O. L. 175. Caja: 97. Documento: 716.
- 1828d. “Carta a Adolphe Brongniart”. Cerro de Pasco, 3 de julio de 1828. Bibliothèque du Muséum national d'histoire naturelle, Paris. Manuscrits et archives scientifiques. *Correspondance de Adolphe Brongniart*. Ms 1970/350.
- 1828e. “Carta al Ministro de Hacienda”, Cerro de Pasco, 30 de octubre de 1828. *Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1828*. Archivo General de la Nación, Perú, Sección República, O.L. 175. Caja: 97. Documento: 737.
1829. “Carta al Ministro de Hacienda”. Lima, 19 de junio de 1829. *Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1829*. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo republicano. O. L. 186. Caja: s/n. Documento: 542.
1830. “Carta a Alexandre Brongniart”. Santiago, 11 de febrero de 1830. Bibliothèque du Muséum national d'histoire naturelle, Paris. Manuscrits et archives scientifiques. *Correspondance d'Alexandre Brongniart*. Ms 1967/648.
1832. “Brief von Mariano de Rivero an Alexander von Humboldt”. Lima, 22 de febrero de 1832. Biblioteka Jagiellońska, Berol. Ms. *Nachlass von A. v. Humboldt*, 15. Nachlass Alexander von Humboldt Bd. 15, Bl. 89-92.
1836. “Carta a Alexandre Brongniart”. Valparaíso, 19 de marzo de 1836. Bibliothèque du Muséum national d'histoire naturelle, Paris. Manuscrits et archives scientifiques. *Correspondance d'Alexandre Brongniart*. Ms 1967/648a.
1844. “Carta a la Comisión Anti-Colombina de la América”. Lima, 10 de diciembre de 1844. *Breve til Det Kongelige Nordiske Oldskriftselskab [Letters to The Royal Society of Northern*

- Antiquaries*] 1825-1864, M.E. de Rivero, Nr. 1862. Archivo de la ex Sociedad de Anticuarios del Norte, Museo Nacional de Dinamarca.
- 1845a. “Carta al Ministro de Gobierno”. Lima, 11 de marzo de 1845. Archivo General de la Nación, Perú, Sección República.
- 1845b. “Informe al Ministro de Gobierno”. Cerro de Pasco, 23 de junio de 1845. Archivo General de la Nación, Perú, Sección República. P.L 25 – 109.
- 1846a. “Carta al Ministro de Gobierno”. Cerro de Pasco, 8 de febrero de 1846. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo republicano. Ministerio de Hacienda. O. L. 325. Caja: s/n. Documento: 1256.
- 1846b. “Carta al Ministro de Gobierno”. Cerro de Pasco, 13 de junio de 1846. Archivo General de la Nación, Perú. Archivo republicano. Ministerio de Hacienda. O. L. 325. Caja: s/n. Documento: 1384.
1847. “Lettre a Monsieur Charles C. Rafn, Secrétaire perpetual de la Societé Royale des Antiquaries du Nord”. Lima, 14 de marzo de 1847. *Breve til Det Kongelige Nordiske Oldskriftselskab* [*Letters to The Royal Society of Northern Antiquaries*], 1825-1864. M.E. de Rivero, Nr. 1862. Archivo de la ex Sociedad de Anticuarios del Norte, Museo Nacional de Dinamarca.
- 1851a. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores del Reino de Bélgica”. Bruselas, 11 de febrero de 1851. *Pérou, Consulat du Belgique*. 1488, folio 9. Archives diplomatiques. Ministère des Affaires étrangères, Commerce extérieur et Coopération au Développement du Royaume de Belgique.

- 1851b. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 14 de febrero de 1851.
Correspondencia del Consulado de Bélgica. 1851. 8-3-B, Caja 78, carpeta 7, folio 1. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1851c. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 14 de febrero de 1851.
Correspondencia del Consulado de Bélgica. 1851. 8-3-B, Caja 78, carpeta 7, folio 6. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1851d. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 14 de febrero de 1851.
Correspondencia del Consulado de Bélgica. 1851. 8-3-B, Caja 78, carpeta 7, folio 6. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1851e. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 13 de setiembre de 1851.
Correspondencia del Consulado de Bélgica. 1851. 8-3-B, Caja 78, carpeta 7, folio 42. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1851f. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 14 de octubre de 1851.
Correspondencia del Consulado de Bélgica. 1851. 8-3-B, Caja 78, carpeta 7, folio 48. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1851g. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 13 de noviembre de 1851.
Correspondencia del Consulado de Bélgica. 1851. 8-3-B, Caja 78, carpeta 7, folio 50. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1851h. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 13 de diciembre de 1851.
Correspondencia del Consulado de Bélgica. 1851. 8-3-B, Caja 78, carpeta 7, folio 64-70. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1851e. “Lettre au Ministre des Affaires-Etrangères de S. M. le Roi des Belges”. Bruselas, 24 de diciembre de 1851. *Pérou, Consulat du Belgique.* 1488, folio 18. Archives

diplomatiques. Ministère des Affaires étrangères, Commerce extérieur et Coopération au Développement du Royaume de Belgique.

1851f. “Lettre au Secrétaire du Ministre des Affaires-Etrangères de S. M. le Roi des Belges”.

Bruselas, 28 de diciembre de 1851. *Pérou, Consulat du Belgique*. 1488, folio 21. Archives diplomatiques. Ministère des Affaires étrangères, Commerce extérieur et Coopération au Développement du Royaume de Belgique.

1852a. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 13 de enero de 1852.

Correspondencia del Consulado de Bélgica. 1851. 8-3-B, Caja 81, carpeta 18, folio 4. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.

1852b. “Lettre a la Societé Royale des Antiquaries du Nord”. Bruselas, 25 de mayo de 1852.

Breve til Det Kongelige Nordiske Oldskriftselskab [Letters to The Royal Society of Northern Antiquaries], 1825-1864. M.E. de Rivero, Nr. 1862. Archivo de la ex Sociedad de Anticuarios del Norte, Museo Nacional de Dinamarca.

1853. “Carta al Sr. Secretario del Congreso”. Lima, 16 de agosto de 1853. [sin clasificación].

Biblioteca Nacional del Perú, Sección Manuscritos.

1854. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores del Reino de Bélgica”. Bruselas, 7 de marzo de

1851. *Pérou, Consulat du Belgique*. 1488, folio 45. Archives diplomatiques. Ministère des Affaires étrangères, Commerce extérieur et Coopération au Développement du Royaume de Belgique.

1855. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores del Reino de Bélgica”. Bruselas, 9 de abril de

1851. *Pérou, Consulat du Belgique*. 1488, folio 52. Archives diplomatiques. Ministère des Affaires étrangères, Commerce extérieur et Coopération au Développement du Royaume de Belgique.

- 1856a. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 14 de marzo de 1856. *Servicio Consular del Perú. Bruselas, Bélgica. 1856.* 8-3-B, Caja 101, carpeta 4, folio 16. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1856b. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 29 de julio de 1856. *Servicio Consular del Perú. Bruselas, Bélgica. 1856.* 8-3-B, Caja 101, carpeta 4, folio 32-33. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1856c. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 13 de agosto de 1856. *Servicio Consular del Perú. Bruselas, Bélgica. 1856.* 8-3-B, Caja 101, carpeta 4, folio 37. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1856d. “Carta al Ministro de Relaciones Exteriores”. Bruselas, 30 de noviembre de 1856. *Servicio Consular del Perú. Bruselas, Bélgica. 1856.* 8-3-B, Caja 101, carpeta 4, folio 51-52. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.
- 1856e. “Carta al Ministro Residente en Londres”. Bruselas, 9 de diciembre de 1856. *Correspondencia recibida de las diversas representaciones, de embajadas y consulados del Perú, de instituciones y particulares. 1856.* 5-17-E, Caja 100, carpeta 2, folio 40. Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Lima.

Rivero, Mariano de y Nicolás de Piérola

1827. “Carta al Ministro de Hacienda”. Lima, 26 de setiembre de 1827. *Ministerio de Hacienda. Dirección General de Minería. Año 1827.* Archivo General de la Nación, Perú. Archivo republicano. O. L. 164. Caja: 73. Documento: 1373.

Rivero, Mariano de y Johann Jakob von Tschudi. *Manuscrito de Antigüedades peruanas*.

Autógrafo de Johann Jakob von Tschudi. Museo Regional de Arequipa. Sin clasificación.

Fuentes impresas

Aceves, Patricia. “Intercambios científicos en la Nueva España: una nueva lectura de la comisión minera”. Diez Torre, Alejandro; Mallo, Tomás; y Pacheco Fernández, Daniel, coord. *De la ciencia ilustrada a la ciencia romántica. Actas de las II Jornadas sobre “España y las expediciones científicas en América y Filipinas”*. Madrid: Doce Calles, 1995, pp. 359-375.

---. “La difusión de la química de Lavoisier en el Real Jardín Botánico de México y en el Real Seminario de Minería (1788-1810)”. *Quipu*, 7.1 (1990): 5-35.

Achim, Miruna. *From Idols to Antiquity. Forging the National Museum of Mexico*. Lincoln/London: University of Nebraska Press, 2017.

---. “Maleta de doble fondo y colecciones de antigüedades: Ciudad de México ca. 1830”. *Museos al detalle: colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870*. Irina Podgorny y Miruna Achim, coords. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2014, pp. 99-125.

---. “Setenta pájaros africanos por antigüedades mexicanas: canjes de objetos y la formación del Museo Nacional de México (1825-1867)”. *L’Ordinaire Latino-américain* 212 (2010), pp. 13-32.

---. “Signos y piedras: la literatura anticuaria en búsqueda de la historia mexicana”. *Entre textos e imágenes: representaciones antropológicas de la América indígena*. Madrid: CSIC, 2009, pp. 17-26.

Achim, Miruna e Irina Podgorny. “Introducción. Descripción densa, historia de la ciencia y las prácticas del coleccionismo en los años de la revolución, la guerra y la independencia”.

- Museos al detalle: colecciones, antigüedades e historia natural, 1790-1870*. Miruna Achim e Irina Podgorny, coords. Rosario: Prohistoria Ediciones, 2014, pp. 15-26.
- Acosta, José de. *Historia natural y moral de las Indias*. Edición de Fermín del Pino Díaz. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.
- Adorno, Rolena. “La historia de los incas narrada desde el norte: relejendo a William Prescott”. *El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y.* Tomo I. Javier Flores Espinoza y Rafael Varón, eds. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002, pp. 109-24.
- Aguillon, Louis. *Notice Historique de l'Ecole des Mines de Paris*. Paris: Vve. Ch. Dunod, Éditeur, 1889.
- Alaperrine-Bouyer, Monique. *Mariano Eduardo de Rivero en algunas de sus cartas al barón Alexander von Humboldt*. Arequipa: Centro de Estudios arequipeños, UNSA, 1999.
- Albury, W. R. and D. R. Oldroyd. “From Renaissance Mineral Studies to Historical Geology, in the Light of Michel Foucault's ‘The Order of Things’”. *The British Journal for the History of Science* 10.3 (1977): 187-215.
- Alcalde Mongrut, Arturo. *Mariano Eduardo de Rivero*. Lima: Editorial Universitaria, 1966.
- . “Mariano de Rivero, Pioneer of Mining Education in South America”. *Chymia* 9 (1964): 77-95.
- . “La obra científica de Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz”. *Boletín de la Sociedad Química del Perú*, 23 (1957): 210-220.
- . “Mariano de Rivero”. *Revista de la Escuela Militar de Chorrillos* 32 (1957): 421-28.
- . “El “Memorial de Ciencias Naturales”, Lima 1827-1828. Contribución a la bibliografía de Mariano E. de Rivero y Ustáriz”. *Boletín Bibliográfico de la Universidad Nacional de San Marcos* 24 (1954): 82-150.

- Alcina Franch, José. *Arqueólogos o anticuarios. Historia antigua de la Arqueología en la América española*. Barcelona: Serbal, 1995.
- . *Manual de arqueología americana*. Madrid: Aguilar, 1965.
- Anderson, Benedict. *Imagined communities: reflections on the origin and spread of nationalism*. London/New York: Verso, 2006.
- Arona, Juan de [Pedro Paz Soldán y Unanue]. *Diccionario de Peruanismos*. 2 volúmenes. Lima: Peisa, [1975?].
- . *Cuadros y episodios nacionales. Y otras poesías, nacionales y diversas*. Lima: Imprenta Calle de Melchormalo, 1867.
- Baldon, [¿?]. “Note sur les recherches sur les momies péruviennes entreprises à l’occasion d’une communication de M. Payen”. *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l’Académie des sciences*. Tome LIV, Janvier-Juin. Paris: Mallet-Bachelier, 1862, pp. 1197-98.
- Barrera-Osorio, Antonio. *Experiencing nature: the Spanish American empire and the early scientific revolution*. Austin: University of Texas Press, 2006.
- Basadre, Jorge. *Historia de la República del Perú*. Lima: Editorial Universitaria, 1969.
- Bello, Andrés. “Historia de la conquista del Perú por W. H. Prescott” (1848). *Obras completas de don Andrés Bello. Volumen VII. Opúsculos literarios i críticos*. Santiago de Chile: Impreso por Pedro G. Ramírez, 1884, pp. 175-201.
- . “Modo de estudiar la historia” (1848). *Obras completas de don Andrés Bello. Volumen VII. Opúsculos literarios i críticos*. Santiago de Chile: Impreso por Pedro G. Ramírez, 1884, pp. 119-25.

- . "Modo de escribir la historia" (1845). *Obras completas de don Andrés Bello. Volumen VII. Opúsculos literarios i críticos*. Santiago de Chile: Impreso por Pedro G. Ramírez, 1884, pp. 107-17.
- . "Investigaciones sobre la influencia de la conquista i del sistema colonial de los españoles en Chile, memoria presentada a la universidad en la sesión solemne de 22 de setiembre de 1844 por don José Victorino Lastarria" (1844). *Obras completas de don Andrés Bello. Volumen VII. Opúsculos literarios i críticos*. Santiago de Chile: Impreso por Pedro G. Ramírez, 1884, pp. 71-88.
- Beckman, Ericka. *Capital Fictions: The Literature of Latin America's Export Age*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2013.
- Berlin, Isaiah. *Political Ideas in the Romantic Age*. Princeton & Oxford: Princeton University Press, 2014.
- Berquist, Emily. *The Bishop's Utopia. envisioning improvement in colonial Peru*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2014.
- . "Bishop Martínez Compañón's Practical Utopia in Enlightenment Peru" *The Americas* 64.3 (2008): 377-408.
- Bhabha, Homi. "DiseemiNation: time, narrative and the margins of the modern nation" *The location of culture*. London/New York: Routledge, 2004, pp. 199-244.
- . *Nation and narration*. London/New York: Routledge, 1990.
- Bigelow, Allison. "Conchos, colores y castas de metales: el lenguaje de la ciencia colonial en la región andina". *Umbrales*, 29 (2015): 15-48.
- Bille, Steen. *Beretning om Corvetten Galathea's reise omkring Jorden, 1845, 47 og 47*. Volume 3. Kjöbenhavn: B. Luno for C.A. Reitzel, 1851.

- Bijker, Wiebe E., Deborah G. Douglas, Thomas P. Hughes y Trevor Pinch, eds. *The Social Construction of Technological Systems*. Cambridge: MIT Press, 1987.
- Bonavia, Duccio. *Arqueología peruana: precursores*. Lima: Casa de la Cultura del Perú, 1970.
- Bonilla, Heraclio. Guano y burguesía en el Perú: el contraste de la experiencia peruana con las economías de exportación de Ecuador y Bolivia. Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1994.
- Boussingault, Jean Baptiste. *Mémoires. Tome I*. Paris: Chamerot et Renouard, 1892.
- Brading, David. *Los orígenes del nacionalismo mexicano*. Mexico: Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Educación Audiovisual y Divulgación, 1973.
- Brading, David and Harry E. Cross. "Colonial Silver Mining: Mexico and Peru". *The Hispanic American Historical Review*, 52. 4 (1972): 545-79.
- Bray, Francesca. "Only connect: Comparative, national, and global history as frameworks for the history of science and technology in Asia". *East Asian Science, Technology and Society: An International Journal* 6 (2012): 233-41.
- . "Technics and civilization in late imperial China: An essay in the cultural history of technology". *Osiris* 13 (1998): 11-33.
- Briggs, C. Stephen. "C. C. Rafn, J. J. A. Worsaae, archaeology, history and Danish national identity in the Schleswig-Holstein question". *Bulletin of the History of Archaeology* 15/2 (2005): 4-25.
- Brown, Kendall W. "El ingeniero Pedro Subiela y el desarrollo tecnológico en las minas de Huancavelica (1786-1821)". *Histórica*, 30.1 (2006): 165-84.
- Brown, Kendall W y Octavio Puche Riart. "Pedro Subiela: un alumno de Almadén en América". *Industria minera* 319 (1992): 29-38.

- Buechler, Rose Marie. "Technical Aid to Upper Peru: The Nordenflicht Expedition". *Journal of Latin American Studies*, 5.1 (1973): 37-77.
- Burke, Peter. "Images as Evidence in Seventeenth-Century Europe". *Journal of the History of Ideas* 64.2 (2003): 273-96.
- Cannon, Susan Faye. *Science in Culture: The Early Victorian Period*. New York: Dawson, 1978.
- Cañizares-Esguerra, Jorge, ed. *Entangled Empires: The Anglo-Iberian Atlantic 1500-1830*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2018.
- . "How derivative was Humboldt?: Microcosmic Narratives in Early Modern Spanish America and the (Other) Origins of Humboldt's Ecological Sensibilities". *Nature, empire, and nation: explorations of the history of science in the Iberian world*. Stanford: Stanford University Press, 2006, pp. 145-76.
- . *How to Write the History of the New World: Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*. Stanford: Stanford University Press, 2001.
- . "La Utopía de Hipólito Unanue: comercio, naturaleza, y religión en el Perú". *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1995, pp. 91-108.
- Castrillón, Alberto. "La expedición científica de Humboldt en América (1799-1804) y el surgimiento de la geografía de las plantas",. En Díez Torre, Alejandro; Mallo, Tomás; y Pacheco Fernández, Daniel, coord. *De la ciencia ilustrada a la ciencia romántica. Actas de las II Jornadas sobre "España y las expediciones científicas en América y Filipinas"*. Madrid: Doce Calles, 1995, pp. 285-93.

- Castro-Gómez, Santiago. “¿Qué hacer con los universalismos occidentales? Observaciones en torno al giro decolonial”. *Sujeto, decolonización, transmodernidad. Debates filosóficos latinoamericanos*. Madrid: Iberoamericana/ Verveurt, 2018, pp. 181-207.
- . “Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la “invención del otro”. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 2000, pp.145-61.
- Castro-Klarén, Sara. “The Nation in Ruins: Archaeology and the Rise of the Nation”. *The Narrow Pass of our Nerves: Writing, Coloniality and Postcolonial Theory*. Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana Vervuert, 2011, pp. 259-94.
- Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe: Postcolonial thought and historical difference*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Chambers, David W. y Richard Gillespie. “Locality in the History of Science: Colonial Science, Technoscience, and Indigenous Knowledge”. *Osiris* 15, *Nature and Empire: Science and the Colonial Enterprise* (2000): 221-40.
- Chaplin, Joyce. *Subject matter: technology, the body, and science on the Anglo-American frontier, 1500-1676*. Cambridge: Harvard University Press, 2001.
- Chatterjee, Partha. *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993.
- Chatzis, Konstantinos. “Les ingénieurs français au XIXème siècle (1789 – 1914). Émergence et construction d'une spécificité nationale”. *Bulletin de la Sabix* 44 (2009): 53-63.
- Chaumeil, Jean-Pierre. “Dos visiones del hombre americano. d’Orbigny, Marcoy y la etnología sudamericana”. *Bulletin de l’institute français d’études andines*. 32.3 (2003): 459-466.
- Chesneau, Gabriel. *L’Écoles des mines*. Paris: 39, rue Godot-de-Mauroy, 1931.

- Cobb, Gwendoly Ballantine. *Potosí y Huancavelica, bases económicas del Perú, 1545-1640*. La Paz, Bolivia: Academia Boliviana de la Historia: Banco Minero de Bolivia, 1977.
- Coloma, César. *Los Inicios de la arqueología en el Perú, o, “Antigüedades Peruanas” de Mariano Eduardo de Rivero*. Lima: Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo, 1994.
- Compte rendue. “Mémoire sur les momies péruviennes” *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des sciences*. Tome XLIV, Janvier-Juin. Paris: Mallet-Bachelier, 1857, pp. 620-21.
- Contreras, Carlos. *Mineros y campesinos en los Andes: mercado laboral y economía campesina en la sierra central, Siglo XIX*. Lima: IEP, 1987.
- Contreras, Carlos, and Marcos Cueto. *Historia del Perú Contemporáneo*. Lima: IEP, 2007.
- Copello, Juan, and Luis Petriconi. *Estudios sobre la independencia económica del Peru que se publicaron en “El Nacional” desde el 9 hasta el 29 de marzo de 1876*. Lima: Imprenta de El Nacional, 1876. Consulta: 22 de enero de 2019.
- <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=inu.39000004577214;view=1up;seq=9>
- Cornejo Polar, Antonio. “Aves sin nido como alegoría nacional”. Prólogo a *Aves sin nido* Clorinda Matto de Turner. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1994, pp. ix-xxvi.
- Cushman, Gregory. “Humboldtian Science, Creole Meteorology, and the Discovery of Human-Caused Climate Change in South America”. *Osiris*, 26.1 (2011): 19-44.
- Dager, Joseph. ““Una cosa es levantar los pechos y hacerlos esforzados y heroicos, y otra cosa es escarnizarlos’. La apuesta de un moderado Hipólito Unanue”. *Sílex* 7.1 (2017): 97-126.
- . *Historiografía y Nación en el Perú del siglo XIX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009.

- . "El debate en torno al método historiográfico en el Chile del siglo XIX". *Revista Complutense de Historia de América* 28 (2002): 97-138.
- . *Hipólito Unanue o el cambio en la continuidad*. Lima: Convenio Hipólito Unanue, 2000.
- Del Valle, Ivonne. "From José de Acosta to the Enlightenment: Barbarians, Climate Change, and (Colonial) Technology as the End of History". *The Eighteenth Century* 54.4 (2013): 435-59.
- Deustua C., José R. "Sociedad, ciencia y tecnología. Mariano de Rivero, la minería y el nacimiento del Perú como República, 1820-1850". *Apuntes* 80 (2017): 51-77.
- . *La minería peruana y la iniciación de la república, 1820-1840*. Lima: IEP, 1986.
- Deustua Pimentel, Carlos. "La expedición mineralogista del Barón Nordenflicht al Perú". *Mercurio Peruano*, 38 (1957): 510-519.
- Descola, Philippe. *Par-delà nature et culture*. [Paris?]: NRF: Gallimard, 2005.
- . *L'écologie des autres. L'anthropologie et la question de la nature*. Paris: Édition quae, 2011.
- Det Kongelige Nordiske Oldskrift-selskab [Real Sociedad de Anticuarios del Norte]. *Antiquarisk Tidsskrift, 1858-1860*. Kjøbenhavn: Thieles Bogtrykkeri, 1861.
- Dettelbach, Michael. "Describing the Nation: Local and Universal in Humboldt's Administrative Practice and in Late Eighteenth-Century Cameralism", *Alexander von Humboldt and the Americas*. Kutzinski, Vera; Ottmar Ette & Laura Dawson Walls, eds. Berlin: edition tranvía. Verlag Walter Frey, 2012, pp. 183-208.
- . "Alexander von Humboldt between Enlightenment and Romanticism". *Northeastern Naturalist* 8, Special Issue 1: Alexander von Humboldt's Natural History Legacy and Its Relevance for Today (2001): 9-20.
- Díaz-Andreu, Margarita. *A World History of Nineteenth-Century Archaeology: Nationalism, Colonialism, and the Past*. Oxford: Oxford University Press, 2007.

- . "Guest editor's introduction. Nationalism and archaeology". *Nations and Nationalism* 7.4 (2011): 429-40.
- D'Orbigny, Alcide Dessalines. *Voyage dans l'Amérique Méridionale. L'homme américain. Tome quatrième*. Paris: Chez Pitois-Levrault et ce., libraires-éditeurs, rue de la Harpe, no. 81; Strasbourg: Chez Ve. Levrault, rue des Juifs, no. 33, 1839.
- Du Petit- Thouars, Abel Aubert du. "Nouveaux renseignements sur les momies péruviennes du Morro d'Arica". *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des sciences*. Tome XLIII. Paris: Mallet-Bachelier, 1856, 737-38.
- Dussel, Enrique. *Filosofías de la modernidad. Descolonización y transmodernidad*. Ciudad de México: Akal, 2015.
- Earle, Rebecca. *The return of the native*. Durham: Duke University Press, 2007.
- . "Capítulo 1. Monumentos y museos: la nacionalización del pasado precolombino durante el siglo XIX". *Galerías del progreso: museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Jens Andermann y Beatriz González-Stephan, eds. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006, pp. 27-64.
- . "Sobre Héroes y Tumbas: National Symbols in Nineteenth-Century Spanish America". *Hispanic American Historical Review* 85:3 (2005): 375-416.
- Eglash, Ron. "Chapter 21: Technology as Material Culture". *Handbook of Material Culture*. Christopher Tilley, Webb Keane, Susanne Küchler, Michael Rowlands & Patricia Spyer, eds. London: SAGE Publications Ltd, 2006, pp. 329-40.
- Elliot, John Huxtable. *Empires of the Atlantic World Britain and Spain in America 1492- 1830*. New Haven: Yale University Press, 2006.
- . *The Old World and the New, 1492-1650*. Cambridge: Cambridge University Press, 1992.

- Ernest, John. "Reading the Romantic Past: William H. Prescott's *History of the Conquest of Mexico*". *American Literary History* 5.2 (1993): 231-49.
- Estenssoro, Juan Carlos. 'Modernismo. "Estética, Música y Fiesta: Elites y Cambio de Actitud Frente a la Cultura Popular en el Perú, 1750-1850". *Tradición y modernidad en los Andes*. Henrique Urbano, ed. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos 'Bartolomé de las Casas', 1992, pp. 181-95.
- Ette, Ottmar. "Naturaleza y cultura: perspectivas científico-vitales de la ciencia de Humboldt". *HiN, Revista internacional de estudios humboldtianos*, 32 (2016): 27- 49.
- . "Transtropics: Alexander von Humboldt and Hemispheric Constructions". *Alexander von Humboldt and the Americas*. Kutzinski, Vera; Ottmar Ette & Laura Dawson Walls, eds. Berlin: edition tranvía. Verlag Walter Frey, 2012, pp. 209-36.
- Eyles, V. A. "Abraham Gottlob Werner (1749-1817) and his Position in the History of the Mineralogical and Geological Sciences". *History of Science*. 1. 3 1964: 102-15.
- Ferreira, Rocío. "Transacciones de amor y de dinero: oro, género y domesticidad en las leyendas 'andinas' de Juana Manuela Gorriti". *Mujeres que escriben en América Latina*. Sara Beatriz Guardia, ed. Lima: CEHMAL, 2007, pp. 163–75.
- . "Amores traicionados, pasión, género, etnicidad y nación en las leyendas y drama sur andino de Clorinda Matto de Turner". *Escritura femenina: diversidad y género en América Latina*. Mendoza: Editorial de la Facultad de Letras y Filosofía de la Universidad Nacional de Cuyo, 2004, pp.75-95.
- Fisher, John. "Commerce and Imperial Decline: Spanish Trade with Spanish America, 1797-1820". *Journal of Latin American Studies* 30.3 (1998): 459-79.

- . "Ciencia y Comercio". Diez Torre, Alejandro; Mallo, Tomás; y Pacheco Fernández, Daniel, coord. *De la ciencia ilustrada a la ciencia romántica. Actas de las II Jornadas sobre "España y las expediciones científicas en América y Filipinas"*. Madrid: Doce Calles, 1995, pp. 183-95.
- . *Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824*. Lima: IEP, 1977.
- . "Silver Production in the Viceroyalty of Peru, 1776-1824". *The Hispanic American Historical Review*, 55.1 (1975): 25-43
- Fisher, John and David Cahill. *De la etnohistoria a la historia en los Andes*. 51 Congreso Internacional de Americanistas, Santiago de Chile, 2003. Quito: Ediciones Abya-Yala, 2008
- Flores Espinoza, Javier. "La añoranza del pasado. Justo Sahuaraura Inca y sus Recuerdos de la monarquía peruana". Estudio introductorio. *Recuerdos de la monarquía peruana o bosquejo de la Historia de los incas* Don Justo Apu Sahuaraura Inca. Lima: Fundación Telefónica, 2001, pp. 13-46.
- Forment, Carlos. La democracia civil en el Perú del siglo XIX: democrática o disciplinaria". *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina*. Hilda Sabato, coord. México D.F.: El Colegio de México; Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 202-30.
- Foucault, Michel. *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*. Paris: Gallimard, 1966.
- Franzel, Sean. "Romantic Encyclopedics and the Lecture Form: Schelling, A.W. Schlegel, A. von Humboldt" *European Romantic Review* 25.3 (2014): 347-56.
- Gänger, Stefanie. *Relics of the past. The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911*. Oxford: Oxford University Press, 2014.

- . "On Butterflies, Chinese Shoes, and Antiquities: A History of Peru's National Museum, 1826-1881". *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas / Anuario de Historia de América Latina* 51 (2014): 283-301.
- . "Conquering the Past: Post-War Archaeology and Nationalism in the Borderlands of Chile and Peru, c. 1880-1920". *Comparative Studies in Society and History* 51.4 (2009): 691-714
- . "¿Cómo escribir la historia de la arqueología en el Perú? Respuesta a las 'Observaciones' de Peter Kaulicke acerca de '¿La mirada imperialista?'. *Histórica* XXXII.2 (2008): 183-194.
- García y García, José Antonio. "Americanos ilustres. Don Mariano E. De Rivero". *La Revista de Lima* 1, (1860): 425-98, 606.
- Garcilaso de la Vega. *Comentarios reales*. Dos volúmenes. Prólogo, edición y cronología de Aurelio Miró Quesada. Caracas: Editorial Ayacucho, 1985.
- Garçon, Anne-Françoise. "Chapitre 2. La science, l'esthétique et l'éculté. Conception industrielle à l'orée de l'industrialisation". En Hatchuell, Armand y Weill, Benoît, eds. *Les nouveaux régimes de la conception*. Paris: Hermann, 2014, pp. 39-50.
- . *L'imaginaire et la pensée technique - une approche historique, XVIe-XXe siècle*. Paris: Classiques Garnier, 2012.
- . *Entre l'état et l'usine - l'École des mines de Saint-Etienne au XIXe siècle*. Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2004.
- Gay, Claude. "Rapport sur le Mémoire de M. de Rivero concernant les momies péruviennes". *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des sciences*. Tome XLIV, Janvier-June. Paris: Mallet-Bachelier, 1857, pp 1197-1208.
- Gell, Alfred. "Technology and magic. *Anthropology Today* 4.2 (1988): 6-9.
- Gellner, Ernest. *Nations and nationalism*. Ithaca: Cornell University Press, 1983.

- Geological Society of London. *Proceedings of the Geological Society of London*. Volumen II, November 1833 to June 1838. London: R. and J. E. Taylor, 1838.
- Gerbi, Antonello. *The Dispute of the New World. The History of a Polemic, 1750-1900*. Baltimore: University of Pittsburgh Press, 1973.
- Gierl, Martin. "Change of Paradigm as a squabble between institutions: The Institute of Historical Sciences, The Society of Sciences, and the Separation of Cultural and Natural Sciences in Göttingen in the Second Half of the Eighteenth Century". *Scholars in Action: the Practice of Knowledge and the Figure of the Savant in the 18th Century*, Volume 1. Holenstein, André, Hubert Steinke, and Martin Stuber, eds. Leiden/Boston: Brill, 2013, pp. 267-88.
- González, Luis. "Humboldt y la Revolución de Independencia". *La huella de Humboldt*. Zea, Leopoldo & Magallón, Mario, comps. Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 81-90.
- Gootenberg, Paul. *Imagining Development: Economic Ideas in Peru's 'Fictitious Prosperity' of Guano, 1840–1880*. Berkeley: University of California Press, 1993.
- . "North-South: Trade Policy, Regionalism and Caudillismo in Post-Independence Peru". *Journal of Latin American Studies* 23.2 (1991): 273-308.
- . *Between Silver and Guano: Commercial Policy and the State in Postindependence Peru*. Princeton: Princeton University Press, 1989.
- Grafton, Anthony. *What was History? The Art of History in Early Modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press, 2007.
- . *New Worlds, Ancient Texts: The Power of Tradition and the Shock of Discovery*. Cambridge: Belknap Press, 1992.

- Grandchamp, Philippe. “Le cours de géologie professé par Brochant de Villiers à l'École des mines dans les années 1810”. *Comité Français d'Histoire de la Géologie (COFRHIGEO)*, séance du 14 décembre 2005. <http://Annales.org/archives/cofrhigeo/brochant.html>. Revisado: 3 de mayo de 2017.
- Greenblatt, Stephen. *Marvelous possessions: the wonder of the New World*. Chicago: University of Chicago Press, 1991.
- Guibovich Pérez, Pedro. “Alcances y límites de un proyecto ilustrado: la Sociedad de Amantes del País y el *Mercurio Peruano*” *Histórica*.XXIX.2 (2005): 45-66.
- Guillerme, Jacques & Jan Sebestik. “Les commencements de la technologie”. *Documents pour l'histoire des techniques*, 14 (2004): 49-122.
- Hamilakis, Yannis. *The Nation and Its Ruins: Antiquity, Archeology, and National Imagination in Greece*. Oxford: Oxford University Press, 2007.
- Harley, John Brian y David Woodward. “Preface”. *The History of Cartography, I: Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean*. Harley and Woodward, eds. Chicago: University of Chicago Press, 1987, pp. xv– xxi.
- Hocquenhem, Anne-Marie, Peter Tamás & Villain-Gandossi, Christiana. *Pre-Columbian Collections in European Museums*. European Coordination Centre for Research and Documentation in Social Sciences. Budapest: Akadémiai Kiadó, 1987.
- Hobsbawm, Eric J. *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge/New York: Cambridge University Press, 2012.
- Hollett, Dave. *More Precious than Gold: The Story of the Peruvian Guano trade*. Madison: Fairleigh Dickinson University Press, 2008.

- Humboldt, Alexander. *Ensayo Político sobre la Nueva España*. México D.F: Porrúa Editores, 1966 [1811].
- . “Mémoire sur les travaux géographiques et géognostiques de M. Pentland dans le Pérou meridional”. *Nouvelles Annales des voyages et des sciences géographiques*, Deuxième série. Tome XIV (1829): 5-46.
- . Essai géognostique sur le gisement des roches dans les deux hémisphères. Paris: Chez F. G. Levrault, 1823.
- . *Vues des cordillères, et monuments des peuples indigenes de l’Amerique*. Paris: Chez F. Schoell, 1810. Edición facsimilar. Nanterre: Éditions Erasme, 1989.
- Hume, Brad D. “Quantifying Characters: Polygenist Anthropologists and the Hardening of Heredity”. *Journal of the History of Biology* 41 (2008): 119-58.
- Hunt, Lynn. *Writing history in the global era*. New York: W. W. Norton, 2015.
- Hunt, Shane J. “Growth and Guano in Nineteenth-Century Peru”. *The Latin American Economies: Growth and the Export Sector 1880–1930*. Roberto Cortés Conde y Shane J. Hunt, eds. New York: Holmes & Meier, 1985, pp. 255–318.
- Iggers, Georg G. *The National Tradition of Historical thought from Herder to the Presente*. Middletown: Wesleyan University Press, 1983.
- Ionescu, Ghita. “Introduction”. *The Political Thought of Saint Simon*. Ghita Ionescu, ed. London: Oxford University Press, 1976, pp. 1-57.
- Kaempfer, Álvaro. “Lastarria, Bello y Sarmiento en 1844: Genocidio, historiografía y proyecto nacional”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 32.63/64 (2006): 9-24.
- Kasson, John. *Civilizing the Machine. Technology and Republican Values in America, 1776-1900*. New York: /Grossman Publishers, 1976.

- Kauffmann Doig, Federico. *La cultura Chavín*. Lima: Peruano-Suiza, S.A., 1963.
- Kohl, Philip L. "Nationalism and Archaeology: On the Constructions of Nations and the Reconstructions of the Remote past". *Annual Review of Anthropology* 27 (1998): 223-246.
- Kohl, Philip, Irina Podgorny y Stefanie Gänger. "Introduction. Nature in the Making of Archeology in the Americas". *Nature and Antiquities. The Making of Archaeology in the Americas*. Philip Kohl, Irina Podgorny and Stefanie Gänger, eds. Tucson: The University of Arizona Press, 2014, pp. 5-20.
- Kongelig dansk hof-og statskalender*. København: J. H. Schultz Universitetsbogtrykkeri, 1854.
- Koselleck, Reinhart. *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*. Cambridge: MIT Press, 1985.
- Kutzinski, Vera; Ottmar Ette & Laura Dawson Walls. "Introduction. Alexander von Humboldt's Americas: Starting with Particulars". *Alexander von Humboldt and the Americas*. Kutzinski, Vera; Ottmar Ette & Laura Dawson Walls, eds. Berlin: edition tranvía. Verlag Walter Frey, 2012, pp 7-19.
- Lafuente, Antonio. "Enlightenment in an Imperial Context: Local Science in the Late-Eighteenth-Century Hispanic World". *Osiris* 15, *Nature and Empire: Science and the Colonial Enterprise* (2000): 155-73.
- Latour, Bruno. *Nous n'avons jamais été modernes: essai d'anthropologie symétrique*. Paris: Editions La Découverte & Syros, 1997.
- . *Science in Action: How to Follow Scientists and Engineers Through Society* Cambridge: Harvard University Press, 1987.
- Laudan, Rachel. *From Mineralogy to Geology. The Foundations of a Science, 1650-1830*. Chicago: University of Chicago Press, 1987.

- Lempérière, Annick. “Scientific Republics – Knowledge, engineering, society and state building in Latin America 1790–1870”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea]. *Débats*, puesto en línea 19 de febrero de 2019. Consulta: 26 de febrero 2019. <https://journals.openedition.org/nuevomundo/75686#quotation>
- Lenoir, Timothy. “The Göttingen School and the Development of Transcendental Naturephilosophie in the Romantic Era”. *Studies in History of Biology*. William Coleman y Camille Limoges, eds. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1981, pp. 111-205.
- Levin, David. “History as Romantic Art: Structure, Characterization, and Style in the Conquest of Mexico”. *The Hispanic American Historical Review*, 39.1 (1959), pp. 20-45.
- Lissón, Carlos. *La República en el Perú y la cuestión peruano-española*. Lima: Imprenta de E. Prugue y C. Giradot, 1865.
- Lohmann Villena, Guillermo. “Notes on Prescott’s Interpretation of the Conquest of Peru”. *The Hispanic American Historical Review*, 39.1 (1959), pp. 46-80.
- López Luján, Leonardo. “Noticias de Herculano: las primeras publicaciones mexicanas de arqueología”. *Arqueología Mexicana* 90 (2008): 74-80.
- López-Ocón, Leoncio. “La Sociedad Geográfica de Lima y la formación de una ciencia nacional en el Perú Republicano”. *Saberes andinos. Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1995, pp. 109-25.
- Macera, Pablo. *La imagen francesa del Perú: siglos XVI-XIX*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1976.
- Majluf, Natalia. “Los fabricantes de emblemas: los símbolos nacionales en la transición republican: Perú, 1820-1825”. *Visión y símbolos. Del Virreinato criollo a la República peruanas*. Lima: Banco de Crédito, 2006, pp. 203-41.

- . "Photographers in Andean Visual Culture. Traces of an Absent Landscape". *History of Photography* 24. 2 (2000): 91-100.
- . "'Ce n'est pas le Pérou,' or, the Failure of Authenticity: Marginal Cosmopolitans at the Paris Universal Exhibition of 1855". *Critical Inquiry*, 23.4 (1997): 868-93.
- Málaga Núñez Zeballos, Alejandro. "Prólogo". *Memorial de Ciencias naturales, y de Industria nacional y extranjera. 1828-1829*. Edición facsimilar. Arequipa: Cámara de Comercio e Industria de Arequipa, 1998, pp. XI - XXVII.
- Mallon, Florencia. *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru* Berkeley: University of California Press, 1995.
- Manrique, Nelson. *Campesinado y Nación: Las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*. Lima: Centro de Investigación y Capacitación, 1981.
- Marichal, Carlos. "The Spanish American Silver Peso: Export Commodity and Global Money of the Ancien Regime, 1550-1800". En *From Silver to Cocaine: Latin American commodity chains and the building of the world economy, 1500-2000*. Durham, NC: Duke University Press, 2006, pp. 25-52.
- Marzal, Manuel. "Arriaga, ¿extirpador de la idolatría o antropólogo de la religión andina?". *Textos Antropológicos* 15.1 (2005): 197-211.
- Maurer, Kathrin. *Visualizing the Past. The Power of the Image in German Historicism*. Berlin/Boston: Walter de Gruyter, 2013.
- Mazzotti, José Antonio. "Nacionalismo criollo y poesía: Andrés Bello". *Revista de crítica literaria Iberoamericana* 71 (2010): 257-70.

- . "La invención nacional criolla a partir del Inca Garcilaso: las estrategias de Peralta y Barnuevo". *Perú en su cultura*. Castillo Durante, Daniel y Sattler, Borka, eds. Ottawa: Université d'Ottawa & PromPerú, 2000, pp. 111-58.
- . "Solo la proporción es la que canta: poética de la nación y épica criolla en la Lima del siglo XVIII". *Revista de crítica literaria latinoamericana* 22.43/44 (1996): 59-75.
- . *Coros mestizos del Inca Garcilaso. Resonancias andinas*. Lima: Bolsa de Valores de Lima: Otorongo Producciones; México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- McEvoy, Carmen. *En pos de la República: ensayos de historia política e intelectual*. Lima: Centro de Estudios Bicentenario: Municipalidad Metropolitana de Lima: Asociación Educacional Antonio Raimondi, 2013.
- . *La experiencia burguesa en el Perú, 1840-1940*. Madrid: Iberoamericana, 2004.
- . *Forjando la nación: ensayos sobre historia republicana*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú; Sewanee, TN: The University of the South, 1999.
- . "La experiencia republicana: política peruana, 1871-1878". *Ciudadanía política y formación de las naciones: perspectivas históricas de América Latina*. Hilda Sabato, coord. México D.F.: El Colegio de México; Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 253-69.
- . *La utopía republicana: ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 1997.
- McLeod, Roy. "Introduction". *Nature and Empire: Science and the Colonial Enterprise*. MacLeod, Roy, ed. *Osiris*, 15 (2000): 1-16.
- Menand, Louis. "Morton, Agassiz, and the Origins of Scientific Racism in the United States". *The Journal of Blacks in Higher Education* 34 (2001/2002): 110-13.

- Méndez, Cecilia. "Incas Si, Indios No: Notes on Peruvian Creole Nationalism and Its Contemporary Crisis". *Journal of Latin American Studies* 28.1 (1996): 197-225.
- Mercurio Peruano. "Prospecto". Edición facsimilar, Biblioteca virtual Cervantes. Tomo I, Número 1, 2 de enero de 1791, pp. VI-XIII.
- . "Idea general del Perú". Edición facsimilar, Biblioteca virtual Cervantes. Tomo I, Número 1, 2 de enero de 1791, pp.1-7.
- . "Historia de la mina de Huancavelica". Tomo I, Número 9, 30 de enero de 1791, pp. 65-72.
- . "Introducción a la descripción científica de las plantas del Perú". Edición facsimilar, Biblioteca virtual Cervantes. Tomo II, Número 42, 29 de mayo de 1791, pp. 68-76 y Número 44, 2 de junio de 1791 p. 77-86.
- . "Rasgo remitido por la Sociedad Poética sobre las Música en general, y particularmente de los Yaravies". Tomo III, número 101, 22 de diciembre de 1791, pp. 284-91.
- . "Carta sobre la Música: en la que se hace ver el estado de sus conocimientos en Lima, y se critica el Rasgo sobre los Yaravies impreso en el Mercurio num, 101" (T.F.C. y P). Tomo IV, número 108, 16 de febrero de 1792, pp.108-18.
- Merrim, Stephanie. "Civilización y barbarie: Prescott como lector de Cortés". *La historia en la literatura iberoamericana. Memorias del XXVI Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. Raquel Chang-Rodríguez y Gabriela de Beer, eds. New York/Hanover: CUNY/Ediciones del Norte, 1989, pp. 56-78.
- Molina Martínez, Miguel. "El gobierno de Antonio de Ulloa en Huancavelica y Luisiana". *Actas del II Centenario de don Antonio de Ulloa*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, CSIC, 1995, pp. 169-83.

- . *El Real Tribunal de Minería de Lima (1785-1821)*. Sevilla: Diputación Provincial de Sevilla, 1986.
- . "La Formación técnica del minero peruano y los proyectos de un Colegio de Minería". *Boletín del Instituto Riva Agüero*, 11 (1977-1981): 125-46.
- Momigliano, Arnaldo. "Ancient History and the Antiquarian". *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 13.3/4 (1950): 285-315.
- Moraña, Mabel. "Hacia una agenda filosófica latinoamericana". *Sujeto, decolonización, transmodernidad. Debates filosóficos latinoamericanos*. Madrid: Iberoamericana / Verveur, 2018, pp. 85-98.
- Motten, Clement. *Mexican Silver and the Enlightenment*. Philadelphia: 1950.
- Mundy, Barbara. "Aztec Geography and Spatial Imagination". *Geography and Ethnography: Perceptions of the World in Pre-Modern Societies*. Kurt A. Raaflaub and Richard J. A. Talbert. Chichester, U.K.; Malden, MA: Wiley-Blackwell, 2010, pp.108-27.
- Murra, John. "La visita de los chupachu como fuente etnológica". En Ortiz de Zúñiga *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562*. Edición de John Murra. Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 1967, pp. 381-406.
- Nelson, Dana N. "'No Cold or Empty Heart': Polygenesis, Scientific Professionalization, and the Unfinished Business of Male Sentimentalism". *Differences: A Journal Feminist Cultural Studies* 11.3 (1999/2000): 29-56.
- Nicolson, Malcolm. "Alexander von Humboldt, Humboltian Science and the Origins of the Study of Vegetation". *History of Science*, 25.2 (1987): 167-94.
- Norton, Marcy. "Subaltern Technology and Early Modernity in the Atlantic World". *Colonial Latin American Review*, 26.1 (2017): 18-38.

- O’Gorman, Edmundo. *La invención de América; el universalismo de la cultura de Occidente*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Ortega, Julio. *El discurso de la abundancia*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1992.
- Ortega y Medina, Juan Antonio. “El Ensayo político de Humboldt”. *La huella de Humboldt*. Zea, Leopoldo & Magallón, Mario, comps. Ciudad de México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia; Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 91-137.
- Ortiz de Zúñiga, Iñigo. *Visita de la provincia de León de Huánuco en 1562*. Edición de John Murra. Huánuco: Universidad Nacional Hermilio Valdizán, 1967.
- Ospovat, Alexander. “Romanticism and German Geology: Five Students of Abraham Gottlob Werner”. *Eighteenth Century Life* 7 (1982): 105-17.
- Padgen, Anthony. *European encounters with the New World: From Renaissance to Romanticism*. New Haven: Yale University Press, 1993.
- Page, Leroy E. “Diluvialism and its critics in Great Britain in the Early Nineteenth Century”. *Towards a History of Geology*. Cecil J. Schneer, ed. Cambridge: The MIT Press, 1969, pp. 257-71.
- Paravey, Charles-Hippolyte de. “Lettre sur l’habitude qu’ont eue plusieurs peuples de l’ancien et du nouveau continent d’enterrer les mort assis”. *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l’Académie des sciences*. Tome XLIII. Paris: Mallet-Bachelier, 1856, pp. 987.
- Pardo, Manuel. “Estudios sobre la provincia de Jauja” [1862]. *La huella republicana liberal en el Perú: Manuel Pardo, escritos fundamentales*. Carmen McEvoy, ed. Lima: Congreso del Perú, 2004, pp. 146-67.
- Payen, Anselme. “Mémoire sur la composition de la substance des yeux des momies d’Arica et Note précédemment depose sous pli cacheté”. *Comptes rendus hebdomadaires des séances de*

- l'Académie des sciences*. Tome XLIV, Janvier- Juin. Paris: Mallet-Bachelier, 1857, pp. 1229-32.
- . "Remarques à la occasion de la lettre de M. Rivero". *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des sciences*. Tome XLIV, Janvier-Juin. Paris: Mallet-Bachelier, Janvier-Juin ,1857, pp. 517-18.
- . "Note sur les yeux des momies trouvées près d'Arica (Pérou)". *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des sciences*. Tome XLIII. Julliet-Decembre. Paris: Mallet-Bachelier, 1856, pp. 707-12.
- Pease, Franklin. *Del Tawantinsuyu a la Historia del Perú*. Lima: IEP, 1978.
- Pelayo, Francisco. "Las actividades mineras de J. C. Mutis y Juan José Elhuyar en Nueva Granada". *Revista de Indias* L.189 (1990): 455-71.
- Picon, Antoine. "Générosité sociale et aspirations technocratiques: les Polytechniciens saint-simoniens". *La France des deux siècles d'histoire*. Bruno Belhoste, Amy Daham Dalmedico, Dominique Pestre y Antoine Picon, eds. Paris: Editions Economica, 1995, pp. 145-56.
- Piel, Jean. "The Place of the Peasantry in the National Life of Peru in the Nineteenth Century", *Past and Present: A Journal of Historical Studies* 46 (1970): 108-33.
- Pillsbury, Joanne. "Perspectives. Representing the Pre-Columbian Past". *Past Presented. Archeological Illustration and the Ancient Americas*. Pillsbury, Joanne, ed. Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2012, pp. 1-46.
- . "Finding the Ancient in the Andes. Archeology and Geology, 1850-1890". *Nature and Antiquities. The Making of Archaeology in the Americas*. Philip Kohl, Irina Podgorny and Stefanie Gänger, eds. Tucson: The University of Arizona Press, 2014, pp. 47-68.

- Pillsbury, Joanne y Trever, Lisa. "The king, the bishop, and the creation of an American antiquity". *Ñawpa Pacha: Journal of Andean Archaeology* 29 (2008): 191-219.
- . "Martínez Compañón and his Illustrated Museum". *Collecting Across Cultures. Material Exchanges in the Early Modern Atlantic World*. Daniela Bleichmar & Peter C. Mancall, eds. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2011, pp. 236-53.
- Pimentel, Juan. "The Iberian Vision: Science and Empire in the Framework of a Universal Monarchy, 1500-1800". *Osiris* 15, *Nature and Empire: Science and the Colonial Enterprise* (2000): 17-30.
- Pocock, John G. A. *Barbarism and Religion. Barbarians, Savages and Empires*. vol. 4. Cambridge: Cambridge University Press, 2008.
- Podgorny, Irina. "Mercaderes del pasado: Teodoro Vilardebó, Pedro de Angelis y el comercio de huesos y documentos en el Río de la Plata, 1830-1850". *Circumscribere* 9 (2011): 29-77.
- . "Antigüedades portátiles: transportes, ruinas y comunicaciones en la arqueología del siglo XIX". *História, Ciências, Saúde –Manguinhos* 15.3 (2008): 577-595.
- . "The Reliability of Ruins". *Journal of Spanish Cultural Studies* 8.2 (2007): 213-233.
- Polar, Jorge. *Arequipa. Descripción y estudio social*. Arequipa: Tipografía Mercantil, 1891.
- Porras Barrenechea, Raúl. *Fuentes históricas peruanas. Apuntes de un curso universitario*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1963.
- Porter, Theodore M. "The Promotion of Mining and the Advancement of Science: the Chemical Revolution of Mineralogy". *Annals of Science*. 38.5 (1981): 543-70.
- Pratt, Mary Louise. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. New York: Routledge, 1992.

Proceedings of the Geological Society of London. Volumen II, November 1833 to June 1838.

London: R. and J. E. Taylor, 1838.

Purser, W. F. C. *Metal-mining in Peru, Past and Present*. New York: 1971.

Quijano, Aníbal. "Coloniality of Power, Eurocentrism, and Latin America". *Nepantla: Views from South*, 1.3 (2000): 533-80.

---. "Colonialidad de poder, cultura y conocimiento en América Latina". *Anuario Mariateguiano* 9 (1997): 113–22.

Rafn, Charles Christian. *Antiquitates Americanae*. Copenhagen: Hafniae, 1837.

---. *Supplement to the Antiquitates Americanae*. Copenhagen: Secretary's Office of the Society, 1841.

---. "Mémoire sur la découverte de L'Amérique au dixième siècle". En *Antiquités Américaines d'après les monumemnts historiques des islandais et des anciens scandinaves*. Copenhagen: Imprimerie de J. H. Schultz, 1845, pp. 4-23.

---. *Cabinet d'Antiquités Amércaines à Copenhague. Rapport Ethnographique*. Copenhagen: De l'imprimerie de Thiele, 1858.

Renan, Ernest. *Qu'est-ce qu'une nation ? et autres écrits politiques*. [Paris]: Imprimerie nationale, 1996.

Rénique, José Luis. "Estudio preliminar. Encuentro con un fundador". *Luis E. Valcárcel: del indigenismo cusqueño a la antropología peruana*. Volumen 1. Lima: Ediciones Copé-Petroperú: Fondo Editorial del Congreso del Perú: Instituto de Estudios Peruanos, 2013, tomo pp. 15-81.

- Reynoso, Álvaro. “Note sur l’embaumement chez les indiens américains”. *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l’Académie des sciences*. Tome XLV, Juillet-Décembre. Paris: Mallet-Bachelier, 1857, pp. 70-72.
- Riva Agüero, José de la. *Paisajes peruanos*. Lima: Pontificia Universidad Católica/ Instituto Riva Agüero, 1995.
- Rivasplata, Paula. “La Proto-Arqueología en el Perú en el Siglo xix”. *Temas Americanistas* 24 (2010): 63–106.
- Rivero y Ustáriz, Mariano de. *Colección de memorias científicas agrícolas é industriales publicadas en distintas épocas*. Dos volúmenes. Bruselas, Impr. de H. Goemaere, 1857.
- . 1857b. “Lettre de M. Rivero à M. Boussingault sur les yeux des momies péruviennes”. *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l’Académie des sciences*. Tome XLIV, Janvier-Juin. Paris: Mallet-Bachelier, 1857, pp. 517.
- . 1857a. “Mémoire sur les momies péruviennes” *Comptes rendus hebdomadaires des séances de l’Académie des sciences*. Tome XLIV, Janvier-Juin. Paris: Mallet-Bachelier, 1857, pp. 620-21.
- . *Antigüedades peruanas. Primera parte*. Lima: Imprenta de José Masías, 1841.
- . “Notice géologique sur Santiago de Chile”. *Annales des mines ou Recueil de mémoires sur l’exploitation des mines et sur les sciences et les arts qui s’y rapportent*. Troisième Série, Tome X. Paris: Chez Carilian-Goeury, 1836, pp. 279-88.
- . “Antigüedades peruanas. Quipos”. *Memorial de Ciencias naturales, y de Industria nacional y extranjera*. Edición facsimilar. Arequipa: Cámara de Comercio e Industria de Arequipa, 1998, pp. 524-36.

- . “Antigüedades peruanas (Año de 1828)”. *Memorial de Ciencias naturales, y de Industria nacional y extranjera*. Edición facsimilar. Arequipa: Cámara de Comercio e Industria de Arequipa, 1998, pp. 51-54.
- Rivero y Ustáriz, Mariano de y Nicolás de Piérola. *Memorial de Ciencias naturales, y de Industria nacional y extranjera. 1828-1829*. Edición facsimilar. Arequipa: Cámara de Comercio e Industria de Arequipa, 1998.
- Rivero y Ustáriz, Mariano de y Juan Diego de Tschudi. *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta Imperial de la Corte y del Estado, 1851.
- Riviale, Pascual. “Europe Rediscovered Latin America: Collecting Artifacts and Views in the First Decades of the Nineteenth Century”. *Collecting Across Cultures. Material Exchanges in the Early Modern Atlantic World*. Daniela Bleichmar & Peter C. Mancall, eds. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2011, pp. 254-68.
- . “Alcide d'Orbigny, L'Homme péruvien et les débuts de l'anthropologie”. En *A la redécouverte des Amériques: Les Voyageurs européens au siècle des indépendances*. Michel Bertrand & Laurent Vidal, dirs. Toulouse: Presse universitaires du Mirail, 2002, pp. 37-52.
- . “L'archéologie péruvienne et ses modèles au XIXe siècle”. *L'Amérique latine et les modèles européens*. Paris/Montréal : L'Harmattan, 1998, pp. 275-308.
- Robins, Nicholas. *Mercury, Mining and Empire. The human and ecological cost of colonial silver mining in the Andes*. Bloomington, Indiana University Press, 2011.
- Rodríguez Garrido, José Antonio. “Opera, tragedia, comedia: el teatro de Pedro de Peralta como práctica de poder”. *Intelectuales y Poder: Ensayos en torno a la República de las letras en el Perú e Hispanoamérica*. Carlos Aguirre y Carmen Mc Evoy, eds. Lima: IFEA/Instituto Riva Agüero, 2008, pp. 65-81.

- Rodríguez Prada, María Paola. *Le Musée National de la Colombie 1823-1830. Histoire d'une création*. Paris: L'Harmattan, 2013.
- Rojas, Rafael. *Las Repúblicas del Aire. Utopía y desencanto en la revolución de Hispanoamérica*. México DF: Taurus, 2009.
- Romero, Carlos. "El padre Pablo Joseph de Arriaga". En *Extirpación de la Idolatría en el Pirú*. Lima: Imprenta y librería Sanmarti & Co, 1920, pp. XI-XX.
- Rowland, Stephen M. "Thomas Jefferson, extinction, and the evolving view of the Earth history in the late eighteenth and early nineteenth centuries". *The Revolution in Geology from the Renaissance to the Enlightenment*. Rosenberg, Gary D, ed. Boulder: The Geological Society of America, 2009, pp. 225-246.
- Rowley-Conwy, Peter. *From Genesis to Pre-History. The Archeological Three Age System and its Contested Reception in Denmark, Britain and Ireland*. Oxford/New York: Oxford University Press, 2007.
- Rudwick, Martin. *Bursting the Limits of Time. The Reconstruction of Geohistory in the Age of Revolution*. Chicago: The University of Chicago Press, 2005
- . *Georges Cuvier, fossil bones, and geological catastrophes: new translations & interpretations of the primary texts*. Chicago: University of Chicago Press, 1997.
- Ruiz Peralta, Víctor. "La exportación de la Ilustración peruana. De Alejandro Malaspina a José Ignacio de Lecuanda (1794-1799)". *Colonial Latin American Review*, 24.1 (2015): 36–59.
- Rupke, N. A. "The Study of Fossils in the Romantic Philosophy of History and Nature". *History of Science*. Xxi (1983) 21.4: 389- 413.
- Russo, Alessandra. *The Untranslatable Image: a mestizo history of the arts in New Spain*. Translated from the French by Susan Emanuel. Austin: University of Texas Press, 2014.

- Safier, Neil. "Global Knowledge on the Move: Itineraries, Amerindian Narratives, and Deep Histories of Science". *Isis* 101.1 (2010): 133-45.
- Said, Edward W. *Orientalismo*. Barcelona: De bolsillo, 2008.
- . *Culture and Imperialism*. New York: Vintage, 1994.
- . "Representing the Colonized: Anthropology's Interlocutors". *Critical Inquiry* 15.2 (1989): 205-25.
- Salazar Bondy, Augusto. *Aproximación a Unanue y la Ilustración peruana*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2006.
- Schjellerup, Inge. *Chimu Pottery in the Department of Ethnography. Fascicule I*. Copenhagen: The National Museum of Denmark, 1986.
- . "A Tale of Pots and Politics". *Between Orient and Occident Studies in honor of P. J. Riis*. Copenhagen: The National Museum of Denmark, 2000, pp. 173-83.
- Schnapp, Alain. "Chapter 3. Ancient Europe and Native Americans: A Comparative Reflection on the Roots of Antiquarianism". *Collecting Across Cultures. Material Exchanges in the Early Modern Atlantic World*. Daniela Bleichmar & Peter C. Mancall, eds. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2011, pp. 58-79.
- . "European Antiquarianism and the Discovery of the New World". *Past Presented. Archaeological Illustration and the Ancient Americas*. Washington DC: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2013, pp. 49-65.
- Sebestik, Jan. "Les commencements de la technologie. Postface/Preface". *Documents pour l'histoire des techniques* [en línea], 14 (2007): 123-33. Consulta: 4 de octubre de 2016. <http://dht.revues.org/1106>
- . "The Rise of the Technological Science". *History and Technology* 1 (1983): 25-44.

- Seiner Lizárraga, Lizardo. "Antonio Raimondi y sus vinculaciones con la ciencia europea, 1851-1890". *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 32.3 (2003): 517-37.
- Smith, Anthony. *National Identity*. Reno: University of Nevada Press, 1991.
- Smith, Pamela H. "Art, Science, and Visual Culture in Early Modern Europe". *Isis*, 97 (2006): 83-100.
- Salomon, Frank. "The Historical Development of Andean Ethnology". *Mountain Research and Development* 5.1 (1985): 79-98.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Squier, George E. *Incidents of travel and exploration in the land of the Incas*. New York: Harper & Brotheres, Publishers. 1877.
- Steigerwald, Joan. "The Cultural Enframing of Nature: Environmental Histories during the Early German Romantic Period". *Environment and History* 6.4 (2000): 451-96.
- Stepan, Nancy Leys. *Picturing Tropical Nature*. Ithaca: Cornell University Press, 2001.
- Stocking Jr., George W. *Victorian Anthropology*. New York/London: The Free Press, 1987.
- Tantaleán, Henry. *Peruvian Archaeology. A Critical Perspective*. New York: Routledge, 2014.
- . "Las miradas andinas: arqueologías y nacionalismos en el Perú del siglo XX". *Arqueología Suramericana*. 4/1 (2008), pp. 34-52.
- Thépot, André. *Les ingénieurs des mines du XIXe siècle. Histoire d'un corps technique d'Etat, 1810-1914*. Paris: Editions Eska, 1998.
- Thoreau, Henry David. *Journal*, Vol. 3: 1848-1851. Ed. Robert Sattelmeyer, Mark. R. Patterson, and William Rossi. Princeton: Princeton University Press, 1990.

- Thurner, Mark. *History's Peru. The Poetics of Colonial and Postcolonial Historiography*. Gainesville: University Press of Florida, 2011.
- . "The As-If of the Book of Kings: Pedro de Peralta Barnuevo's Colonial Poetics of History". *Latin American Research Review* 44.1 (2009): 32-57.
- . "Peruvian Genealogies of History and Nation". *After Spanish Rule. Postcolonial Predicaments of the Americas*. Thurner, Mark, and Guerrero, Andrés, eds. Durham: Duke University Press, 2003, pp. 114-75.
- Trabulse, Elias. "Aspectos de la tecnología minera en Nueva España a finales del siglo XVIII". *Historia Mexicana*, 30.3 (1981): 311-57.
- Trever, Lisa. "The Uncanny Tombs in Martínez Compañón's *Trujillo del Perú*". *Past Presented: Archaeological Illustration and the Ancient Americas*. Joanne Pillsbury, ed. Washington, DC: Dumbarton Oaks Research Library Collection, 2012, pp. 107-40.
- Tschudi, Johann Jakob. *Cartas de Johann Jakob von Tschudi a Mariano de Rivero (1847-1857)*. Eduardo L. Ugarte y Ugarte, ed. Arequipa: Archivo histórico de Arequipa/Facultad de Letras, 1962. *Revista Universitaria* 59 (1962): 225-367.
- Ulloa, Antonio de. *Noticias americanas. Entretenimientos físico-históricos*. Madrid: Editorial Extramuros, 2007.
- Unanue, Hipólito. "Geografía física del Perú para continuar la historia de sus monumentos, principiada en el Mercurio num. 22". *Mercurio peruano*. Edición facsimilar, Biblioteca virtual Cervantes. Tomo IV, Número 105-106, pp. 9-26.
- . "Idea general de los monumentos del Antiguo Perú, e introducción a su estudio". *Mercurio peruano*. Edición facsimilar, Biblioteca virtual Cervantes. Tomo I, Número 22, 17 de marzo de 1791, p. 201-208.

Urbani, Franco. "Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz". [En línea]. Consulta: 8 de junio de 2016.

http://www.acading.org.ve/info/comunicacion/pubdocs/buzon_academicos/sillon_XXVI/Notas_biograficas_Mariano_Eduardo_de_Rivero_y_Ustariz_1798-1857-Urbani-1992.pdf.

Velázquez Castro, Marcel. "La narrativa breve de Clorinda Matto: de la tradición y leyenda románticas al cuento modernista". Estudio preliminar. *Narrativa breve. Tradiciones, leyendas y relatos*. Clorinda Matto de Turner. Lima: Editorial San Marcos, 2015, pp.15-45.

---. "Las novelas de folletín: utopías y biotecnologías en Lima (1839-1848)". *Intelectuales y Poder: Ensayos en torno a la República de las letras en el Perú e Hispanoamérica*. Carlos Aguirre y Carmen Mc Evoy, eds. Lima: IFEA/Instituto Riva Agüero, 2008, pp. 199-220.

Vélez, Palmira. *La historiografía americanista en España, 1755-1936*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2007.

Villacorta Ostoloza, Luis Felipe. "Antonio Raimondi, Archeology, and National Discourse: Representations and Meanings of the Past in Nineteenth Century Peru". *Past Presented. Archeological Illustration and the Ancient Americas*. Joanne Pillsbury, ed. Washington D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2012, pp. 173-204.

---. "El prestigio como poder: Antonio Raimondi y la validación científica del anhelo por el progreso nacional". *Intelectuales y Poder: Ensayos en torno a la República de las letras en el Perú e Hispanoamérica*. Carlos Aguirre y Carmen McEvoy, eds. Lima: IFEA/Instituto Riva Agüero, 2008, pp. 221-51.

Voget, Fred W. *A history of ethnology*. New York: Holt, Rinehart & Winston, 1975.

Wallerstein, Immanuel. *The Modern World-System*. San Diego/New York: Academic Press, 1974.

Walls, Laura Dassow. *The Passage to Cosmos: Alexander Von Humboldt and the Shaping of America*. Chicago: University of Chicago Press, 2009.

- . *Seeing New Worlds: Henry David Thoreau and Nineteenth-Century Natural Science*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1995.
- Watson-Verran, Helen & David Turnbull. "Science and Other Indigenous Knowledge Systems". *Handbook of science and technology studies*. Jasanoff, Sheila et al. Thousand Oaks: Sage Publications, 1995, pp. 115-39.
- Weiss, John Hubbel. *The making of technological man: the social origins of French engineering education*. Cambridge: MIT Press, 1982.
- Whitaker, Arthur P. "The Elhuyar Mining Missions and the Enlightenment". *The Hispanic American Historical Review*, 31.4 (1951): 557-585.
- . *The Huancavelica Mercury Mine. A Contribution to the History of the Bourbon Renaissance in the Spanish Empire*. Cambridge: Harvard University Press, 1941.
- Wise, James M. y Jean Féraud. "Los mapas históricos de la mina Santa Bárbara, Huancavelica". *Boletín de la Sociedad Geológica del Perú*, XCIX (2005): 23-40.
- Wu Brading, Celia. *Generales y diplomáticos. Gran Bretaña y el Perú, 1820-1840*. Lima: Pucp, 1993.
- Zea, Leopoldo. "Humboldt, el otro descubrimiento". *Cuadernos americanos* 78 (1999): 11-19.
- . *Simón Bolívar: integración en la libertad*. México D.F.: Edicol, 1980.
- Ziolkowski, Theodore. *German Romanticism and its institutions*. Princeton: Princeton University Press, 1990.
- Zuidema, Tom. *El sistema de ceques del Cusco: la organización de la capital de los Incas*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1995.